PREPARACIÓN PARA LA MUERTE

O

CONSIDERACIONES SOBRE LAS VERDADES ETERNAS

ÚTILES A TODOS PARA MEDITAR
Y A LOS SACERDOTES PARA PREDICAR

POR

SAN ALFONSO Mª DE LIGORIO

DOCTOR DE LA IGLESIA Y FUNDADOR DE LOS PP. REDENTORISTAS



Versión del italiano por el
R. P. TOMÁS RAMOS, Redentorista

Prólogo y Notas del
R. P. RAIMUNDO TELLERIA, Redentorista

AL PIADOSO LECTOR

La preparación para la muerte, *que pongo en tus manos, ocupa un puesto de honor en la bibliografía alfonsiana y durante casi dos siglos ha acompañado a millares de católicos del mundo entero en su peregrinación hacia la eternidad. La elaboración del libro obedeció a circunstancias de lugar y de tiempo, que recordaremos sucintamente a fin de que el lector valore por sí mismo su orientación genuino y sus quilates ascéticos.*

Al concebir la obra, frisaba su celoso autor en los sesenta y dos años, de los que había consumido más de treinta en la ruda brega de las misiones populares. Su silueta patricia, aureolada por el brillo de sus virtudes y por la magia de su palabra, era familiar entre las poblaciones y aldeas del reino de Nápoles, donde dejaba hondo surco de renovación cristiana en los hogares. Pero desde los primeros pasos de evangelizador del pueblo y de Fundador de los Misioneros del Santísimo Redentor comprendió que quizá más que convertir las almas importaba facilitarles la perseverancia en el bien tras las jornadas de cada misión. Para ello pocos medios le parecieron tan ventajosos, en aquel ambiente todavía cristiano, como la meditación cotidiana, ora privadamente en las propias casas, ora en la iglesia parroquial con asistencia colectiva de los fieles.

A fomentar y encauzar esa iniciativa reservó en los postreros días de cada misión los ejercicios que apellidó de "vida devota" y que se orientaban a iniciar prácticamente a los concurrentes, por lo común de no muy elevada cultura, en su método simplificado de oración mental y en la adopción de medios de perseverancia que, cual la visita—también colectiva—al Santísimo Sacramento, aunaran la sencillez a la facilidad relativa y a la novedad atrayente: que novedad era entonces, cuando la desidia de unos y el jansenismo solapado de otros habían cerrado en las horas vespertinas las puertas del templo parroquial, el abrirlas de esa suerte para comodidad de los feligreses mejor dispuestos.

Del mantenimiento de aquellas iniciativas, al retirarse los Misioneros, se encarnaban los sacerdotes de la localidad y, en su defecto, algunos seglares fervorosos y representativos. Todos ellos necesitaban, por lo mismo, un manual de meditaciones enjundioso y completo, en el cual se inspiraran para sus pláticas los miembros del clero y donde hallaran temas oportunos de consideración los católicos ya adiestrarlos durante la misión.

Con ese doble fin dictó San Alfonso en la primavera de 1758 la preparación para la muerte, según refiere él en la "Advertencia" preliminar. No era la vez primera que su pluma exponía tales materias, pues ya en los albores de su ministerio sacerdotal las había esbozado con sus "Máximas eternas para cada día de la semana", breves y certeras, y debía más tarde explayarlas en su "Camino de Salvación" (1764) y en las "Reflexiones Devotas" (1773), con criterio más amplio y teniendo por mira a las almas ya más adelantadas en las vías del espíritu.

Mediante la preparación para la muerte salió airoso del empeño difícil que había asumido al situarse entre los Misioneros y los fieles: los primeros tuvieron a su disposición un prontuario de pláticas metódicamente planeado y desarrollado; los segundos, un cuerpo orgánico de consideraciones que partiendo de las verdades eternas desenvuelven treinta y seis temas fundamentales en ciento ocho puntos y llevan al cristiano desde la noche de la culpa al umbral del paraíso y al ejercicio de las virtudes necesarias para conseguirlo.

Dos tercios de la obra giran en torno a las llamadas postrimerías del hombre y a las etapas decisivas que jalonan su destino final: valor del tiempo, brevedad de la vida, viaje a la eternidad, vanidad del mundo, importancia de la salvación, malicia del pecado, circunstancias y consecuencias de la muerte, caracteres de la misericordia divina, juicio particular y universal, amenaza del infierno y diversidad y eternidad de sus penas... A quien con ánimo reposado y en la atmósfera de plegaria del libro pondere y rumie esas verdades le despertarán sin duda propósitos de conducta integralmente cristiana, iluminada por los reflejos de ultratumba que nunca engañan.

No fue San Alfonso el único que asomándose al borde del sepulcro le convirtió en cátedra de enseñanzas morales. Desde San Cipriano hasta los días en que escribía el Doctor napolitano se cuentan por centenares los ascetas que de una u otra forma le precedieron en la senda, recorrida igualmente por ascetas del lustre de Solazar, Estella, Molina, La Puente, Nieremberg, Granada y otros muchos, sin olvidar a San Ignacio de Loyola, que ha marcado con su impronta inconfundible el arranque de la conversión en los ejercicios de la primera semana, centrados sobre las verdades eternas.

Sin embargo, pocos superan y aun igualan a San Alfonso en el acento de persuasión que caldea sus palabras y en el arte de adueñarse del ánimo de sus lectores y de arrastrarlos a sacar por sí mismos las consecuencias prácticas de cada meditación. Hacia esa nieta convergen sus recursos de escritor y sus

anhelos de santo: citas de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, ejemplos históricos y dichos de insignes varones, comparaciones y símiles de la vida cotidiana, alusiones al ambiente social de su época y a sucesos desarrollados ante sus ojos; todo ello impregnado de la unción suya característica y dirigido a "dar una como batería al corazón humano para rendirlo (en cuanto fuese posible) y entregarlo en manos de su verdadero y legítimo Señor"[1]*. A veces, cual en la descripción del cadáver en el sepulcro o de los últimos instantes del moribundo, no desdeña su paleta los brochazos crudos y realistas que impresionaran a los "chichisbeos" galantes y a las damas frívolas de las tertulias contemporáneas. Si en ocasiones aprieta el dogal a la conciencia de los culpables y casi extrema —como en la meditación del número de los pecados*[2] *—, los apercibimientos contra los obstinados, lo hace a impulsos de su corazón apostólico y llevado del ansia de que aborrezcan el vicio y vuelvan al camino de redención. Porque nunca se olvida de verter sobre el cuadro tonalidades de esperanza y promesas de perdón. Era su convicción, su deber, su táctica. "Las almas — escribió poco después -que dejan el pecado movidas del solo temor a los castigos, recaen fácilmente en las culpas no bien termina la misión y se desvanece el espanto de, aquellos días: en cambio, las que se atan a Dios con lazos de amor ofrecen mayores garantías de perseverancia"*[3]*. Y releía las recomendaciones que había estampado en la Regla primitiva de sus Misioneros: "Aun en los sermones sobre los novísimos despidan al auditorio con el sabor de la confianza en la misericordia divina."*

A esa norma se atiene en la preparación para la muerte. Aun manejando los temas graves y austeros no desampara al alma, sino que la ayuda, a rehacerse del sobresalto y a plasmar su emoción en resoluciones eficaces, mientras al final de cada, "punto" le sugiere los "afectos y súplicas". Al conjuro de la voz amiga del santo, de los "túes" fraternos e insinuantes que le clava como saetas irresistibles, reacciona el lector con nuevas energías, se alienta a dar hacia Dios los primeros pasos y a esperar de su gracia la ayuda definitiva. Traza admirable la suya de sacerdote y de psicólogo que le permitió en el curso de sus jiras apostólicas reconciliar con Dios a tantos pecadores y afirmar, según relatan sus primeros historiadores, que ninguno de aquéllos se levantó de su confesonario sin haber sido absuelto.

Yerran, por tanto, quienes se figuran la espiritualidad alfonsiana recortada sobre un fondo tétrico y oscuro, sin otras miras ulteriores que las de producir en las almas terror y angustia a la vista del mal estado de su conciencia. Sin recurrir a que años antes (1750) les había brindado con "Las Glorias de María" el arsenal mejor abastecido de la esperanza cristiana y lo había reforzado con la "Novena de Navidad" (1758) y con el "Gran medio de la plegaria" (1758), al mismo tiempo que publicaba la preparación para la muerte, hallamos en esta

última el mismo anhelo de dejar abierta al pecador la puerta del rescate, con tal que de veras se decida a entrar por ella A este fin pone a su alcance en los últimos capítulos los resortes que impulsen su voluntad indecisa: promesas de la divina misericordia, alicientes para vivir en gracia de Dios, poder de la oración, eficacia de los Sacramentos, patrocinio de María, "poderosa y compasiva, capaz de salvar a cuantos quieren salvarse", y de alcanzarles los deleites supremos del paraíso.

Con la confianza así entendida, equidistante de la presunción y de la desesperanza, enlaza el Santo los últimos pasos hacia el amor, sostén y coronamiento de toda su espiritualidad, eco fiel de su maestra Santa Teresa, que enseña en el "Camino de perfección" : "El amor nos hará apresurar los pasos; el temor nos hará ir mirando adonde ponemos los pies para no caer en el camino." Por eso advierte San Alfonso en la Introducción de su obra: "Suplico al lector que no se aburra porque en estas oraciones se piden siempre las gracias de la perseverancia y del amor de Dios, porque son ellas las dos más necesarias para conseguir la vida eterna."

Y amor con la plenitud, y sinceridad que San Alfonso de todos requería: amor a Dios, Padre y Señor nuestro, que nos ha colmado de beneficios y hecho nacer en el seno de la Iglesia católica; amor a Cristo Redentor, encarnado y muerto por los hombres y oculto en el Tabernáculo corno compañero de su destierro y alimento sobrenatural de su flaqueza. Pero amor efectivo y práctico que, habiendo roto con los malos hábitos del pecado y con las ocasiones de volver a cometerlo, busca en el cumplimiento de la voluntad, divina el norte y guía de sus aspiraciones a vida más perfecta. A este precio no teme el Santo prometerles paz y dicha en el servicio de Dios, anticipos de una muerte serena y de la eternidad bienaventurada, porque, al igual que el P. Granada, asegura que "hay más miel en el camino de Cristo de, la que el mundo piensa"[4]*. Si no explaya más ciertos asuntos ni roza otros muchos es porque lo había hecho antes en varias obras espirituales, como había asimismo expuesto en ellas la manera práctica de bien morir y de asistir a los moribundos.*

Desde su aparición en las librerías de Nápoles la obra significó un éxito editorial de primer orden. El Santo mismo escribía: "Ha gustado a todos de tal forma, que me lo arrebatan de las manos." Se lo disputaban, efectivamente, el público y los impresores hasta el extremo de reeditarlo nueve veces en vida del autor. De los bienes que acarreó su lectura testifica el P. Tannoia, contemporáneo del Santo: "Su publicación valió por una misión dentro y fuera del reino" ; misión que debía prolongarse hasta nuestros días, en que ha rebasado la cifra de 300 ediciones en las más diversas lenguas del orbe católico.

No podía ser una excepción España, donde varones de la talla del almirante Cervera afrontaron las vicisitudes de su azarosa existencia abroquelados con estas meditaciones de San Alfonso. Divulgáronse en nuestra lengua a raíz de la canonización del Santo (1839) por el impulso que dieron en Barcelona a las publicaciones católicas don Joaquín Roca y Cornet y la Librería Religiosa bajo la inspiración de San Antonio Claret. Y por cierto que aquel ilustre periodista captó con su espíritu de creyente todos los matices de la obra y proclamó sus merecimientos al frente de la traducción barcelonesa: "Tiene —— escribía el Sr. Roca y Cornet— un poder casi irresistible para mover, cautivar., arrastrar el corazón, triunfar de la prevención más obstinada, haciendo temblar al mismo tiempo a la más helada sensibilidad... El Santo Obispo recientemente canonizado, el más célebre de los ascéticos modernos, supo reunir en este tomo una materia inmensa y formar de la preparación para la muerte un rico compendio de moral cristiana, un precioso tesoro para el sacerdote que enseña y para el fiel que aprende... Verdadero libro de oro, insinuante y hasta cierto punto irresistible, que previene todas las objeciones, que suelta todas las dificultades, que enlaza las amenazas con los consuelos, las pruebas patentes de la justicia de Dios con las esperanzas de su misericordia. Este libro, puesto en manos de una persona medianamente instruida en los principios de la religión y de un corazón recto y dócil, puede obrar prodigios, pues se conoce que el Santo le escribió casi sin escuerzo, como si le fuese inspirado, sin que la suavidad, mengüe en nada su energía"[(5)].

Lo comprendieron igualmente otros editores y lanzaron nuevas versiones en varías ciudades de España y aun en París, desde donde a partir de 1850 se propagaron nueve reediciones. No obstante sus lunares y a pesar del lenguaje, no siempre castizo, contribuyeron a poner en circulación este joyel alfonsiano y a estimular su traslado al idioma catalán y a los dialectos de Filipinas.

Urgía presentar una traducción más esmerada, y ésta la llevó a cabo en 1920 el P. Tomás Ramos, Redentorista, Director y Adminitrador a la sazón de la Revista El Perpetuo Socorro, en torno a la cual se iba formando el fondo de obras y publicaciones que hoy llamamos Editorial El Perpetuo Socorro. Su versión limpia y fluida, merece ser reproducida, como lo hacemos, aunque más de una vez podría mejorarse su fidelidad al texto original. Dejamos esta labor para cuando se publique la edición crítica romana del texto italiano. Entre tanto, hemos querido adelantar en la presente reedición española las notas que habíamos preparado y revisado en espera de la romana y con destino a ella. Merced a esta revisión, las citas, sobre todo las patrísticas, han sido comprobadas en sus fuentes, particularmente en la patrología de Migne, la más amplia y divulgada. Alguna vez hemos alargado, en beneficio de los Misioneros, el contexto de las referencias ; otras hemos tenido que lamentar el no tener a la

mano algunas ediciones de obras españolas. A pesar de estas deficiencias, subsanables en futura reimpresión, esperamos que la presente señale una etapa en la difusión creciente de esta obra fundamental en la espiritualidad alfonsiana.

BREVE MÉTODO DE ORACIÓN MENTAL

propuesto por San Alfonso María de Ligorio a las almas para facilitarles el ejercicio de la meditación. (N. B. —Lo hemos entresacado del que propuso el Santo un año antes (1757) en el Apéndice III de su obra «Instrucción y práctica del confesor». Conservamos sus palabras, aunque reducimos su exposición.)

La oración mental, o meditación, es uno de los ejercicios más esenciales de la vida cristiana; pues consistiendo nuestro único fin en amar a Dios, esta oración es mística hoguera en que las almas se encienden en el amor divino, según lo atestigua el Salmista.

La experiencia enseña que las almas que se dedican a la oración mental difícilmente caen en culpas graves; y si, por desgracia, caen alguna vez en ellas, insistiendo en la meditación, luego se arrepienten y vuelven a Dios, porque meditación y pecado mortal no pueden permanecer juntos largo tiempo en un alma. Muchos rezan el Rosario, el Oficio de la Virgen, ayunan, etc., y, no obstante, continúan en el pecado; pero el que medita es imposible que continúe por mucho tiempo enemigo de Dios.

El lugar más acomodado para la meditación es la iglesia; pero los que no pueden acudir a ella deben hacerla en cualquier otro sitio donde se encuentre más quietud, y hasta en el campo y en el trabajo., pues el que busca a Dios en todo lugar le encuentra.

Respecto al tiempo, el más a propósito es el de la mañana; pero si por las ocupaciones no fuera posible hacerla entonces, se hará en otra cualquiera hora del día; lo que importa es no dejar de hacerla a una, u otra hora.

El modo de hacer bien la oración mental es el siguiente: se divide ésta en tres partes, que son: I. Preparación. —II. Consideración. —III. Conclusión.

I. La Preparación contiene tres actos, que son: de fe en la presencia de Dios, de humildad en vista de la propia bajeza, de petición de la divina asistencia;

helos aquí: 1.° Dios mío, creo que estáis aquí presente y os adoro desde el abismo de mi nada. —2.° Dios mío, debería yo estar ahora en el infierno por mis pecados, de los que me pesa por haberos ofendido a Vos, Bondad infinita, y os suplico me perdonéis por vuestra misericordia. — 3." Eterno Padre, por el amor de Jesús y de María, iluminadme en esta oración, para que sea provechosa para mi alma.

En seguida se reza un Avemaría a la Santísima Virgen para implorar su asistencia y un Gloria Patri a San José, al Ángel Custodio y a los Santos abogados. Estos actos han de hacerse atenta, pero brevemente, y luego se pasa, a la

II. Consideración. Para ésta es conveniente valerse del presente o de algún otro libro análogo. Adviértese que se ha de leer el punto despacio, y después, dejando el libro, se repasará mentalmente lo que se ha leído, deteniéndose en el pasaje que más llene y conmueva el alma. Dice San Francisco de Sales que en esto se debe seguir la prudente conducta de las abejas, que se paran en una flor hasta extraer toda la miel que hay en ella y después pasan a otra. Quien no sepa leer podrá hacer la meditación deteniéndose en considerar los novísimos, los beneficios de Dios y, mejor, algún misterio de la Pasión de Jesucristo.

Pero la mayor utilidad de la oración mental no consiste tanto en la consideración como en sacar de ella diferentes afectos, propósitos y súplicas, que son los frutos principales de esta oración. Por lo tanto, después de haber meditado algún punto, cuando el alma se sienta conmovida, es menester levantar el corazón a Dios por medio de actos de amor y de contrición, mezclando con éstas breves y fervorosas súplicas pidiendo a Dios la remisión de los pecados, el fervor, la perseverancia final, una dichosa muerte, la eterna bienaventuranza y, sobre todo, el don de su santo amor.

Es además necesario que en el discurso de la oración, o al fin de ella, se haga algún propósito, no sólo en general, sino también particular, v. gr., de precaverse con mayor cuidado de algún defecto en que se ha caído con más frecuencia, o de ejercitar con más ardor que antes alguna virtud, v. gr., sufrir con más paciencia las molestias de tal o cual persona.

III. La Conclusión. Se compone ésta de tres actos: 1º Dar gracias a Dios por las inspiraciones recibidas en la meditación. 2º Afirmarse en la resolución de observar fielmente los propósitos que se han hecho. 3º Pedir al Eterno Padre, por Los méritos de Jesús y de María, los auxilios oportunos para cumplirlos.

Antes de levantarse de la meditación, se tendrá cuidado de encomendar a Dios las almas del purgatorio, los prelados de la Iglesia, la conversión de los pecadores, los parientes, amigos y bienhechores, rezando a este fin un Padrenuestro, un Avemaria y un Gloria Patri.

Por último, al levantarse de la oración mental, es necesario que recojamos— dice San Francisco de Sales— un ramillete de flores para deleitarnos con su fragancia todo el día; esto es, que escojamos algún punto, sentimiento o verdad que nos haya hecho más impresión, para recordarlo en el discurso de aquel día.

Ténganse, además, presentes las dos siguientes advertencias:

1ª Si antes de la meditación el Espíritu Santo inspirare algún buen afecto, debe omitirse la consideración por entonces, como advierte San Francisco de Sales, pues la consideración no sirve sino para excitar dichos afectos, y, por tanto, conseguido el fin, deben omitirse los medios.

La 2ª es que, si por la desolación o aridez del espíritu durante la meditación no pudiera hacerse otra cosa más, será bastante entonces repetir alguna petición o súplica; v. gr.: "Señor, ayudadme; Se-ñor, dadme vuestro santo amor."

A LA INMACULADA Y SIEMPRE VIRGEN MARÍA, LLENA DE GRACIA, BENDITA ENTRE TODOS LOS HIJOS DE ADÁN, PALOMA, TORTOLILLA Y AMADA DE DIOS, HONRA Y PREZ DEL OÉNERO HUMANO, DELICIAS DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD, SANTUARIO DE CARIDAD, MODELO DE HUMILDAD. ESPEJO DE TODAS LAS VIRTUDES, MADRE DEL AMOR HERMOSO, MADRE DE LA SANTA ESPERANZA Y MADRE DE MISERICORDIA, ABOGADA DE LOS MISERABLES, APOYO DE LOS DÉBILES, LUZ DE LOS CIEGOS Y MEDICINA DE LOS ENFERMOS, ÁNCORA DE LA ESPERANZA, CIUDAD DE REFUGIO, PUERTA DEL PARAÍSO, ARCA DE LA VIDA, IRIS DE PAZ, PUERTO DE SALVACIÓN, ESTRELLA DEL MAR Y OCÉANO DE DULZURA, MEDIANERA DE LOS PECADORES, ESPERANZA DE LOS DESESPERADOS, AYUDA DE LOS DESAMPARADOS, CONSOLADORA DE LOS AFLIGIDOS, SOCORRO DE LOS MORIBUNDOS Y ALEGRÍA DEL UNIVERSO, CONSAGRA ESTA HUMILDE OBRA VUESTRO SIERVO VIL E INDIGNO, PERO AFECTUOSO Y AMANTE,

Alfonso Mª de Ligorio.

PREPARACIÓN PARA LA MUERTE

San Alfonso Mª de Ligorio

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Que se debe leer para la cabal inteligencia del fin que se propuso el autor de esta obra.

Pedíanme algunas personas que les proporcionase un libro de consideraciones sobre las verdades eternas para las almas que desean perfeccionarse y adelantar en la senda de la vida espiritual. Reclamaban otras una colección de materias predicables en las misiones y ejercicios espirituales. Y para no multiplicar libros, trabajos y dispendios, he creído conveniente escribir esta obra tal y como va a leerse, con objeto de que pueda servir para ambos fines. Hallarán en ella los seglares auxilios para meditar por medio de los tres puntos en que he dividido cada consideración, y como cualquiera de esos puntos puede servir para una meditación completa, les he agregado afectos y súplicas.

Ruego al lector que no le cause enojo el ver que en dichas oraciones se pide casi siempre la gracia de la perseverancia y del amor a Dios, porque éstas son las dos gracias más necesarias para alcanzar la eterna salvación.

La gracia del amor de Dios, según San Francisco de Sales contiene en sí a todas las demás, porque la virtud de la caridad para con Dios lleva consigo todas las virtudes. Quien ama a Dios es humilde, casto, obediente, mortificado...; posee, en suma, las virtudes todas. Por eso decía San Agustín: Ama a Dios y haz lo que quieras, pues el que ama a Dios evitará cuanto pueda desagradar al Señor, y sólo procurará complacerle en todo.

La otra gracia de la perseverancia es aquella que nos hace alcanzar la eterna salvación. Dice San Bernardo(6) que el cielo está prometido a los que comienzan a vivir santamente; pero que no se da sino a los que perseveran hasta el fin. Mas esta perseverancia, como enseñan los Santos Padres, sólo se otorga a los que la piden. Por lo cual afirma Santo Tomás (3 p., q. 30, art. 5) que para entrar en la gloria se requiere continua oración, según lo que antes había dicho nuestro Salvador (Lc., 28, 1): Conviene orar siempre y no desfallecer; por esta causa es que muchos pecadores, aunque hayan sido perdonados, no perseveran en la gracia de Dios, porque después de alcanzar el perdón olvidan pedir a Dios perseverancia, sobre todo en tiempo de

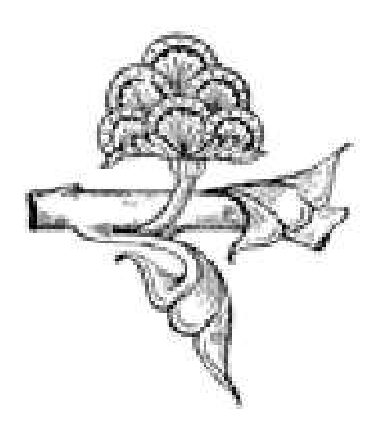
tentaciones, y recaen miserablemente. Si bien el don de la perseverancia es enteramente gratuito y no podemos merecerle con nuestras obras, podemos, sin embargo, dice el Padre Suárez, alcanzarle infaliblemente por medio de la oración, como había dicho ya San Agustín: "*Este don de la perseverancia, orando lo podemos merecer; es decir, rogando y pidiendo, alcanzarlo*".

Ya he demostrado más detalladamente esta necesidad de la oración en otro opúsculo, titulado "Del gran medio de la oración"(7), obrita que, aunque corta, es fruto de largo trabajo y utilísima, en mi sentir, para todo el mundo. Y así, me atrevo a asegurar que, entre todos los libros espirituales, no hay ni puede haber ninguno más útil ni necesario para obtener la salvación eterna que el que trate de la oración.

A fin de que las consideraciones de esta obra puedan también servir para la predicación a los sacerdotes que no tengan muchos libros ni tiempo de leerlos, las he enriquecido con textos de la Escritura y pasajes de los Santos Padres; citas que, aunque breves, encierran altísimo espíritu, como conviene para predicar la palabra de Dios. Los tres puntos de cada una de las consideraciones forman un sermón completo, para eso he procurado recoger de muchos autores los afectos que me han parecido más vivos y propios para mover el ánimo, exponiéndolos con variedad y concisión, con objeto de que el lector escoja los que más le agraden y los dilate luego a su gusto. Sea todo para gloria de Dios.

Ruego al que leyere este libro, ya en mi vida, ya después de mi muerte, que me encomiende mucho a Jesucristo, y yo prometo hacer lo mismo por todos los que tengan para conmigo esa caridad. ¡Viva Jesús, nuestro amor, y María, nuestra esperanza!

****



PRIMERA CONSIDERACIÓN

RETRATO DE UN HOMBRE QUE ACABA DE MORIR

Pulvis es, et in pulverem reverteris.
Polvo eres y en polvo te convertirás.
Gn., III,. 19.

PUNTO PRIMERO
El hombre en el día de su muerte

Considera que tierra eres y en tierra te has de convertir. Día llegará en que será necesario ir y pudrirse en una fosa, donde estarás cubierto de gusanos (Sal., 14, 11). A todos, nobles o plebeyos, príncipes o vasallos, ha de tocar la misma suerte. Apenas, con el último suspiro, salga el alma del cuerpo, pasará a la eternidad, y el cuerpo, luego, se reducirá a polvo (Sal. 103, 29).

Imagínate en presencia de una persona que acaba de expirar: Mira aquel cadáver, tendido aún en su lecho mortuorio; la cabeza inclinada sobre el pecho; esparcido el cabello, todavía bañado con el sudor de la muerte; hundidos los ojos; desencajadas las mejillas; el rostro de color de ceniza; los labios y la lengua de color de plomo; yerto y pesado el cuerpo... Tiembla y palidece quien lo ve!... ¡ Cuántos, sólo por haber contemplado a un pariente o amigo muerto, han mudado de vida y abandonado el mundo!

Pero todavía inspira el cadáver horror más intenso cuando comienza a descomponerse... Ni un día ha pasado desde que murió aquel joven, y ya se percibe un hedor insoportable. Hay que abrir las ventanas, y quemar perfumes, y procurar que pronto lleven al difunto a la iglesia o al cementerio, y que le entierren en seguida, para que no inficione toda la casa... Y el que haya sido aquel cuerpo de un noble o un potentado no servirá, acaso, sino para que despida más insufrible fetidez, dice un autor .

¡Mira en lo que ha venido a parar aquel hombre soberbio, aquel deshonesto!... Poco ha, veíase acogido y agasajado en el trato de la sociedad; ahora es horror y espanto de quien le mira. Apresúrase la familia a arrojarle de casa, y pagan portadores para que, encerrado en su ataúd, se lo lleven y den sepultura... Pregonaba la fama no ha mucho el talento, la finura, la cortesía y

gracia de ese hombre; mas a poco de haber muerto, ni aun su recuerdo se conserva (Sal. 9, 7).

Al oír la nueva de su muerte, limítanse unos a decir que era un hombre honrado; otros, que ha dejado a su familia con grandes riquezas. Contrístame algunos, porque la vida del que murió les era provechosa; alégranse otros, porque esa muerte puede serles útil. Por fin, al poco tiempo, nadie habla ya de él, y hasta sus deudos más allegados no quieren que de él se les hable, por no renovar el dolor. En las visitas de duelo se trata de otras cosas; y si alguien se atreve a mencionar al muerto, no falta un pariente que diga: «¡ Por caridad, no me lo nombréis más!»

Considera que lo que has hecho en la muerte de tus deudos y amigos así se hará en la tuya. Entran los vivos en la escena del mundo a representar su papel y a recoger la hacienda y ocupar el puesto de los que mueren; pero el aprecio y memoria de éstos poco o nada duran. Aflígense al principio los parientes algunos días, mas en breve se consuelan por la herencia que hayan obtenido, y muy luego parece como que su muerte los regocija. En aquella misma casa donde hayas exhalado el último suspiro, y donde Jesucristo te habrá juzgado, pronto se celebrarán, como antes, banquetes y bailes, fiestas y juegos... Y tu alma, ¿dónde estará entonces?

AFECTOS Y PETICIONES

¡Gracias mil os doy, oh Jesús y Redentor mío, porque no habéis querido que muriese cuando estaba en desgracia vuestra! ¡Cuántos años ha que merecía estar en el infierno!... Si hubiera muerto en aquel día, en aquella noche, ¿qué habría sido de mí por toda la eternidad?... ¡Señor!, os doy fervientes gracias por tal beneficio. Acepto mi muerte en satisfacción de mis pecados, y la acepto tal y como os plazca enviármela. Mas ya que me habéis esperado hasta ahora, retardadla un poco todavía. Dadme tiempo de llorar las ofensas que os he hecho, antes que llegue el día en que habéis de juzgarme (Jb., 10, 20). No quiero resistir más tiempo a vuestra voz... ¡Quién sabe si estas palabras que acabo de leer son para mí vuestro último llamamiento! Confieso que no merezco misericordia. ¡Tantas veces me habéis perdonado, y yo, ingrato, he vuelto a ofenderos! ¡Señor, ya que no sabéis desechar ningún corazón que se humilla y arrepiente, ved aquí al traidor que, arrepentido, a Vos acude! Por piedad, no me arrojéis de vuestra presencia (Sal. 50, 13). Vos mismo habéis dicho: Al que viniere a Mí no le desecharé. Verdad es que os he ofendido más que nadie, porque más que a nadie me habéis favorecido con vuestra luz y

gracia. Pero la sangre que por mí habéis derramado me da ánimos y esperanza de alcanzar perdón si de veras me arrepiento... Sí, bien sumo de mi alma; me arrepiento de todo corazón de haberos despreciado. Perdonadme y concededme la gracia de amaros en lo sucesivo. Basta ya de ofenderos. No quiero, Jesús mío, emplear en injuriaros el resto de mi vida; quiero sólo invertirle en llorar siempre las ofensas que os hice, y en amaros con todo mi corazón. ¡Oh Dios, digno de amor infinito!...

¡Oh María, mi esperanza, rogad a Jesús por mi!

PUNTO SEGUNDO
El cadáver en la tumba

Mas para ver mejor lo que eres, cristiano —dice San Juan Crisóstomo—, ve a un sepulcro, contempla el polvo, la ceniza y los gusanos, y llora. Observa cómo aquel cadáver va poniéndose lívido, y después negro. Aparece luego en todo el cuerpo una especie de vellón blanquecino y repugnante, de donde sale una materia pútrida, viscosa y hedionda, que cae por la tierra. Nacen en tal podredumbre multitud de gusanos, que se nutren de la misma carne, a los cuales, a veces, se agregan las ratas para devorar aquel cuerpo, corriendo unas por encima de él, penetrando, otras por la boca y las entrañas. Cáense a pedazos las mejillas, los labios y el pelo; descarnase el pecho, y luego los brazos y las piernas. Los gusanos, apenas han consumido las carnes del muerto, se devoran unos a otros, y de todo aquel cuerpo no queda, finalmente, más que un fétido esqueleto, que con el tiempo se deshace, separándose los huesos y cayendo del tronco la cabeza. Reducido como a tamo de una era de verano que arrebató él viento... (Dn., 2, 35). Esto es el hombre: un poco de polvo que el viento dispersa.

¿Dónde está, pues, aquel caballero a quien llamaban alma y encanto de la conversación? Entrad en su morada; ya no está allí. Visitad su lecho; otro lo disfruta. Buscad sus trajes, sus armas; otros lo han tomado y repartido todo. Si queréis verle, asomaos a aquella fosa, donde se halla convertido en podredumbre y descamados huesos... ¡Oh Dios mío! Ese cuerpo alimentado con tan deliciosos manjares, vestido con tantas galas, agasajado por tantos servidores, ¿se ha reducido a eso?

Bien entendisteis vosotros la verdad, ¡oh Santos benditos !, que por amor de Dios—fin único que amasteis en el mundo—supisteis mortificar vuestros cuerpos, cuyos huesos son ahora, como preciosas reliquias, venerados y

conservados en urnas de oro. Y vuestras almas hermosísimas gozan de Dios, esperando el último día para unirse a vuestros cuerpos gloriosos, que serán compañeros y partícipes de la dicha sin fin, como lo fueron de la cruz en esta vida. Tal es el verdadero amor al cuerpo mortal; hacerle aquí sufrir trabajos para que luego sea feliz eternamente, y negarle todo placer que pudiera hacerle para siempre desdichado.

AFECTOS Y PETICIONES

¡He aquí, Dios mío, a qué se reducirá también este mi cuerpo, con que tanto os he ofendido: a gusanos y podredumbre! Mas no me aflige, Señor; antes bien, me complace que así haya de corromperse y consumirse esta carne, que me ha hecho perderos a Vos, mi sumo bien. Lo que me contrista es el haberos causado tanta pena por haberme procurado tan míseros placeres. No quiero, con todo, desconfiar de vuestra misericordia. Me habéis guardado para perdonarme (Is., 30, 18), ¿no querréis, pues, perdonarme si me arrepiento?... Arrepiéntome, sí, ¡oh Bondad infinita!, con todo mi corazón, de haberos despreciado. Diré, con Santa Catalina de Génova: Jesús mío, no más pecados, no más pecados. No quiero abusar de vuestra paciencia. No quiero aguardar para abrazaros a que el confesor me in11 vite a ello en la hora de la muerte. Desde ahora os abrazo, desde ahora os encomiendo mi alma. Y como esta alma mía ha estado tantos años en el mundo sin amaros, dadme luces y fuerzas para que os ame en todo el tiempo de vida que me reste. No esperaré, no, para amaros, a que llegue la hora de mi muerte. Desde ahora mismo os abrazo y estrecho contra mi corazón, y prometo no abandonaros nunca...

¡Oh Virgen Santísima!, unidme a Jesucristo y alcanzadme la gracia de que jamás le pierda.

PUNTO TERCERO
Reflexiona en presencia de la tumba

En esta pintura de la muerte, hermano mío, reconócete a ti mismo, y mira lo que algún día vendrás a ser: Acuérdate de que eres polvo y en polvo te convertirás. Piensa que dentro de pocos años, quizá dentro de pocos meses o días, no serás más que gusanos y podredumbre. Con tal pensamiento se hizo Job (17, 14) un gran santo. A la podredumbre dije: Mi padre eres tú, y mi madre y mi hermana a los gusanos. Todo ha de acabar. Y si en la muerte pierdes tu alma, todo estará perdido para ti. Considérate ya muerto—dice San Lorenzo Justiniano —, pues sabes que necesariamente has de morir. Si

ya estuvieses muerto, ¿qué no desearías haber hecho?... Pues ahora que vives, piensa que algún día muerto estarás. Dice San Buenaventura que el piloto, para gobernar la nave, se pone en el extremo posterior de ella. Así, el hombre, para llevar buena y santa vida, debe imaginar siempre que se halla en la hora de morir. Por eso exclama San Bernardo: Mira los pecados de tu juventud, y ruborízate; mira los de la edad viril, y llora; mira los últimos desórdenes de la vida, y estremécete, y ponles pronto remedio.

Cuando San Camilo de Lelis se asomaba a alguna sepultura, decíase a sí mismo: «Si volvieran los muertos a vivir, ¿qué no harían por la vida eterna? Y yo, que tengo tiempo, ¿qué hago por mi alma?...» Por humildad decía esto el Santo; mas tú, hermano mío, tal vez con razón pudieras temer el ser aquella higuera sin fruto de la cual dijo el Señor: Tres años que vengo a buscar fruto a esta higuera, y no le hallo (Lc., 13, 7). Tú, que estás en el mundo más de tres años ha, ¿qué frutos has producido?... Mirad—dice San Bernardo—que el Señor no busca solamente flores, sino frutos; es decir, que no se contenta con buenos propósitos y deseos, sino que exige santas obras. Sabe, pues, aprovecharte de este tiempo que Dios, por su misericordia, te concede, y no esperes para obrar bien a que ya sea tarde, al solemne instante en que se te diga: ¡Ahora! Llegó el momento de dejar este mundo. ¡Pronto!... Lo hecho, hecho está.

AFECTOS Y PETICIONES

Aquí me tenéis, Dios mío; yo soy aquel árbol que desde muchos años ha merecía haber oído de Vos estas palabras: Córtale, pues ¿para qué ha de ocupar terreno en balde?... (Lc., 13, 7). Nada más cierto, porque en tantos años como estoy en el mundo no os he dado más frutos que abrojos y espinas de mis pecados... 13 Mas Vos, Señor, no queréis que yo pierda la esperanza. A todos habéis dicho que quien os busca os halla (Lc., 11, 9). Yo os busco, Dios mío, y quiero recibir vuestra gracia. Aborrezco de todo corazón cuantas ofensas os he hecho, y quisiera morir por ellas de dolor. Si en lo pasado huí de Vos, más aprecio ahora vuestra amistad que poseer todos los reinos del mundo. No quiero resistir más a vuestro llamamiento. Ya que es voluntad vuestra que del todo me dé a Vos, sin reserva a Vos me entrego todo... En la cruz os disteis todo a mí. Yo me doy todo a Vos. Vos, Señor, habéis dicho: Si algo pidiereis en mi nombre, Yo lo haré (Jn., 14, 14). Confiado yo, Jesús mío, en esta gran promesa, en vuestro nombre y por vuestros méritos os pido vuestra gracia y vuestro amor. Haced que de ellos se llene mi alma, antes morada de pecados. Gracias os doy por haberme

inspirado que os dirija esta oración, señal cierta de que queréis oírme. Oídme, pues, ¡oh Jesús mío!, concededme vivo amor hacia Vos, deseo eficacísimo de complaceros y fuerza para cumplirle...

¡Oh María, mi gran intercesora, escuchadme Vos también, y rogad a Jesús por mí!

SEGUNDA CONSIDERACIÓN

CON LA MUERTE TODO SE ACABA

Venit finis, finis venit.
El fin lega, llega el fin.
Ez., VII, 2.

PUNTO PRIMERO
Con la muerte acaban las riquezas

Llaman los mundanos feliz solamente a quien goza de los bienes de este mundo, honras, placeres y riquezas. Pero la muerte acaba con toda esta ventura terrenal. ¿Qué es vuestra vida? Es un vapor que aparece por un poco (Stg., 4, 15). Los vapores que la tierra exhala, si acaso, se alzan por el aire, y la luz del sol los dora con sus rayos, tal vez forman vistosísimas apariencias; mas, ¿cuánto dura su brillante aspecto?... Sopla una ráfaga de viento, y todo desaparece. .. Aquel prepotente, hoy tan alabado, tan temido y casi adorado, mañana, cuando haya muerto, será despreciado, hollado y maldito.

Con la muerte hemos de dejarlo todo. El hermano del gran siervo de Dios Tomás de Kempis preciábase de haberse edificado una muy bella casa. Uno de sus amigos le dijo que notaba en ella un grave defecto. «¿Cuál es?»—le preguntó aquél—. «El defecto— respondió el amigo—-es que habéis hecho en ella una puerta.» «¡Cómo!—dijo el dueño de la casa—, ¿la puerta es un defecto?» «Sí—replicó el otro—, porque por esa puerta tendréis algún día que salir, ya muerto, dejando así la casa y todas vuestras cosas.»

La muerte, en suma, despoja al hombre de todos los bienes de este mundo... ¡Qué espectáculo el ver arrojar fuera de su propio palacio a un príncipe, que jamás volverá a entrar en él, y considerar que otros toman posesión de los muebles, tesoros y demás bienes del difunto! Los servidores le dejan en la sepultura con un vestido que apenas basta para cubrirle el cuerpo. No hay ya quien le atienda ni adule, ni, tal vez, quien haga caso de su postrera voluntad. Saladino, que conquistó en Asia muchos reinos,

dispuso, al morir, que cuando llevasen su cuerpo a enterrar le precediese un soldado llevando colgada de una lanza la túnica interior del muerto, y exclamando: «Ved aquí todo lo que lleva Saladino al sepulcro.»

Puesto en la fosa el cadáver del príncipe, deshácense sus carnes, y no queda en los restos mortales señal alguna que los distinga de los demás. Contempla los sepulcros— dice San Basilio—, y no podrás distinguir quién fue el siervo ni quién el señor. En presencia de Alejandro Magno, mostrábase Diógenes un día buscando muy solícito alguna cosa entre varios huesos humanos. «¿Qué buscas?»—preguntó Alejandro con curiosidad—. «Estoy buscando—respondió Diógenes— el cráneo del rey Filipo, tu padre, y no puedo distinguirle. Muéstramelo tú, si sabes hallarle.» Desiguales nacen los hombres en el mundo, pero la muerte los iguala (1), dice Séneca. Y Horacio decía que la muerte iguala los cetros y las azadas (2). En suma, cuando viene la muerte, finís venit, todo se acaba y todo se deja, y de todas las cosas del mundo nada llevamos a la tumba.

AFECTOS Y PETICIONES

Señor, ya que dais luz para conocer que cuanto el mundo estima es humo y demencia, dadme fuerza para desasirme de ello antes que la muerte me lo arrebate. ¡Infeliz de mí, que tantas veces, por míseros placeres y bienes de la tierra, os he ofendido a Vos y perdido el bien infinito!...

¡Oh Jesús mío, médico celestial, volved los ojos hacia mi pobre alma; curadla de las llagas que yo mismo abrí con mis pecados y tened piedad de mí! Sé que podéis y queréis sanarme, mas para ello también queréis que me arrepienta de las ofensas que os hice. Y como me arrepiento de corazón, curadme, ya que podéis hacerlo (Salmo 40, 5). Me olvidé de Vos; pero Vos no me habéis olvidado, y ahora me dais a entender que hasta queréis olvidar mis ofensas, con tal que yo las deteste (Ez., 18, 21). Las detesto y aborrezco sobre todos los males... Olvidad, pues, Redentor mío, las amarguras de que os he colmado. Prefiero, en adelante, perderlo todo, hasta la vida, antes que perder vuestra gracia... ¿De qué me servirían sin ella todos los bienes del mundo? Dignaos ayudarme, Señor, ya que conocéis mi flaqueza. . . El infierno no dejará de tentarme : mil asaltos prepara para hacerme otra vez su esclavo. Mas Vos, Jesús mío, no me abandonéis. Esclavo quiero ser de vuestro amor. Vos sois mi único dueño, que me ha creado, redimido y amado sin límites... Sois el único que merece amor, y a 17 Vos solo quiero amar.

PUNTO SEGUNDO
Con la muerte se acaban todas las grandezas

Felipe II, rey de España, estando a punto de morir, llamó a su hijo, y alzando el manto real con que se cubría, mostró le el pecho, ya roído de gusanos, y le dijo : Mirad, príncipe, cómo se muere y cómo acaban todas las grandezas de este mundo... Bien dice Teodoreto que la muerte no teme las riquezas, ni a los vigilantes, ni la púrpura; y que así de los vasallos como de los príncipes, se engendra la podredumbre y mana la corrupción. De suerte que todo el que muere, aunque sea un príncipe, nada lleva consigo al sepulcro. Toda su gloria acaba en el lecho mortuorio (Sal. 48, 18).

Refiere San Antonio que cuando murió Alejandro Magno exclamó un filósofo: «El que ayer hollaba la tierra, hoy es por la tierra oprimido. Ayer no le bastaba la tierra entera; hoy tiene bastante con siete palmos. Ayer guiaba por el mundo ejércitos innumerables; hoy unos pocos sepultureros le llevan al sepulcro. Mas oigamos, ante todo, lo que nos dice Dios: ¿Por qué se ensoberbece el polvo y la ceniza? (Ecli., 10, 9). ¿Para qué inviertes tus años y tus pensamientos en adquirir grandezas de este mundo? Llegará la muerte y se acabarán todas esas grandezas y todos tus designios (Salmo 145, 4).

¡Cuan preferible fue la muerte de San Pedro el ermitaño, que vivió sesenta años en una gruta, a la de Nerón, emperador de Roma! ¡ Cuánto más dichosa la muerte de San Félix, lego capuchino, que la de Enrique VIII, que vivió entre reales grandezas, siendo enemigo de Dios! 18 Pero es preciso atender a que los Santos, para alcanzar muerte semejante, lo abandonaron todo: patria, deleites y cuantas esperanzas el mundo les brindaba, y abrazaron pobre y menospreciada vida. Sepultáronse vivos sobre la tierra para no ser, al morir, sepultados en el infierno...

Mas, ¿cómo pueden los mundanos esperar muerte feliz viviendo, como viven, entre pecados, placeres terrenos y ocasiones peligrosas? Amenaza Dios a los pecadores con que en la hora de la muerte le buscarán y no lo hallarán (Jn., 7, 34). Dice que entonces no será el tiempo de la misericordia, sino el de la justa venganza (Dt., 32, 35).

Y la razón nos enseña esta misma verdad, porque en la hora de la muerte el hombre mundano se hallará débil de espíritu, oscurecido y duro de corazón por el mal que haya hecho; las tentaciones serán entonces más fuertes, y el que en vida se acostumbró a rendirse y deja e vencer, ¿cómo resistirá en

aquel trance? Necesitaría una extraordinaria y poderosa gracia divina que le mudase el corazón; pero ¿acaso Dios está obligado a dársela? ¿La habrá merecido tal vez con la vida desordenada que tuvo?... Y, sin embargo, tratase en tal ocasión de la desdicha o de la felicidad eternas... ¿Cómo es posible qué, al pensar en esto, quien crea las verdades de la fe no lo deje todo para entregarse por entero a Dios, que nos juzgará según nuestras obras?

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah Señor! ¡Cuántas noches he pasado sin vuestra gracia!... ¡En qué miserable estado se hallaba entonces mi alma!... ¡ La odiabais Vos, y ella quería vuestro odio! Condenado estaba ya al infierno; sólo faltaba que se ejecutase la sentencia... Vos, Dios mío, siempre os habéis acercado a mí, invitándome al perdón. Mas ¿quién me asegurará que ya me habéis ahora perdonado? ¿Habré de vivir, Jesús mío, con este temor hasta que vengáis a juzgarme?... Con todo el dolor que siento por haberos ofendido, mi deseo de amaros y vuestra Pasión, ¡oh Redentor mío!, me hacen esperar que estaré en vuestra gracia. Arrepiéntome de haberos ofendido, ¡oh Soberano bien!, y os amo sobre todas las cosas. Resuelvo antes perderlo todo que perder vuestra gracia y vuestro amor. Deseáis Vos que sienta alegría el corazón que os busque (1 Co., 16, 10). Detesto, Señor, las injurias que os hice; inspiradme confianza y valor. No me reprochéis más mi ingratitud, que yo mismo la conozco y aborrezco. Dijisteis que no queréis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ez., 33, 11). Pues todo lo dejo, ¡oh Dios mío!, y me convierto a Vos, y os buscó y os quiero y os amo sobre todas las cosas. Dadme vuestro amor, y nada más os pido...

¡Oh María, que sois mi esperanza, alcanzadme perseverancia en la virtud!

PUNTO TERCERO
Con la muerte se acaban los goces del mundo

A la felicidad de la vida presente llamaba David (Salmo 72, 20) un sueño de quien despierta, y comentando estas palabras, escribe un autor: «Los bienes de este mundo parecen grandes; mas nada son de suyo, y duran poco, como el sueño, que pronto desaparece.»

La idea de que todo se acaba con la muerte inspiró a San Francisco de Borja la resolución de entregarse por completo a Dios. Habíanle dado el

encargo de acompa20 ñar hasta Granada el cadáver de la emperatriz Isabel, y cuando abrieron el ataúd, tales fueron el horrible aspecto que ofreció y el hedor que despedía, que todos los acompañantes huyeron. Mas San Francisco, alumbrado por divina luz, quedóse a contemplar en aquel cadáver la vanidad del mundo, considerando cómo podía ser aquélla su emperatriz Isabel, ante la cual tantos grandes personajes doblaban reverentes la rodilla. Preguntábase qué se habían hecho de tanta majestad y tanta belleza. Así, pues, díjose a sí mismo: « ¡.En esto acaban las grandezas y coronas del mundo!... ¡No más servir a señor que se me pueda morir!...» Y desde aquel momento se consagró enteramente al amor del Crucificado, e hizo voto de entrar en Religión si antes que él moría su esposa; y, en efecto, cuando la hubo perdido, entró en la Compañía de Jesús.

Con verdad un hombre desengañado escribía en un cráneo humano: Cogitantí vilescunt omnia .. Al que en esto piensa todo le parece vil... Quien medita en la muerte no puede amar la tierra... ¿Por qué hay tanto desdichado amador del mundo? Porque no piensan en la muerte... ¡Míseros hijos de Adán!, nos dice el Espíritu Santo (Sal. 4, 3), ¿por qué no desterráis del corazón los afectos terrenos, en los cuales amáis la vanidad y la mentira? Lo que sucedió a vuestros antepasados os acaecerá también a vosotros; en vuestro mismo palacio vivieron, en vuestro lecho reposaron; ya no están allí, y lo propio os ha de suceder.

Entrégate, pues, a Dios, hermano mío, antes que llegue la muerte. No dejes para mañana lo que hoy puedes hacer (Ecc., 9, 10); porque este día de hoy pasa y no vuelve; y en el de mañana pudiera la muerte presentársete, y ya nada te permitiría hacer. Procura sin demora desasirte de lo que te aleja o pueda alejarte de Dios. Dejemos pronto con el afecto estos bienes de la tierra, antes que la muerte por fuerza nos los arrebate. ¡ Bienaventurados los que al morir están ya muertos a los afectos terrenales! (Ap., 14, 13). No temen éstos la muerte, antes bien, la desean y abrazan con alegría, porque en vez de apartarlos de los bienes que aman, los une al Sumo Bien, único digno de amor, que les hará para siempre felices.

AFECTOS Y PETICIONES

Mucho os agradezco, amado Redentor mío, que me hayáis esperado. ¡Qué hubiera sido de mí si me hubierais hecho morir cuando tan alejado me hallaba de Vos! ¡ Benditas sean para siempre vuestra misericordia y la paciencia con que me habéis tratado!... Os doy fervientes gracias por los

dones y luces con que me habéis enriquecido... Entonces no os amaba ni me cuidaba de que me amaseis. Ahora os amo con toda el alma, y mi mayor pena es el haber desagradado a vuestra infinita bondad. Atorméntame ese dolor: ¡ dulce tormento, que me trae la esperanza de que me hayáis perdonado! ¡Ojalá hubiera muerto mil veces, dulcísimo Salvador mío, antes de haberos ofendido!... Me estremece el temor de que en lo futuro pudiera volver a ofenderos. .. ¡Ah, Señor! Enviadme la muerte más dolorosa que hubiere antes de que otra vez pierda vuestra gracia. 22 Esclavo fui del infierno; ahora vuestro siervo soy, ¡oh Dios de mi alma!... Dijisteis que amaríais a quien os amase... Pues yo os amo; soy vuestro y Vos sois mío... Y como pudiera perderos en lo por venir, sólo os pido la gracia de que me hagáis morir antes que de nuevo os pierda... Y si tantos beneficios me habéis dado sin que yo los pidiera, no puedo temer me neguéis este que os pido ahora. No permitáis, pues, que os pierda. Concededme vuestro amor, y nada más deseo

¡Oh María, esperanza mía, interceded por mi!

TERCERA CONSIDERACIÓN

BREVEDAD DE LA VIDA

Quae est vita vestra? Vapor est
ad módicu parens..
¿Qué es vuestra vida? Vapor es
que aparece por un poco tiempo.
Jac., IV, 15.

PUNTO PRIMERO
La muerte viene pronto

¿Qué es nuestra vida?... Es como un tenue vapor que el aire dispersa y al punto acaba. Todos sabemos que hemos de morir. Pero muchos se engañan, figurándose la muerte tan lejana como si jamás hubiese de llegar.

Mas, como nos advierte Job, la vida humana es brevísima: El hombre viviendo breve tiempo, brota como flor, y se marchita. Manda el Señor a Isaías que anuncie esa misma verdad: Clama —le dice— que toda carne es heno...; verdaderamente, heno es él pueblo: secóse el heno y cayó la flor (Is., 40, 6-7). Es, pues, la vida del hombre como la de esa planta. Viene la muerte, sécase el heno, acábase la vida, y cae marchita la flor de las grandezas y bienes terrenos. Corre hacia nosotros velocísima la muerte, y

nosotros en cada instante hacia ella corremos (Jb., 9, 25). Todo este tiempo en que escribo —dice San Jerónimo— se quitade mi vida. Todos morimos, y nos deslizamos coma sobre la tierra el agua, que no se vuelve atrás (2 Reg., 14, 14). Ved cómo corre a la mar aquel arroyuelo; sus corrientes aguas no retrocederán. Así, hermano mío, pasan tus días y te acercas a la 24 muerte. Placeres, recreos, faustos, elogios, alabanzas, todo va pasando... ¿Y qué nos queda?... Sólo me resta el sepulcro (Jb., 17, 1). Seremos sepultados en la fosa, y allí habremos de estar pudriéndonos, despojados de todo.

En el trance de la muerte, el recuerdo de los deleites que en la vida disfrutamos y de las honras adquiridas sólo servirá para acrecentar nuestra pena y nuestra desconfianza de obtener la eterna salvación... ¡Dentro de poco, dirá entonces el infeliz mundano, mi casa, mis jardines, esos muebles preciosos, esos cuadros, aquellos trajes, no serán ya para mí! Sólo me resta el sepulcro. ¡Ah! ¡Con dolor profundo mira entonces los bienes de la tierra quien los amó apasionadamente! Pero ese dolor no vale más que para aumentar el peligro en que está la salvación. Porque la experiencia nos prueba que tales personas apegadas al mundo no quieren ni aun en el lecho de la muerte que se les hable sino de su enfermedad, de los médicos a que pueden consultar, de los remedios que pudieran aliviarlos. Y apenas se les dice algo de su alma, se entristecen de improviso y ruegan que se les deje descansar, porque les duele la cabeza y no pueden resistir la conversación. Si por acaso quieren contestar, se confunden y no saben qué decir. Y a menudo, si el confesor les da la absolución, no es porque los vea bien dispuestos, sino porque no hay tiempo que perder. Así suelen morir los que poco piensan en la muerte.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah Señor mío y Dios de infinita majestad! Me avergüenzo de comparecer ante vuestra presencia. ¡Cuántas veces he injuriado vuestra honra, posponiendo vuestra gracia a un mísero placer, a un ímpetu de rabia, a un poco de barro, a un capricho, a un humo leve!

Adoro y beso vuestras llagas, que con mis pecados he abierto; mas por ellas mismas esperó mi perdón y salud. Dadme a conocer, ¡oh Jesús!, la gravedad de la ofensa que os hice, siendo como sois la fuente de todo bien, dejándoos para saciarme de aguas pútridas y envenenadas.

¿Qué me resta de tanta ofensa sino angustia, remordimiento de conciencia y méritos para el infierno? Padre, no soy digno de llamarme hijo tuyo (Lc.,

15, 21). No me abandones, Padre mío; verdad es que no merezco la gracia de que me llames tu hijo. Pero has muerto para salvarme... Habéis dicho, Señor: Volveos a Mi y Yo me volveré a vosotros (Zac., 1, 3). Renuncio, pues, a todas las satisfacciones. Dejo cuantos placeres pudiera darme el mundo, y me convierto a Vos. Por la sangre que por mi derramasteis, perdonadme, Señor, que yo me arrepiento de todo corazón de haberos ultrajado. Me arrepiento y os amo más que todas las cosas. Indigno soy de amaros; mas Vos, que merecéis tanto amor, no desdeñéis el de un corazón que antes os desdeñaba. Con el fin de que os amase, no me hicisteis morir cuando yo estaba en pecado.. Deseo, pues, amaros en la vida que me reste, y no amar a nadie más que a Vos. Ayudadme, Dios mío; concededme el don de la perseverancia y vuestro santo amor.

¡Oh María, refugio mío, encomendadme a Jesucristo.

PUNTO SEGUNDO
La vida es corta: luego los vienes de este mundo son pura vanidad

Exclamaba el rey Exequias: Mi vida ha sido cortada como por tejedor. Mientras se estaba aún formando, me cortó (Is., 38, 12). ¡ Oh, a cuántos que están tramando la tela de su vida, 26 ordenando y persiguiendo previsoramente sus mundanos designios, los sorprende la muerte y lo rompe todo! Al pálido resplandor de la última luz se oscurecen y roban todas las cosas de la tierra: aplausos, placeres, grandezas y galas... ¡Gran secreto de la muerte! Ella sabe mostrarnos lo que no ven los amantes del mundo. Las más envidiadas fortunas, las mayores dignidades, los magníficos triunfos, pierden todo su esplendor cuando se les contempla desde el lecho de muerte. La idea de cierta falsa felicidad que nos habíamos forjado se trueca entonces en desdén contra nuestra propia locura. La negra sombra de la muerte cubre y oscurece hasta las regias dignidades.

Ahora las pasiones nos presentan los bienes del mundo muy diferentes de lo que son. Mas la muerte los descubre y muestran como son en sí humo, fango, vanidad y miseria. .. ¡Oh Dios! ¿De qué sirven después de la muerte las riquezas, dominios y reinos, cuando no hemos de tener más que un ataúd de madera y una mortaja que apenas baste para cubrir el cuerpo? ¿De qué sirven los honores, si sólo nos darán un fúnebre cortejo o pomposos funerales, que si el alma está perdida, de nada le aprovecharán? ¿De qué

sirve la hermosura del cuerpo, si no quedan más que gusanos, podredumbre espantosa y luego un poco de infecto polvo?

Me ha puesto como por refrán del vulgo, y soy delante de ellos un escarmiento (Jb., 17, 6). Muere aquel rico, 27 aquel gobernante, aquel capitán, y se habla de él en dondequiera. Pero si ha vivido mal, vendrá a ser murmurado del pueblo, ejemplo de la vanidad del mundo y de la divina justicia, y escarmiento de muchos. Y en la tumba confundido estará con otros cadáveres de pobres. Grandes y pequeños allí están (J., 3, 18). ¿Para qué le sirvió la gallardía de su cuerpo, si luego no es más que un montón de gusanos? ¿Para qué la autoridad que tuvo, si los restos mortales se pudrirán en el sepulcro, y si el alma está arrojada a las llamas del infierno? ¡Oh, qué desdicha ser para los demás objeto de estas reflexiones, y no haberlas uno hecho en beneficio propio!

Convenzámonos, por tanto, de que para poner remedio a los desórdenes de la conciencia no es tiempo hábil el tiempo de la muerte, sino el de la vida. Apresurémonos, pues, a poner por obra en seguida lo que entonces no podremos hacer. Todo pasa y fenece pronto (1 Co., 7, 29). Procuremos que todo nos sirva para conquistar la vida eterna.

AFECTOS Y PETICIONES

Oh Dios de mi alma, oh bondad infinita! Tened compasión de mí, que tanto os he ofendido. Harto sabia que pecando perdería vuestra gracia, y quise perderla. ¿Me diréis, Señor, lo que debo hacer para recuperarla?... Si queréis que me arrepienta de mis pecados, de ellos me arrepiento de todo corazón, y desearía morir de dolor por haberlos cometido. Si queréis que espere vuestro perdón, lo espero por los merecimientos de vuestra Sangre. Si queréis que os ame sobre todas las cosas, todo lo dejo, renuncio a cuantos placeres o bienes puede darme el mundo, y os amo más que a todo, ¡oh amabilísimo Salvador mío! 28 Si aún queréis que os pida alguna gracia, dos os pediré: que no permitáis os vuelva a ofender; que me concedáis os ame de veras, y luego hacer de mí lo que quisiereis.

¡Oh María, esperanza de mi alma, alcanzadme estas dos gracias. Así lo espero de Vos.

PUNTO TERCERO
La vida es BREVE: luego hay que trabajar para alcanzar la muerte

¡Qué gran locura es, por los breves y míseros deleites de esta cortísima vida, exponerse al peligro de una infeliz muerte y comenzar con ella una desdichada eternidad! ¡Oh, cuánto vale aquel supremo instante, aquel postrer suspiro, aquella última escena! Vale una eternidad de dicha o de tormento. Vale una vida siempre feliz o siempre desgraciada. Consideremos que Jesucristo quiso morir con tanta amargura e ignominia para que tuviéramos muerte venturosa. Con este fin nos dirige tan a menudo sus llamamientos, sus luces, sus reprensiones y amenazas, para que procuremos concluir la hora postrera en gracia y amistad de Dios.

Hasta un gentil, Antistenes, a quien preguntaban cuál era la mayor fortuna de este mundo, respondió que era una buena muerte. ¿Qué dirá, pues, un cristiano á quien la luz de la fe enseña que en aquel trance se emprende uno de los dos caminos, el de un eterno padecer o el de un eterno gozar? Si en una bolsa hubiese dos papeletas, una con el rótulo del infierno, otra con el de la gloria, y tuvieses que sacar por suerte una de ellas para ir sin remedio a donde designase, ¿qué de cuidado no pondrías en acertar a escoger la que te llevase al Cielo? Los infelices que estuvieran condenados a jugarse la vida, ¡cómo temblarían al tirar los dados que fueran a decidir de la vida o la muerte! ¡Con qué espanto te verás próximo a aquel punto solemne en que podrás a ti mismo decirte: «De este instante depende mi vida o muerte perdurables! ¡Ahora se ha de resolver si he de ser siempre bienaventurado o infeliz para siempre! Refiere San Bernardino de Sena que cierto príncipe, estando a punto de morir, atemorizado, decía: Yo, que tantas tierras y palacios poseo en este mundo, ¡ no sé, si en esta noche muero, qué mansión iré a habitar!

Si crees, hermano mío, que has de morir, que hay una eternidad, qué una vez sola se muere, y que, engañándote entonces, el yerro es irreparable para siempre y sin esperanza de remedio, ¿cómo no te decides, desde el instante que esto lees, a practicar cuanto puedas para asegurarte buena muerte?... Temblaba un San Andrés Avelino, diciendo: «¿Quién sabe la suerte que me estará reservada en la otra vida, si me salvaré o me condenaré?...» Temblaba un San Luis Beltrán de tal manera, que en muchas noches no lograba conciliar el sueño, abrumado por el pensamiento que le decía: ¿Quién sabe si te condenarás?... ¿Y tú, hermano mío, que de tantos pecados eres culpable,

no tienes temor?... Sin tardanza, pon oportuno remedio; forma la resolución de entregarte a Dios completamente, y comienza, siquiera desde ahora, una vida que no te cause aflicción, sino consuelo en la hora de la muerte. Dedícate a la oración; frecuenta los sacramentos; apártate de las ocasiones peligrosas, y aun abandona el mundo, si necesario fuere, para asegurar tu salvación; entendiendo que cuando de esto se trata no hay jamás confianza que baste.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Cuánta gratitud os debo, amado Salvador mío!... ¿Y cómo habéis podido prodigar tantas gracias a un traidor ingrato para con Vos? Me creasteis, y al crearme veíais ya cuántas ofensas os había de hacer. Me redimisteis, muriendo por mí, y ya entonces percibíais toda la ingratitud con que había de colmaros. Luego, en mi vida del mundo, me alejé de Vos, fui como muerto, como animal inmundo, y Vos, con vuestra gracia, me habéis vuelto a la vida. Estaba ciego, y habéis dado luz a mis ojos. Os había perdido, y Vos hicisteis que os volviera a hallar. Era enemigo vuestro, y Vos me habéis dado vuestra amistad... ¡Oh Dios de misericordia!, haced que conozca lo mucho que os debo y que llore las ofensas que os hice. Véngaos de mi dándome dolor profundo de mis pecados; mas no me castiguéis privándome de vuestra gracia y amor... ¡Oh eterno Padre, abomino y detesto sobre todos los males cuantos pecados cometí ! ¡ Tened piedad de mí, por amor de Jesucristo! Mirad a vuestro Hijo muerto en la cruz, y descienda sobre mí su Sangre divina para lavar mi alma. ¡Oh Rey de mi corazón, adveniat regnum tuum! Resuelto estoy a desechar de mí todo afecto que no sea por Vos. Os amo sobre todas las cosas; venid a reinar en mi alma. Haced que os ame como único objeto de mi amor. Deseo 31 complaceros cuanto me fuere posible en el tiempo de vida que me reste. Bendecid, Padre mío, este mi deseo, y otorgadme la gracia de que siempre esté unido a Vos. Os consagro todos mis afectos, y de hoy en adelante quiero ser sólo vuestro, ¡oh tesoro mío, mi paz, mi esperanza, mi amor y mi todo! De Vos lo espero todo por los merecimientos de vuestro Hijo!

Reina Y Madre mía María, mi reina y mi Madre!, ayudadme con vuestra intercesión. Madre de Dios, rogad por mí.

CUARTA CONSIDERACIÓN

CERTIDUMBRE DE LA MUERTE

Statutum est hominibus semel
mori ad módícu parens..
Está decretado que los hom-
bres que mueren sólo una vez.
Heb. 9, 27.

PUNTO PRIMERO
Todos tenemos que morir

Escrita está la sentencia de muerte para todo el humano linaje. El hombre ha de morir. Decía San Agustín (In Salm. 12): La muerte sólo es segura; los demás bienes y males nuestros, inciertos son. No se puede saber si aquel niño que acaba de nacer será rico o pobre, si tendrá buena o mala salud, si morirá joven o viejo. Todo ello es incierto, pero es cosa indudable que ha de morir. Magnates y reyes serán también segados por la hoz de la muerte, a cuyo poder no hay fuerza que resista. Posible es resistir al fuego, al agua, al hierro, a la potestad de los príncipes, mas no a la muerte. Refiere Vicente de Beauvais que un rey de Francia, viéndose en el término de su vida, exclamó: Con todo mi poder no puedo conseguir que la muerte me espere una hora más. Cuando ese trance llega, ni por un momento podemos demorarle.

Aunque vivieres, lector mío, cuantos años deseas, ha de llegar un día, y en ese día una hora, que será la última para ti. Tanto para mí, que esto escribo, como para ti, que lo lees, está decretado el día y punto en que ni yo podré escribir ni tú leer más. ¿Quién es el hombre que vivirá y no verá la muerte? (Sal. 88, 49). Dada está la sentencia. No ha habido hombre tan necio que se haya forado la ilusión de que no ha de morir. Lo que acaeció a tus antepasados te sucederá también a ti. De cuantas personas vivían en tu patria al comenzar el pasado siglo, ni una sola queda con vida. También los príncipes y monarcas dejaron este mundo. No queda más de ellos que el sepulcro de mármol y una inscripción pomposa, que hoy nos sirve de enseñanza, patentizándonos que de los grandes del mundo sólo resta un poco de polvo detrás de aquellas losas... Pregunta San Bernardo: Dime, ¿dónde están los amadores del mundo? Y responde: Nada de ellos queda, sino cenizas y gusanos.

Preciso es, por tanto, que procuremos, no la fortuna perecedera, sino la que no tiene fin, porque inmortales son nuestras alma. ¿De qué os servirá ser felices en la tierra—-aunque no puede haber verdadera felicidad en un alma que vive alejada de Dios—, si después habréis de ser desdichados eternamente?... Ya os habéis preparado morada a vuestro gusto. Pensad que pronto tendréis que dejarla para consumiros en la tumba. Habéis alcanzado tal vez la dignidad que os eleva sobre los demás hombres. Pero llegará la muerte y os igualará con los más viles plebeyos del mundo.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Infeliz de mi!, que durante tantos años sólo he pensado en ofenderos, ¡oh Dios de mi alma !... Pasaron ya esos años; tal vez mi muerte está ya cerca, y no hallo en mí más que remordimiento y dolor. ¡Ah Señor, si os hubiese siempre servido !...¡ Cuan loco fui !... En tantos años como he vivido, en vez de granjear méritos para la otra vida, ¡ me he colmado de deudas para con la divina justicia!... Amado Redentor mío, dadme luz y ánimo para ordenar mi conciencia ahora. Quizá no esté la muerte lejos de mí, y quiero prepararme para aquel momento decisivo de mi felicidad o mi desdicha eterna. Gracias mil os doy por haberme esperado hasta ahora. Y ya que me habéis dado tiempo de remediar el mal cometido, heme aquí, Dios mío; decidme lo que deseáis que haga por Vos. ¿Queréis que me duela de las ofensas que os hice?... Me arrepiento de ellas y las detesto con toda el alma... ¿Queréis que me emplee en amaros estos años o días que me resten? Así lo haré, Señor. ¡Oh Dios mío! También más de una vez formé en lo pasado esas mismas resoluciones, y mis promesas se trocaron en otros tantos actos de traición. No, Jesús mío; no quiero ya mostrarme ingrato a tantas gracias como me habéis dado. Si ahora, al menos, no mudo de vida, ¿cómo podré en la muerte esperar perdón y alcanzar la gloria? Resuelvo, pues, firmemente dedicarme de veras a serviros desde ahora. Y Vos, Señor, ayudadme, no me abandonéis. Ya que no me abandonasteis cuando tanto os ofendía, espero con mayor motivo vuestro socorro ahora que me propongo abandonarlo todo para serviros. Permitid que os ame, ¡oh Dios, digno dé infinito amor! Admitid al traidor que, arrepentido, se postra a vuestros pies y os pide misericordia.

Os amo, Jesús mío, con todo mi corazón y más que a mi mismo. Vuestro soy; disponed de mí y de todas mis cosas como os plazca. Concededme la perseverancia en obedeceros; concededme vuestro amor, y haced de mí lo 35 que os agrade.

María, Madre, refugio y esperanza mía, a Vos me encomiendo; os entrego mi alma; rogad a Dios por mí.

PUNTO PRIMERO
A cada paso nos acercamos a la muerte

Es cierto, pues, que todos estamos condenados a muerte. Todos nacemos, dice San Cipriano, con la cuerda al cuello; y cuantos pasos damos, otro tanto nos acercamos a la muerte... Hermano mío, así como estás inscrito en el libro del bautismo, así algún día te inscribirán en el libro de los difuntos. Así como a veces mencionas a tus antepasados, diciendo: Mi padre, mi hermano, de feliz recuerdo, lo mismo dirán de ti tus descendientes. Tal y como tú has oído muchas veces que las campanas tocaban a muerto por otros, así los demás oirán que tocan por ti.

¿Qué dirías de un condenado a muerte que fuese al patíbulo burlándose, riéndose, mirando a todos lados, pensando en teatros, festines y diversiones? Y tú, ¿no caminas también hacia la muerte? ¿Y en qué piensas? Contempla en aquellas tumbas a tus parientes y amigos, cuya sentencia fue ya ejecutada. ¡Qué terror no siente el reo condenado cuando ve a sus compañeros pendientes del patíbulo y muertos ya! Mira a esos cadáveres; cada uno de ellos dice: Ayer a mí, hoy a ti. Lo mismo repiten todos los días los retratos de los que fueron tus parientes, los libros, las casas, los lechos, los vestidos que has heredado.

¡Qué extremada locura es no pensar en ajustar las cuentas del alma y no disponer los medios necesarios para alcanzar buena muerte, sabiendo que hemos de morir, que después de la muerte nos está reservada una eternidad de gozo o de tormento, y que de ese punto depende el ser para siempre dichosos o infelices! Sentimos compasión por los que mueren de repente sin estar preparados para morir, y, con todo, no tratamos de preparamos, a pesar de que lo mismo puede acaecernos. Tarde o temprano, apercibidos o de improviso, pensemos o no en ello, hemos de morir; ya toda hora y en cada instante nos acercamos a nuestro patíbulo, o sea a la última enfermedad que nos ha de arrojar fuera de este mundo.

Gentes nuevas pueblan, en cada siglo, casas, plazas y ciudades. Los antecesores están en la tumba. Y así como se acabaron para ellos tos días de la vida, así vendrá un tiempo en que ni tú, ni yo, ni persona alguna de los que vivimos ahora viviremos en este mundo. Todos estaremos en la eternidad, que será para nosotros, o perdurable día de gozo, o noche eterna

de dolor. No hay término medio. Es cierto y de fe que, al fin, nos ha de tocar uno u otro destino.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh mi amado Redentor! No me atrevería a presentarme ante Vos si no os viera en la cruz desgarrado, escarnecido y muerto por mí. Grande es mi ingratitud, pero aún es más grande vuestra misericordia. Grandísimos mis pecados, mas todavía son mayores vuestros méritos. En vuestras llagas, en vuestra muerte, pongo mi esperanza. 37 Merecí el infierno apenas hube cometido mi primer pecado. He vuelto luego a ofenderos mil y mil veces. Y Vos, no sólo me habéis conservado la vida, sino que, con suma piedad y amor, me habéis ofrecido el perdón y la paz. ¿Cómo he de temer que me arrojéis de vuestra presencia ahora que os amo y que no deseo sino vuestra gracia? Sí; os amo de todo corazón, ¡oh Señor mío!, y mi único anhelo se cifra en amaros. Os adoro y me pesa le haberos ofendido, no tanto por el infierno que merecí, como por haberos despreciado a Vos, Dios mío, que tanto me amáis.

Abrid, pues, Jesús mío, el tesoro de vuestra bondad, y añadid misericordia a misericordia. Haced que yo no vuelva a ser ingrato, y mudad del todo mi corazón, de suerte que sea enteramente vuestro, e inflamado siempre por las llamas de vuestra caridad, ya que antes menospreció vuestro amor y le trocó por los viles placeres del mundo. Espero alcanzar la gloria, para siempre amaros; y aunque allí no podré estar entre las almas inocentes, me pondré al lado de las que hicieron penitencia, deseando, con todo, amaros más todavía que aquéllas. Para gloria de vuestra misericordia, vea el Cielo cómo arde en vuestro amor un pecador que tanto os ha ofendido. Resuelvo entregarme a Vos de hoy en adelante, y pensar no más que en amaros. Auxiliadme con vuestra luz y gracia para cumplir ese deseo mío, dado también por vuestra misma bondad.

¡Oh María, Madre de perseverancia, alcanzadme que sea fiel a mi promesa!

PUNTO TERCERO
El pensamiento de la muerte debe desprendernos de las criaturas

¿Cómo, pues, tantos cristianos, ¡oh Dios!, que lo saben, lo creen, lo ven, pueden vivir tan olvidados de la muerte como si nunca tuviesen que morir?

Si después de esta vida no hubiera ni gloria ni infierno, ¿se podría pensar en ello menos de lo que ahora se piensa? De ahí procede la mala vida que llevan. Si quieres, hermano mío, vivir bien, procura en el resto de tus días vivir con el pensamiento de la muerte. ¡Oh, cuan acertadamente juzga las cosas y dirige sus acciones quien juzga y se guía por la idea de que ha de morir! (Ecl., 41, 3).

El recuerdo de la muerte, dice San Lorenzo Justiniano, hace perder el afecto a todas las cosas terrenas. Todos los bienes del mundo se reducen a placeres sensuales, riquezas y honras (1 Jn., 2, 16). Mas el que considera que en breve se reducirá a polvo y será, bajo tierra, pasto de gusanos, todos esos bienes desprecia.

Y en verdad, los Santos, pensando en la muerte, despreciaron los bienes terrenales. Por eso, San Carlos Borromeo tenía siempre en su mesa un cráneo humano para contemplarle a menudo. El Cardenal Baronio llevaba en el anillo, grabadas, estas dos palabras: Memento morí: Acuérdate de que has de morir. El venerable Pedro Ancina, Obispo de Saluzo, había escrito en un cráneo: Fui lo que eres: como soy serás. Un santo ermitaño a quien preguntaron en la hora de la muerte por qué mostraba tanta alegría, respondió: Tan a menudo he tenido fijos los ojos en la muerte, que ahora, cuando se aproxima, no veo cosa nueva.

¿Qué locura no sería la de un viajero que tratase de ostentar grandezas y lujo no mas que en los lugares por donde sólo habría de pasar, y no pensara siquiera en que luego tendría que reducirse a vivir miserablemente donde 39 hubiera de residir durante su vida toda? ¿Y no será un demente el que procura ser feliz en este mundo, donde ha de estar pocos días, y se expone a ser desgraciado en el otro, donde vivirá eternamente? Quien tiene una cosa prestada, poco afecto suele poner en ella, porque sabe que en breve ha de restituirla. Los bienes de la tierra prestados son, y gran necedad el amarlos, puesto que pronto los hemos de dejar. La muerte de todo nos despoja. Y todas nuestras propiedades y riquezas acaban con el último suspiro, con el funeral, con el viaje al sepulcro. Pronto cederás a otros la casa que labraste, y la tumba será morada de tu cuerpo hasta el día del juicio, en el cual pasará al cielo o al infierno, donde ya el alma le habrá precedido.

AFECTOS Y PETICIONES

¿Todo, pues, se ha de acabar para mí en la hora de la muerte? Nada me quedará, ¡oh Dios mío!, más que lo poco que haya hecho por vuestro amor.

¿A qué aguardo?... ¿A que la muerte venga y me halle tan mísero y cargado de culpas como estoy ahora? Si en este instante muriese, moriría con angustiosa inquietud y baño descontento de la vida pasada... No, Jesús mío, no quiero morir así. Yo os agradezco el haberme dado tiempo para amaros y llorar mis faltas. Desde ahora mismo deseo comenzar. Me pesa de todo corazón el haberos ofendido y os amo sobre todas las cosas, ¡oh Sumo Bien!, más que a mi propia vida. Me entrego del todo a Vos, Jesús mío; os abrazo y uno a mi corazón, y desde ahora os encomiendo mi alma (Sal. 30, 6). No quiero esperar para dárosla a que se le 40 ordene salir de este mundo. Ni quiero guardar mi súplica para cuando me llaméis. ¡Oh Jesús, sé mi Salvador! ¡Sálvame ahora, perdonándome y dándome la gracia de tu santo amor! ¿Quién sabe si esta consideración que hoy he leído ha de ser el último aviso que me dais y la postrera de vuestras misericordias para conmigo? Tended la mano, Amor mío, y sacadme del fango de mi tibieza. Dadme eficaz fervor y amorosa obediencia a cuanto queráis de mí. ¡Oh Eterno Padre!, por amor de Jesucristo, concededme la santa perseverancia y el don de amaros..., de amaros mucho en la vida que me reste.

¡Oh María, Madre de misericordia!, por el amor que a vuestro Jesús tuvisteis, alcanzadme esas dos gracias de perseverancia y amor.

QUINTA CONSIDERACIÓN

INCERTIDUMBRE DE LA HORA DE LA MUERTE

Estote parati, quia qua hora non putatís, Filius hominis veniet
Estad prevenidos, porque a la hora que menos pensáis vendrá el Hijo del Hombre.
Lc., 12, 40.

PUNTO PRIMERO
La hora de la muerte nos es desconocida

Certísimo es que todos hemos de morir, mas no sabemos cuándo. Nada hay más cierto que la muerte —dice el idiota—, pero nada más incierto que la hora de la muerte. Determinados están, hermano mío, el año, el mes, el día, la hora y el momento en que tendrás que dejar este mundo y entrar en la eternidad; pero nosotros lo ignoramos. Nuestro Señor Jesucristo, con el fin de que estemos siempre bien preparados, nos dice que la muerte vendrá

como ladrón oculto y de noche (1 Ts., 5, 2). Otras veces nos exhorta a que estemos vigilantes, porque cuando menos lo pensemos vendrá Él mismo a juzgarnos (Lc., 12,40). Decía San Gregorio que Dios nos encubre para nuestro bien la hora de la muerte, con objeto de que estemos siempre apercibidos a morir. Y puesto que la muerte en todo tiempo y en todo lugar puede arrebatarnos, menester es —dice San Bernardo— que si queremos bien morir y salvarnos, estemos esperándola en todo lugar y en todo tiempo.

Nadie ignora que ha de morir; pero el mal está en que muchos miran la muerte tan a lo lejos, que la pierden de vista. Hasta los ancianos más decrépitos y las personas más enfermizas se forjan la ilusión de que todavía han de vivir tres o cuatro años. Yo, al contrario, digo que debemos considerar cuántas muertes repentinas vemos to42 dos los días. Unos mueren caminando, otros sentándose, otros durmiendo en su lecho. Y seguramente ninguno de éstos creía que iba a morir tan de improviso, en aquel día en que murió. Afirmo, además, que de cuantos en este año murieron en su cama, y no de repente, ninguno se figuraba que acabaría su vida dentro del año. Pocas muertes hay que no sean improvisas.

Así, pues, cristianos, cuando el demonio os provoca a pecar con el pretexto de que mañana os confesaréis, decidle: ¿Qué sé yo si hoy será el último de mi vida? Si esa hora, si ese momento en que me apartase de Dios fuese el postrero para mí, y ya no hubiese tiempo de remediarlo, ¿qué seria de mí en la eternidad? ¿A cuántos pobres pecadores no ha sucedido que al recrearse con envenenados manjares los ha salteado la muerte y enviado al infierno? Como los peces en el anzuelo, así serán cogidos los hombres en el tiempo malo (Ecl., 9, 12). El tiempo malo es propiamente aquel en que el pecador está ofendiendo a Dios. Y si el demonio os dice que tal desgracia no ha de sucederos, respondedle vosotros: «Y si me sucediere, ¿qué será de mí por toda la eternidad ?»

SÚPLICAS Y PETICIONES

Señor, el lugar en que yo debía estar ahora no es en éste que me hallo, sino el infierno, tantas veces merecido por mis pecados. Mas San Pedro me adviene que Dios espera con paciencia por amor a nosotros, no queriendo que perezca ninguno, sino que todos se conviertan a penitencia (2 P., 3, 9). De suerte que Vos mismo, Señor, habéis tenido conmigo paciencia extremada y me habéis sufrido porque no queréis que me pierda, sino que,

arrepentido y penitente, me convierta a Vos. Sí, Dios mío, a Ti vuelvo; me postro a tus plantas y te pido misericordia.

Para perdonarme, ha de ser, Señor, vuestra piedad grande y extraordinaria (Sal. 50, 3), porque os he ofendido a sabiendas. Otros pecadores os han ofendido también, pero no disfrutaban de las luces que me habéis otorgado. Y con todo eso, todavía me mandáis que me arrepienta de mis culpas y espere vuestro perdón. Duélame, carísimo Redentor mío, me pesa de todo corazón de haberos ofendido, y espero que me perdonaréis por los merecimientos de vuestra Pasión. Vos, Jesús mío, siendo inocente, quisisteis, como reo, morir en una cruz y derramar toda vuestra Sangre para lavar mis culpas. ¡Oh inocente Sangre, lava las etapas de un penitente! ¡Oh Eterno Padre, perdonadme por amor a Cristo Jesús! Atended sus súplicas ahora que, como abogado mío, os ruega por mí. Mas no me basta el perdón, ¡oh Dios, digno de amor infinito!; deseo además la gracia dé amaros. Os amo, ¡oh Soberano Bien!, y os ofrezco para siempre mi cuerpo, mi alma, mi voluntad. Quiero evitar en lo sucesivo no sólo las faltas graves, sino las más leves, y huir de toda mala ocasión. Ne nos inducas in tentationem. Libradme, por amor a Jesús, de cualquiera ocasión en que pudiera ofenderos. Sed libera nos a malo. Libradme del pecado, y castigadme luego como quisiereis. Acepto cuantas enfermedades, dolores y trabajos os plazca enviarme, con tal que no pierda vuestro amor y gracia. Y pues prometisteis dar lo que os pidiere (Jn., 16, 24), yo os demando sólo la perseverancia y vuestro amor.

¡Oh María, Madre de misericordia, rogad por mi, que confío en Vos!

PUNTO SEGUNDO
Siendo incierta la hora de la muerte, Menester es estar siempre preparado

No quiere el Señor que nos perdamos, y por eso, con la amenaza del castigo, no cesa de advertirnos que mudemos de vida. Si no os convirtiereis, vibrará su espada (Sal. 7, 13). Mirad —dice en otra parte— a cuántos desdichados, que no quisieron enmendarse, los sorprendió de improviso la muerte, cuando menos la esperaban, cuando vivían en paz, preciándose de que aún duraría su vida largos años. Dísenos también: Si no hiciereis penitencia, todos igualmente pereceréis (Lc., 13, 3) ¿Por qué tantos avisos del castigo antes de enviárnosle, sino porque quiere que nos corrijamos y

evitemos la mala muerte? Quien avisa que nos guardemos, no tiene intención de matamos, dice San Agustín.

Preciso es, pues, preparar nuestras cuentas antes que llegue el día de rendirlas. Si en la noche de hoy debieras morir, y, por tanto, hubiera de quedar en ella sentenciada la causa de tu eterna vida, ¿estarías bien preparado? ¿Qué no daríais, quizá, por obtener de Dios un año, un mes, siquiera un día más de tregua? Pues ¿por qué ahora, ya que Dios te concede tiempo, no arreglas tu conciencia? ¿Acaso no puede ser éste tu último día? No tardes en convertirte al Señor, y no lo dilates de día en día, porque su ira vendrá de improviso, y en el tiempo de la venganza te perderá (Ecl, 5, 8-9). Para salvarte, hermano mío, debes abandonar el pecado. Y si algún día has de abandonarle, ¿por qué no le dejas ahora mismo? ¿Esperas, tal vez, a que se acerque la muerte? Pero este instante no es para los obstinados tiempo de perdón, sino de venganza. En el tiempo de la venganza te perderá.

Si alguien os debe una considerable suma, pronto tratáis de asegurar el pago, haciendo que el deudor firme un resguardo escrito; porque decís: «¿Quién sabe lo que puede suceder?» ¿Por que, pues, no usáis de tanta precaución tratándose del alma, que vale mucho más que el dinero? ¿Cómo no decís también: «¿Quién sabe lo que puede ocurrir?» Si perdéis aquella suma, no lo perdéis todo; y aun cuando al perderla nada os quedase de vuestro patrimonio, aún os quedaría la esperanza de recuperarle otra vez. Mas si al morir perdiereis el alma, entonces sí que verdaderamente lo habréis perdido todo, sin esperanza de remedio. Harto cuidáis de anotar todos los bienes que poseéis por temor de que se pierdan si sobreviniere una muerte imprevista. Y si esta repentina muerte os acaeciese no estando en gracia de Dios, ¿qué seria de vuestras almas en la eternidad?

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah Redentor mío! Habéis derramado toda vuestra Sangre, habéis dado la vida por salvar mi alma, y yo ¡Cuántas veces la he perdido, confiando en vuestra misericordia! De suerte que me he valido de vuestra misma bondad para ofenderos, mereciendo que me hicieseis morir y me arrojarais al infierno. Hemos, pues, competido a porfía: Vos, a fuerza de piedad; yo, a fuerza de pecados; Vos, viniendo a mí; yo, huyendo de Vos; Vos, dándome tiempo de remediar el mal que hice; yo, valiéndome de ese tiempo para añadir injuria 46 sobre injuria. Dadme, Señor, a conocer la gran ofensa que os he hecho y la obligación que tengo de amaros. Ah Jesús mío! ¿Cómo

podéis haberme amado tanto, que venís a buscarme cuando yo os menospreciaba? ¿Cómo disteis tantas gracias a quien de tal modo os ofendió? De todo ello infiero cuánto deseáis que no me extravíe y pierda. Duéleme de haber ultrajado a vuestra infinita bondad. Acoged, pues, a esta ingrata ovejuela que vuelve a vuestros pies. Recibidla y ponedla en vuestros hombros para que no huya más.

No quiero apartarme de Vos, sino amaros y ser vuestro. Y con tal de serio, gustoso aceptaré cualquier trabajo. ¿Qué pena mayor pudiera afligirme que la de vivir sin vuestra gracia, alejado de Vos, que sois mi Dios y Señor, que me creó y murió por mí? ¡Oh, malditos pecados!, ¿qué habéis hecho? Por vosotros ofendí a mi Salvador, que tanto me amó... Así como Vos, Jesús mío, moristeis por mí, así debiera yo morir por Vos. Fuisteis muerto por amor. Yo debiera serlo por el dolor de haberos agraviado. Acepto la muerte cómo y cuándo os plazca enviármela. Mas ya que hasta ahora poco o nada os he amado, no quisiera morir así. Dadme vida para que os ame antes de morir. Y para eso mudad mi corazón, heridle, inflamadle en vuestro santo amor. Hacedlo así, Señor, por aquella ardentísima caridad que os llevó a morir por mí... Os amo con toda mi alma, enamorada de Vos. No permitáis que os pierda otra vez. Dadme la santa perseverancia... Dadme vuestro amor.

¡María Santísima, Madre y refugio mío, sed mi abogada e intercesora!

PUNTO TERCERO
Cuánto arriesga la salvación eterna el que demora prepararse para la muerte

Estote parati. No dice el Señor que nos preparemos cuando llegue la muerte, sino que estemos preparados. En el trance de morir, en medio de aquella tempestad y confusión es casi imposible ordenar una conciencia enredada. Así nos lo muestra la razón. Y así nos lo advirtió Dios, diciendo que no vendrá entonces a perdonar, sino a vengar el desprecio que hubiéremos hecho de su gracia (Ro., 12. 19). Justo castigo —dice San Agustín—será el que no pueda salvarse cuando quisiere quien cuando pudo no quiso. Quizá diga alguno: ¿Quién sabe? Tal vez podrá ser que entonces me convierta y me salve... Pero ¿os arrojaríais a un pozo diciendo: ¿Quién sabe?, ¿podrá ser que me arroje aquí, y que, sin embargo, quede vivo y no muera? ¡Oh Dos mío!, ¿qué es esto? ¡Cómo nos ciega el pecado y nos hace

perder hasta la razón! Los hombres, cuando se trata del cuerpo, hablan como sabios y como locos si del alma se trata.

¡Oh hermano mío! ¿Quién sabe si este último punto que lees será el postrer aviso que Dios te envía? Preparémonos sin demora para la muerte, a fin de que no nos halle inadvertidos. San Agustín (Hom., 13) dice que el Señor nos oculta la última hora de la vida con objeto de que todos los días estemos dispuestos a morir.

San Pablo nos avisa (Fil. 2, 12) que debemos procurar la salvación no sólo temiendo, sino temblando. Refiere San Antonino que cierto rey de Sicilia, para manifestar a un privado el gran temor con que se sentaba en el trono, le hizo sentar a la mesa bajo una espada qué pendía de un hilo sutilísimo sobre la cabeza, de suerte que el convidado, viéndose de tal modo, apenas pudo tomar un poco de alimento. Pues todos estamos en igual peligro, ya que en cualquier instante puede caer en nosotros la espada de la muerte, resolviendo el negocio 48 de la eterna salvación.

Se trata de la eternidad. Si el árbol cayera hacia el Septentrión o hada el Mediodía, en cualquier lugar en que cayere, allí quedará (Ecl., 11, 3). Si al llegar la muerte, nos halla en gracia, ¿qué alegría no sentirá el alma, viendo que todo lo tiene seguro, que no puede ya perder a Dios, y que por siempre será feliz? Mas si la muerte sorprende el ánima en pecado, ¡ qué desesperación tendrá el pecador, al decir: En error caí (Sb., 5, 6), y mi engaño eternamente quedará sin remedio! Por ese temor decía el Santo P. M. Avila, apóstol de España, cuando se le anunció que iba a morir: ¡Oh, si tuviera un poco más de tiempo para prepararme a la muerte! Por eso mismo, el abad Agatón, aunque murió después de haber hecho penitencia muchos años, decía: ¿Qué será de mí? ¿Quién sabe los juicios de Dios? También San Arsenio tiembla en la hora de su muerte; y como sus discípulos le preguntaran por qué temía tanto: Hijos míos—les respondió—«o es en mí nuevo ese temor; lo tuve siempre en toda mi vida. Y aún más temblaba el santo Job, diciendo: ¿Qué haré cuando Dios se levante para juzgarme, y qué le responderé cuando me interrogue? Lib. 3, De Lib. Arb.

AFECTOS Y SÚPLICAS

¡Oh Dios mío! ¿Quién me ha amado más que Vos? ¿Y quién os ha despreciado y ofendido más que yo? ¡ Oh Sangre, oh llagas de Cristo, mi esperanza sois! Eterno Padre, no miréis mis pecados. Mirad las llagas de Cristo Jesús; mirad a vuestro Hijo muy amado, que muere por mí de dolor y

os pide que me perdonéis. 49 Pésame más que de todo mal, Creador mío, de haberos injuriado. Me creasteis para que os amase, y he vivido como si hubiese sido creado para ofenderos. Por amor a Jesucristo, perdonadme y otorgadme la gracia de amaros. Si antes resistí a vuestra santa voluntad, ahora no quiero más resistir, sino hacer cuanto me ordenéis. Y pues mandáis que me resuelva a no ofenderos, hago el firme propósito de perder mil veces la vida antes que vuestra gracia. Me mandáis que os ame con todo mi corazón; pues de todo corazón os amo, y a nadie quiero amar, sino a Vos. Desde hoy seréis el único amado de mi alma, mi único amor. Os pido el don de la perseverancia y de Vos lo espero. Por el amor a Jesús, haced que yo sea siempre fiel, y pueda decir con San Buenaventura: Uno solo es mí Amado; uno sólo es mí amor. No, no quiero que me sirva la vida para ofenderos, sino para llorar las ofensas que os hice y para amaros mucho.

¡Oh María. Madre mía, que rogáis por cuantos a Vos se encomiendan, rogad también a Jesús por mí!

SEXTA CONSIDERACIÓN

CERTIDUMBRE DE LA MUERTE

Angustia superveniente, requirtrit pacem et non erit; conturbatio super conturbationem veniet.
Sobreviniendo la aflicción, buscarán la paz y no la habrá; turbación sobre turbación vendrá.
Ez., 7, 25-26.

PUNTO PRIMERO
El pecador buscará a Dios en la muerte y no le hallará

Rechazan los pecadores la memoria y el pensamiento de la muerte, y procuran hallar la paz (aunque jamás la obtienen) viviendo en pecado. Mas cuando se ven cerca de la eternidad y con las angustias de la muerte, no les es dado huir del tormento de la mala conciencia, ni hallar la paz que buscan, porque ¿cómo ha de hallarla un alma llena de culpas, que como víboras la muerden ¿De qué paz podrán gozar pensando que en breve van a comparecer ante Cristo Juez, cuya ley y amistad han despreciado? Turbación sobre turbación vendrá (Ez. 7, 26). El anuncio de la muerte ya recibido, la idea de que ha de abandonar para siempre todas las cosas de este mundo, el remordimiento de la conciencia, el tiempo perdido, el tiempo que falta, el

rigor del juicio de Dios, la infeliz eternidad que espera al pecador, todo esto forma tempestades horribles, que abruman y confunden el espíritu y aumentan la desconfianza. Y así, confuso y desesperado, pasará el moribundo a la otra vida.

Abrahán, confiando en la palabra divina, esperó en Dios contra toda humana esperanza, y adquirió por ello mérito insigne (Ro., 4, 18). Mas los pecadores, por des dicha suya, desmerecen y yerran cuando tejieran, no sólo contra toda racional esperanza, sino contra la fe, puesto que desprecian las amenazas que Dios dirige a los obstinados. Temen la mala muerte, pero no temen llevar mala vida. Y, además, ¿quién les asegura que no morirán de repente, como heridos por un rayo? Y aunque tuvieren en ese trance tiempo dé convertirse, ¿quién les asegura de que verdaderamente se convertirán? Doce años tuvo que combatir San Agustín para vencer sus inclinaciones malas. Pues ¿cómo un moribundo que ha .tenido casi siempre manchada la conciencia podrá fácilmente hacer una verdadera conversión, en medio de los dolores, de los vahídos de cabeza y de la confusión de la muerte? Digo verdadera conversión, porque no bastará entonces decir y prometer con los labios, sino que será preciso que palabras y promesas salgan del corazón ¡Oh Dios, qué confusión y espanto no serán los del pobre enfermo que haya descuidado su conciencia cuando se vea abrumado de culpas, del temor del juicio, del infierno y de la eternidad! ¡Cuan confuso y angustiado le pondrán tales pensamientos cuando se halle desmayado, sin luz en la mente y combatido por el dolor de la muerte ya próxima! Se confesará, prometerá, gemirá, pedirá a Dios perdón, más sin saber lo que hace. Y, en medio de esa tormenta de agitación, remordimiento, afanes y temores, pasará a la otra vida (Jb., 34, 20). Bien dice un autor que las súplicas, llanto y promesas del pecador moribundo son como los de quien estuviere asaltado por un enemigo que le hubiere puesto un puñal al pecho para arrebatarle la vida. ¡Desdichado del que sin estar en gracia de Dios pasa del lecho a la eternidad!

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh llagas de Jesús! Vosotras sois mi esperanza. Desesperaría yo del perdón de mis culpas y de alcanzar mi eterna salvación si no os mirase como fuente de gracia y de misericordia, por medio de la cual Dios derramó toda su Sangre para lavar mi alma de tantos pecados como ha cometido. Yo os adoro, pues, ¡oh sacrosantas llagas!, y en vosotras confío. Mil veces detesto y maldigo aquellos indignos placeres con que ofendí a mi Redentor y

miserablemente perdí su amistad. Mas al contemplaros renace mi esperanza, y se encaminan a vosotras todos mis afectos. ¡Oh amantísimo Jesús!, merecéis que los hombres todos os amen con todo su corazón; y aunque yo tanto os he ofendido y despreciado vuestro amor, Vos me habéis sufrido y piadosamente invitado a que busque perdón. ¡Ah Salvador mío, no permitáis que vuelva a ofenderos y que me condene! ¡Qué tormento sufriría yo en el infierno al ver vuestra Sangre y los actos de misericordia que por mí hicisteis! Os amo, Señor, y quiero amaros siempre. Dadme la perseverancia; desasid mi corazón de todo amor que no sea el vuestro, e infundid en mi alma firme deseo y verdadera resolución de amar desde ahora sólo a Vos, mi Sumo Bien.

¡Oh María, Madre amorosa, guiadme hacia Dios, y haced que yo sea suyo por completo antes que muera!

PUNTO SEGUNDO
De los tormentos del pecador moribundo

No una sola, sino muchas, serán las angustias del pobre pecador moribundo. Atormentado será por los demonios, porque estos horrendos enemigos despliegan en este trance toda su fuerza para perder el alma que está a punto de salir de esta vida. Conocen que les queda poco tiempo para arrebatarla, y que si entonces la pierden, jamás será suya.

No habrá allí uno solo, sino innumerables demonios, que rodearán al moribundo para perderle. (Is., 13, 21). Dirá uno: «Nada temas, que sanarás.» Otro exclamará: «Tú, que en tantos años no has querido oír la voz de Dios, ¿esperas que ahora tenga piedad de ti?» «¿Cómo —preguntará otro—podrás resarcir los daños que hiciste, devolver la fama que robaste?» Otro, por último, te dirá: «¿No ves que tus confesiones fueron todas nulas, sin dolor, sin propósitos? ¿Cómo es posible que ahora las renueves?» Por otra parte, se verá el moribundo rodeado de sus culpas. Estos pecados, como otros tantos verdugos —dice San Bernardo—, le tendrán asido, y le dirán: «Obra tuya somos, y no te dejaremos. Te acompañaremos a la otra vida, y contigo nos presentaremos al Eterno Juez.»

Quisiera entonces el que va a morir librarse de tales enemigos y convertirse a Dios de todo corazón. Pero el espíritu estará lleno dé tinieblas y el corazón endurecido. El corazón duro mal se hallará a lo último; y quien ama el peligro, en él perece (Ecl., 3, 27). Afirma San Bernardo que el corazón obstinado en el mal durante la vida se esforzará en salir del estado

de condenación, pero no llegará a librarse de él; y oprimido por su propia maldad, en el mismo estado acabará la vida. Habiendo amado el pecado, amaba también el peligro de la condenación. Por eso permitirá justamente el Señor que perezca en ese peligro, con el cual quiso vivir hasta la muerte. San Agustín dice que quien no abandona el pecado antes que el pecado le abandone a él, difícilmente podrá en la hora de la muerte detestarle como es debido, pues todo lo que hiciere entonces, a la fuerza lo hará.

¡Cuan infeliz el pecador obstinado que resiste a la voz divina! El ingrato, en vez de rendirse y enternecerse por el llamamiento de Dios, se endurece más, como el yunque por los golpes del martilló (Jb.,41, 15). Y en justo castigo de ello, así seguirá en la hora de morir, a las puertas de la eternidad. El corazón duro mal se hallará al fin, Por amor a las criaturas —dice el Señor—, los pecadores me volvieron la espalda. En la muerte recurrirán a Dios y Dios les dirá: «¿Ahora recurrís a Mí? Pedid auxilio a las criaturas, ya que ellas han sido vuestros dioses» (Jer., 2, 28). Esto dirá el Señor, pues aunque acudan a Él, no será con afecto de verdadera conversión. Decía San Jerónimo que él tenía por cierto, según la experiencia se lo manifestaba, que no alcanzaría buen fin el que hasta el fin hubiera tenido mala vida.

AFECTOS Y PETICIONES

Ayudadme y no me abandonéis, amado Salvador mío! Veo mi alma llena de pecados: las pasiones me violentan, las malas costumbres me oprimen. A vuestros pies me postro. Tened piedad de mí, y libradme de tanto mal. En Ti, Señor, esperé; no sea confundido eternamente (Sal. 30, 2). No permitáis que se pierda un alma que en Vos confía (Sal. 73, 19). Me pesa de haberos ofendido, ¡oh infinita Bondad! Confieso que he cometido muchas faltas, y a toda costa quiero enmendarme. Mas, si no me socorréis con vuestra gracia, perdido me veré.

Acoged, señor, a este rebelde que tanto os ha ultrajado. Pensad que os he costado la Sangre y la vida. Pues por los merecimientos de vuestra Pasión y muerte, recibidme en vuestros brazos y concededme la santa perseverancia. Ya estaba perdido y me llamasteis. No he de resistir más, y me consagro a Vos. Unidme a vuestro amor, y no permitáis que me pierda otra vez al perder vuestra gracia. ¡Jesús mío, no lo permitáis!

¡No lo permitáis, oh María, reina de mi alma; enviadme la muerte, y aun mil muertes, antes que vuelva a perder la gracia de vuestro Hijo!

PUNTO TERCERO
Dios amenaza al pecador con una mala muerte

¡Cosa digna de admiración! Dios no cesa de amenazar al pecador con el castigo de la mala muerte. «Entonces me llamarán, y no oiré (Pr., 1, 28). ¿Por ventura oirá Dios su clamor cuando viniere sobre él la angustia? (Jb.,27, 9). Me reiré en vuestra muerte y os escarneceré (Pr., 1, 26). El reír de Dios es no querer usar de su misericordia. «Mía es la venganza, y Yo les daré el pago a su tiempo, para que resbale su pie» (Dt., 32, 35). Lo mismo dice en otros lugares; y, con todo, los pecadores viven tranquilos y seguros, como si Dios les hubiese prometido para la hora de la muerte el perdón y la gloria.

Sabido es que, cualquiera que fuere la hora en que el pecador se convierta, Dios lo perdonará, como tiene ofrecido. Mas no ha dicho que en el trance de morir se convertirá el pecador. Antes bien, muchas veces ha repetido que quien vive en pecado, en pecado morirá (Jn., 8, 21, 24), y que si en la muerte le busca, no le encontrará (Jn.,7, 34). Menester es, por tanto, buscar a Dios cuando es posible hallarle (Is., 55, 6), porque vendrá un tiempo en que no le podremos hallar. ¡Pobres pecadores! ¡Pobres ciegos que se contentan con la esperanza de convertirse a la hora de la muerte, cuando ya no podrán! Dice San Ambrosio: Los impíos no aprendieron a obrar bien sino cuando ya no era tiempo. Dios quiere salvarnos a todos; pero castiga a los obstinados.

Si a cualquier infeliz que estuviese en pecado le asaltase repentino accidente que le privara de 'sentido, ¡ qué compasión no excitaría en cuantos le vieran a punto de muerte sin recibir sacramentos ni dar muestras de contricción! ¡Y qué júbilo tendrían todos luego si aquel hombre volviera en sí y pidiese la absolución de sus culpas e hiciese actos de arrepentimiento! Mas ¿no es un loco el que, teniendo tiempo de hacer todo esto, sigue viviendo en pecado, o vuelve a pecar y se pone en riesgo de que le sorprenda la muerte cuando tal vez no pueda arrepentirse? Nos espanta el ver morir a alguien de repente, y con todo, muchos se exponen voluntariamente a morir así estando en pecado.

Pesados están en fiel balanza los juicios del Señor (Pr., 16, 11). Nosotros no llevamos cuenta de las gracias que Dios nos da; pero Él las cuenta y mide, y cuando las ve despreciadas en los límites que fija su justicia, abandona al pecador a sus pecados, y así le deja morir... ¡Desdichado del

que difiere la conversión hasta el día postrero! La penitencia que se pide a un enfermo, enferma es, dice San Agustín. Y San Jerónimo decía que de cien mil pecadores que vivan en pecado hasta que les llegue la muerte, apenas si uno se salvará. San Vicente Ferrer afirmaba que la salvación de uno de ésos sería milagro mayor que la resurrección de un muerto.

¿Qué arrepentimiento se puede esperar en la muerte del que hubiere vivido amando el pecado, hasta aquel instante? Refiere San Belarmino que, asistiendo a un moribundo y habiéndole exhortado a que hiciera un acto de contrición, le respondió el enfermo que no sabia lo que era contrición. Procuró San Belarmino explicárselo, pero el enfermo dijo: «Padre, no lo entiendo, ni estoy ahora capaz de esas cosas.» Y así falleció, «dando visibles señales de su condenación», como San Belarmino dejó escrito. Justo castigo del pecador—dice San Agustín — será que al morir se olvide de sí mismo el que en la vida se olvidó de Dios.

No queráis engañaros —nos dice el Apóstol (Ga., 6, 7)—. Dios no puede ser burlado. Parque aquello que sembrare el hombre, eso también segará. Y asi, el que siembra en su carne segará corrupción. Seria burlarse de Dios el vivir despreciando sus leyes y alcanzar después eterna recompensa y gloria. «Pero Dios no puede ser burlado.» Lo que en esta vida se siembra, en la otra se recoge. El que siembra acá vedados placeres carnales, no recogerá luego más que corrupción, miseria y muerte perdurables.

Cristiano, hermano mío, lo que para otros se dice, también se dice para ti, si te vieras a punto de morir, desahuciado de los médicos, privado el uso de los sentidos y agonizando ya, ¿cuánto no rogarías a Dios que te concediese un mes, una semana más de vida para arreglar la cuenta de tu conciencia? Pues Dios te concede ahora ese tiempo, dale mil gracias, remedia pronto el mal que has hecho y acude a todos los medios precisos para estar en gracia cuando la muerte llegue, porque entonces ya no habrá tiempo de remediarlo

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah Dios mío! ¿Quién, sino Vos, pudiera haber tenido toda la paciencia que para conmigo habéis usado? Si no fuese infinita vuestra bondad, yo desconfiaría de alcanzar perdón. Pero mi Dios murió para perdonarme y salvarme; y pues me ordena que tenga esperanza, en Él esperaré. Si mis pecados me espantan y condenan, vuestros merecimientos y promesas me infunden valor. Prometisteis la vida de la gracia a quien vuelva a vuestros brazos. Convertíos y vivid (Ez., 18, 32), Prometisteis abrazar al que a Vos

acudiere. Volveos a Mí y Yo me volveré a vosotros (Zac., 1, 3). Dijisteis que no despreciaríais al que se arrepintiera y humillase (Sal. 50, 19). Pues heme aquí, Señor; a Vos vuelvo y recurro; confiésome merecedor de mil infiernos y me arrepiento de haberos ofendido. Ofrezco firmemente no más ofenderos y amaros siempre. No permitáis que sea en adelante ingrato a tanta bondad. Padre Eterno, por los méritos de la obediencia de Jesucristo, que murió por obedeceros, haced que yo obedezca a vuestra voluntad hasta la muerte. Os amo, Sumo Bien mío, y por el amor que os tengo quiero obedeceros en todas las cosas. Dadme la santa perseverancia; dadme vuestro amor, y nada más os pido.

María, Madre mía, interceded por mí.

---

(1) Luis de granada, De la oración y consideración. Prólogo.

(2) El tema era corriente en los predicadora anteriores a San Alfonso y en sus coetáneos, aunque algún escritor oponía sus reservas; de estas últimas no debe prescindir nadie, ni prescindía San Alfonso, cuyas ideas en este punto han de armonizarse con sus demás enseñanzas sobre la gracia. Cf. Tellería*, San Alfonso María de Ligorio,* I, Madrid. 1950. p. 666-667.

(3) San Alfonso, *Breve Istruzione sugli esercizi di míssione,* Napoli, 1760. p. 150.

(4) Luis de granada, 1. cit., *Epístola* preliminar.

(5) Preparación para la muerte, traducida por don Joaquín Roca y Cornet, Barcelona (2ª ed.), Pons y Compañía, 1846, p. 7-12. En total, las ediciones castellanas hechas en España suman una veintena; las de París, una decena; las catalanas, media docena.

(6) No es de San Bernardo, sino de autor incierto .

(7) San Alfonso llevaba de frente en el telar ambas obras. El 31 de diciembre de 1758 escribía a su editor veneciano, Remondini: “He dado remate al libro sobre la *Muerte*... No se lo mando, porque quiero remitírselo junto con el libro acerca de la *Oración*, que no ha salido aún, pero que se halla en prensa” (*Lett*., III, Roma, 1890, p. 84).

SÉPTIMA CONSIDERACIÓN

SENTIMIENTOS DE UN MORIBUNDO NEGLIGENTE QUE APENAS HA PENSADO EN LA MUERTE

Dispone domui tuae, quia morieris tu, et non vives
Dispón de tu casa, porque vas a morir y estás al fin de tu vida.
Is., 38. I

PUNTO PRIMERO
Terror y remordimiento del pecador moribundo

Imagina que estás junto a un enfermo a quien quedan pocas horas de vida. ¡Pobre enfermo! Mirad cómo le oprimen y angustian los dolores, desmayos, sofocaciones y falta de respiración y el sudor glacial y el desvanecimiento, hasta el punto de que apenas siente, ni entiende, ni habla. Y su mayor desdicha consiste en que, estando ya próximo a la muerte, en vez de pensar en su alma y apercibir la cuenta para la eternidad, sólo trata de médicos y remedios que le libren de la dolencia que le va matando. No son capaces de pensar más que en si mismos, dice San Lorenzo Justiniano al hablar de tales moribundos. Pero ¿a lo menos, los parientes y amigos le manifestarán el peligroso estado en que se halla? No; no hay entre todos ellos quien se atreva a darle la nueva de la muerte y advertirle que debe recibir los santos sacramentos. Todos rehuyen el decírselo para no molestarle! (¡Oh Dios mío!, gracias mil os doy porque en la hora de la muerte haréis que me asistan mis queridos hermanos de mi Congregación, los cuales, sin otro interés que el de mi salvación, me ayudarán todos a bien morir.) Entre tanto, y aunque no se le haya dado anuncio de la muerte, el pobre enfermo, al ver la confusión de la familia, las discusiones de los médicos, los varios, frecuentes y heroicos remedios a que acuden, se llena de angustia v de terror, entre continuos asaltos de temores, desconfianza y remordimientos, y duda si habrá llegado el fin de sus días. ¿Qué no sentirá cuando, al cabo, reciba la noticia de que va a morir? Arregla las cosas de tu casa, porque morirás y no vivirás. (Is., 38, 1). ¡Qué pena tendrá al saber que su

enfermedad es mortal, que es preciso reciba los sacramentos, se una con Dios y vaya despidiéndose del mundo! ¡Despedirse del mundo! Pues ¿cómo? ¿Ha de despedirse de todo: de la casa, de la ciudad, de los parientes, amigos, conversaciones, juegos, placeres?... Sí, de todo. Diríase que ante el notario, ya presente, se escribe esa despedida con la fórmula: Dejo a tal persona; dejo. Y consigo ¿ qué llevará? Sólo una pobre mortaja, que poco a poco se pudrirá con el muerto en la sepultura. ¡Oh, qué turbación y tristeza traerán al moribundo las lágrimas de la familia, el silencio de los amigos, que, mudos cerca de él, ni aun aliento tienen para hablar! Mayor angustia le darán los remordimientos de la conciencia, vivísimos entonces por lo desordenado de la vida, después de tantos llamamientos y divinas luces, después de tantos avisos dados por los padres espirituales, y de tantos propósitos hechos, mas no cumplidos o presto olvidados. «¡Pobre de mí—dirá el moribundo—, que tantas luces recibí de Dios, tanto tiempo para arreglar mi conciencia, y no lo hice! ¡Y ahora me veo en el trance de la muerte! ¿Qué me hubiera costado huir de aquella ocasión, apartarme de aquella amistad, confesarme todas las semanas? Y aunque mucho me hubiese costado, ¿no hubiera debido hacerlo todo para salvar mi alma, que más que todo importa? ¡Oh, si hubiera puesto por obra aquella buena resolución que forme, si hubiera seguido como empecé entonces, qué contento estaría ahora! Mas no lo hice, y ya no es tiempo de hacerlo...» Los sentimientos de esos moribundos que en vida olvidaron su conciencia se asemejan a los del condenado que, sin fruto ni remedió, llora en el infierno sus pecados como causa de su castigo.

AFECTOS Y PETICIONES

Estos son, Señor, los sentimientos y angustias que tendría si en este instante me anunciaran mi próxima muerte. Os doy fervientes gracias por esta enseñanza y por haberme dado tiempo para enmendarme. No quiero, Dios mío, huir más de Vos. Bastantes veces me habéis buscado, y si ahora resisto y no me entrego a Vos, fundadamente debo temer que me abandonaréis para siempre. Con el fin de que os amara, formasteis mi corazón; mas yo le empleé mal, amando a las criaturas y no a Vos, Creador y Redentor mío, que disteis por mí la vida. No sólo dejé de amaros, sino que mil veces os he menospreciado y ofendido, y sabiendo que el pecado os disgustaba en extremo, no vacilé en cometerle. ¡Oh Jesús mío, de todo ello me arrepiento, y de todo corazón aborrezco lo malo! ¡ Mudar quiero de vida, renunciando a todos los placeres mundanos para sólo a Vos amar y servir,

oh Dios de mi alma! Y pues me habéis dado grandes muestras de vuestro amor, quisiera yo ofreceros antes de mi muerte algunas del mío. Acepto desde ahora todas las enfermedades y cruces que me enviéis, todos los trabajos y desprecios que de los hombres recibiere. Dadme fuerzas para sufrirlo en paz, por amor a Vos, como deseo. Os amo, bondad infinita; os 62 amo sobre todas las cosas. Aumentad mi amor y concededme la santa perseverancia. ¡María, mi esperanza, ruega a Jesús por mí!

PUNTO SEGUNDO
Vanos deseos del pecador moribundo

¡Oh, cómo en el trance de la muerte brillan y resplandecen las verdades de la fe para mayor tormento del moribundo que haya vivido mal; sobre todo si ha sido persona consagrada a Dios y tenido, por tanto, más facilidad y tiempo de servirle, más inspiración y mejores ejemplos! ¡Oh Dios, qué dolor sentirá al pensar y decirse: he amonestado a los demás y he obrado peor que ellos; dejé el mundo, y he vivido luego aficionado a la vanidad y amor del mundo! ¡Qué remordimiento tendrá al considerar que con las gracias que Dios le dio, no ya un cristiano, sino un gentil, se hubiera santificado! ¡Cuan no será su pena recordando que ha menospreciado las prácticas piadosas, como hijos de la flaqueza de espíritu, y alabado ciertas mundanas máximas, frutos de la estimación y amor propios, como el de no humillarse, ni mortificarse, ni rehuir los esparcimientos que se ofrecían! El deseo de los pecadores perecerá (Sal. 111, 10).

¡Cuánto desearemos en la muerte el tiempo que ahora perdemos! Refiere San Gregorio en sus Diálogos que había un tal Crisancio, hombre rico, de malas costumbres, el cual, en la hora de la muerte, dirigiéndose a los enemigos que visiblemente se le presentaban para arrebatarle, exclamaba: ¡Dadme tiempo, dadme tiempo hasta mañana! Y ellos le respondían: «¡Insensato!, ¿ahora pides tiempo? ¿No le tuviste y perdiste y le empleaste en pecar? ¿Y le pides ahora, cuando ya no le hay para ti?» El desdichado seguía pidiendo a voces socorro y auxilio. Hallábase allí cerca de él un monje, hijo suyo, llamado Máximo, y el moribundo decía: ¡Ayúdame, hijo mío; Máximo, ampárame! Y entre tanto, con el rostro como de llamas, revolvíase furioso en el lecho, hasta que, así agitándose y gritando desesperado, expiró miserablemente(1).

Ved cómo esos insensatos aman su locura mientras viven; pero en la muerte abren los ojos y reconocen su pasada demencia. Mas sólo les sirve

eso para acrecentar su desconfianza de poner remedio al daño. Y muriendo así, dejan gran incertidumbre sobre su salvación. Creo, hermano mío, que al leer este punto te dirás a ti mismo que esto es gran verdad. Pues si así es, harto mayor sería tu locura si, conociendo estas verdades, no te enmendases a tiempo.

Esto mismo que acabas de leer sería para ti en la hora de la muerte como un nuevo cuchillo de dolor.

Animo, pues; ya que estáis a tiempo de evitar muerte tan espantosa, acudid pronto al remedio, sin esperar como ocasión oportuna la que no ha de ofrecer ninguna esperanza. No la dejéis para otro mes ni otra semana. ¿Quién sabe si esta luz que Dios, por su misericordia., os concede será la luz postrera, el último llamamiento que os da? Necedad es no querer pensar en la muerte, que es segura, y de la cual depende la eternidad. Pero aún es necedad mayor el pensar en la muerte y no prepararse para bien morir. Haced ahora las reflexiones y resoluciones que haríais si estuvieseis en ese trance. Lo que ahora hiciereis lo haréis con fruto, y en aquella hora será en vano. Ahora, con esperanza de salvaros; entonces, con desconfianza de alcanzar salvación. Al despedirse de Carlos V un gentilhombre[2] que abandonaba el mundo para dedicarse a servir a Dios, preguntóle el emperador por qué causa dejaba la corte. Y aquél respondió: «Es necesario para salvarse que entre la vida desordenada y la hora de la muerte haya un espacio de penitencia.»

AFECTOS Y PETICIONES

No, Dios mío; no quiero abusar más de vuestra misericordia. Os doy gracias por las luces con que me ilumináis ahora, y prometo mudar de vida, conociendo que no podéis soportar ya mi ingratitud. ¿Habré de esperar acaso a que me enviéis al infierno, o me abandonéis a una vida relajada, castigo mayor que la muerte misma?

A vuestros pies me postro para rogaros que me recibáis en vuestra gracia. Harto sé que no lo merezco, pero Vos, Señor, dijisteis: En cualquier día en que el impío se convirtiere, la impiedad no le dañará (Ez., 33, 12). Si en lo pasado, Jesús mío, ofendí vuestra infinita bondad, hoy me arrepiento de todo corazón, esperando que me perdonaréis. Diré con San Anselmo: No permitáis, Señor, que se pierda mi alma por sus pecados, ya que la redimisteis con vuestra Sangre. Ni miréis mi ingratitud, sino el amor que os

hizo morir por mí, pues aunque he perdido vuestra gracia, Vos, Señor, no habéis perdido el poder de devolvérmela. ¡Tened compasión de mi, oh amado Redentor mío! Perdonadme y dadme la gracia de amaros. Yo os ofrezco que sólo a Vos he de amar. Y pues me elegisteis para otorgarme vuestro amor, yo os elijo, oh Soberano Bien, para amaros sobre todos los bienes... Cargado con la cruz me precedisteis; yo os seguiré con la cruz que os plazca enviarme, abrazando los trabajos y mortificaciones que me deis. Bástame para gozo de mi espíritu el que no me privéis de vuestra gracia.

¡María Santísima, esperanza mía, alcanzadme la perseverancia y la gracia de amar a Dios, y nada más os pido!

PUNTO TERCERO
Espantosos temores del pecador moribundo

Para el moribundo que haya vivido sin acordarse del bien de su alma, espinas serán todas las cosas que se le vayan presentando. Espinas la memoria de los pasados deleites, de los triunfos y vanidades mundanos. Espinas la presencia de los amigos que le visiten y las cosas que al verlos recuerde. Espinas los padres espirituales que le asistan, y los sacramentos que debe recibir de Confesión, Comunión y Extremaunción; hasta el crucifijo que le presenten será como espina de remordimiento, porque leerá en la santa imagen el pobre moribundo cuan mal ha correspondido al amor de un Dios que murió por salvarle.

«¡Grande fue mi locura! —se dirá el enfermo—. Pudiera haberme santificado con las luces y medios que el Señor me dio; pudiera haber tenido vida dichosísima en gracia de Dios, y ahora, ¿qué me resta después de tantos años perdidos, sino desconfianza y angustia y remordimientos de conciencia, y cuentas terribles que dar a Dios? ¡Difícil es la salvación de mi alma!»

¿Y cuándo hará tales reflexiones? Cuando se va a extinguir la lámpara de la vida y a finalizar la escena de este mundo, cuando se halle ante las dos eternidades de gloria o desdicha, y esté a punto de exhalar el último suspiro, de que dependen la bienaventuranza o desesperación perdurables, eternas, mientras Dios sea Dios.

¡Cuánto daría entonces por disponer de otro año, de otro mes, siquiera de una semana de tiempo, en sano juicio, porque en aquel estado de enfermedad, aturdida la mente, oprimido el pecho, alterado el corazón, nada

puede hacer, nada meditar, ni conseguir que el abatido espíritu lleve a cabo un acto meritorio ¡Hállase como hundido en una profunda sima de confusión, donde nada percibe sino la inmensa ruina que le amenaza y la incapacidad de ponerle remedio. Pedirá tiempo. Pero se le dirá: *Proficiscere*: Sal presto, ajusta tus cuentas lo mejor que puedas en este breve espacio de tiempo, y ... parte sin demora. ¿No sabes que la muerte no concede treguas ni respeta a nadie?

¡Oh, con qué terror se dirá el enfermo: «Esta mañana vivo aún; a la tarde quizá esté muerto! Hoy me hallo en mi aposento acostumbrado; mañana estaré en la sepultura, y mi alma, ¿dónde estará?». ¡Qué espanto cuando preparen la luz de la agonía; cuando surja el yerto sudor de la muerte; cuando oiga disponer que la familia salga de la estancia mortuoria y no vuelva a entrar; cuando comience a turbársele la vista, y, por último, cuando enciendan la luz que ha de brillar en el postrer instante de la vida. ¡Oh luz bendita, cuántas verdades descubrirás entonces ! ¡Por ti, cuan diferentes de como ahora se nos muestran veremos las cosas del mundo! ¡Cómo patentizarás que todas ellas son vanidad, locura y mentira! Mas ¿de qué servirá entender esas verdades, cuando ya no hay tiempo de aprovecharse de esa enseñanza?

AFECTOS Y PETICIONES

Vos, Señor, no queréis mi muerte, sino qué me convierta y viva. Profunda gratitud me inspiran vuestra paciencia en esperarme hasta ahora y las gracias que me habéis otorgado. Conozco el error que cometí al posponer vuestra amistad a los viles y míseros bienes por los cuales os he menospreciado. Duéleme de ello de todo corazón por haberos de tal modo ofendido.

No dejéis, pues, de asistirme con vuestras luces y gracia en el tiempo de vida que me reste, a fin de que pueda conocer y practicar lo que debo hacer para la enmienda de mi vida. ¿Qué provecho tendría si alcanzase tales verdades cuando no fuera ya tiempo oportuno de acudir al remedio? No entregues a las bestias las almas que te alaban. (Sal. 73, 19). Cuando el demonio me provoque a ofenderos de nuevo, os ruego, ¡oh Jesús! por los merecimientos de vuestra Pasión, que me libréis de caer en pecado y de volver a la esclavitud del enemigo. Haced que entonces y siempre acuda a Vos, y que a Vos no cese de encomendarme mientras dure la tentación. Vuestra Sangre es mi esperanza y vuestra bondad mis amores. Os amo, Dios mío, digno de amor infinito, y haced que os ame siempre y que conozca las

cosas de que debo apartarme para ser todo vuestro, como deseo. Dadme Vos fuerzas para lograrlo.

Y Vos, Reina del Cielo y Madre mía, rogad por este pecador. Concededme que en las tentaciones no deje de acudir a Jesús, y a Vos, que con vuestra intercesión libráis de caer en pecado a cuantos piden vuestro auxilio.

OCTAVA CONSIDERACIÓN

MUERTE DEL JUSTO

Pretiosa In conspectu Domini
mors sanctorum ejus.
Preciosa es a los ojos del Señor
la muerte de sus santos.

Ps., 115, 15.

PUNTO PRIMERO
La muerte del justo es el término de sus trabajos

Mirada la muerte a la luz de este mundo, nos espanta e inspira temor; pero con la luz de la fe es deseable y consoladora. Horrible parece a los pecadores; mas a los justos se muestra preciosa y amable. «Preciosa —dice San Bernardo— como fin de los trabajos, corona de la victoria, puerta de la vida».

Y en verdad, la muerte es término de penas y trabajos. El hombre nacido de mujer, vive corto tiempo y está colmado de muchas miserias (Jb., 14, 1). Así es nuestra vida tan breve como llena de miserias, enfermedades, temores y pasiones. Los mundanos, deseosos de larga vida —dice Séneca (Ep., 101)—, ¿qué otra cosa buscan sino más prolongado tormento? Seguir viviendo— exclama San Agustín —es seguir padeciendo. Porque —como dice San Ambrosio (Ser. 45)— la vida presente no nos ha sido dada para reposar, sino para trabajar, y con los trabajos merecer la vida eterna; por lo cual, con razón afirma Tertuliano que, cuando Dios abrevia la vida de alguno, acorta su tormento. De suene que, aunque la muerte fue impuesta al hombre por castigo del pecado, son tantas y tales las miserias de esta vida, que —como dice San Ambrosio— más parece alivio al morir que no castigo.

Dios llama bienaventurados a los que mueren en gracia, porque se les acaban los trabajos y comienzan a descansar. «Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor.» «Desde hoy —dice el Espíritu Santo (Ap., 14, 13)— que descansen de sus trabajos.»

Los tormentos que afligen a los pecadores en la hora de la muerte no afligen a los Santos. «Las almas de los justos están en mano de Dios, y no los tocará el tormento de la muerte» (Sb., 3,1). No temen los Santos aquel mandato de salir de esta vida que tanto amedrenta a los mundanos, ni se afligen por dejar los bienes terrenos, porque jamás tuvieron asido a ellos el corazón. «Dios de mi corazón —repitieron siempre—; Dios mío por toda la eternidad» (Salmo, 72, 26) «¡Dichosos vosotros¡ —escribía el Apóstol a sus discípulos, despojados de sus bienes por confesar a Cristo—. Con gozo llevasteis que os robasen vuestras haciendas, conociendo que tenéis patrimonio más excelente y duradero» (He., 10, 34). No se afligen los Santos a dejar las honras mundanas, porque antes las aborrecieron ellos y las tuvieron, como son, por humo y vanidad, y sólo estimaron la honra de amar a Dios y ser amados de Él. No se afligen al dejar a sus padres, porque sólo en Dios los amaron, y al morir los dejan encomendados a aquel Padre celestial que los ama más que a ellos; y esperando salvarse, creen que mejor los podrán ayudar desde el Cielo que en este mundo. En suma: todos los qué han dicho siempre en la vida Dios mío y mi todo, con mayor consuelo y ternura lo repetirán al morir.

Quien muere amando a Dios no se inquieta por los dolores que consigo lleva la muerte; antes bien se complace en ellos, considerando que ya se le acaba la vida y el tiempo de padecer por Dios y de darle nuevas pruebas de amor; así, con afecto y paz, le ofrece los últimos restos del plazo de su vida y se consuela uniendo el sacrificio de su muerte con el que Jesucristo ofreció por nosotros en la cruz a su Eterno Padre. De este modo muere dichosamente, diciendo: «En su seno dormiré y descansaré en paz» (Sal. 4, 9). ¡Oh, qué hermosa paz, morir entregándose y descansando en brazos de Cristo, que nos amó hasta la muerte, y que quiso morir con amargos tormentos para alcanzarnos muerte consoladora y dulce

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh amado Jesús mío, que para darme muerte feliz quisisteis sufrir muerte cruelísima en el Calvario! ¿Cuándo lograré veros? La primera vez que os vea será cuando me juzguéis en el momento de expirar. ¿Qué os diré

entonces? Y Vos, ¿qué me diréis? No quiero esperar a que llegue tal instante para pensar en ello; quiero meditarlo ahora.

Os diré: Señor: Vos, amado Redentor mío, sois el que murió por mi... Tiempo hubo en que os ofendí y fui ingratísimo para con Vos e indigno de perdón. Mas luego, ayudado por vuestra gracia, procuré enmendarme, y en el resto de mi vida lloré mis pecados, y Vos me perdonasteis. Perdonadme de nuevo ahora que estoy a vuestros pies, y otorgadme Vos mismo absolución general de mis culpas. No merecía volver a amaros por haber despreciado vuestro amor. Mas Vos, Señor, por vuestra misericordia atrajisteis mi corazón, que si no os ha amado como merecéis, os amó sobre todas las cosas, desasiéndose de ellas para complaceros. ¿Qué me diréis ahora?

Veo que la gloría, el contemplaros en vuestro reino, es altísimo bien de que no soy digno; mas espero que no viviré alejado de Vos, especialmente ahora que me habéis mostrado vuestra excelsa hermosura. Os busco en el Cielo, no para más gozar, sino para mejor amaros. Ni quiero tampoco entrar en esa patria de santidad y verme entre aquellas, almas purísimas, manchado como estoy ahora por mis culpas. Haced que antes me purifique, pero no me apartéis para siempre de vuestra presencia. Bástame que algún día, cuando lo disponga vuestra santa voluntad, me llaméis a la gloria para que allí cante eternamente vuestras alabanzas. Entre tanto, amado Jesús mío, dadme vuestra bendición y decidme que soy vuestro, que seréis siempre mío, que os amaré y me amaréis perdurablemente. Ahora, Señor, voy lejos de Vos, a las llamas purificadoras ; pero voy gozoso, porque allí he de amaros, Redentor mío, mi Dios y mi todo. Gozoso voy; mas sabed que en ese tiempo en que he de estar lejos de Vos, esa separación temporal será mi mayor pena. Contaré, Señor, los instantes hasta que me llaméis. Tened compasión de un alma que os ama con todas sus fuerzas y que suspira por veros para más amaros.»

Espero, Jesús mío, que así os podré hablar. Mientras tanto, os pido la gracia de vivir de tal modo que pueda deciros entonces lo que ahora he pensado. Concededme la santa perseverancia, otorgadme vuestro amor y auxiliadme Vos.

¡Oh María, Madre de Dios, rogad a Jesús por mí!

PUNTO SEGUNDO

La muerte de los justos es su completa victoria

Limpiará Dios toda lágrima de los ojos de ellos, y la muerte no será ya más (Ap., 21, 4). En la hora de la muerte enjugará Dios de los ojos de sus siervos las lágrimas que hubieren derramado en esta vida, en medio de los trabajos, temores, peligros y combates con el infierno. Y lo que más consolará a un alma amante de su Dios cuando sepa que llega la muerte será el pensar que pronto ha de estar libre de tanto peligro de ofender a Dios como hay en el mundo, de tanta tribulación espiritual y de tantas tentaciones del enemigo. La vida temporal es una guerra continua contra el infierno, en la cual siempre estamos en riesgo grandísimo de perder a Dios y a nuestra alma. Dice San Ambrosio que en este mundo caminamos constantemente entre asechanzas del enemigo, que tiende lazos a la vida de la gracia. Este peligro hacía temblar a San Pedro de Alcántara cuando ya estaba agonizando: «Apartaos, hermano mío —dirigiéndose a un religioso que, al auxiliarle, le tocaba con veneración—, apartaos, pues vivo todavía, y aún hay peligro de que me condene.» Por eso mismo se regocijaba Santa Teresa cada vez que oía sonar la hora del reloj, alegrándose de que ya hubiese pasado otra hora de combate, porque decía: «Puedo pecar y perder a Dios en cada instante de mi vida.» De aquí que todos los Santos sentían consuelo al conocer que iban a morir, pues pensaban que presto se acabarían las batallas y riesgos y tendrían segura la inefable dicha de no poder ya perder a Dios jamás.

Refiérese en la vida de los Padres que uno de ellos, en extremo anciano, hallándose en la hora de la muerte, reíase mientras sus compañeros lloraban, y como le preguntaran el motivo de su gozo, respondió: «Y vosotros, ¿por qué lloráis, cuando voy a descansar de mis trabajos?». También Santa Catalina de Sena dijo al morir: «Consolaos conmigo, porque dejo esta tierra de dolor y voy a la patria de paz.» Si alguno —dice San Cipriano— habitase en una casa cuyas paredes estuvieran para desplomarse, cuyo pavimento y techo se bambolearan y todo ello amenazase ruina, ¿no desearía mucho salir de ella? Pues en esta vida todo amenaza la ruina del alma: el mundo, el infierno, las pasiones, los sentidos rebeldes, todo la atrae hacia el pecado y la muerte eterna. ¿Quién me librará —exclamaba el Apóstol (Ro., 7, 24)— de este cuerpo de muerte? ¡Oh, qué alegría sentirá el alma cuando oiga decir: «Ven, esposa mía; sal del lugar del llanto, de la cueva de los leones que quisieran devorarte y hacerte perder la gracia divina» (Cant., 4, 8). Por esto San Pablo (Fil., 1, 21), deseando morir, decía que Jesucristo era su única vida, y que

estimaba la muerte como la mayor ganancia que pudiera alcanzar, ya que por ella adquiría la vida que jamás tiene fin.

Gran favor hace Dios al alma que está en gracia llevándosela de este mundo, donde pudiera no perseverar y perder la amistad divina (Sb., 4, 11). Dichoso en esta vida es el que está unido a Dios; pero así como el navegante no puede tenerse por seguro mientras no llegue al puerto y salga libre de la tormenta, así no puede el alma ser verdaderamente feliz hasta que salga de esta vida en gracia de Dios. Alaba la ventura del caminante; pero cuando haya llegado al puerto —dice San Ambrosio—. Pues si el navegante se alegra cuando, libre de tantos peligros, se acerca al puerto deseado, ¿cuánto más no debe alegrarse el que este próximo a asegurar su salvación eterna?

Además, en este mundo no podemos vivir sin culpas, por lo menos leves; porque siete veces caerá el justo (Pr., 24, 16). Mas quien sale de esta vida mortal, cesa de ofender a Dios. ¿Qué es la muerte —dice el mismo Santo— sino el sepulcro de los vicios? Por eso los que aman a Dios anhelan vivamente morir. Por eso, el venerable Padre Vicente Caraffa consolábase al morir diciendo : Al acabar mi vida, acaban mis ofensas a Dios. Y el ya citado San Ambrosio decía: ¿Para qué deseamos esta vida, si cuanto más larga fuere, mayor peso de pecados nos abruma? El que fallece en gracia de Dios alcanza el feliz estado de no saber ni poder ofenderle más. El muerto no sabe pecar. Por tal causa, el Señor alaba más a los muertos que a los vivos, aunque fueren santos (Ecl., 4, 2). Y aún no ha faltado quien haya dispuesto que, en el trance de la muerte, le dijese al que fuese a anunciársela: «Alégrate, que ya llega el tiempo en que no ofenderás más a Dios.»

AFECTOS Y PETICIONES

«En tus manos encomiendo mi espíritu. Tú me has redimido, Señor. Dios de la verdad» (Sal, 30, 6). ¡Oh dulce Redentor mío! ¿Qué sería de mí si me hubieras enviado la muerte cuando me hallaba apartado de Vos? Estaría en el infierno, donde no podría amaros. Inmensa es mi gratitud porque no me habéis abandonado y por las innumerables gracias que me habéis concedido para que os entregue mi corazón. Duéleme de haberos ofendido, os amo sobre todas las cosas, y os ruego que siempre me deis a conocer el mal que cometí despreciándoos, y el grande amor que merece vuestra infinita bondad. Os amo, y si así os agrada, deseo morir pronto para librarme del peligro de volver a perder vuestra santa gracia, y para estar seguro de amaros eternamente.

Dadme, pues, ¡oh amado Jesús!, dadme, en el tiempo que me queda de vida, esfuerzo y ánimo para serviros en algo antes que llegue la muerte. Dadme fortaleza para vencer la tentación y las pasiones, sobre todo aquellas que en la vida pasada más me movieron a ofenderos. Dadme paciencia para sufrir las enfermedades y las ofensas que el prójimo me hiciere. Yo, por vuestro amor, perdono a los que me han ofendido, y os suplico que les otorguéis las gracias que desearen. Dadme también mayor esfuerzo para ser diligente y evitar las faltas veniales que a menudo cometo. Auxiliadme, Salvador mío; todo lo espero de vuestros méritos.

Y toda mi confianza pongo en vuestra intercesión, ¡oh María, mi Madre y mi esperanza!

PUNTO TERCERO
La muerte del justo es la puerta de la vida verdadera

No solamente es la muerte fin de los trabajos, sino también puerta de la vida, como dice San Bernardo. Necesariamente, debe pasar por esa puerta el que quisiere entrar a ver a Dios (Sal. 117, 20). San Jerónimo rogaba a la muerte y le decía: «¡Oh muerte, hermana mía; si no me abres la puerta no puedo ir a gozar de la presencia de mi Señor» (Cant., 5, 2). San Carlos Borromeo, viendo en uno de sus aposentos un cuadro que representaba un esqueleto con la hoz en la mano, llamó al pintor y le mandó que borrase aquella hoz y pintase en su lugar una llave de oro, queriendo así inflamarse más en el deseo de morir, porque la muerte nos abre el Cielo para que veamos a Dios.

Dice San Juan Crisóstomo que si un rey tuviese pre76 parada para alguno suntuosa habitación en la regia morada, y por de pronto le hiciese vivir en un establo, ¡cuan vivamente debería de desear este hombre el salir del establo para habitar en el real alcázar! Pues en esta vida, el alma justa, unida al cuerpo mortal, se halla como en una cárcel, de donde ha de salir para morar en el palacio de los Cielos; y por esa razón decía santo Rey David (Sal. 141, 8): «Saca mi alma de la prisión.» Y el santo anciano Simeón, cuando tuvo en sus brazos al Niño Jesús, no supo pedirle otra gracia que la muerte, a fin de verse libre de la cárcel de esta vida: «Ahora, Señor, despide a tu siervo» (Lc., 2, 29), «es decir —advierte San Ambrosio—, pide ser despedido, como si estuviese por fuerza». Idéntica gracia deseó el Apóstol, cuando decía (Fil., 1, 23): Tengo deseo de ser desatado de la carne y estar con Cristo.

¡Cuánta alegría sintió el copero de Faraón al saber por José que pronto saldría de la prisión y volvería al ejercicio de su dignidad! Y un alma que ama a Dios, ¿no se regocijará al pensar que en breve va a salir de la prisión de este mundo y que irá a gozar de Dios? Mientras vivimos aquí unidos al cuerpo estamos lejos de ver a Dios y cómo en tierra ajena, fuera de nuestra patria; y así, con razón, dice San Bruno que nuestra muerte no debe de llamarse muerte, sino vida. De eso procede el que suela llamarse nacimiento a la muerte de los Santos, porque en ese instante nacen a la vida celestial que no tendrá fin. «Para el justo—dice San Atanasio—no hay muerte, sino tránsito, pues para ellos el morir no es otra cosa que pasar a la dichosa eternidad «¡Oh muerte amable!—exclama San Agustín—. ¿Quién no te deseará, puesto que eres fin de los trabajos, término de las angustias, principio del descanso eterno?» Y con vivo anhelo añadía: ¡Ojalá muriese, Señor, para poder veros!

Tema la muerte el pecador —dice San Cipriano—, porque de la vida temporal pasará a la muerte eterna, mas no el que, estando en gracia de Dios, ha de pasar de la muerte a la vida. En la historia de San Juan el Limosnero se refiere que de cierto hombre rico recibió el Santo grandes limosnas y la súplica de que pidiera a Dios vida larga para el único hijo que aquél tenía. Mas el hijo murió poco después. Y como el padre se lamentaba de esa inesperada muerte, Dios le envió un ángel, que le dijo: «Pediste larga vida para tu hijo; pues sabe que ya está en el Cielo gozando de eterna felicidad.» Tal es la gracia que nos alcanza Jesucristo, como se nos ofreció por Oseas (13, 14): ¡Seré tu muerte, oh muerte! Muriendo Cristo por nosotros, hizo que nuestra muerte se trocase en vida. Los que llevaban al suplicio al santo mártir Plonio le preguntaron maravillados cómo podía ir tan alegre a la muerte. Y el Santo les respondió: «Engañados estáis. No voy a la muerte, sino a la vida». Así también exhortaba su madre al niño San Sinforiano cuando éste iba a recibir el martirio: «¡Oh, hijo mío, no van a quitarte la vida, sino a cambiarla en otra mejor!».

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Dios de mi alma! Os ofendí en lo pasado apartándome de Vos; mas vuestro Divino Hijo os honró en la cruz con el sacrificio de su vida. Por esa honra que tributó vuestro Hijo amadísimo, perdonadme las injurias que os he hecho. Me arrepiento, Señor, de haberos ofendido, y prometo amar sólo a Vos en lo por venir. De Vos espero mi eterna salvación, así como reconozco que

cuantos bienes poseo, de Vos los recibí; dones son todos de vuestra bondad. «Por la gracia de Dios soy lo que soy» (1 Co., 15, 10).

Si antes os ofendí, espero honraros eternamente alabando vuestra misericordia. Vivísimo deseo tengo de amaros. Vos me lo inspiráis, Señor, y por ello, amor mío, os doy fervorosa» gracias. Seguid, seguid ayudándome como ahora, que yo espero ser vuestro, totalmente vuestro. Renuncio a los placeres del mundo, pues ¿qué mayor placer pudiera lograr que el de complaceros a Vos, Señor mío, que sois tan amable y que tanto me habéis amado? No más que amor os pido, ¡oh Dios de mi alma! Amor y siempre amor espero pediros, hasta que, en vuestro amor muriendo, alcance la señal del verdadero amor; y sin pedirlo, de amor me abrase, no cesando de amaros ni un momento por toda la eternidad y con todas mis fuerzas.

¡María, Madre mía, que tanto amáis a Dios y tanto deseáis que sea amado, haced que le ame mucho en esta vida, a fin de que pueda amarle para siempre en la eternidad!

NOVENA CONSIDERACIÓN

PAZ DEL JUSTO EN LA HORA DE LA MUERTE

Justorum animae in manu Dei sunt et non tangent illos tormentum mortis; visi sunt oculis insipientium mori..., illi autem sunt in pace.
Las almas de los justos están en las manos de Dios y no llegará a ellos el tormento de la muerte eterna; a los ojos de los insensatos pareció que morían, mas ellos, a la verdad, viven en paz.

Sap., III, 1-2

PUNTO PRIMERO
El justo, protegido en la muerte contra las tentaciones, muere con confianza

Justorum animae in manu Dei sunt. Si Dios tiene en sus manos las almas de los justos, ¿quién podrá arrebatárselas? Cierto es que el infierno no deja de tentar y perseguir hasta a los Santos en la hora de la muerte; Pero Dios, dice San Ambrosio, no cesa de asistirlos y de aumentar su socorro a medida que crece el peligro de sus fieles siervos (Jos., 5). Aterrado quedóse el criado de Elíseo cuando vio la ciudad cercada de enemigos. Pero el Santo le animó, diciéndole: «No temas, porque muchos más son con nosotros que con ellos» (2 R., 6,16), y le hizo ver un ejército de ángeles enviados por Dios para defenderle.

Irá, pues, el demonio a tentar al moribundo, pero acudirá también el ángel de la Guarda para confortarle; irán los Santos protectores; irá San Miguel, destinado por Dios para defensa de los siervos fieles en el postrer combate; irá la Virgen Santísima, y acogiendo bajo su manto al que le fue devoto, derrotará a los enemigos; irá el mismo Jesucristo a librar de las tentaciones a aquella ovejuela inocente o penitente, por cuya salvación dio la vida. Él le dará la esperanza y el esfuerzo necesario para vencer en la tal batalla, y el alma, llena de valor, exclamará: «El Señor se hizo mi auxiliador» (Sal. 39, 12). «El Señor es mi iluminación y mi salud, ¿a quién temeré?» (Sal. 26, 1). Más solícito es Dios para salvarnos que el demonio para perdemos; porque mucho más nos ama Dios de lo que nos aborrece el demonio.

Dios es fiel —dice el Apóstol (1 Co., 10, 13)—, y no permite que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas. Quizá me diréis que muchos Santos murieron temiendo por su salvación. Yo os respondo que hay poquísimos ejemplos de que mueran con ese temor los que hubieren tenido buena vida. Vicente de Beauvais dice que permite el Señor a veces que ocurra esto a ciertos justos, para purificarlos en la hora de la muerte de algunas faltas ligeras. Por otra parte, leemos que casi todos los siervos de Dios murieron con la sonrisa en los labios. Todos temeremos al morir el juicio divino; pero así como los pecadores pasan de ese temor a la desesperación horrenda, los justos pasan del temor a la esperanza. Temía San Bernardo, estando enfermo, según refiere San Antonino, y se veía tentado de desconfianza; pero pensando en los merecimientos de Jesucristo, desechaba todo temor y decía: Tus llagas son mis méritos. San Hilarión temía también, pero pronto exclamó lleno de gozo: Sal, pues, alma mía, ¿qué temes? Cerca de setenta años has servido a Cristo, ¿y ahora temes la muerte? Es decir: ¿qué temes, alma mía, después de haber servido a un Dios fidelísimo que no sabe

abandonar a los que le fueron fieles durante la vida? El Padre José de Scamaca, de la Compañía de Jesús, respondió a los que le preguntaban si moría con esperanza: «Pues qué, ¿he servido acaso a Mahoma para dudar de la bondad de mi Dios, hasta el punto de temer que no quisiera salvarme?»

Si en la hora de la muerte viniese a atormentarnos el pensamiento de haber ofendido a Dios, recordemos que el Señor ha ofrecido olvidar los pecados de los penitentes (Ez., 18, 31-32).

Dirá alguien tal vez: ¿Cómo podremos estar seguros de que Dios nos ha perdonado? Eso mismo se preguntaba San Basilio, y se respondió diciendo: He odiado la iniquidad y la he abominado. Pues el que aborrece el pecado puede estar seguro de que le ha perdonado Dios. El corazón del hombre no vive sin amor: o ama a Dios, o ama a las criaturas. ¿Y quién ama a Dios? El que guarda sus mandamientos (Jn., 14, 21). Por tanto, el que muere en la observancia de los preceptos muere amando a Dios; y quien a Dios ama, nada teme (1 Jn., 4, 18).

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Jesús! ¿Cuándo llegará el día en que os diga: Dios mío, ya no os puedo perder? ¿Cuando podré contemplaros cara a cara, seguro de amaros con todas mis fuerzas por toda la eternidad? ¡Ah Sumo Bien mío y mi único amor! Mientras viva, siempre estaré en peligro de ofenderos y perder vuestra gracia. Hubo un tiempo desdichado en que no os amé, en que desprecié vuestro amor... Me pesa de ello con toda mi alma, y espero que me habréis perdonado, pues os amo de todo corazón y deseo hacer cuanto pueda para amaros y complaceros. Mas como todavía estoy en peligro negaros mi amor y huir de Vos otra vez, os ruego, Jesús mío, mi vida y mi tesoro, que no lo permitáis. Si hubiere de sucederme esa inmensa desgracia, hacedme morir ahora mismo con la más dolorosa muerte que eligiereis, que así lo deseo y os lo pido. Padre mío: por el amor de Jesucristo, no me dejéis caer en tan espantosa ruina. Castigadme como os plazca. Lo merezco y lo acepto; pero libradme del castigo de verme privado de vuestro amor y gracia. ¡ Jesús mío, encomendadme a vuestro Padre!

¡María, Madre mía!, rogad por mí a vuestro divino Hijo; alcanzadme la perseverancia en su amistad y la gracia de amarle, y haga luego de mí lo que le agrade.

PUNTO SEGUNDO
El justo, en la hora de la muerte, tiene un gusto anticipado de las dulzuras del paraíso

«Las almas de los justos están en las manos de Dios y no llegará a ellos el tormento de la muerte eterna; a los ojos de los insensatos pareció que morían, mas ellos, a la verdad, están en paz» (Sb., 3, 1). Parece a los insensatos mundanos que los siervos de Dios mueren afligidos y contra su voluntad, como suelen morir aquéllos. Mas no es así, porque Dios bien sabe consolar a sus hijos en ese trance, y comunicarles, aun entre los dolores de la muerte, cierta maravillosa dulzura, como anticipado sabor de la gloria que luego ha de darles. Y así como los que mueren en pecado comienzan ya en el lecho mortuorio a sentir algo de las penas infernales, por el remordimiento, terror y desesperación, los justos, al contrario, con sus actos frecuentísimos de amor de Dios, sus deseos y esperanzas de gozar de la presencia del Señor, ya antes de morir empiezan a disfrutar de aquella santa paz que después plenamente gozarán en el Cielo. La muerte de los Santos no es castigo, sino premio. Cuando diere sueño a sus amados, he aquí la herencia del Señor (Sal. 126, 2-3). La muerte del que ama a Dios no es muerte, es sueño; de suerte, que puede exclamar: En paz dormiré juntamente y reposaré (Sal. 4, 9).

El Padre Suárez murió con tan dulce paz, que poco antes dijo: «No podía imaginar que la muerte me trajese tanta suavidad.» Al Cardenal Baronio amonestó su médico que no pensase tanto en la muerte, y él respondió: «¿Y por qué? ¿Acaso he de temerla? No la temo; al contrario, la amo.» Según refiere Santero, el Cardenal Ruffense, estando a punto de morir por la fe, mandó que le trajesen su mejor traje, diciendo que iba a las bodas. Y cuando vio el patíbulo, arrojó el báculo en que se apoyaba y exclamó: Andad, pies; andad ligeros, que el Paraíso está cerca. Antes de morir cantó el Te Deum en acción de gracias a Dios porque le hacía mártir de la fe, y luego, con suma alegría, puso la cabeza bajo el hacha del verdugo. San Francisco de Asís cantaba en la hora de la muerte, e invitaba a que le acompañasen a los demás religiosos presentes. «Padre —le dijo fray Elías—, al morir, más debemos llorar que cantar.» «Pues yo —replicó el Santo— no puedo menos de cantar cuando veo que en breve iré a gozar de Dios.» Una religiosa teresiana, al morir en la flor de su edad, decía a las monjas que alrededor de ella lloraban: «¡Oh Dios mío! ¿Por qué lloráis vosotras? Voy a unirme a mi Señor Jesucristo. Alegraos conmigo si me amáis.

Refiere el Padre Granada que un día un cazador halló a un solitario moribundo cubierto de lepra y que estaba cantando. «¿Cómo —le dijo el cazador— podéis cantar estando así?» Y el ermitaño respondió: «Hermano, entre Dios y yo no se interpone otra muralla que este cuerpo mío, y como veo ahora que se cae a pedazos, que se desmorona la cárcel y que pronto veré a Dios, me regocijo y canto.» Este anhelo de ver al Señor movía a San Ignacio, mártir, cuando dijo que si las fieras no venían a devorarle, él mismo las excitaría para que fuesen. Santa Catalina de Génova no podía soportar el que se tuviese por desgracia la muerte, y decía: « ¡Oh muerte amada, y cuan mal te aprecian! ¿Por qué no vienes a mí, que día y noche te estoy llamando ?» Y Santa Teresa de Jesús (Vida, c. 7) deseaba tanto dejar este mundo, que decía que el no morir era su muerte, y con ese pensamiento compuso su célebre poesía: Que muero porque no muero. Tal es la muerte de los Santos.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah mi Dios y Sumo Bien! Aunque en lo pasado no os amé, ahora me entrego a Vos; despídeme de toda criatura y os elijo a Vos como mi amor único, amabilísimo Señor mío. Decidme lo que de mí queréis, que yo quiero cumplir vuestra santa voluntad... No más ofenderos, pues en serviros a Vos deseo emplear la vida que me queda. Dadme fuerza y ánimo para compensar con mi amor la ingratitud de que fui culpable. Merecía muchos años ha estar ardiendo en las llamas infernales; pero me habéis esperado y buscado de tal modo, que me atraéis a Vos enteramente. Haced que arda en el fuego de vuestro santo amor. Os amo, Bondad infinita, y pues queréis que a Vos sólo ame, y justamente lo queréis, porque me habéis amado más que nadie, y porque únicamente Vos merecéis amor, 85 a Vos solo amaré, y haré cuanto pueda para complaceros. Haced de mí lo que queráis. Bástame amaros y que me améis.

¡María, Madre mía, ayudadme y rogad por mí a Jesús!

PUNTO TERCERO
El justo, no teme la muerte, porque espera ir al paraíso

¿Cómo ha de temer la muerte quien espera que después de ella será coronado en el Cielo? —dice San Cipriano—. ¿Cómo puede temerla quien

sabe que muriendo en gracia alcanzará su cuerpo la inmortalidad? (1 Co., 15, 53). Para el que ama a Dios y desea verle —nos dice San Agustín—, pena es la vida y alegría es la muerte. Y Santo Tomás de Villanueva dice también: «Si la muerte halla al hombre dormido, llega como el ladrón, le despoja, le mata y le sepulta en el abismo del infierno; mas si le halla vigilante, le saluda como enviada de Dios, diciéndole: El Señor te aguarda a las bodas; ven, que yo te guiaré al dichoso reino que deseas».

¡Oh, con cuánto regocijo espera la muerte el que está en gracia de Dios para ver pronto a Jesús y oírle decir: «Muy bien, siervo bueno y leal; porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho» (Mt., 25, 21). ¡Ah, cómo apreciarán entonces las penitencias, oraciones, el desasimiento de los bienes terrenos y todo lo que hicieron por Dios! El que amó a Dios gustará el fruto de sus buenas obras (Is., 3, 10). Por esto, el Padre Hipólito Durazzo, de la Compañía de Jesús, jamás se entristecía, sino que se alegraba cuando moría algún religioso dando señales de salvación. «¿No sería absurdo —dice San Crisóstomo— creer en la gloria eterna y tener lástima del que a ella va?»

Singular consuelo darán entonces los recuerdos de la devoción a la Madre de Dios, de los rosarios y visitas, de los ayunos en el sábado para honra de la Virgen, de haber pertenecido a las Congregaciones Marianas. Virgo fidelis llamamos a María. Y, en verdad, fidelísima se muestra para consolar a sus devotos en su última hora.

Un moribundo que había sido devotísimo de la Virgen decía al Padre Binetti: «No puede imaginarse, Padre mío, cuánto consuelo trae en la hora de la muerte el pensamiento de haber sido devoto de la Santísima Virgen. ¡Oh Padre, si supiese qué regocijo siento por haber servido a esta Madre mía! ¡Ni explicarlo sé!» ¡Qué gozo sentirá quien haya amado y ame a Jesucristo, y a menudo le haya recibido en la Sagrada Comunión, al ver llegar a su Señor en el Santo Viático para acompañarle en el tránsito a la otra vida! Dichoso quien pueda decirle con San Felipe: «¡Aquí está mi amor; he aquí al amor mío; dadme mi amor!»

Y si alguno dijere: «¿Quién sabe la muerte que me está reservada? ¿Quién sabe si, al fin, tendré muerte infeliz?» Le preguntaré a mi vez: «¿Cuál es la causa de la muerte? Sólo el pecado.» A éste, pues, debemos sólo temer, y no al morir. «Claro está —dice San Ambrosio— que la amargura viene de la culpa, de la muerte.» El temor no ha de ponerse en la muerte, sino en la

vida. ¿Queréis, pues, no temer a la muerte? Vivid bien. El que teme al Señor, bien le irá en las postrimerías (Ecl, 1, 13).

El Padre La Colombiére juzgaba por moralmente imposible que tuviese mala muerte quien hubiere sido fiel a Dios durante la vida. Y antes lo dijo San Agustín: «No puede morir mal quien haya vivido bien.» El que está preparado para morir no teme ningún género de muerte, ni aun la repentina (Sb., 4, 7). Y puesto que no podemos ir a gozar de Dios más que por medio de la muerte, ofrezcámosle lo que por necesidad hemos de devolverle, como nos dice San Juan Crisóstomo, y consideremos que quien ofrece a Dios su vida practica el más perfecto acto de amor que puede ofrecerle, porque abrazando con buena voluntad la muerte que a Dios plazca enviarle, como quiera y cuando quiera, se hace semejante a los santos mártires. El que ama a Dios desea la muerte, y por ella suspira, pues al morir se unirá eternamente a Dios y se verá libre del peligro de perderle. Es, por tanto, señal de tibio amor a Dios el no desear ir pronto a contemplarle, asegurándose así la dicha de no perderle jamás. Entre tanto, amémosle cuanto podamos en esta vida, que para esto sólo debe servimos: para creer en el amor divino. La medida del amor que tuviéramos en la hora de la muerte será la que evalúe el que ha de unirnos a Dios en la eterna bienaventuranza

AFECTOS Y PETICIONES

Unidme a Vos, Jesús mío, de modo que no me sea posible apartarme de Vos. Hacedme vuestro del todo antes de mi muerte, para que no estéis enojado conmigo la primera vez que os vea. Ya que me buscasteis cuando huía de Vos, no me desechéis ahora que os busco. Perdonadme cuantas ofensas os he hecho, que en lo sucesivo sólo me propondré serviros y amaros. Harto hicisteis por mí dando vuestra Sangre y vida por mi amor. Querría yo por ello, ¡oh Jesús mío!, consumirme en vuestro amor santísimo. ¡Oh Dios de mi alma! Quiero, amaros mucho en esta vida, para seguir amándoos en la eternidad. Atraed, Eterno Padre, mi pobre corazón; desasidle de los afectos terrenos, heridle, inflamadle todo en amor a Vos. Oídme por los merecimientos de Jesucristo. Otorgadme la santa perseverancia y la gracia de pedíroslo siempre.

¡María, Madre mía, amparadme y alcanzadme que pida siempre a vuestro divino Hijo la santa perseverancia!

DÉCIMA CONSIDERACIÓN

DE LOS MEDIOS PARA PREPARARSE A LA MUERTE

Memorare nivissima tua et in
Aeternum non peccabis.
Acuérdate de tus postrimerías
y nunca jamás pecarás.
Eccli., VII, 40.

PUNTO PRIMERO
Hay que prepararse para la muerte antes de que llegue

Todos confesamos que hemos de morir, que sólo una vez hemos de morir, y que no hay cosa más importante que ésta, porque del trance de la muerte dependen la eterna bienaventuranza o la eterna desdicha. Todos sabemos también que de vivir bien o mal procede el tener buena o mala muerte. ¿Por qué acaece, pues, que la mayor parte de los cristianos viven como si nunca hubiesen de morir, o como si el morir bien o mal importase poco? Se vive mal porque no se piensa en la muerte: «Acuérdate de tus postrimerías y no pecarás jamás.»

Preciso es convencernos de que la hora de la muerte no es propia para arreglar cuentas y asegurar con ellas el gran negocio de la salvación. Los prudentes del mundo toman oportunamente en los asuntos temporales todas las precauciones necesarias para obtener la ganancia, el cargo, el enlace convenientes, y con el fin de conservar o restablecer la salud del cuerpo, no desdeñan usar de los remedios adecuados. ¿Qué se diría del que, teniendo que presentarse en público concurso para ganar una cátedra, no quisiese adquirir la indispensable instrucción hasta el momento de acudir a los ejercicios? ¿No seria un loco el jefe de una plaza que aguardase a verla sitiada para hacer los abastecimientos de vituallas, armas y municiones? ¿No sería insensato el navegante que esperase la tempestad para proveerse de áncoras y cables? Pues tal es el cristiano que difiere hasta la hora de la muerte el arreglo de su conciencia.

«Cuando se echare encima la destrucción como una tempestad, entonces me llamarán, y no iré; comerán los frutos de su camino» (Pr., 1, 27, 28 y 31). La hora de la muerte es tiempo de confusión y de tormenta. Entonces

los pecadores pedirán el auxilio de Dios, pero sin conversión verdadera, sino sólo por el temor del infierno, que ya verán cercano, y por eso justamente no podrán gustar otros frutos que los de su mala vida. «Aquello que sembrare el hombre, eso también segará» (Ga., 6, 8). No bastará recibir los sacramentos, sino que será preciso morir aborreciendo el pecado- y amando a Dios sobre todas las cosas. Mas, ¿cómo aborrecerá los placeres ilícitos quien hasta entonces los haya amado? ¿Cómo habrá de amar a Dios sobre todas las cosas el que hasta aquel instante hubiere amado a las criaturas mas que a Dios?

Necias llamó el Señor —y en verdad lo eran— a las vírgenes que iban a preparar las lámparas cuando ya llegaba el Esposo. Todos temen la muerte repentina, que impide ordenar las cuentas del alma. Todos confiesan que los Santos fueron verdaderos sabios, porque supieron prepararse a morir antes que llegase la muerte. Y nosotros, ¿qué hacemos? ¿Queremos correr el peligro de no disponernos a bien morir hasta que la muerte se avecine? Hagamos ahora lo que en ese trance quisiéramos haber hecho. ¡Oh, qué tormento traerá la memoria del tiempo perdido, y, sobré todo, del malamente empleado! Tiempo de merecer que Dios nos concedió y que pasó para nunca volver. ¡Qué angustias nos dará el pensamiento de que ya no es posible hacer penitencia, ni frecuentar los sacramentos, ni oír la palabra de Dios, ni visitar en el templo a Jesús Sacramentado, ni hacer oración! Lo hecho, hecho está. Menester sería juicio sanísimo, quietud y serenidad para confesar bien, disipar graves escrúpulos y tranquilizar la conciencia, ¡ pero ya no es tiempo! (Ap., 10, 6).

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Dios mío! Si yo hubiera muerto en aquella ocasión que sabéis, ¿dónde estaría ahora? Os doy gracias por haberme esperado y por todo ese tiempo en que debiera haberme hallado en el infierno, desde aquel instante en que os ofendí. Dadme luz y conocimiento del gran mal que hice al perder voluntariamente vuestra gracia, que merecisteis para mí con vuestro sacrificio en la cruz. Perdonadme, pues, Jesús mío, que yo me arrepiento de todo corazón y sobre todos los males de haber menospreciado vuestra bondad infinita. Espero que me habréis perdonado. Ayudadme, Salvador mío, para que no vuelva a perderos jamás. ¡Ah Señor! Si volviese a ofenderos después de haber recibido de Vos tantas luces y gracias, ¿no sería digno de un infierno sólo creado para mí? ¡No lo permitáis, por los

merecimientos de la Sangre que por mí derramasteis! Dadme la santa perseverancia; dadme vuestro amor. Os amo, Sumo Bien mío; no quiero dejar de amaros jamás. Tened, Dios mío, misericordia de mí, por el amor de Jesucristo.

Encomendadme a Dios, ¡oh Virgen María!, que vuestros ruegos nunca son desechados por aquel Señor que tanto os ama.

PUNTO SEGUNDO
Debemos prepararnos para la muerte por una confesión general y por una santa vida

Puesto que es cosa cierta, hermano mío, que has de morir, póstrate en seguida a los pies del Crucifijo; dale fervientes gracias por el tiempo que su misericordia te concede a fin de que arregles tu conciencia, y luego examina todos los pecados de la vida pasada, especialmente los de tu juventud. Considera los mandamientos divinos; recuerda los cargos y ocupaciones que tuviste, las amistades que frecuentaste; anota tus faltas y haz —si no lo has hecho— una confesión general de toda tu vida. ¡Oh, cuánto ayuda la confesión general para poner en buen orden la vida de un cristiano! Piensa que esa cuenta sirve para la eternidad, y hazla como si estuvieres a punto de darla ante Jesucristo, juez. Arroja de tu corazón todo afecto al mal, y todo rencor u odio. Quita cualquier motivo de escrúpulo acerca de los bienes ajenos, de la fama hurtada, de los escándalos dados, y resuelve firmemente huir de todas las ocasiones en que pudieras perder a Dios. Y considera que lo que ahora parece difícil, imposible te parecerá en el momento de la muerte.

Lo que más importa es que resuelvas poner por obra los medios de conservar la gracia de Dios. Esos medios son: oír misa diariamente; meditar en las verdades eternas; frecuentar, a lo menos una vez por semana, la confesión y comunión; visitar todos los días al Santísimo Sacramento y a la Virgen María; asistir a los ejercicios de las Congregaciones o Hermandades a que pertenezcas; tener lectura espiritual; hacer todas las noches examen de conciencia; practicar alguna especial devoción en obsequio de la Virgen, como ayunar todos los sábados, y, además, proponer el encomendarte con suma frecuencia a Dios y a su Madre Santísima, invocando a menudo, sobre todo en tiempo de tentación, los sagrados nombres de Jesús y María. Tales

son los medios con que podemos alcanzar una buena muerte y la eterna salvación. El hacer esto, gran señal será de nuestra predestinación.

Y en cuanto a lo pasado, confiad en la Sangre de nuestro Señor Jesucristo, que os da estas luces porque quiere salvaros, y esperad en la intercesión de María, que os alcanzará las gracias necesarias. Con tal orden de vida y la esperanza puesta en Jesús y en la Virgen, ¡cuánto nos ayuda Dios y qué fuerza adquiere el alma! Pronto, pues, lector mío, entrégate del todo a Dios, que te llama, y empieza a gozar de esa paz que hasta ahora, por culpa tuya, no tuviste. ¿Y qué mayor paz puede disfrutar el alma si cuando busques cada noche el preciso descanso te es dado decir: Aunque viniese esta noche la muerte, espero que moriré en gracia de Dios? ¡Qué consuelo si al oír el fragor del trueno, al sentir temblar la tierra, podemos esperar resignados la muerte, si Dios lo dispusiese así!

AFECTOS Y PETICIONES

¡Cuánto os agradezco, Señor, las luces que me comunicáis! Aunque tantas veces os abandone y me aparté de Vos, no me habéis abandonado. Si lo hubiereis hecho, ciego estaría yo aún, como quise estarlo en la vida pasada ; obstinado en mis culpas me hallaría, y no tendría voluntad ni de dejarlas ni de amaros. Ahora siento grandísimo dolor de haberos ofendido, vivo deseo de estar en vuestra gracia, y profundo aborrecimiento de aquellos malditos placeres que me hicieron perder vuestra amistad. Todos estos afectos gracias son que de Vos proceden y que me mueven a esperar que querréis perdonarme y salvarme. Y pues Vos, Señor, a pesar de mis muchos pecados, no me abandonáis y deseáis mi salvación, me entrego totalmente a Vos, duélame de todo corazón de haberos ofendido, y propongo querer antes mil veces perder la vida que vuestra gracia. Os amo, Soberano Bien; os amo, Jesús mío, que por mi moristeis, y espero por vuestra preciosísima Sangre que jamás volveré a apartarme de Vos. No, Jesús mío; no quiero perderos otra vez, sino amaros eternamente. Conservad siempre y acrecentad mi amor a Vos, como os lo suplico por vuestros merecimientos.

¡María, mi esperanza, rogad por mi a Jesús!

PUNTO TERCERO
Hemos de vivir como si cada momento fuera el último de nuestra vida

---

Es preciso que procuremos hallarnos a todas horas como quisiéramos estar a la hora de la Muerte. «bienaventurados los muertos que mueren en el señor» (ap., 14, 15). dice a este propósito San Ambrosio que los que bien mueren son, aquellos que a morir están ya muertos al mundo, o sea desprendidos de los bienes que por fuerza entonces dejarán. Por eso es necesario que desde ahora aceptemos el abandono de nuestra hacienda, la separación de nuestros parientes y de todos los bienes terrenales. Si no lo hacemos así voluntariamente en la vida, forzosa y necesariamente la haremos al morir; pero entonces no será sin gran dolor y grave peligro de nuestra salvación eterna. Adviértenos, además, San Agustín que ayuda mucho para morir tranquilo arreglar en vida los intereses temporales, haciendo las disposiciones relativas a los bienes que hemos de dejar, a fin de que en la hora postrera sólo pensemos en unirnos a Dios, convendrá entonces no ocuparse sino en las cosas de Dios y de la gloria, que son harto preciosos los últimos momentos de la vida para disiparlos en asuntos terrenos. En el trance de la muerte se completa y perfecciona la corona de los justos, porque entonces se obtiene la mejor cosecha de méritos, abrazando los dolores y la misma muerte con resignación o amor.

Mas no podrá tener al morir estos buenos sentimientos quien no se hubiere en vida ejercitado en ellos. para este fin, algunos fieles practican con gran aprovechamiento la devoción de renovar cada mes la protestación de muerte, con todos los actos en tal trance propios de un cristiano, y después de haber confesado y comulgado, imaginando que se hallan moribundos y a punto de salir de esta vida. Lo que viviendo no se hace, difícil es hacerlo al morir. La gran sierva de dios Sor Catalina de San Alberto, hija de Santa Teresa, suspiraba en la hora de la muerte, y exclamaba: «no suspiro, hermanas mías, por temor de la muerte, que desde hace veinticinco años la estoy esperando; suspiro al ver tantos engañados pecadores, que esperan para reconciliarse con Dios a que llegue esta hora de la muerte, en que apenas puedo pronunciar el nombre de Jesús.»

Examina, pues, hermano mío, si tu corazón tiene apego todavía a alguna cosa de la tierra, a determinadas personas, honras, hacienda, casa, conversación o diversiones, y considera que no has de vivir aquí eternamente. Algún día, muy pronto, lo dejarás todo; ¿por qué, pues, quieres mantener el afecto en esas cosas aceptando el riesgo de tener muerte sin paz? Ofrécete, desde luego, por completo a Dios, que puede, cuando le plazca, privarte de esos bienes. El que desee morir resignado ha de tener resignación desde ahora

en cuantos accidentes contrarios puedan acaecerle, y ha de apartar de sí los afectos a las cosas del mundo. Figuraos que vais a morir —dice San Jerónimo—, y fácilmente lo despreciaréis todo.

Si aún no habéis hecho la elección de estado, elegid el que en la hora de la muerte querríais haber escogido, el que pudiera procuraros más dichoso tránsito a la eternidad. Si ya lo habéis elegido, haced lo que al morir quisierais haber hecho en vuestro estado. Proceded como si cada día fuese el último de vuestra vida, cada acción la postrera que hiciereis; la última oración, la última confesión, la última comunión. Imagínate que estás moribundo, tendido en el lecho, y que oyes aquellas imperiosas palabras: sal de este mundo. ¡ cuanto pueden ayudar estos pensamientos para dirigirnos bien y menospreciar las cosas mundanas! «Bienaventurado el siervo a quien hallare su señor así haciendo cuando viniere» (Mt., 24, 46). el que espera la muerte a todas horas, aun cuando muera de repente, no dejará de morir bien.

AFECTOS Y PETICIONES

Todo cristiano, cuando se le anuncia la hora de la muerte, debe estar preparado para decir: «me quedan, Señor, pocas horas de vida; quiero emplearlas en amaros cuanto pueda, para seguiros amándoos en la eternidad. poco me queda que ofreceros, pero os ofrezco estos dolores y el sacrificio de mi vida, en unión del que os ofreció por mí Jesucristo en la Cruz. Pocas y breves son, Señor, las penas que padezco, en comparación de las que he merecido; mas tales como son, las abrazo en muestra del amor que os tengo. Resignóme a cuantos castigos queráis darme en esta y en la otra vida. y con tal que pueda amaros eternamente, castigadme cuanto os plazca; pero no me privéis de vuestro amor. Reconozco que no merezco amaros por haber tantas veces despreciado vuestro amor; mas vos no sabéis desechar a un alma arrepentida. Duélame, ¡oh suma bondad!, de haberos ofendido. Os amo con todo mi corazón, y en vos confío enteramente. Vuestra muerte es mi esperanza, ¡oh Redentor mío! y en vuestras manos taladradas encomiendo mi alma. ¡Oh Jesús mío!, para salvarme disteis vuestra sangre toda. No permitáis que me aparte de vos. Os amo, eterno Dios, y espero que os amaré en toda la eternidad.

¡Virgen y Madre mía, ayudadme en mi última hora! ¡os entrego mi alma! ¡pedid a vuestro Hijo que se apiade de mí! ¡A Vos me encomiendo; libradme de la eterna condenación!

DECIMOPRIMERA CONSIDERACIÓN

VALOR DEL TIEMPO

Filii conserva tempos.
Hijo mío, guarda el tiempo.
Eccli,. IV, 23.

PUNTO PRIMERO
Terror y remordimiento del pecador moribundo

«Hijo mío —nos dice el Espíritu Santo—, procura emplear bien el tiempo, que es la cosa más preciosa y el don más grande que que puede Dios otorgar a un hombre en esta vida.» Hasta los gentiles conocieron cuánto valía el tiempo, pues Séneca dijo que no había precio que igualase al valor del tiempo. Pero mejor que los gentiles han estimado y conocido los santos su mucho valer. Decía San Bernardino de Sena que un momento de tiempo vale tanto como Dios, porque a cada instante puede el hombre, con un acto de contrición o de amor, adquirir la divina gracia y la gloria eterna.

El tiempo es un tesoro que solamente se halla en esta vida, pues en la otra no existe, ni en el infierno ni en el cielo. *¡Oh, si tuviésemos una hora!* Tal es el grito de los condenados en el infierno. ¡Qué no darían por una hora de tiempo, en la cual pudieran reparar su ruina! Mas esta hora no la tendrán jamás. En el cielo no hay lamentos; mas si los bienaventurados pudieran llorar, llorarían, a buen seguro, por haber perdido durante la vida el tiempo, en el cual podían haber adquirido mayor grado de gloria; pero tampoco ellos podrán alcanzar este tiempo. Después de muerta se apareció una religiosa benedictina, radiante de gloria, a cierta persona y le dijo que nadaba en delicias, pero que, si le fuese dado desear alguna cosa, solamente desearía tornar a la vida y padecer mucho para merecer más gloria, y añadió que se daría por dichosa el poder sufrir hasta el día del juicio todos los dolores que había experimentado en su última enfermedad para lograr la gloria que corresponde al mérito de una sola *Avemaria*[3].

Y tú, hermano mío, ¿en qué malgastas el tiempo? ¿Por qué lo que puedes hacer hoy lo dejas para mañana? No te olvides de que el tiempo pasado desapareció ya y no es tuyo; el que está por venir tampoco está en tu poder; sólo tienes el tiempo presente para obrar el bien. «¡Oh insensato! —dice San Bernardo—, ¿por qué presumes de lo futuro, como si Dios hubiera puesto en tus manos la presidencia de los tiempos?». A lo cual añade San Agustín: «¿Cómo puedes prometerte un

día tú, que no tienes una hora?». ¿Cómo puedes prometerte el día de mañana, si no sabes si te queda todavía una hora de vida? Por lo cual concluye Santa Teresa diciendo: «Si hoy no estás preparado para morir, teme una muerte desgraciada.

AFECTOS Y PETICIONES

Gracias os doy, Dios mío, por el tiempo que me concedéis para remediar los desórdenes de mi vida pasada. Si en este momento hubiese de morir, una de mis mayores angustias sería el recuerdo del tiempo que he perdido. ¡Ah Señor mío! Vos me habéis dado el tiempo para amaros y yo lo he empleado en ofenderos; bien merecía que me hubierais arrojado al infierno en aquel mismo instante en que os ofendí; mas Vos me llamasteis a penitencia y me perdonasteis. Os prometí no volver más a ofenderos; pero ¡cuántas veces he vuelto de nuevo a injuriaros y Vos habéis vuelto a perdonarme! Sea eternamente bendita vuestra misericordia, que, si no fuera infinita, ¿cómo podría haberme soportado? ¿Quién hubiera podido tener conmigo la paciencia que me habéis tenido? ¡Cuánto me pesa de haber ofendido a un Dios tan bueno! Carísimo Salvador mío, la sola paciencia que habéis usado conmigo debiera enamorarme de Vos. No permitáis, os suplico, que prosiga siendo ingrato al amor que me habéis manifestado. Desprendedme de todo lo terreno y atraedme totalmente a vuestro amor. No, Dios mío, no quiero perder el tiempo que me dais para reparar el mal que he cometido ; antes al contrario, quiero emplearlo todo en serviros y amaros. Dadme la santa perseverancia. Os amo, Bondad infinita, y espero amaros eternamente.

Gracias os doy, ¡oh María!, porque Vos habéis sido mi intercesora para alcanzarme espacio de penitencia. Asistidme ahora y haced que emplee todo el tiempo en amar a vuestro Hijo y Redentor mío y a Vos, Reina v Madre mía.

PUNTO SEGUNDO
El tiempo, tesoro menospreciado y vanamente deseado en la muerte.

No hay nada más precioso que el tiempo, ni tampoco hay cosa más menospreciada y menos estimada de los mundanos. Esto es lo que deplora San Bernardo cuando dice: (Nada hay más precioso que el tiempo y nada más vilmente estimado» ; y luego añade: (Uno tras otro se deslizan los días de salud para nunca más volver». Ved a ese jugador que gasta días y noches en el juego. Preguntadle qué hace, y os responderá: «Matar el tiempo.» Ved a ese otro vago que pasa las horas muertas en la calle, atisbando a ver quién pasa, si no es que se

entretiene en hablar de cosas obscenas o a lo menos inútiles. Si le preguntáis qué hace, os responderá que está pasando el tiempo. ¡Desgraciados! De esta suerte pierden tantos días, días que no volverán jamás.

¡Tiempo menospreciado, en el trance de la muerte serás buscado y apetecido por los mundanos! Suspirarán entonces por otro año, por otro mes, por otro día, mas no lo tendrán; y oirán, por toda respuesta, aquella voz terrible: *Ya no habrá más tiempo*. ¡Cuánto pagarían estos desventurados porque se les concediese todavía una semana más, otro día de tiempo, para mejor ajustar las cuentas de su alma! «Entonces, para lograr una hora de tiempo, darían —dice San Lorenzo Justiniano— todos sus bienes, riquezas, honores, placeres». Mas ni esta hora tendrán de tregua. «Apresúrate —le dirá el sacerdote que le asista—, apresúrate, sal presto de esta tierra, que ya no queda tiempo»).

Por esto nos exhorta el Sabio a que nos acordemos de Dios y procuremos su gracia y amistad antes que desaparezca la luz. *Acuérdate de tu Creador antes que se oscurezca el sol y desaparezca la luz*. ¡Qué dolor no siente el viajero, al saber que ha perdido el camino, cuando le vienen encima las tinieblas de la noche y no tiene tiempo de remediar el yerro! Este género de angustia acometerá en la hora de la muerte al que ha vivido muchos años en el mundo sin emplearlos en el servicio de Dios. *Vendrá la noche* —dice el Señor— *en la cual nadie puede obrar*. Esta noche fatal será para él la hora de la muerte, en la cual no podrá ya hacer nada. *Y contra mí llamó al tiempo,* dice el Profeta. Pasará entonces por delante de su conciencia el tiempo que ha tenido y que lo ha empleado en daño de su alma. Le vendrán a la memoria tantas luces, tantas gracias que ha recibido de Dios para hacerse santo, y no ha querido aprovecharse de ellas; y en aquel momento se verá imposibilitado de hacer el bien. Entonces, gimiendo, dirá: «¡Loco de mí! ¿Qué es lo que he hecho? ¡Oh tiempo perdido! ¡Toda tu vida está perdida! ¡Perdí los años en que podía haberme santificado! No lo hice, y ahora ya se acabó el tiempo.» Pero ¿de qué le servirán entonces estos suspiros y lamentos, cuando está acabándose para él la escena de este mundo, y la lámpara de su vida despide los últimos fulgores, y el moribundo está para entrar en el momento del cual depende toda la eternidad?

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Jesús mío! Vos habéis empleado toda vuestra vida en salvar mi alma; no hubo en ella ni siquiera un momento en el cual no os hayáis ofrecido al Eterno Padre para obtenerme el perdón y la salvación eterna. Y yo, que tantos años ha vivo en el mundo, ¿cuántos hasta ahora he empleado en serviros? ¡Ah, que todo cuanto he hecho me causa remordimientos de conciencia! El mal ha sido mucho;

el bien harto poco ha sido, y todavía cargado de imperfecciones, lleno de tibiezas, de amor propio y de distracciones. ¡Oh Redentor míos todo esto me ha sucedido porque me olvidé de cuanto Vos habéis hecho por mí! Pero si yo me olvidé de Vos, no me habéis Vos echado en olvido, sino que, cuando huía de Vos me habéis buscado *y* llamado muchas veces a vuestro amor.

Heme aquí, Jesús mío; ya no quiero resistiros más; pues ¿a qué espero? ¿A que Vos me hayáis totalmente abandonado? Me arrepiento, ¡oh Soberano Bien!, de haberme separado de Vos por el pecado. Os amo, Bondad infinita, digna de infinito amor. No permitáis que vuelva a perder el tiempo que vuestra misericordia me concede. Traedme siempre a la memoria, amado Salvador mío, el amor que me habéis tenido y los trabajos que por mí habéis padecido. Haced que me olvide de todo, a fin de que en lo que me resta de vida no piense más que en amaros y en complaceros. Os amo, Jesús mío, mi amor, mi todo. Os prometo hacer actos de amor siempre que me acuerde de Vos. Dadme la santa perseverancia. Todo lo fío en los méritos de vuestra preciosísima sangre.

¡Oh amadísima Madre mía, María, en vuestra intercesión confío!

PUNTO TERCERO
El tiempo es un tesoro que hay que saber guardar.

Caminad —— nos dice Jesucristo — *mientras tengáis luz*. Es menester que caminemos por las vías del Señor mientras tengamos luz, esto es, durante la vida, porque la luz se apaga en la hora de la muerte. Entonces no es tiempo de prepararse, sino de estar ya preparado. *Estad preparados*, nos dice el Señor. En la hora de la muerte no se puede hacer cosa de provecho: lo hecho, hecho está. ¡Oh Dios!, si a uno trajesen la triste nueva de que dentro de poco se iba a ventilar un proceso del cual depende su vida y toda su fortuna, ¿qué prisa no so daría para buscar un buen abogado que hiciese valer su razón ante los ministros de justicia y ver el medio de que la sentencia le fuera favorable ? Estarnos seguros que muy en breve, tal vez ahora mismo, se ha de tratar la causa que más nos importa: del negocio de nuestra salvación. ¿Y perdemos el tiempo?

Pero dirás: «Yo soy joven todavía; más tarde me daré a Dios.» «Pero ¿ignoras por ventura —te diré yo— que el Señor maldijo a la higuera porque no llevaba fruto, aun cuando, como lo advierte el Evangelio, *no era el tiempo de los higos?»*. Con lo cual quiso el Señor declararnos que el hombre, aun en los años de su juventud, debe dar frutos de buenas obras; de otra suerte será maldito y en lo por venir no dará frutos, como no los dio la higuera. *Nunca jamás coma ya nadie fruto de ti*. Así dijo el Redentor al árbol, *y* de esta suerte maldice al que,

llamado por El, le resiste. ¡Cosa digna de admiración! El demonio tiene por breve el tiempo de nuestra vida, y por eso no pierde ni un instante para tentarnos. *El diablo bajó a vosotros y está lleno de furor sabiendo que le queda poco tiempo*. Y mientras el enemigo no malogra un momento para perdernos, ¿malograremos nosotros el tiempo que Dios nos ha dado para salvarnos?

«¿Y qué mal hago yo?», preguntará otro. Pues qué, ¿no es un mal perder el tiempo en juegos, en conversaciones inútiles, que nada aprovechan al alma? ¿Por ventura te da Dios el tiempo para que lo malgastes? *No* —dice el Espíritu Santo—; *del buen don no pierdas ni la más mínima parte*. Los obreros de que nos habla San Mateo no hacían cosa mala: solamente perdían el tiempo, y, sin embargo, fueron reprendidos por el dueño de la viña, que les dijo: *¿Por qué es tais aquí ociosos todo el día?.*. En el día del juicio Jesucristo nos pedirá cuenta de toda palabra ociosa. Todo el tiempo que no se emplea en el servicio de Dios es tiempo perdido. «Mira como perdido—dice San Bernardo—todo el tiempo en que no has pensado en Dios». Por eso nos exhorta el Señor y nos dice: *Cuanto pueda hacer tu mano, hazlo sin demora, porque ni para obra ni pensamiento habrá lugar en el sepulcro, hacia el cual corres apresuradament*. Decía la venerable Madre Sor Juana de la Santísima Trinidad, carmelita descalza[(4)], que en la vida de los santos no hay el día de mañana, que sólo se halla en la vida de los pecadores, los cuales siempre están diciendo: *Mañana, mañana, y* así les asalta la muerte. *Ahora es el tiempo favorable* —dice el Apóstol—. *Si oyereis hoy la voz del Señor* —dice el Salmista—*, no queráis endurecer vuestros corazones*. Dios te exhorta hoy a obrar el bien; hazlo hoy, porque bien puede ser que mañana no sea ya tiempo, o que Dios no te llame más.

Si en lo pasado, por tu desgracia, has gastado el tiempo en ofender a Dios, procura llorarlo todo lo que te queda de vida, como se propuso hacerlo el rey Exequias *Repasaré, ¡oh Dios mío!, delante de Ti con amargura de mi alma, todos los año; de mi vida*. Dios te alarga la vida a fin de que repares el tiempo perdido. *Recobrad el tiempo perdido* —dice San Pablo a los Efesios—, *porque los días de vuestra vida son malos*. Comentando San Anselmo este texto, dice: «Recobrarás el tiempo si haces lo que has descuidado hacer». «Si bien San Pablo —dice San Jerónimo— fue en orden el último de los Apóstoles, los aventajó a todos en mérito, porque después de su vocación trabajó más que todos».

Consideremos, a lo menos, ya que otra cosa no hagamos, que a cada momento podemos alcanzar nuevos méritos para la vida eterna. Si te fuera dado en propiedad tantas tierras como pudieras recorrer en una jornada o tanto dinero como pudieras contar en un día, ¡con qué afán te pondrías a la obra! Pues bien, a cada momento puedes adquirir tesoros eternos, ¿y pierdes el tiempo? Lo que

puedes hacer hoy no lo dejes para el día de mañana, porque el día de hoy será para ti perdido y no tornará más. Cuando hablaban delante de San Francisco de Borja de cosas mundanas, elevaba su corazón hacia Dios y se entretenía con El en santos afectos; de suerte que si al fin le preguntaban su parecer no sabía qué responder. Un día que por ello le amonestaron dijo: «Antes prefiero pasar por corto de ingenio que perder una partecita de tiempo».

AFECTOS Y PETICIONES

No, Dios mío, no quiero perder más el tiempo que me concedéis por vuestra misericordia. Ahora debiera estar en el infierno, llorando sin provecho; mas os doy gracias por haberme conservado la vida, pues todo lo que me resta que vivir lo quiero emplear en vuestro servicio. Si ahora estuviera en el infierno, lloraría, pero desesperado y sin fruto. Quiero llorar las ofensas que os he hecho, y, llorando, estoy seguro que me perdonaréis, como me lo asegura el Profeta Isaías: *Enjugarás tus lágrimas; el Señor, apiadándose de ti, usará contigo de misericordia*. Si estuviera en el infierno, no podría amaros; pero ahora os amo y espero poder amaros siempre. Si ahora me hallara en el infierno, no podría pediros vuestra gracia; mas ahora oigo que decís: *Pedid y recibiréis*. Ya que todavía os puedo pedir gracias, dos favores me atrevo a pediros, ¡oh Dios del alma mía!: dadme la perseverancia en vuestra gracia, dadme vuestro amor y después haced de mí lo que os agrade. Haced que en todos los momentos que me quedan de vida me encomiende a Vos, Jesús mío, diciéndoos: Señor, ayudadme; Señor, tened compasión de mí; no permitáis que os ofenda, haced que os ame.

¡Oh Madre mía, María Santísima!, alcanzadme la gracia de encomendarme siempre a Dios y de pedirle la perseverancia final y su santo amor.

DECIMOSEGUNDA CONSIDERACIÓN

DE LA IMPORTANCIA DE LA SALVACIÓN

Rogamos autem vos fratres, ut negotium vestrum agatis.
Os rogamos, hermanos, que os cuidéis de vuestro negocio.
I Thess,. IV, 10.

PUNTO PRIMERO

La salvación, el negocio más importante

El negocio de la eterna salvación es, sin duda, entre todos el que más nos importa, y, sin embargo, entre los cristianos es el más descuidado. No hay diligencia que no se haga ni tiempo que no se aproveche para obtener un empleo, para ganar un pleito o para concertar un matrimonio. ¡Cuántos consejos se piden! ¡Qué de medidas se toman! No se come, apenas se duerme ; y para alcanzar la salvación eterna, ¿qué se hace? ¿Cómo se vive? No se hace nada; antes, por el contrario, se hace todo para ponerla en peligro. Y la mayor parte de los cristianos viven corno si la muerte, el juicio, el infierno, el paraíso *y* la eternidad no fueran verdades de fe, sino fábulas inventadas por los poetas. Si se pierde un proceso o se destruye una cosecha, ¡qué de angustias no se sienten y cuántos trabajos no se emplean para reparar el daño! Si se pierde un caballo, si se extravía un perro, ¿qué de diligencias no se hacen para dar con él? Se pierde la gracia de Dios, y se duerme, y se *goza,* y se ríe.

¡Cosa asombrosa! Todos se avergüenzan de pasar por negligentes en los negocios del mundo, y nadie se corre de ser descuidado en el negocio que más le importa: en el de la salvación. Estos mismos llaman sabios a los santos porque solamente se han preocupado de su salvación, y después ellos, engolfados en los negocios mundanos, no atienden al de su alma. «Mas vosotros — dice San Pablo—. vosotros, hermanos míos, atended solamente al gran negocio que traéis entre manos, al de vuestra salvación eterna, que entre todos es el que más importa.» Os *rogamos, hermanos, que os cuidéis de vuestro negocio.*

Estemos bien persuadidos que la salvación eterna es para nosotros el negocio más *importante,* el negocio *único,* el negocio *irreparable,* si en él fallamos.

Es, sin duda, el negocio más *importante;* porque es el que trae mayores consecuencias, pues se trata del alma, y, perdiéndose ésta, todo queda perdido. Debemos tener en más estima a nuestra alma que a todos los bienes de la tierra. «Porque el alma —dice San Juan Crisóstomo— es más preciosa que todo el mundo». Para llegar a comprender esto, bástanos saber que el mismo Dios ha entregado a su propio Hijo a la muerte para salvar nuestra alma. *Así amó Dios al mundo, que dio su unigénito Hijo*. Y el Verbo Eterno no vaciló en comprarla con su misma sangre. *A gran precio habéis sido comprados,* dice San Pablo. A la verdad, ¿no parece que el hombre vale tanto como Dios ? «Sí —responde San Agustín—, tan grande don se ha dado por la redención del humano linaje, que parece que el hombre vale tanto como Dios», Por eso dijo Jesucristo: *¿Qué es lo que podrá dar el hombre en cambio de su alma?* Si, pues, el alma vale tanto, si la

pierde, ¿ con qué bien del mundo podrá el hombre compensar tan grande pérdida?

Locos, y con razón, llamaba San Felipe Neri a los que no se cuidan de salvar su alma. Si hubiese en la tierra dos suertes de hombres: mortales unos y otros inmortales, y los primeros viesen a los segundos afanados por allegar bienes de la tierra, alcanzar honores, amontonar riquezas y gozar de los placeres de la tierra, seguramente les dirían: «Sois unos insensatos; podéis conquistar bienes eternos ¿y vais en pos de estas cosas viles y pasajeras? ¿Y por ellas os condenaréis vosotros mismos a tormentos eternos en la otra vida? Dejad, dejad estos bienes del mundo para gentes desventuradas, como nosotros, que nada tenemos que esperar más allá de la tumba.» Pero no, que todos somos inmortales. ¿Cómo habrá, sin embargo, tantos hombres que por los miserables placeres de esta vida pierdan su alma? ¿Cómo puede haber cristianos que creen en el juicio, en el infierno, en la eternidad, y luego viven sin temor ? «¿Cuál es la causa —pregunta Salviano— que creyendo el cristiano en las cosas futuras no las tema?»

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah Dios mío!, ¿en qué he empleado tantos años de vida que Vos me habéis dado para procurar mi eterna salvación? Vos, Redentor mío, habéis comprado mi alma con vuestra sangre y luego me la habéis dado para que la emplease en salvarla, y yo he trabajado por perderla, ofendiéndoos a Vos, que tanto me habéis amado. Gracias os doy, Señor, porque todavía me dais tiempo para remediar el gran mal que he hecho. He perdido mi alma y vuestra divina gracia. Duélome, Señor, de ello y lo detesto con todo mi corazón. Perdonadme, que en adelante estoy resuelto a perderlo todo, aun la misma vida, antes que perder vuestra amistad. Os amo sobre todo bien y propongo amaros siempre, ¡oh Sumo Bien, digno do infinito arnor! ¡Ayudadme, Jesús mío, a fin de que esta mi resolución no sea semejante a mis pasados propósitos, que no fueron más que otras tantas traiciones! ¡Quitadme la vida antes que vuelva a ofenderos de nuevo y a dejar de amaros! ¡Oh María, esperanza mía, salvadme, obteniéndome la santa perseverancia!

PUNTO SEGUNDO
La salvación, nuestro único negocio

El negocio de nuestra eterna salvación no sólo es el más importante, sino el *único* que debe preocuparnos en esta vida. *Una sola cosa es necesaria,* dice Jesucristo. Lamenta San Bernardo la locura de los cristianos, «que a los juegos de los niños llaman bagatelas, y a las bagatelas de las personas graves dan el nombre

de importantes negocios», siendo así que estos grandes negocios no son más que grandes bagatelas. Porque *¿de qué sirve al hombre* —dice Jesucristo— *el ganar todo el mundo si pierde su alma?*. Si logras salvarte, hermano mío, ¿qué importa que en este mundo hayas vivido pobre, afligido *y* menospreciado? Salvándote, se acabarán para ti los males y serás feliz por toda la eternidad. Pero si te pierdes y te condenas. ¿de qué te servirá en el infierno haber gozado de todos los bienes de la tierra, haber nadado en riquezas y haber sido colmado de honores? Perdida el alma, perdidos son los placeres, y los honores, y las riquezas: perdido es todo.

¿Qué tendrás que responder cuando Dios te llame a juicio ? Si el rey enviase un embajador a tratar en una ciudad negocios de capital interés, y, en vez de atender al negocio que le ha sido encomendado, gastase el tiempo en banquetes, comedias y diversiones, y con esto el negocio fracasara, ¿ qué cuenta no tendría que dar al rey a la vuelta? Pero, ¡gran Dios!, ¿ qué cuenta más rigurosa tendrá que dar al Señor en el día del juicio el que puesto en este mundo, no para divertirse, no para hacerse rico, no para conquistar honores, sino para salvar su alma, a todo atendió menos a salvarla? La desgracia de los mundanos es que piensan mucho en lo presente y nada en la vida futura. Hablando cierto día en Roma San Felipe Neri con un joven llamado Francisco Zazzera, de mucho talento y muy dado a cosas del mundo, le dijo: «Tú, hijo mío, allegarás grandes riquezas, serás abogado de mucha cuenta, llegarás después a prelado, tal vez a cardenal, bien pudiera ser que a Papa. ¿Y después? ¿Y después? Anda, hijo mío —añadió despidiéndole—, piensa en estas últimas palabras.» De vuelta Francisco a su casa fue meditando y saboreando aquel *¿y después?, ¿y después ?* De allí a poco abandonó sus risueñas esperanzas, dio un adiós al mundo y entró en la Congregación de San Felipe, para no ocuparse más que en las cosas de Dios.

La salvación, pues, es el *único* negocio, porque sólo tenemos un alma. Pidióle cierto príncipe a Benedicto XII una gracia que no podía otorgarle sin grave ofensa de Dios. El Papa respondió al embajador del príncipe con estas palabras: «Decid al rey, vuestro señor, que, si yo tuviera dos almas, podría perder una por él y reservarme otra para mí; pero comoquiera que no tengo más que una sola, no puedo ni quiero perderla». Decía San Francisco Javier que en el mundo no hay más que un *solo* bien y un solo mal: el único bien, salvarse; el único mal, condenarse. Esto mismo decía Santa Teresa a sus religiosas: «Hermanas mías, una alma y una eternidad». Queriendo con esto decirles: tenemos *una alma;* perdida ésta, todo está perdido por *una eternidad;* perdida el alma una sola vez, está perdida para siempre. Por eso rogaba David al Señor y le decía: *Una sola cosa he pedido al Señor, ésta solicitaré, y es que yo pueda vivir en la casa del Señor*. ¡Señor, una sola cosa os pido: salvad mi alma, y nada más!

Trabajad con temor y temblor en la obra de vuestra salvación. Quien no teme perderse y no tiembla por su salvación no se salvará; de aquí resulta que, para salvarse, es menester trabajar y hacerse violencia. *El reino de los cielos,* —dice Jesucristo— *se alcanza a viva fuerza y los que se la hacen son los que lo arrebatan*). Para conseguir la salvación es necesario que en la hora de la muerte nuestra vida sea semejante a la de Jesucristo; porque, como dice San Pablo: *Dios los predestinó para que se hiciesen conformes a la imagen de su Hujo.* Y por esto debemos, por una parte, esforzarnos por huir las ocasiones de pecar, y, por otra, debemos poner en práctica los medios necesarios para conseguir la salvación eterna. «No, no se dará de los cielos a los perezosos —dice San Bernardo—, sino a los que han trabajado dignamente en el servicio de Dios. Todos quieren salvarse, pero si ningún trabajo. «¡ Cómo es que el demonio —dice San Agustín— se fatiga tanto para demos y no duerme, y tú, tratándose de tu porvenir eternamente feliz o eternamente desgraciado, vives tan negligente? Velan los enemigos, ¿y tú duermes?».

AFECTOS Y PETICIONES

Gracias os doy, Dios mío, porque, debiendo estar en el infierno por los pecados que tantas veces cometí, permitís que ahora me halle aquí en vuestra divina presencia. Pero ¿de qué me serviría la vida que me conserváis si prosiguiese viviendo en desgracia vuestra? En adelante no será así. Os he menospreciado y os he perdido a Vos, Sumo Bien mío; pero duélome ya de todo corazón. ¡Ojalá hubiera muerto antes mil veces! Os he perdido; mas vuestro Profeta me asegura que sois todo bondad y os hacéis encontradizo con el alma que os busca. *Bueno es el Señor tara el alma que va en su busca*. Si en mi vida pasada he andado lejos de Vos, ¡oh Rey de mi corazón!, ahora os busco y no quiero hallar más que a Vos. Os amo con todos los afectos de mi corazón. Recibidme y no os desdeñéis de dejaros amar de un corazón que tantas veces os ha menospreciado. *Enséñame a hacer tu voluntad*. Decidme qué es lo que debo hacer para complaceros, que dispuesto estoy a hacer cuanto entienda ser vuestra voluntad. Salvad, Jesús mío, esta mi alma, por la cual habéis dado toda vuestra sangre y vuestra vida, y el salvarme sea darme la gracia de amaros en esta vida y por toda la eternidad. Así lo espero por vuestros méritos.

También lo espero por vuestra intercesión, ¡ oh María!

PUNTO PRIMERO
La salvación es negocio irreparable

La salvación es negocio *importante,* negocio *único,* negocio irreparable. «No hay error —dice San Euquerio— sobre el error de descuidar el negocio de la salvación eterna». Para todos los otros yerros hay remedio: si se pierde la hacienda, puede ganarse por otro camino; si se pierde un empleo, se puede otra vez recuperar; aun perdiendo la vida, si uno logra salvarse, todo está remediado. Mas para el alma que se condena ya no hay remedio. Se muere una sola vez ; perdida una vez el alma, se pierde para siempre. No queda más remedio que llorar eternamente con los otros desgraciados que pueblan ya el infierno, cuya pena y tormento mayor será el pensar que se les acabó el tiempo de remediar su desgracia. *El verano se acabó* ——dirán por Jeremías—*, y nosotros no somos libertados*. Preguntad a los sabios que están sumergidos en los fuegos devoradores del infierno, preguntadles los sentimientos que tienen y si están contentos con haber labrado gran fortuna sobre la tierra, ahora que están condenados a vivir eternamente en aquella cárcel. Oídlos cómo se lamentan y dicen: *¡Conque nos hemos engañado!*. Mas ¿de qué les sirve conocer su yerro ahora que no pueden remediar su eterna condenación? ¿Qué tormento no sentirá en este mundo aquel que, habiendo con poco trabajo podido remediar la ruina de su casa, la encontrase un día arruinada y viniese a reconocer su negligencia cuando ya no hubiese remedio?

Este es el tormento mayor de los condenados: pensar que han perdido su alma y se han condenado por culpa suya. *Tu perdición, Israel, viene de ti mismo, y sólo de Mí tu socorro*. Dice Santa Teresa(5) que si uno pierde por culpa suya un vestido, un anillo, aunque sea una nonada, no halla paz, no come, no duerme. ¡Qué suplicio, pues, no sentirá, ¡oh Dios mío!, el condenado en el momento mismo de entrar en el infierno, viéndose encerrado en aquella cárcel de tormentos, cuando comience a darse cuenta de su desgracia y entienda que ya no podrá repararla por toda la eternidad! Entonces, sin duda, dirá: «He perdido mi alma, he perdido el paraíso, he perdido a Dios, he perdido todo y para siempre. ¿Y por qué ? Por culpa mía»(6).

Pero dirá alguno: «Si cometo este pecado, ¿por qué me he de condenar ? Bien puede ser que todavía me salve.» Yo le responderé: «También puede ser que te condenes, y aún digo más: que es más fácil que te condenes, porque la Escritura amenaza con la eterna condenación a los pecadores obstinados, como ahora lo eres tú.» *¡Ay de vosotros, hijos rebeldes y desertores!* —dice el Señor por Isaías—. *¡Ay de ellos, porque se apartaron de Mí.* Advierte, al menos, que con este pecado que cometes pones en duda y en gran riesgo tu salvación eterna. Pues bien, y este negocio ¿es de tal naturaleza que lo puedas poner en peligro? No se trata aquí de una casa, de una rica heredad, de un empleo; «se trata —dice San

Juan Crisóstomo— de padecer una eternidad de tormentos y de perder un paraíso eterno». Y este negocio, que para ti es el todo, ¿lo has de arriesgar por un *puede ser?*

«¿Quién sabe? —replicarás tal vez—. No me condenaré; espero que Dios más tarde me ha de perdonar.» Pero entre tanto tú mismo, y en este instante, te condenas al infierno. Dime: ¿Te arrojarías a un pozo, diciendo : «Vamos, ¿ quién sabe si escaparé a la muerte?» A buen seguro que no. ¿Y cómo te atreves a apoyar tu eterna salvación en una esperanza tan débil como es un *quién sabe?* Cuántos hay que se han condenado por esta maldita esperanza! ¿Ignoras por ventura que la esperanza de los que se obstinan en pecar no es verdadera esperanza, sino engaño y presunción que excita a Dios, no a misericordia, sino a mayores venganzas? Si ahora dices que no puedes resistir a la tentación y a la pasión que te avasalla, ¿cómo podrás resistir más tarde, cuando con nuevos pecados, lejos de aumentarse, disminuyan tus fuerzas? Porque entonces, por una parte, tu alma quedará más ciega y más endurecida en la maldad, y, por otra, te faltará la ayuda y el favor del cielo. ¿O es que esperas que Dios te ha de otorgar más luces y mayores gracias a medida que tú vayas amontonando pecados sobre pecados?

¡Oh .Jesús mío!, traedme siempre a la memoria el recuerdo de la muerte que habéis padecido por mí y dadme confianza. Temo que en la hora de mi muerte el demonio intente desesperarme a la vista de tantos pecados como he cometido. ¡Cuántas veces os he prometido, movido por las luces que me habéis dado, que no había de volver a ofenderos más, y después, fiado del perdón, os he vuelto a ultrajar! Y porque no me habéis castigado, por eso os he ultrajado más. Porque habéis tenido compasión de mí, he multiplicado mis ultrajes; Oh Redentor mío! , antes que abandone este mundo, dadme un gran dolor de mis pecados. Me arrepiento, ¡oh Sumo Bien!, de haberos ofendido, y de hoy en adelante os prometo antes morir mil veces que volver a abandonaros. Entre tanto, hacedme oír aquellas palabras que dirigisteis a la Magdalena: *Tus pecados te son perdonados*, y dadme antes de mi muerte verdadero dolor de mis pecados; de otra suerte, temo que mi muerte sea inquieta y desgraciada. *No seas para mí motivo de temor,* ¡oh Jesús mío!; *Tú, esperanza mía, en el tiempo de mi aflicción*. Si viniera a morir antes de haber llorado mis pecados y antes de haberos amado, entonces vuestras llagas y vuestra sangre, más que esperanza, me causarían temor. En lo que me resta de vida no os pido consuelos y bienes de la tierra; sólo os pido dolor de mis pecados y amor. Oíd mis ruegos, ¡oh carísimo Salvador mío!, por aquel amor que os llevó a sacrificar vuestra vida por mí en el Calvario.

María, Madre mía, obtenedme todas estas gracias, juntamente con la perseverancia hasta la muerte.

DECIMOTERCERA CONSIDERACIÓN

VANIDAD DEL MUNDO

Quid prodest homini si mundum universum lucretur, animae vero suaedetrimentum patiatur?.
¿De qué le sirve al hombre ganar todo todo el mundo si pierde su alma?
Matth., XVI, 26.

PUNTO PRIMERO
Los bienes del mundo acaban con la muerte

Un antiguo filósofo, llamado Aristipo, viajando una vez por el mar, naufragó con la nave en que iba y perdió todos sus caudales. Aribó, por fin al puerto, y merced a la reputación de sabio que gozaba entre los habitantes de aquel país, le dieron con creces lo que había perdido. Escribiendo después su malaventura a los amigos que había dejado en su patria, les exhortaba con su ejemplo a procurar solamente aquellos bienes que ni en los naufragios se pueden perder. Esto cabalmente nos están diciendo desde la eternidad nuestros parientes y amigos: que procuremos adquirir en este mundo solamente aquellos bienes que ni la muerte puede destruir. Día de perdición es llamado el día de la muerte. *Próximo está* —dice el Señor— *el día de perdición*. Y, a la verdad, en aquel día todos los bienes de la tierra, honores, riquezas, placeres, todo ha de desaparecer. Por esto decía San Ambrosio «que no podemos llamar bienes nuestros a los que no podemos llevar a la otra vida; sólo las virtudes nos acompañan más allá de la tumba». «¿De qué nos sirve —dice Jesucristo — ganar todo el mundo si a la hora de la muerte, perdiendo el alma, se pierde todo?» ¡A cuántos jóvenes llevó esta sola máxima a encerrarse en el claustro! ¡A cuántos anacoretas sepultó en el desierto!

¡A cuántos mártires excitó a dar la vida por Jesucristo! Con esta sola máxima hizo San Ignacio de Loyola muchas conquistas para Dios, entre las cuales la más señalada fue la de San Francisco Javier. Hallábase en París soñando en mundanas grandezas, cuando cierto día le dijo el Santo que el mundo es un traidor, que prometer sabe, cumplir no sabe. Y aun suponiendo que cumpliese el mundo lo que promete, jamás podrá satisfacer tu corazón. Y dado caso que le diese pleno

contento, ¿cuánto durará esta tu felicidad? ¡Podrá durar más que tu vida? Y al fin de ella, ¿qué podrás llevar a la eternidad? Has visto a algún potentado que se haya llevado al otro mundo algún dinero o algún fiel servidor para su regalo? ¿Conociste a algún rey que se llevase un mal pedazo de púrpura para que en la otra vida le honrasen ?... Herido Francisco con el golpe de esta voz, abandonó el mundo, siguió a San Ignacio y se hizo santo.

Vanidad de vanidades, así llamó Salomón a los bienes de este mundo después de haber gozado de todos los placeres de la tierra, como él mismo confesó por estas palabras: *Nunca negué a'mis ojos nada de cuanto desearon*. Decía Sor Margarita de Santa Ana, carmelita descalza e hija del emperador Rodolfo II: «¿De qué sirven los reinos en la hora de la muerte?». ¡Cosa digna de toda admiración! Tiemblan los santos al pensar en el negocio de su eterna salvación. Temblaba el P. Pablo Séñeri, el cual, lleno de sobresalto, preguntaba a su confesor: «¿Qué me dice, Padre; me salvaré?». Temblaba San Andrés Avelino y, anegado en lágrimas, decía: «¡Quién sabe si me salvaré!» San Luis Bertrán también temblaba atormentado de este mismo pensamiento, y muchas noches, sobresaltado, se levantaba de la cama, diciendo: «¿Quién sabe si me condenaré?» Y entre tanto, los pecadores, que viven en estado de condenación, duermen, ríen, se divierten.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Jesús, Redentor mío!, gracias os doy porque me habéis dado a conocer mi locura y el mal que he hecho abandonándoos a Vos, que por mí habéis dado vuestra sangre y vuestra vida. No merecíais, en verdad, ser tratado por mí como lo habéis sido. ¡Ay! Si ahora me asaltase la muerte, ¿qué hallaría en mi alma sino pecados y remordimientos de conciencia que me harían morir lleno de angustia? Confieso, Salvador mío, que he obrado mal; me equivoqué abandonándoos a Vos, Sumo Bien mío, para ir en pos de los míseros placeres de este mundo, Arrepiéntome con todo mi corazón y os suplico, por los dolores que por mí sufristeis en la cruz, que me deis tan gran dolor de mis pecados, que me hagan llorar toda mi vida las culpas que contra Vos cometí. Jesús mío, perdonadme; os prometo amaros siempre y no disgustaros jamás. Indigno soy de vuestro amor, por haberos tantas veces menospreciado en mi vida pasada; pero Vos habéis dicho *que amáis a los que os aman*. Yo os amo; amadme también Vos, que no quiero verme más privado de vuestra gracia. Renuncio a todas las grandezas y placeres de este mundo con tal que Vos me améis. Oídme, Dios mío, por amor de Jesucristo, pues El os ruega que no me arrojéis de vuestro Corazón. A Vos me consagro todo entero; os consagro mi vida, mis gustos, mis sentidos, mi alma, mi cuerpo, mi voluntad y mi libertad. Aceptad esta mi ofrenda y no la rechacéis,

como lo tengo merecido por haber rehusado tantas veces vuestra amistad. *No me arrojes de tu presencia*.

¡Oh Virgen Santísima y Madre mía, María!, rogad a Jesús por mí; en vuestra intercesión pongo toda mi confianza.

PUNTO SEGUNDO
Los bienes del mundo no pueden saciar nuestro corazón

En sus manos —dice el Profeta— *tiene una balanza engaños*. Debemos pesar los bienes de la tierra en la balanza de Dios, no en la del mundo, que es falsa y engañosa. Los bienes del mundo son harto miserables y pronto se acaban, para que puedan dar pleno contento a nuestro corazón. *Mis días han corrido más velozmente que una posta... Pasaron como naves cargadas de frutas*. Pasan y huyen veloces los días de nuestra vida; y, a la postre, de los bienes de esta tierra, ¿qué es lo que queda ? *Pasaron como naves.* Pasan las naves sin dejar en pos de sí huella alguna por donde pasaron. *Cual nave que surca las olas del mar* —dice el Sabio—, *de cuyo tránsito no hay que buscar vestigio*. Preguntemos a tantos ricos, a tantos sabios, a los príncipes y emperadores que, están ahora en la eternidad, preguntémosles qué les queda de su fausto, de su grandeza, de las delicias que en la tierra gozaron, y todos a una nos responderán: «Nada, absolutamente nada.» «Vosotros —dice San Agustín— solamente miráis los bienes que tiene ese grande del mundo; pero mirad también lo que al morir lleva consigo: un cadáver putrefacto y un miserable andrajo, que se ha de pudrir con él». De los grandes que mueren apenas se oye hablar por un corto espacio de tiempo; poco después ni siquiera se hace mención de ellos. *Desvanecióse como él sonido su memoria*. Y si los desventurados se condenan, en el infierno ¿qué hacen? ¿Qué dicen? Se lamentarán y dirán con el Sabio: *¿De qué nos ha servido la soberbia? ¿O qué provecho nos ha traído la vana ostentación de nuestras riquezas?. . Pasaron como sombra todas estas cosas*, y ahora sólo nos queda pena, llanto y desesperación eterna.

Los hijos de este siglo —dice Jesucristo— *son más prudentes que los hijos de la luz*. Es cosa que pone admiración ver cuan prudentes son los mundanos en las cosas de la tierra. ¡Cuánto no trabajan para escalar aquel puesto honroso, para allegar riquezas! ¡Qué diligencia ponen para conservar la salud del cuerpo! Buscan los medios más seguros: el mejor médico, los mejores remedios, el más benigno clima, y del alma no se cuidan para nada. Y, sin embargo, es cierto que la salud, las riquezas, los honrosos cargos acabarán un día; pero el alma, la eternidad, jamás acabarán. «Mirad —dice San Agustín—, mirad a cuántos

trabajos se expone el hombre por las cosas que ama desordenadamente». ¿Qué no padece el vengativo, qué el ladrón, qué el des honesto para llevar a cabo su criminal intento? ¡Y por el alma no quieren pasar ningún trabajo! ¡Oh Dios, que a la luz de la candela que se enciende en la hora de la muerte, en aquel tiempo de las grandes verdades, conocen y confiesan los mundanos su insigne locura! Entonces dirán: «¡Oh, si yo lo hubiera abandonado todo para hacerme santo!» En la hora de la muerte decía el Papa León X[: «Más me hubiera valido ser portero de mi convento que Papa». También el Soberano Pontífice Honorio III dijo al morir: «¡Cuánto mejor me hubiera sido haberme quedado en la cocina de mi convento lavando la vajilla!». Felipe II, rey de España, llamó a su hijo en la hora de la muerte y, quitándose las reales vestiduras, le hizo ver su pecho roído de gusanos y le dijo: «Mira, príncipe, cómo se muere y cómo acaban las grandezas del mundo.» Y luego añadió: «¡Oh, si en vez de monarca fuera lego de un convento, cuánto mejor me hubiera sido!» Luego se hizo colgar al cuello una cuerda, de la cual pendía una cruz de palo, y, dispuestas todas las cosas para la muerte, dijo a su heredero: He querido, hijo mío, que estuvieras presente a esta escena para que veas cómo el mundo trata a los mismos monarcas. Su muerte es igual a la del más pobre de la tierra. En una palabra, el que mejor vive es el que mayor favor alcanza delante de Dios.» Este joven príncipe, que después fue también rey de España con el nombre de Felipe III, al morir a la temprana edad de cuarenta y tres años, dijo: «Procurad, subditos míos, no decir en la oración fúnebre que hagáis en mis funerales más que lo que ahora veis. Decid que, en la hora de la muerte, el habar sido rey no sirve más que para sentir mayor tormento por haberlo sido.» Y luego exclamó: «¡Ojalá que en vez de ser rey me hubiera sepultado en un desierto para servir a Dios, porque ahora me presentaría con mayor confianza delante de su tribunal y no correría tanto riesgo de condenarme!».

Mas ¿de qué sirven estos deseos en la hora de la muerte, sino para mayor tormento y desesperación de los que en vida no han amado a Dios? Por esto decía Santa Teresa: «No se ha de hacer cuenta de lo que pasa con la vida; la verdadera vida consiste en vivir de tal suerte que no haya por qué temer la muerte»[(7)]. Por tanto, si querernos apreciar en su justo valor los bienes de la tierra, considerémoslos desde el lecho de muerte y digamos: «¡Estos honores, estas diversiones estas riquezas nos serán arrebatadas. Importa, pues, mucho hacernos santos y allegar aquel género de riquezas que han de acompañarnos y hacernos felices toda la eternidad.»

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah Redentor mío! Vos habéis soportado tantos trabajos y tantas ignominia por amor mío, y yo he amado con tan grande amor los placeres y vanidades de este mundo, hasta el punto de haber, por amor de ellos, pisoteado y menospreciado vuestra gracia. Mas si Vos me buscabais con tanto afán cuando yo os menospreciaba, ¿cómo puedo temer, ¡oh Jesús mío!, que me desechéis ahora que os busco, que os amo con todo mi corazón y me arrepiento de haberos ofendido más que si hubiera padecido cualquiera otra des gracia? ¡Oh Dios del alma mía!, en adelante no quiero causaros el menor disgusto; dadme a conocer lo que os desagrada, que por nada del mundo lo volveré a hacer.

Dadme a entender cómo debo obrar para complaceros, que pronto estoy a hacerlo, pues quiero amaros con todas veras. Abrazóme, Señor, con todos los dolores y todas las cruces que vengan de vuestra mano; dadme para ello la resignación necesaria. «Aquí quema, aquí corta», os diré con San Agustín[(8)]; castigadme en esta vida para que en la otra pueda eternamente amaros.

A Vos me encomiendo, María, Madre mía; no ceséis de rogar a Jesús por mí.

PUNTO TERCERO
Los bienes de este mundo no valen para nada en la eternidad

El tiempo es corto —dice San Pablo— ; *los que gozan del mundo vivan como si no gozasen de él, porque la apariencia de este mundo pasa en un momento*. ¿Qué es nuestra vida en este mundo, sino una comedia que pasa pronto y se acaba? *La apariencia de este mundo pasa luego,* es decir, la comedia, la escena teatral. «Es el mundo —dice Cornelio Alápide— a la manera de una pieza de teatro: pasa una generación y le sucede otra». Quien apareció en la escena como rey no lleva consigo la púrpura. Dime tú, ¡oh casa, oh quinta!, ¿cuántos señores tuviste? No bien se acaba la representación, el que hizo oficio de rey ya no es rey, el que apareció como señor dejó de serlo. Tuya es ahora aquella quinta, tuyo aquel palacio; vendrá luego la muerte y pasarán a manos de otros dueños.

Una hora de mal —dice el Eclesiástico— *hace olvidar los mayores deleites*. En la hora funesta de la muerte pasan al olvido y se desvanecen todas las grandezas, los títulos honoríficos y el fausto del mundo. Para Casimiro, rey de Polonia, se acabó la escena de este mundo en un día que daba un banquete a los magnates de su reino y al punto de llevar la copa a los labios. El emperador Celso fue asesinado a los ocho días de su elección, y para él acabó la escena. Dieciocho años tenía Ladislao, rey de Bohemia, y mientras preparaba grandes festejos para recibir a la hija del rey de Francia, que había de ser su esposa, he aquí que una mañana se siente acometido de un gran dolor y muere. Despachan correos en

seguida por todas partes para que anuncien a la futura esposa que torne a Francia, pues para Ladislao se había acabado la comedia de este mundo. Este pensamiento de la vanidad del mundo bastó para santificar a San Francisco de Borja, el cual (como en otro lugar se dijo), al ver a la emperatriz Isabel segada por la muerte en medio de las grandezas y en la flor de la juventud, determinó entregarse totalmente a Dios, diciendo: «¿ En esto vienen a parar los cetros y coronas de este mundo? De hoy en adelante sólo quiero servir a un Señor que no pueda morir.»

Procuremos, pues, vivir de suerte que no se nos diga en la hora de la muerte lo que dijeron a aquel necio del Evangelio: *¡Insensato!, esta misma noche han de exigir de ti la entrega de tu alma; y cuanto has almacenado, ¿para quién será?* De donde concluye San Lucas: *Esto es lo que sucede al que atesora para sí y no es rico a los ojos de Dios.* A lo cual añade Jesucristo: *Atesorad más bien para vosotros tesoros en el cielo, donde no hay orín ni polilla que los consuman.* Es decir, trabajad por enriqueceros, no ya de los bienes del mundo, sino del mismo Dios, atesorando virtudes y méritos, bienes que llevaréis al cielo y durarán eternamente. Esforcémonos, pues, por adquirir el gran tesoro del divino amor. «¿Qué es lo que tiene el rico —dice San Agustín— si no tiene caridad? Y al pobre, si tiene caridad, ¿qué es lo que le falta?». Aunque un hombre nade en riquezas, si no tiene a Dios, es el más pobre del mundo; pero el pobre que posee a Dios lo posee todo, ¿Y quién posee a Dios? «¡El que le ama», responde San Juan. *El que permanece en la caridad, en Dios permanece y Dios en él*.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Dios mío!, no quiero que Satanás tenga más dominio sobre mi alma; Vos sólo sois y seréis mi dueño y señor; todo lo quiero perder a trueque de conquistar vuestra gracia, pues la tengo en mayor estima que mil coronas y mil reinos. ¿Y qué he de amar si no os amo a Vos, amabilidad infinita, bien infinito, belleza, bondad, amor infinito? En lo pasado os abandoné a Vos para correr detrás de las criaturas; éste será siempre el dolor que traspase mi corazón: el haberos ofendido a Vos, que tanto me habéis amado. Mas, después que me habéis unido a Vos con tantas gracias, espero no verme ya privado de vuestro amor. Tomad, Amor mío, toda mi voluntad y todas mis cosas, y haced de mí lo que os plazca. Si en lo pasado la adversidad me ha turbado, os pido por ello perdón; no quiero jamás quejarme de vuestras disposiciones, pues sé que todas ellas son para mí buenas y santas. Disponed de mí, Dios mío, como os agrade, que yo os prometo recibirlo todo con alegría y daros por ello las gracias. Haced que os ame, y nada más os pido, ¿Para qué riquezas, para qué honores, para qué todo el mundo? Dios, basta Dios; sólo quiero a Dios.

¡Oh María!, dichosa Tú, que en este mundo no amaste más que a Dios; alcánzame la gracia de asociarme a Ti, a lo menos en lo que me resta de vida. En Ti confío.

DECIMOCUARTA CONSIDERACIÓN

LA VIDA PRESENTE ES UN VIAJE A LA ETERNIDAD

Ibit homo in domum aeternitatis suae.
Irá el hombre a la casa de su eternidad
Eccli,. XII, 5.

PUNTO PRIMERO
Vamos camino a la eternidad

Al considerar que en este mundo viven tantos malvados en la prosperidad y que, por el contrario, tantos justos pasan su vida entre tribulaciones, aun los mismos gentiles, con la sola luz de la razón, han llegado a conocer esta verdad: que, existiendo un Dios, y siendo este Dios justo, debe haber otra vida en la cual sean castigados los impíos y premiados los buenos. Pues bien, lo que los gentiles han alcanzado a rastrear con la luz natural lo sabemos nosotros los cristianos con la luz de la fe. *No tenernos aquí ciudad permanente*—dice San Pablo—, *sino que vamos en busca de la que está por venir* (*Hebr.,* XIII, 14). No es el mundo nuestra verdadera patria; sólo es lugar de tránsito por donde debemos pasar para llegar en breve a la casa de la eternidad. *Irá el hombre a la casa de su eternidad.*

Por consiguiente, hermano mío, la casa que ahora habitas no es tu casa, es una posada de la cual muy pronto, y cuando menos lo pienses, tendrás que salir. Sábelo bien: apenas la muerte te haya cerrado los ojos, los primeros en arrojarte de casa serán tus parientes y amigos. Y entonces, ¿cuál será tu verdadera casa? La de tu cuerpo, hasta el día del juicio, será una hoya, y la de tu alma será la eternidad: el cielo o el infierno. Por esto dice San Agustín «Huésped eres, pasas y miras». Insigne locura sería la de aquel viajero que, pasando por un país extranjero, se empeñara en gastar todo su patrimonio en comprar casas de campo o palacios, que a los pocos días tendría que abandonar. «Considera, por consiguiente —dice el Santo—, que estás de paso en este mundo; no dejes prender tu corazón en las cosas que ves; mira y pasa, pero procúrate una buena casa donde has de vivir por toda la eternidad.»

Si te salvas, gran dicha será la tuya. ¡Oh, cuan bello y hermoso es el paraíso! Los más suntuosos palacios de los monarcas no son más que establos comparados con la ciudad celestial, única que merece llamarse *ciudad de perfecta belleza*. Allí ya no tendrás nada que desear; estando en compañía de los santos, de la Madre de Dios, de Jesucristo, no temerás mal alguno; en una palabra, vivirás anegado en un océano de delicias y en un gozo sin fin, que durará eternamente. *Y serán coronados con guirnaldas de eterna alegría*. Y para colmo de ventura, este gozo será tan perfecto y tan grande, que a cada momento y por toda la eternidad parecerá siempre nuevo.

Pero ¡desventurado de ti si te condenas! Te verás sumergido en un mar de fuego y de tormentos, desesperado, sin Dios y abandonado de todos. ¿Y hasta cuándo ? ¿Acaso acabarán tus tormentos después de haber transcurrido cien años o mil años? ¡Qué han de acabar! Pasarán ciento y mil millones de años y de siglos, y estarás al comienzo de tu infierno. Porque ¿qué son mil años comparados con la eternidad? Menos que un día que ya pasó. *Mil años son ante tus ojos como el día de ayer, que ya pasó*. ¿Quieres ahora saber la morada que tendrás en la eternidad? Será la que tú mismo te merezcas y te fabriques con tus obras.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Dios mío!, ved la casa que yo merecí con mi mala vida: el infierno, donde, después del primer pecado que cometí, debería estar sepultado y abandonado de Vos, sin esperanza de poder amaros nuevamente. Sea por siempre bendita vuestra misericordia, que me ha aguardado y dado tiempo para remediar el mal que hice. Bendita sea la sangre de Jesucristo, que tal misericordia me ha obtenido. No, Dios mío no quiero abusar más de vuestra paciencia. Me arrepiento sobre todo mal de haberos ofendido, no tanto por el infierno, que merecí, como por haber ultrajado a vuestra infinita bondad. No más ofensas, Dios mío, no más ofensas; antes que ofenderos prefiero que me venga la muerte. Si ahora estuviera en el infierno, no podría amaros, ¡oh Sumo Bien mío!, ni Vos tampoco podríais amarme. Os amo y quiero ser amado de Vos; no lo merezco, es verdad; pero lo mereció Jesucristo, que se sacrificó en la cruz para que Vos pudierais perdonarme y amarme. Eterno Padre, por amor de vuestro Hijo, otorgadme la gracia de amaros siempre y amaros mucho. Os amo, Padre mío, que me habéis dado a vuestro Hijo. Os amo, oh Hijo de Dios!, que habéis muerto por mí.

¡Oh Madre de Jesús!, os amo, porque con vuestra intercesión me habéis alcanzado espacio de penitencia. Obtenedme ahora, ¡oh María! dolor de mis pecados, amor de Dios y la santa perseverancia.

PUNTO SEGUNDO
De la vida que aquí llevemos depende la eternidad

Si el árbol cayere hacia el Mediodía o hacia el Norte, doquiera que caiga, allí quedará. Del lado que caiga a la hora de la muerte el árbol de tu alma, allí quedará por toda la eternidad. No hay medio: o reinar para siempre en el cielo o para siempre sufrir como esclavo en el infierno, o siempre feliz en un océano de delicias o siempre desesperado en una cárcel de tormentos. Considerando San Juan Crisóstomo al rico Epulón, tenido por dichoso en este mundo por haber sido rico, pero que, al fin, fue condenado al infierno, y a Lázaro, tenido por desgraciado por ser pobre, pero luego feliz por haber ido al paraíso, exclama: «¡Oh infeliz felicidad que lleva al rico a eterna infelicidad! ¡Oh feliz infelicidad que conduce al pobre a felicidad eterna!»[9].

¿De qué sirve, pues, angustiarse, como hacen algunos, diciendo: «Quién sabe si estoy condenado o predestinado»? Cuando se corta un árbol, ¿a qué lado cae? Cae, sin duda, hacia el lado donde está inclinado. ¿A qué lado te inclinas tú, hermano mío? ¿Qué vida llevas? Procura inclinarte siempre hacia el Mediodía; es decir, consérvate en gracia de Dios, evita el pecado, y de esta suerte te salvarás y serás predestinado. Y para evitar el pecado ten siempre fijo ante los ojos del alma el pensamiento de la eternidad, llamado por San Agustín *gran pensamiento*. Esta consideración ha movido a dejar el mundo a muchos jóvenes y los ha llevado a los desiertos, para no ocuparse más que del negocio de su alma, y de esta suerte han asegurado su salvación; y ahora, que están en la gloria, serán felices por toda la eternidad.

Una señora que vivía alejada de Dios se convirtió con sólo oír al Beato Padre Avila estas palabras: «Meditad, señora, estas dos palabras: *siempre, jamás»*[10]. El Padre Pablo Séñeri, sobrecogido un día por el pensamiento de la eternidad, en varias noches seguidas no pudo conciliar el sueño, y desde aquel momento se determinó a llevar vida más austera. Refiere Darselio que un obispo se servía de este pensamiento de la eternidad para animarse a llevar una vida santa, y sin cesar se estaba diciendo: «A cada instante estoy a las puertas de la eternidad. Se cuenta de un monje que se sepultó en una tumba y allí no cesaba de exclamar: «¡Oh eternidad! ¡Oh eternidad!»[11]. «El que cree en la eternidad —decía el Beato Padre Avila— y no se hace santo, debería estar encerrado en una casa de locos»[12].

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Dios mío!, tened compasión de mí; yo bien sabía que. pecando, me condenaba a mí mismo a una eternidad de tormentos, y, con todo, he tenido el placer de contrariar vuestra santísima voluntad. ¿Y por qué ? Por un vil placer. ¡Ah, Señor mío!, perdonadme, que ya me arrepiento de todo corazón; no quiero resistir más a vuestra santísima voluntad. ¿Qué hubiera sido de mí si me hubierais mandado la muerte cuando llevaba vida tan desordenada? Estaría en el infierno maldiciendo eternamente vuestra voluntad. Mas ahora la amo y quiero amarla siempre: *Enseñadme a hacer vuestra voluntad*. Sí, enseñadme y dadme fuerzas para seguir en todo vuestro divino beneplácito. No quiero resistiros más, ¡oh Bondad infinita!, y por todo favor os pido *que se haga vuestra voluntad así en la tierra como en El cielo*. Otorgadme la gracia de cumplir perfectamente vuestra voluntad, y nada más os pido. ¿Y qué otra cosa queréis Vos, Dios mío, sino mi bien y mi salvación? ¡Oh Padre Eterno!, atended a mis ruegos por amor de Jesucristo, que me ha enseñado a recurrir a Vos sin cesar, y en su nombre os pido *hágase vuestra voluntad, hágase vuestra voluntad, hágase vuestra voluntad.* ¡Cuan dichoso seré si en lo que me resta de vida y hasta el fin de ella cumplo vuestra voluntad.

Bienaventurada sois, ¡oh María!, que tan perfectamente cumplisteis la voluntad de Dios; obtenedme, por vuestros méritos, que a lo menos la cumpla yo todos los días que me quedan de vida.

PUNTO TERCERO

Estamos en la tierra para conquistar la eternidad bienaventurada.

Irá el hombre a la casa de su eternidad. Irá —dice el Sabio—, para declararnos que cada uno irá a la morada que se ha escogido; no le llevarán, sino que él mismo irá por su propia voluntad. Verdad es que Dios quiere que todos se salven, pero no quiere que se salven a la fuerza. *Delante del hombre están la vida y la muerte*. Dios ha puesto delante de cada uno de nosotros la vida y la muerte, y la que escojamos, ésa nos dará. *Y lo que escogiere le será dado.* Dice también Jeremías que el Señor nos ha señalado dos sendas por donde podemos caminar: una que conduce al paraíso, otra que nos lleva al infierno. *Mirad que Yo os pongo delante el camino de la vida y el camino de la muerte*. A nosotros nos corresponde escoger. ¿Cómo podrá llegar al término final de la gloria el que se obstina por seguir- el camino del infierno? Es cosa extraña que todos los pecadores se quieran salvar, y, sin embargo, ellos mismos se condenan al infierno, y luego dicen: «Espero salvarme.» «¿Quién habrá tan loco —dice San Agustín— que se trague un mortal veneno con la esperanza de que se ha de curar?». Y, sin embargo, ¡cuántos cristianos hay tan insensatos que, pecando, se

condenan a muerte eterna *y* luego dicen: «¡Ya tomaré después el remedio!» ¡Oh esperanza engañosa, que tantas almas ha arrastrado al infierno!

No seamos nosotros tan insensatos como éstos; no olvidemos que se trata de la eternidad. ¡Qué de trabajos se imponen los hombres para construirse una casa cómoda, hermosa y bien ventilada, porque la han de habitar toda su vida! ¿Por qué, pues, son tan negligentes cuando se trata de la morada que han de habitar por toda la eternidad? «La eternidad —dice San Euquerio— es un negocio en el cual debemos echar todos nuestros caudales». Porque no se trata de una casa más o menos cómoda, mejor o peor ventilada, sino de estar en el paraíso entre los amigos de Dios, rebosando en delicias, o bien en un abismo de tormentos en compañía de la turba infame de tantos criminales, herejes e idólatras. Y esto ¿ por cuánto tiempo? No, a buen seguro, por veinte o cuarenta años, sino por toda la eternidad. Negocio es éste, cuestión es ésta, no de poco momento, sino de suma importancia. Cuando Tomás Moro fue condenado a muerte por Enrique VIII, Luisa, esposa de Moro, intentó persuadirle a que accediera a lo que el rey le pedía. «Dime, Luisa —le dijo entonces el invicto mártir—, ya ves que soy anciano achacoso; ¿cuántos años podré vivir todavía?» «Aún puedes vivir —repuso la esposa— otros veinte años más.» «¡Qué mal entiendes de negocios! —contestóle Tomás Moro—. ¿Y por veinte años más de vida en este mundo quieres tú que pierda una eternidad feliz y me condene a una eternidad de tormentos?»[(13)].

¡Oh Dios mío, iluminadnos! Aun cuando la eternidad fuera cosa dudosa, o tan sólo una opinión probable, deberíamos, con todo, poner gran cuidado en llevar Una santa vida, para no correr el riesgo de ser eternamente desgraciados si llegase a acontecer que esta opinión fuese verdadera. Mas esta doctrina no es dudosa, es cierta; no es una mera opinión, es una verdad de fe. *Irá el hombre* —dice el Espíritu Santo— *a la casa de su eternidad*. «¡Ah, que la falta de fe —dice Santa Teresa— es la causa de tantos pecados y de la condenación de tantos cristianos!»[(14)]. Avivemos nuestra fe diciendo: *Creo en la vida eterna.* Creo que después de esta vida hay otra que no acabará jamás; y, teniendo este pensamiento siempre fijo en nuestra mente, tomemos los medios para asegurar nuestra salvación. Frecuentemos los Sacramentos, hagamos meditación cada día, no se nos caiga del pensamiento la idea de la vida eterna y huyamos las ocasiones peligrosas de pecar. Y si menester fuera abandonar el mundo, abandonémoslo, «porque no hay seguridad que baste —dice San Bernardo— donde está en peligro la eternidad».

AFECTOS Y PETICIONES

¿Conque no hay medio, oh Dios mío? ¿O seré para siempre feliz o para siempre desgraciado? ¿O en un mar de delicias o en un océano de tormentos? ¿O siempre con Vos en la gloria o siempre en el infierno, lejos y separado de Vos? Bien sé que he merecido muchas veces el infierno; pero tampoco ignoro que perdonáis al que se arrepiente y libráis del infierno al que en Vos pone su confianza. Vos me lo habéis prometido cuando dijisteis: *Clamará a Mí y le oiré benigno...; pondréle en salvo y le llenaré de gloria*.

Perdonadme luego, Señor mío, y libradme del infierno. Sobre todo mal me arrepiento, ¡oh Sumo Bien!, de haberos ofendido. Devolvedme presto vuestra divina gracia y dadme vuestro santo amor. Si ahora estuviera en el infierno, no podría amaros y tendría que odiaros eternamente. Pero ¿qué mal me habéis hecho para que así tuviera que odiaros? Me habéis amado hasta dar la vida por mi, y sois digno de amor infinito. ¡Oh Señor!, no permitáis que vuelva de nuevo a separarme de Vos. Os amo y quiero amaros eternamente. *¿Quién me separará de la caridad de Cristo?*. Sólo el pecado, Jesús mío, puede separarme de Vos; pero no lo permitáis, os lo ruego, por la sangre que por mí habéis derramado. Dadme la muerte antes que vuelva a pecar. *No permitas que me aparte de Ti*.

¡Oh Reina y Madre mía, María, ayudadme con vuestras plegarias! Alcanzadme la muerte, y mil muertes, antes que tenga la desgracia de perder el amor de vuestro divino Hijo.

DECIMOQUINTA CONSIDERACIÓN

DE LA MALICIA DEL PECADO MORTAL

Filius enutrivi et exaltavi; ipsi autem spreverunt me.
He criado hijos y los he engrandecido, y ellos me han menospreciado.
Is., i, 2.

PUNTO PRIMERO
El pecado es un ultraje hecho a Dios.

¿Qué hace quien comete un pecado mortal?... injuria a Dios, le deshonra y, en cuanto está de su parte, le colma de amargura. Primeramente, el pecado mortal es una ofensa grave que se hace a Dios. La malicia de una ofensa, como dice Santo Tomás, se aprecia atendiendo a la persona que la recibe y a la persona que la hace. una ofensa hecha a un simple particular es, sin duda, un mal; pero es mayor delito si se le hace a una persona de alta dignidad, y mucho más grave si se dirige al rey...

¿Y quién es Dios? es el rey de los reyes (Ap., 17, 14). Dios es la majestad infinita, respecto de la cual todos los príncipes de la tierra y todos los santos y ángeles del cielo son menores que un grano de arena (Is., 40, 15). Ante la grandeza de Dios, todas las criaturas son como si no fuesen (Is., 40, 17). Este es Dios...

Y el hombre, ¿qué es?... responde San Bernardo: «Saco de gusanos, alimento de gusanos que presto le han de devorar». El hombre es un miserable, que nada puede; un ciego, que no sabe ver nada; pobre y desnudo, que nada tiene (Ap., 3, 17). ¿Y este mísero gusanillo se atreve a injuriar a Dios? —dice el mismo San Bernardo—. con razón, pues, afirma el angélico doctor (p. 3, q. 2, a. 2) que el pecado del hombre contiene una malicia casi infinita a causa de la infinita majestad de Dios. Por eso, San Agustín llama, absolutamente, al pecado un mal infinito; de suerte que, aunque todos los hombres y los ángeles se ofrecieran a morir, y aun a aniquilarse, no podrían satisfacer por un solo pecado. Dios castiga el pecado mortal con las terribles penas del infierno; pero, con todo, ese castigo es, como dicen todos los

teólogos, citra condignum, o sea, menor que la pena con que tal pecado debiera castigarse.

Y, en verdad, ¿qué pena bastará para castigar como merece a un gusano que se rebela contra su señor? Sólo Dios es señor de todo, porque es creador de todas las cosas (Es., 13, 9). Por eso, todas las criaturas le obedecen. «Obedécenle los vientos y los mares» (mt., 8, 27). el fuego, el granizo, la nieve y el hielo... ejecutan sus órdenes (sal. 148, 8). Mas el hombre, al pecar, ¿qué hace sino decir a dios: señor, no quiero servirte? El Señor le dice: «No te vengues», y el hombre responde: «Quiero vengarme.» «No tomes los bienes del prójimo», y desea apoderarse de ellos. «Abstente del placer impuro», y no se resuelve a privarse de él. El pecador dice a Dios lo que decía el impío faraón cuando Moisés le intimó la orden divina de que diese libertad al pueblo de Israel... aquel temerario respondió: ¿quién es el Señor para que yo obedezca su voz?... «No conozco al Señor» (Ex., 5, 2). pues lo mismo dice el pecador: Señor, no te conozco; hacer quiero lo que me plazca. En suma: ante Dios mismo le pierde el respeto y se aparta de él, que esto es propiamente el pecado mortal: la acción con que el hombre se aleja de Dios. De esto se lamenta el Señor, diciendo: ingrato fuiste, «tú me has abandonado»; yo jamás me hubiera apartado de ti; «tú te has vuelto atrás». Dios declaró que aborrecía el pecado; de suerte que no puede menos de aborrecer al que lo comete (Sb., 14, 9). y el hombre, al pecar, se atreve a declararse enemigo de Dios y a combatir frente a frente contra él.

¿Qué dirías si vieses a una hormiga que quisiera pelear con un soldado?... Dios es aquel omnipotente señor que con sólo querer sacó de la nada el cielo y la tierra (2 Mac., 7, 28). y si quisiera, a una señal suya, podría aniquilarlo todo. El pecador, cuando consiente en el pecado, levanta la mano contra Dios, y «con erguido cuello», es decir, con soberbia, corre a ofender a Dios; ármase de gruesa cerviz (jb., 15, 25) (símbolo de ignorancia), y exclama: «¿qué gran mal es el pecado que hice?... Dios es bueno y perdona a los pecadores...» ¡qué injuria!, ¡qué temeridad!, ¡qué ceguedad tan grande! S. Tom., p. 1, q. 24, a.4.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Heme aquí, Dios mío! a vuestros pies está el rebelde temerario que tantas veces en vuestra presencia se atrevió a perderos el respeto y a huir de vos; pero ahora imploro vuestra piedad. Vos, Señor, dijisteis: clama a mí y te oiré. Reconozco que el infierno es poco castigo para mí; mas sabed, Señor, que tengo mayor dolor de haberos ofendido, ¡oh Bondad infinita!, que si hubiese perdido todos mis bienes y aun la misma vida. Perdonadme, Señor, y no

permitáis que vuelva a ofenderos. Me habéis esperado, a fin de que os amase y bendijese para siempre vuestra misericordia. Yo os amo y bendigo, y espero que por los merecimientos de mi Señor Jesucristo jamás abandonaré vuestro amor. Este amor vuestro me libró del infierno. Él me librará del pecado en lo por venir. Gracias mil os doy por estas luces y por el deseo que me dais de amaros siempre. tomad, pues, posesión de todo mi ser, alma, cuerpo, potencias, sentidos, voluntad y libertad. Tuyo soy, sálvame (sal., 118, 94). Vos, que sois el único bien, lo único amable, sed mi amor. Dadme fervor vivísimo para amaros, pues ya que tanto os ofendí, no me puede bastar el vulgar amor, sino que deseo amaros mucho para reparar las ofensas que os hice. De Vos, que sois omnipotente, espero alcanzarlo...

También, ¡oh María!, lo espero de vuestras oraciones, que son omnipotentes para con Dios.

PUNTO SEGUNDO
El pecado mortal deshonra a Dios

El pecador no sólo injuria a Dios, sino que también le deshonra. Dice San Pablo: «Traspasando la ley deshonras a Dios». Por un miserable placer, menosprecia y huella la amistad de Dios. Si el hombre perdiese esta soberana amistad por ganar un reino, y aun todo el mundo, haría, sin embargo, un inmenso mal, pues la amistad de Dios vale más que el mundo y que mil mundos. Mas ¿por qué se ofende a Dios? (Sal., 10, 13). por un puñado de tierra, por un rapto de ira, por un brutal placer, por humo, por capricho (Ez., 13, 19). apenas el pecador comienza a deliberar consigo mismo si dará o no consentimiento al pecado, entonces, por decirlo así, toma en sus manos la balanza y se pone a considerar qué cosa pesa más, si la gracia de Dios de la ira, el humo, el placer... y cuando luego da el consentimiento, declara que para él vale más aquel humo o aquel placer que la divina amistad. ved, pues, a Dios menospreciado por el pecador. David, considerando la grandeza y majestad de Dios, exclamaba (Sal. 34, 10): «Señor, ¿quién es semejante a Ti?» Mas Dios, al contrario, viéndose comparado por los pecadores a una satisfacción vilísima y pospuesto a ella, les dice (Is., 40, 25): «¿A quién me habéis asemejado e igualado?» «¿de suerte —exclama el Señor— que aquel placer vale más que mi gracia?» No habrías pecado si, al pecar, debieras haber perdido una mano, o diez ducados, o quizá menos. De modo, dice Salviano, que sólo Dios es tan vil a tus ojos, que merece ser pospuesto a un rapto de cólera, a un mísero deleite.

Además, cuando el pecador, por cualquier placer suyo, ofende a Dios, hace que tal placer se convierta en su Dios, porque en aquél pone su fin. Así, dice San Jerónimo: «Lo que alguien desea, si lo venera es para él un Dios». Vicio en el corazón, es ídolo en altar. Por lo mismo, dice Santo Tomás: «Si amas los deleites, éstos son tu Dios.» y San Cipriano: «Todo cuanto el hombre antepone a Dios lo convierte en su Dios.» Cuando Jeroboán se rebeló contra el Señor, procuró llevar consigo el pueblo a la idolatría, y le presentó sus ídolos, diciendo (1 r., 12, 28): «Aquí tienes, Israel, a tus dioses.» Así procede el demonio: ofrece al pecador los placeres, y le dice: «¿qué quieres hacer de Dios?... Ve aquí al tuyo; esta pasión, este deleite. acéptalo y abandona a Dios.» Y si el pecador consiente, eso mismo hace: adora en su corazón el placer como a Dios. « vicio en el corazón, es ídolo en altar.» Y si a lo menos los pecadores no deshonrasen a Dios en presencia de él mismo!... mas no; le injurian y deshonran cara a cara, porque Dios está presente en todo lugar (Ser., 23, 24). El pecador lo sabe. ¡Y con todo, se atreve a provocar al Señor en la misma presencia divina! (is., 65, 3).

AFECTOS Y PETICIONES

vos sois, pues, señor, el bien infinito, y os he cambiado muchas veces por un vil deleite, que desaparece apenas gozado. Mas vos, aunque tanto os desprecié, me ofrecéis ahora el perdón, si le quiero aceptar, y me prometéis recibirme en vuestra gracia si me arrepiento de haberos ofendido. Sí, Señor mío, duéleme de todo corazón de tanta ofensa y aborrezco mis pecados más que todos los males. Ahora vuelvo a vos, y espero que me recibiréis y abrazaréis como a un hijo. gracias mil os doy, ¡oh Infinita Bondad! ayudadme, Señor, y no permitáis que os aleje nuevamente de mí. No dejará el infierno de ofrecernos tentaciones; pero Vos sois más poderoso que él. Bien sé que no me apartaré jamás de Vos si a Vos siempre me encomiendo. Tal es la gracia que os demando: que siempre me encomiende a Vos y os ruegue como ahora, diciendo: Señor, ayudadme, dadme luz, fuerza, perseverancia... dadme la gloria y, sobre todo, concededme vuestro amor, que es la verdadera gloria del alma. Os amo, bondad infinita, y quiero amaros siempre. Oídme, por el amor de Cristo Jesús...

¡Oh María, refugio de los pecadores, socorred a un pecador que quiere amar a Dios!

PUNTO TERCERO
El pecador contrista el corazón de Dios

El pecador injuria, deshonra a Dios y, además, en cuanto es de su parte, le colma de amargura, pues no hay amargura más sensible que la de verse pagado con ingratitud por una persona amada y en extremo favorecida. ¿Y a qué se atreve el pecador?... Ofende a un Dios que le creó y le amó tanto, que dio por su amor la sangre y la vida. Y el hombre le arroja de su corazón al cometer un pecado mortal. Dios habita en el alma que le ama. «Si alguno me ama..., mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn., 14, 23). Notad la expresión haremos morada. Dios viene a esa alma y en ella fija su mansión: de suerte que no la deja, a no ser que el alma le arroje de sí. «No abandona si no es abandonado», Como dice el Concilio de Trento. Y puesto que vos sabéis, Señor, que aquel ingrato ha de arrojaros de sí, ¿Por qué no le dejáis desde luego? Abandonadle, partid antes que se os haga esa gran ofensa... no, dice el Señor; no quiero dejarle, sino esperar a que él mismo me despida. De suerte que, apenas el alma consiente en el pecado, dice a su Dios (Jb., 21, 14): Señor, apartaos de mí. No lo dice con palabras, sino con hechos, como advierte San Gregorio: «Harto sabe el pecador que Dios no puede vivir con el pecado». Bien ve que si peca tiene Dios que apartarse de él. De modo que, en rigor, le dice: ya que no podéis estar con mi pecado y habéis de alejaros de mí, idos cuando os plazca. Y al despedir a Dios del alma hace que en seguida entre el enemigo a tomar posesión de ella. Por la misma puerta por donde sale Dios entra el demonio. «Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entran dentro y moran allí» (Mt., 12, 45). Cuando se bautiza a un niño, el sacerdote exorciza al enemigo diciéndole: «Sal de aquí, espíritu inmundo, y da lugar al Espíritu Santo»; porque aquella alma del bautizado, al recibir la gracia, se convierte en templo de Dios (1 co., 3, 16). Pero cuando el hombre consiente en pecar, efectúa precisamente lo contrario, diciendo a Dios, que estaba en su alma: «Sal de aquí, Señor, y da lugar al demonio.» De esto se lamentaba el Señor con Santa Brígida cuando le dijo que, al despedirle el pecador, procedía como si quitase al rey su propio trono: «Soy como un rey arrojado de su propio reino; y en mi lugar se elige a un pésimo ladrón.»

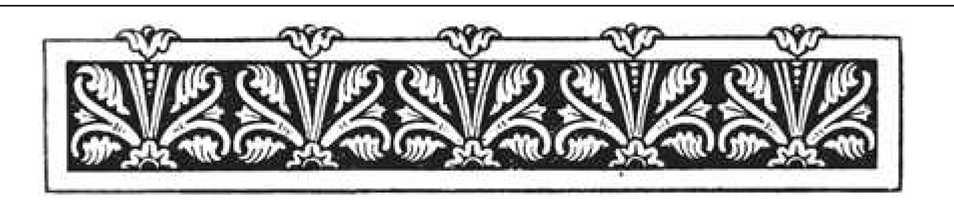
¿Qué pena no sentiríais si recibieseis grave ofensa de alguien a quien hubieseis favorecido mucho? Pues esa misma pena causáis a Dios, que llegó hasta dar su vida por salvaros. Clama el Señor a la tierra y al cielo para que le

compadezcan por la ingratitud con que le tratan los pecadores: «Oíd, ¡oh cielos!, y tú, ¡oh tierra!, escucha... Hijos creé y engrandecí.., pero ellos me despreciaron» (Is., 1, 2). en suma, los pecadores afligen con sus pecados al corazón del Señor... (Is., 63, 10). Dios no puede sentir dolor; pero —como dice el Padre Medina;— si fuese posible que le sintiera, sólo un pecado mortal bastaría para hacerle morir, por la infinita pesadumbre que le causaría. Ssí, pues, afirma San Bernardo, «El pecado, por cuanto en sí es, da muerte a Dios». De manera que los pecadores, al cometer un pecado mortal, hieren, por decirlo así, a su Señor, y nada omiten para quitarle la vida, si pudieran. y según dice San Pablo (He., 10, 29), pisotean al Hijo de Dios, y desprecian todo lo que Jesucristo hizo y padeció para quitar el pecado del mundo.

AFECTOS Y PETICIONES

¿De suerte, Redentor mío, que cuantas veces pequé os arrojé de mi alma y puse por obra todo lo que bastara para daros muerte si pudieseis morir? Oigo, Señor, que me decís: «¿Qué te hice o en qué te contristé, para que tanto me hayas contristado?...» ¿Me preguntáis, Señor, qué mal me habéis hecho?... Me disteis el ser, y habéis muerto por mí: ¡ tal es el mal que hicisteis!... ¿Qué he de responderos?... Os digo, Señor, que merezco mil veces el infierno, y que muy justamente pudierais mandarme a él. Pero acordaos de aquel amor que os hizo morir por mí en la cruz; acordaos de la sangre que por mi amor derramasteis, y tened compasión de mi... mas ya entiendo, Señor que estáis a la puerta de mi corazón (de este corazón que os arrojó de sí) y que llamáis con vuestras inspiraciones para entrar en él, pidiéndome que os abra... (Ap., 3, 20; Cant., 5,2), sí, Jesús mío; yo me aparto del pecado; duéleme de todo corazón de haberos ofendido y os amo sobre todas las cosas. Entrad, amor mío; abierta tenéis la puerta; entrad, y no os apartéis jamás de mí. Abrasadme con vuestro amor, y no permitáis que de vos vuelva a separarme... no, Dios mío, nunca volvamos a separarnos. Os abrazo y estrecho a mi corazón... Dadme Vos la santa perseverancia...

¡María, madre mía, socorredme siempre, rogad por mi a Jesús y alcanzadme que jamás pierda yo su santa gracia!



DECIMOSEXTA CONSIDERACIÓN

DE LA DIVINA MISERICORDIA

Superexaltat autem
misericordia iudícium.
La misericordia
triunfa sobre el juicio.
Sant., 2, 13.

PUNTO PRIMERO
Dios misericordioso espera al pecador.

La bondad es comunicativa por naturaleza; de suyo tiende a compartir sus bienes con los demás. dios, que por su naturaleza es la bondad infinita, siente vivo deseo de comunicarnos su felicidad, y por eso propende más a la misericordia que al castigo. «castigar —dice Isaías— es obra ajena a las inclinaciones de la divina voluntad.» «se enojará para hacer su obra (ó venganza), obra que es ajena de el, obra que es extraña a él» (is., 28, 21). y cuando el Señor castiga en esta vida es para ser misericordioso en la otra (Sal. 59, 3). muéstrase airado con el fin de que nos enmendemos y aborrezcamos el pecado (Sal. 5). y si nos castiga es porque nos ama, para librarnos de la eterna pena (Sal. 6). ¿Quién podrá admirar y alabar suficientemente la misericordia con que dios trata a los pecadores, esperándolos, llamándolos, acogiéndolos cuando vuelven a él?... y ante todo, ¡qué gracia valiosísima nos concede dios al esperar nuestra penitencia!...cuando le ofendiste, hermano mío, podía el Señor enviarte la muerte, y, sin embargo, te esperó; y en vez de castigarte, te colmó de bienes y te conservó la vida con su paternal providencia. hacía como si no viera tus pecados, a fin de que te convirtieses (Sb., 11, 24). ¿y cómo, Señor, vos, que no podéis ver un solo pecador, veis tantos y calláis? ¿miráis aquel deshonesto, aquel vengativo, a ese blasfemo, cuyos pecados se aumentan de día en día, y no los castigáis? ¿por qué tanta paciencia?... Dios

espera al pecador a fin de que se arrepienta, para poder de ese modo perdonarle y salvarle (Is., 30, 18). dice Santo Tomás que todas las criaturas, el fuego, el agua, la tierra, el aire, por natural instinto se aprestan a castigar al pecador por las ofensas que al creador hace; pero Dios, por su misericordia, las detiene... Vos, Señor, aguardáis al impío para que se enmiende; mas ¿no veis que el ingrato se vale de vuestra piedad para ofenderos? (Is., 26, 15). ¿Por qué tal paciencia?... Porque Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y se salve (Ez., 33, 11).

¡Oh paciencia de Dios! dice San Agustín que si Dios no fuese Dios, parecería injusto, atendiendo a su demasiada paciencia para con el. Porque espera que se valga el hombre de aquella paciencia para más pecar, diríase que es en cierto modo una injusticia contra el honor divino. «Nosotros pecamos — sigue diciendo el mismo santo—, nos entregamos al pecado (algunos firman paces con el pecado, duermen unidos a él meses y años enteros), nos regocijamos del pecado (pues no pocos se glorían de sus delitos), ¿y Vos estáis aplacado?... nosotros os provocamos a ira, y Vos a misericordia.» Parece que a porfía combatimos con Dios; nosotros, procurando que nos castigue; Él, invitándonos al perdón.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah Señor y Dios mío! Reconozco que soy digno de estar en el infierno (Jb., 17, 13). mas por vuestra misericordia no me hallo en él, sino postrado a vuestros pies, y conociendo vuestro precepto con que me mandáis que os ame. «¡Ama al Señor tu Dios!» (Mat. 22, 37). Me decís que queréis perdonarme si me arrepiento de las ofensas que os he hecho...

Sí, Dios mío; ya que deseáis que os ame, aunque soy un vil rebelde contra vuestra soberana majestad, os amo con todo mi corazón, y me duelo de haberos ofendido más que de cualquier otro mal en que hubiera podido incurrir. Iluminadme, pues, ¡Oh Bondad Infinita!, y dadme a conocer la horrenda malicia de mis culpas. no; no resistiré más a vuestra voz, ni volveré a injuriar a un Dios que tanto me ama, y que tantas veces y con tanto amor me habéis perdonado... ¡Ah, si nunca os hubiera ofendido, Jesús de mi alma! Perdonadme y haced que de hoy en adelante a nadie ame más que a vos, que sólo viva para vos, que moristeis por mí, y que sólo por vuestro amor padezca, ya que por mí tanto padecisteis. Eternamente me habéis amado, concededme

que por toda la eternidad arda yo en vuestro amor. Todo lo espero, ¡Oh Salvador mío!, de Vuestros infinitos merecimientos.

En Vos confío, Virgen Santísima, pues con vuestra intercesión me habéis de salvar.

PUNTO SEGUNDO
Dios misericordioso llama al pecador penitencia.

Consideramos, además, la misericordia de Dios cuando llama al pecador a penitencia... Rebelóse Adán contra Dios, y ocultóse después. Mas el Señor, que veía perdido a Adán, iba buscándole, y casi sollozando le llamaba: «Adán, ¿dónde estás?...» (Gn., 3, 9). «Palabras de un padre —dice el P. Pereira— que busca al hijo que ha perdido.» Lo mismo ha hecho dios contigo muchas veces, hermano mío. Huías de Dios, y Dios te buscaba, ora con inspiraciones, ora con remordimientos de conciencia, ya por medio de pláticas santas, ya con tribulaciones o con la muerte de tus deudos y amigos. No parece sino que, hablando de ti, exclamara Jesucristo: «casi perdí la voz, hijo mío, a fuerza de llamarte» (Sal. 68, 4). «Considerad, pecadores —dice Santa Teresa— que, os llama aquel Señor que un día os ha de juzgar.»

¿Cuántas veces, cristiano, te mostraste sordo con el Dios que te llamaba? Harto merecías que no te llamase más. Pero tu Dios no deja de buscarte, porque quiere, para que te salves, que estés en paz con Él... ¿Quién es el que te llama? un Dios de infinita majestad. ¿Y qué eres tú sino un gusano miserable y vil?... ¿Y para qué te llama? No más que para restituirte la vida de la gracia, que tú habías perdido. Convertíos y vivid (Ez., 18, 32). Con el fin de recuperar la divina gracia, poco haría cualquiera aunque viviese por toda su vida en el desierto. Pero Dios te ofrecía darte de nuevo su gracia en un momento, y tú la rechazaste. Y con todo, Dios no te ha abandonado, sino que se acerca a ti y te busca solícito, y lamentándose te dice: «¿Por qué, hijo mío, quieres condenarte» (Ez., 18, 31).

Siempre que el hombre comete un pecado mortal, arroja de su alma a Dios. Pero el Señor ¿qué hace?... Llégase a la puerta de aquel ingrato, y clama (Ap., 3, 20); pide al alma que le deje entrar (Cant., 5, 2), y ruega hasta cansarse (Serm., 15, 6). sí, dice San Dionisio Areopagita; Dios, como amante

despreciado, busca al pecador y le suplica que no se pierda. Y eso mismo manifestó San Pablo (2 Co., 5, 20) cuando escribía a sus discípulos: «Os rogamos por Cristo que os reconciliéis con Dios.» Bellísima es la consideración que sobre este texto hace San Juan Crisóstomo: «El mismo Cristo —dice— os ruega... ¿Y qué os ruega? Que os reconciliéis con Dios. De suerte que Él no es enemigo vuestro, sino vosotros de Él.» Con lo cual manifiesta el santo que no es el pecador quien ha de esforzarse en conseguir que Dios se mueva a reconciliarse con él, sino que basta con que se resuelva a aceptar la amistad divina, puesto que él y no Dios es quien se niega a hacer la paz.

Ah! Este bondadosísimo Señor acércase sin cesar a los innumerables pecadores y les va diciendo: «¡Ingratos! No huyáis de Mí... ¿Por qué huís? decídmelo. Yo deseo vuestro bien, y sólo procuro haceros dichosos... ¿Por qué queréis perderos?» ¿Y Vos, Señor, qué es lo que hacéis? ¿Por qué tanta paciencia y tanto amor para con estos rebeldes? ¿Qué bienes esperáis de ellos? ¿Qué honra buscáis mostrándoos tan apasionado de estos viles gusanos de la tierra que huyen de vos? «¿Qué cosa es el hombre para que le engrandezcas?... O ¿Por qué pones sobre él tu corazón?» (Jb., 7, 17).

AFECTOS Y PETICIONES

Aquí tenéis, Señor, a vuestras plantas un ingrato que os pide misericordia: Padre mío, perdonadme. Os llamo Padre, porque Vos queréis que os llame así. No merezco compasión, porque cuanto más bondadoso fuisteis para conmigo, tanto más ingrato fui yo con Vos. Por esa misma bondad que os movió, Dios mío, a no desampararme cuando yo huía de vos, recibidme ahora que a Vos vuelvo. Dadme, Jesús mío, gran dolor de las ofensas que os hice, y con él vuestro beso de paz. Me arrepiento, sobre todo, de las ofensas que os hice, y las detesto y abomino, uniendo este aborrecimiento al que sentisteis Vos, ¡oh Redentor mío!, en el huerto de Getsemaní. Perdonadme, pues, por los merecimientos de la preciosa sangre que por mí en aquel huerto derramasteis, y yo os ofrezco resueltamente nunca más apartarme de vos y arrojar de mi corazón todo afecto que para vos no sea. Jesús, amor mío, os amo sobre todas las cosas, quiero amaros siempre y no amar más que a Vos. pero dadme, Señor, fuerza para lograrlo. hacedme enteramente vuestro.

¡Oh María, mi esperanza, Madre de misericordia, compadeceos de mí y rogad por mí a Dios!

PUNTO TERCERO
Dios misericordioso acoge al pecador arrepentido.

A veces los príncipes de la tierra desdeñan mirar a los vasallos que acuden a implorar perdón. mas no procede así Dios con nosotros. «No os volverá el rostro si contritos acudiereis a Él» (2 c., 30, 9). No; Dios no oculta su rostro a los que se convierten. Antes bien, Él mismo los invita y les promete recibirlos apenas lleguen... (Jer., 3, 1; zac., 1, 3). ¡Oh, con cuánto amor y ternura abraza Dios al pecador que vuelve a Él! claramente nos lo enseñó Jesucristo con la parábola del buen pastor (Lc., 15, 5), que, hallando la ovejuela perdida, la pone amorosamente sobre sus hombros, y convida a sus amigos para que con él se regocijen (Lc., 15, 6). Y San Lucas añade (Lc., 15, 7): «Habrá gozo en el cielo por un pecador que hiciere penitencia.» Lo mismo significó el Redentor con la parábola del hijo pródigo, cuando declaró que Él es aquel padre que, al ver que regresa el hijo perdido, sale a su encuentro, y antes que le hable, le abraza y le besa, y ni aun con esas tiernas caricias puede expresar el consuelo que siente.

Llega el Señor hasta asegurar que, si el pecador se arrepiente, Él se olvidará de los pecados, como si jamás aquél le hubiera ofendido. No repara en decir «Venid y acusadme —dice el Señor (Is., 1, 18; Ez, 18, 21-22)—; si fueren vuestros pecados como la grana, como nieve serán emblanquecidos; o sea: «venid, pecadores, y si no os perdono, reprendedme y tratadme de infiel...» Mas no, que Dios no sabe despreciar un corazón que se humilla y se arrepiente (Sal. 50, 19). Gloríase el Señor en usar de misericordia, perdonando a los pecadores (Is., 30, 18). ¿Y cuándo perdona?... al instante (Is., 30, 19). Pecador, dice el profeta, no tendrás que llorar mucho. en cuanto derrames la primera lágrima, el Señor tendrá piedad de ti (Is., 30, 19). No procede Dios con nosotros como nosotros con él. Dios nos llama, y nosotros no queremos oír. Dios, no. Apenas nos arrepintamos, y le pedimos perdón, el Señor nos responde y perdona.

AFECTOS Y SÚPLICAS

¡Oh Dios mío! ¿Contra quién me he atrevido a resistir?... Contra Vos, Señor, que sois la bondad misma, y me habéis creado y habéis muerto por mí, y me habéis conservado, a pesar de mis repetidas traiciones... La sola consideración de la paciencia con que me habéis tratado debiera bastar para que mi corazón

viviese siempre ardiendo en vuestro amor. ¿Quién hubiera podido sufrir las ofensas que os hice, como las sufristeis vos? ¡Desdichado de mí si volviese a ofenderos y me condenase. ¡Esa misericordia con que me favorecisteis sería para mí, ¡oh Dios!, un infierno más intolerable que el infierno mismo. No, Redentor mío; no permitáis que vuelva a separarme de Vos. Antes morir... veo que vuestra misericordia no puede ya sufrir mi maldad. Pero me arrepiento, ¡oh Sumo Bien!, de haberos ofendido; os amo con todo mi corazón y propongo entregaros por completo la vida que me resta... Oídme, Eterno Padre, y por los merecimientos de Jesucristo concededme la santa perseverancia y vuestro santo amor. Oídme, Jesús mío, por la sangre que derramasteis por mí: te ergo quaesumus tuis famulis subveni, quos praetioso sanguine redemisti.

¡Oh María!, Madre mía, vuelve a mí tus ojos misericordiosos: illos tuos misencordes óculos ad me converte; y úneme enteramente a Dios.

DECIMOSEPTIMA CONSIDERACIÓN

ABUSO DE LA DIVINA MISERICORDIA

Ignoras quoniam benignitas Dei ad poenitentiam te adducit?
¿No sabes que la benignidad de Dios te convida a penitencia?

Ro., 2, 4.

PUNTO PRIMERO
El que abusa de la misericordia de Dios excita su cólera.

Refiere San Mateo, en el capítulo XIII de su Evangelio la parábola de la cizaña, y dice que, habiendo crecido en un campo esa mala hierba mezclada con el buen grano, querían los criados ir a arrancarla. pero el amo les replicó: «dejadla crecer: después la arrancaremos para echarla al fuego» (Ma., 13, 29, 30). De esta parábola se deduce, por una parte, la paciencia de Dios para con los pecadores, y por otra, su rigor con los obstinados. Dice San Agustín que el enemigo engaña de dos maneras a los hombres: «con desesperación y con esperanza.» Cuando el pecador ha pecado ya, le mueve a desesperarse por el temor de la divina justicia; pero antes de pecar le anima a que caiga en

tentación por la esperanza de la divina misericordia. Por eso el santo nos amonesta diciendo: «después del pecado ten esperanza en la misericordia; antes del pecado teme la divina justicia.» Y así es, en efecto. Porque no merece la misericordia de Dios el que se sirve de ella para ofenderle. La misericordia se usa con quien teme a Dios, no con quien la utiliza para no temerle. El que ofende a la justicia —dice el Abulense—, puede acudir a la misericordia; mas el que ofende a la misericordia, ¿a quién acudirá?

Difícilmente se hallará un pecador tan desesperado que quiera expresamente condenarse. Los pecadores quieren pecar, mas sin perder la esperanza de salvación. pecan, y dicen: Dios es la misma bondad; aunque ahora peque, yo me me confesaré más adelante. Asi piensan los pecadores, dice San Agustín (Trac., 33, in Jn.). pero, ¡oh Dios mío!, así pensaron muchos que ya están condenados.

«No digas —exclama el Señor— la misericordia de Dios es grande: mis innumerables pecados, con un acto de contrición me serán perdonados» (Ecl., 5, 6). no habléis así —nos dice el señor—. ¿Y por qué? «porque su ira está tan pronta como su misericordia; y su ira mira a los pecadores» (Ecl., 5, 7). La misericordia de Dios es infinita; pero los actos de ella, o sea los de conmiseración, son finitos. Dios es clemente, pero también justo. «Soy justo y misericordioso; —dijo el Señor a Santa Brígida—, y los pecadores sólo atienden a la misericordia.» «Los pecadores —escribe San Basilio— no quieren ver más que la mitad.» «Bueno es el Señor; pero, además, es justo. No queramos considerar únicamente una mitad de Dios.» Sufrir al que se sirve de la bondad de Dios para más ofenderle —decía el Santo Ávila—, antes fuera injusticia que misericordia. La clemencia fue ofrecida al que teme a Dios, no a quien abusa de ella. Et misericordia ejus timentibus eum, como exclamaba en su cántico la Virgen Santísima. A los obstinados los amansa la justicia, porque, como dice San Agustín, la veracidad de Dios resplandece aun en sus amenazas.

«Guardaos— dice San Juan Crisóstomo— cuando el demonio (no Dios) os promete la divina misericordia con el fin de que pequéis.» «¡Ay de aquel— añade San Agustín— que para pecar atiende a la esperanza!...(In Sal. 144). ¡A cuántos ha engañado y perdido esa vana ilusión!. ¡Desdichado del que abusa de la piedad de Dios para ofenderle más!... Lucifer —como afirma San Bernardo— fue con tan asombrosa presteza castigado por Dios, porque al rebelarse esperaba que no recibiría castigo. El rey Manases pecó; convirtióse

luego, y Dios le perdonó. Mas para Amón, su hijo, que, viendo cuan fácil había conseguido el perdón su padre, llevó mala vida con esperanza de ser también perdonado, no hubo misericordia. Por esa causa —dice San Juan Crisóstomo— se condenó Judas, porque se atrevió a pecar confiado en la benignidad de Jesucristo. En suma: si Dios espera con paciencia, no espera siempre. Pues si el Señor siempre nos tolerase, nadie se condenaría; pero la opinión más común es que la mayor parte de los cristianos adultos se condena. «Ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por él» (Mt., 7, 13).

Quien ofende a Dios, fiado en la esperanza de ser perdonado, «es un escarnecedor y no un penitente» —dice San Agustín—. por otra parte, nos afirma San Pablo que «Dios no puede ser burlado» (ga., 6, 7). Y sería burlarse de Dios el ofenderle siempre que quisiéramos y luego ir a la gloria. Quien siembra pecados no ha de esperar otra cosa que el eterno castigo del infierno (Gal., 6, 8). La red con que el demonio arrastra a casi todos los cristianos que se condenan es, sin duda, ese engaño con que los seducía diciéndoles: pecad libremente, que a pesar de todo ello os habéis de salvar. Mas el Señor maldice al que peca esperando perdón . La esperanza después del pecado, cuando el pecador de veras se arrepiente, es grata a Dios; pero la de los obstinados le es abominable (Jb., 11, 20). Semejante esperanza provoca el castigo de Dios, así como provocaría a ser castigado el siervo que ofendiese a su señor precisamente porque éste es bondadoso y amable.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah Dios mío! ¡mirad cómo soy uno de los que os han ofendido porque erais bueno con ellos!... ¡Oh Señor!, esperadme aún. No me abandonéis todavía, que yo espero, con el auxilio de vuestra gracia, no provocaros mas a que me dejéis. Me arrepiento, ¡Oh bondad infinita!, De haberos ofendido y de haber tanto abusado de vuestra paciencia. Os doy gracias porque hasta ahora me habéis tolerado; y de hoy en adelante no volveré a ser, como he sido, un miserable traidor. Os amo sobre todas las cosas; aprecio vuestra gracia más que a todos los reinos del mundo, y antes que perderla preferiría perder mil veces la vida. Dios mío, por amor de Jesucristo, concededme, con vuestro santo amor, el don de la perseverancia hasta la muerte. no permitáis que de nuevo os haga traición ni deje de amaros.

Vos, Virgen María, en quien espero siempre, alcanzadme la perseverancia final, y nada más pido.

PUNTO SEGUNDO
El que abusa de la misericordia de Dios para pecar merece ser de Él abandonado.

Dirá, quizá, alguno: «Puesto que Dios ha tenido para mi tanta clemencia en lo pasado, espero que la tendrá también en lo venidero.» mas yo respondo: «y por haber sido Dios tan misericordioso contigo, ¿quieres volver a ofenderle?» «¿de ese modo —dice San Pablo— desprecias la bondad y paciencia de Dios? ¿ignoras que si el Señor te ha sufrido hasta ahora no ha sido para que sigas ofendiéndole, sino para que te duelas del mal que hiciste?» (Ro., 2, 4). y aun cuando tú, fiado en la divina misericordia, no temas abusar de ella, el Señor te la retirará. «Si vosotros no os convirtiereis, entensará su arco y le preparará (sal. 7, 13). Mía es la venganza, y yo les daré el pago a su tiempo (Dt., 32, 35). Dios espera; mas cuando llega la hora de la justicia, no espera más y castiga.

Aguarda Dios al pecador a fin de que se enmiende (Is., 30, 18); pero al ver que el tiempo concedido para llorar los pecados sólo sirve para que los acreciente, válese de ese mismo tiempo para ejercitar la justicia (Lm., 1, 15). de suerte que el propio tiempo concedido, la misma misericordia otorgada, serán parte para que el castigo sea más riguroso y el abandono más inmediato. «Hemos medicinado a Babilonia y no ha sanado. Abandonémosla» (Jer., 51, 9). ¿Y cómo nos abandona Dios? O envía la muerte al pecador, que así muere sin arrepentirse, o bien le priva de las gracias abundantes y no le deja más que la gracia suficiente, con la cual, si bien podría el pecador salvarse, no se salvará. Obcecada la mente, endurecido el corazón, dominado por malos hábitos, será la salvación moralmente imposible; y así seguirá, si no en absoluto, a lo menos moralmente abandonado. «Le quitará su cerca, y será talada...» (is., 5, 5). ¡Oh, qué castigo! triste señal es que el dueño rompa el cercado y deje que en la viña entren los que quisieren, hombres y ganados: prueba es de la abandona. Así, Dios, cuando deja abandonada un alma, le quita la valla del temor, de los remordimientos de conciencia, la deja en tinieblas sumida, y luego penetran en ella todos los monstruos del vicio (Sal. 103, 20). El pecador, abandonado en esa oscuridad, lo desprecia todo: la gracia divina, la gloria, avisos, consejos y excomuniones; se burlará de su propia condenación (Pr., 18, 3). Le dejará Dios en esta vida sin castigarle, y en esto consistirá su mayor castigo. «Apiadémonos del impío...; no aprenderá

(jamás) justicia» (Is. 26, 10). Refiriéndose a ese pasaje, dice San Bernardo: «No quiero esa misericordia, más terrible que cualquier ira». Terrible castigo es que Dios deje al pecador en sus pecados y, al parecer, no le pida cuenta de ellos (Sal. 10, 4). Diríase que no se indigna contra él (Ez., 16, 42) y que le permite alcanzar cuanto de este mundo desea (Sal. 80, 13). ¡Desdichados los pecadores que prosperan en la vida mortal! ¡Señal es de que Dios espera a ejercitar en ellos su justicia en la vida eterna! Pregunta Jeremías (Jer., 12, 1): «¿Por qué el camino de los impíos va en prosperidad?» y responde enseguida (Jer., 12, 3): «congrégalos como el rebaño para el matadero.» No hay, pues, mayor castigo que el de que Dios permita al pecador añadir pecados a pecados, según lo que dice David (Sal. 68, 28-29): «Ponles maldad sobre maldad. .. borrados sean del libro de los vivos»; acerca de lo cual dice San Belarmino: «No hay castigo tan grande como que el pecado sea pena del pecado.» más le valiera a alguno de esos infelices que cuando cometió el primer pecado el señor le hubiera hecho morir; porque muriendo después, padecerá tantos infiernos como pecados hubiere cometido.

AFECTOS Y PETICIONES

Bien veo, Dios mío, que en este miserable estado he merecido que me privaseis de vuestras luces y gracias. Mas por la inspiración que me dais, y oyendo que me llamáis a penitencia, reconozco que todavía no me habéis abandonado. y puesto que así es, acrecentad, Señor mío, vuestra piedad en mi alma, aumentadme la divina luz y el deseo de amaros y serviros. Transformadme, ¡oh Dios mío!, y de traidor y rebelde que fui, mudadme en fervoroso amante de vuestra bondad, a fin de que llegue para mí el venturoso día en que vaya al cielo para alabar eternamente vuestras misericordias. Vos, Señor, queréis perdonarme, y yo sólo deseo que me otorguéis vuestro perdón y vuestro amor. Duéleme, ¡oh Bondad infinita!, de haberos ofendido tanto. Os amo, ¡oh Sumo Bien!, porque así lo mandáis y porque sois dignísimo de ser amado. Haced, pues, Redentor mío, que os ame este pecador tan amado de Vos, y con tal paciencia por Vos esperado. Todo lo espero de vuestra piedad inefable. Confío en que os amaré siempre en lo sucesivo, hasta la muerte y por toda la eternidad (Sal. 83, 3), y que vuestra clemencia, Jesús mío, será perdurable objeto de mis alabanzas.

Siempre también alabaré, ¡oh María!, vuestra misericordia, por las gracias innumerables que me habéis alcanzado. A vuestra intercesión las debo. Seguid, Señora mía, ayudándome y alcanzadme la santa perseverancia.

PUNTO TERCERO
El que abusa de la misericordia de Dios merece caer en las manos de su justicia.

Refiérese en la vida del Padre Luis de Lanuza que cierto día dos amigos estaban paseando juntos en Palermo, y uno de ellos, llamado César, que era comediante, notando que el otro se mostraba pensativo en extremo, le dijo: «Apostaría a que has ido a confesarte, y por eso estás tan preocupado... yo no quiero acoger tales escrúpulos... Un día me dijo el Padre Lanuza que Dios me daba doce años de vida y que si en ese plazo no me enmendaba tendría mala suerte. Después he viajado por muchas partes del mundo; he padecido varias enfermedades, y en una de ellas estuve a punto de morir... Pero en este mes, cuando van a terminar los famosos doce años, me hallo mejor que nunca...». Y luego invitó a su amigo a que fuese, el sábado inmediato, a ver el estreno de una comedia que el mismo César había compuesto... En aquel sábado, que fue el 24 de noviembre de 1668, cuando César se disponía a salir a escena, dióle de improviso una congestión y murió repentinamente en brazos de una actriz. Así acabó la comedia. Pues bien, hermano mío; cuando la tentación del enemigo te mueva a pecar otra vez, si quieres condenarte puedes libremente cometer el pecado; mas no digas que deseas tu salvación. mientras quieras pecar, date por condenado, e imagina que Dios decreta su sentencia, diciendo: «¿Qué más puedo hacer por ti, ingrato, de lo que ya hice?» (Is,, 5. 4). Ya que quieres condenarte, condénate, pues... tuya es la culpa.

Dirás, acaso, que en dónde está ese modo de misericordia de Dios... ¡Ah, desdichado! ¿No te parece misericordia el haberte Dios sufrido tanto tiempo con tantos pecados? Prosternado ante Él y con el rostro en tierra debieras estar dándole gracias y diciendo: «Misericordia del Señor es que no hayamos sido consumidos» (Lm., 3, 22). Al cometer un solo pecado mortal incurriste en delito mayor que si hubieras pisoteado al primer soberano del mundo. Y tantos y tales has cometido que si esas ofensas de Dios las hubieses hecho contra un hermano tuyo, no las hubiera éste sufrido... Mas Dios no sólo te ha esperado, sino que te ha llamado muchas veces y te ha ofrecido el perdón. ¿Qué más debía hacer? (Is., 5, 4). Si Dios se mostrado más clemente contigo? Así, pues, si de nuevo volvieras a ofenderle, harías que su divina misericordia se trocara en indignación y castigo.

Si aquella higuera hallada sin frutos por su dueño no los hubiera dado tampoco después del año de plazo concedido para cultivarla, ¿quién osaría

esperar que se le diese más tiempo y no fuese cortada? escucha, pues, lo que dice San Agustín: «¡Oh árbol infructuoso!, diferido fue el golpe de la segur. ¡Mas no te creas seguro, porque serás cortado! Fue aplazada la pena —expresa el Santo—, pero no suprimida. Si abusas más de la divina misericordia, el castigo te alcanzará: serás cortado.» ¿Esperas, por tanto, a que el mismo Dios te envíe al infierno? Pues si te envía, ya lo sabes, jamás habrá remedio para ti. Suele el Señor callar, mas no por siempre. Cuando llega la hora de la justicia, rompe el silencio. Esto hiciste y callé. Injustamente creíste que sería tal como tú. Te argüiré y te pondré ante tu propio rostro (Sal. 49, 21). Te pondrá ante los ojos los actos de divina misericordia, y hará que ellos mismos te juzguen y condenen.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah Dios mío! Desventurado de mí si, después de haber recibido la luz que ahora me dais, volviese a ser infiel haciéndoos traición. Esas luces, señales son de que deseáis perdonarme. Me arrepiento, ¡oh Sumo Bien!, de cuantas ofensas hice a vuestra infinita bondad. Por vuestra Preciosísima Sangre espero el perdón ciertamente. Mas si de nuevo me apartara de Vos, reconozco que merecería un infierno a propósito creado para mí. Tiemblo, Dios de mi alma, por la posibilidad de volver a perder vuestra gracia. porque muchas veces he prometido seros fiel, y luego nuevamente me he rebelado contra vos... No lo permitáis, Señor; no me abandonéis en esa inmensa desgracia de verme otra vez convertido en un enemigo vuestro. Dadme otro castigo; pero ése, no. «No permitáis que me aparte de Vos.» Si veis que he de ofenderos, haced que antes pierda la vida. Acepto la muerte más dolorosa antes que llorar la desdicha de verme privado de vuestra gracia. No permitas me aparte de Ti. Lo repito, Dios mío, y haced que lo repita siempre: «No permitáis que me separe de vos. os amo, carísimo Redentor mío, y no quiero separarme de Vos.» Concededme, por los merecimientos de vuestra Pasión, amor tan fervoroso que con Vos me una estrechamente y jamás pueda alejarme de Vos.

Ayudadme, ¡oh Virgen María!, con vuestra intercesión y alcanzadme la santa perseverancia y el amor a Cristo Jesús.

DECIMOOCTAVA CONSIDERACIÓN

DEL NÚMERO DE LOS PECADOS

Quia non profertur cito contra malos sententia,
ideo filii hominum perpetrant mala.
Por cuanto la sentencia no es proferida luego
contra los malos, los hijos de los hombres
cometen males sin temor alguno,
Ecl., 8, 2.

PUNTO PRIMERO
Dios perdona a cada uno un número determinad de pecados.

Si Dios castigase inmediatamente a quien le ofendiese, no se viera, sin duda, tan ultrajado como se ve. mas porque el Señor no suele castigar en seguida, sino que espera benignamente, los pecadores cobran ánimos para ofenderle más. Preciso es que entendamos que Dios espera y es pacientísimo, más no para siempre; y que es opinión de muchos Santos Padres (de San Basilio, San Jerónimo, San Ambrosio, San Cirilo de Alejandría, San Juan Crisóstomo, San Agustín y otros) que, así como Dios tiene determinado para cada hombre el número de días que ha de vivir y los dones de salud y de talento que ha de otorgarle (Sb., 11, 21), así también tiene contado y fijo el número de pecados que le ha de perdonar. y completo ese número, no perdona más, dice San Agustín. Lo mismo afirman Eusebio de Cesárea (Lib. 7, cap. 3) y los otros Padres antes nombrados. Y no hablaron sin fundamento estos Padres, sino basados en la Divina Escritura. Dice el Señor en uno de sus textos (Gn., 15, 16), que dilataba la ruina de los amorreos porque aún no estaba completo el número de sus culpas. En otro lugar dice (Os., 1, 6): «No tendré en lo sucesivo misericordia de Israel. Me han tentado ya por diez veces. no verán la tierra» (Nm., 14, 22-23). Y en el Libro de Job se lee: «Tienes selladas como en un saquito mis culpas» (Jb., 14, 17). Los pecadores no llevan cuenta de sus delitos, pero Dios sabe llevarla para castigar cuando está ya granada la mies, es decir, cuando está completo el número de pecados» (Jl., 3, 13). En otro pasaje leemos (Ecl., 5, 5): «Del pecado perdonado no quieras estar sin miedo, ni añadas pecado sobre pecado.» O sea: preciso es, pecador, que tiembles aun de los pecados que ya te perdoné; porque si añadieres otro, podrá ser que éste con aquéllos completen el número, y entonces no habrá misericordia para ti. y, más claramente, en otra parte, dice la escritura (2 Mac., 6, 14): «El Señor sufre con paciencia (a las naciones) para castigarlas en el colmo de los pecados,

cuando viniere el día del juicio.» De suerte que Dios espera el día en que se colme la medida de los pecados, y después castiga.

De tales castigos hallamos en la Escritura muchos ejemplos, especialmente el de Saúl, que, por haber reincidido en desobedecer al Señor, le abandonó Dios de tal modo, que cuando Saúl, rogando a Samuel que por él intercediese, le decía (1 Reg., 15, 25): «Ruegote que sobrelleves mi pecado y vuélvete conmigo para que adore al Señor.» Samuel le respondió (1 Reg., 15, 26): «No volveré contigo, por cuanto has desechado la palabra del Señor, y el Señor te ha desechado a tí.» Tenemos también el ejemplo del rey Baltasar, que hallándose en un festín profanando los vasos del templo, vio una mano que escribía en la pared: mane, thecel, phares. Llegó el Profeta Daniel y explicó así tales palabras (Dn., 5, 27): «Has sido pesado en la balanza y has sido hallado falto», Dándole a entender que el peso de sus pecados había inclinado hacia el castigo la balanza de la divina justicia; y, en efecto, Baltasar fue muerto aquella misma noche (Dn., 5, 30).

¡A cuántos desdichados sucede lo propio! Viven largos años en pecado; mas apenas se completa el número, los arrebata la muerte y van a los infiernos (Jb., 21, 13). Procuran investigar algunos el número de estrellas que existen, el número de ángeles del cielo, y de los años de vida de los hombres; mas ¿quién puede indagar el número de pecados que dios querrá perdonarles?... Tengamos, pues, saludable temor. ¿Quién sabe, hermano mío, si después del primer ilícito deleite, o del primer mal pensamiento consentido, o nuevo pecado en que incurrieres, Dios te perdonará más?

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah Dios mío! Os doy ferventísimas gracias. ¡Cuántas almas hay que, por menos pecados que los míos, están ahora en el infierno, y yo vivo aún fuera de aquella cárcel eterna, y con la esperanza de alcanzar, si quiero, perdón y gloria!... Sí, Dios mío; deseo ser perdonado. me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido, porque injurié a vuestra infinita bondad. Mirad, Eterno Padre, a vuestro Divino Hijo muerto en la cruz por mí (Sal. 83, 10), Y por sus merecimientos tened misericordia de mi alma. Propongo antes morir que ofenderos más.

Debo temer, sin duda, que, si después de los pecados que he cometido y de las gracias que me habéis otorgado, añadiese una nueva culpa, colmaríase la medida y sería justamente condenado... Ayudadme, pues, con vuestra gracia,

que de vos espero luces y fuerzas para seros fiel. Y si previereis que he de volver a ofenderos, enviadme la muerte antes que pierda vuestra gracia. os amo, Dios mío, sobre todas las cosas, y temo más que el morir verme otra vez apartado de Vos.

No lo permitáis, por piedad... María, Madre mía, alcanzadme la santa perseverancia.

PUNTO SEGUNDO
Dios perdona a unos más pecados que a otros.

Dirá tal vez el pecador que Dios es Dios de misericordia... ¿Quién lo niega?... La misericordia del Señor es infinita; mas a pesar de ella, ¿cuántas almas se condenan cada día? Dios cura al que tiene buena voluntad (Is., 61, 1). Perdona los pecados, mas no puede perdonar la voluntad de pecar...

Replicará el pecador que aún es harto joven... ¿Eres joven?... Dios no cuenta los años, cuenta las culpas. Y esta medida de pecados no es igual para todos. a uno perdona Dios cien pecados; a otro, mil; otro, al segundo pecado se verá en el infierno. ¡Y a cuántos condenó en el primer pecado! Refiere San Gregorio que un niño de cinco años, por haber dicho una blasfemia, fue enviado al infierno. y según la Virgen Santísima reveló a la Bienaventurada Benedicta de Florencia, una niña de doce años por su primer pecado fue condenada. Otro niño de ocho años de edad también en el primer pecado murió y se condenó.

En el Evangelio de San Mateo (21, 19) leemos que el Señor, la vez primera que halló a la higuera sin fruto, la maldijo, y el árbol quedó seco. En otro lugar dijo el Señor (Am., 1, 3): «Por tres maldades de Damasco, y por la cuarta no la convertiré» (no revocaré los castigos que le tengo decretados). Algún temerario querrá quizá pedir cuenta de por qué Dios perdona a tal pecador tres culpas y no cuatro. Aquí es preciso adorar a los inefables juicios de Dios y decir con el Apóstol (Ro., 11, 33): «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Cuan incomprensibles son sus juicios e inescrutables sus caminos!» Y con San Agustín: «Él sabe a quién ha de perdonar y a quién no. A los que se concede misericordia, gratuitamente se les concede, y a los que se les niega, con justicia les es negada.»

Replicará el alma obstinada que, como tantas veces ha ofendido a Dios, y Dios la ha perdonado, espera que aún le perdonará un nuevo pecado... Mas porque Dios no la ha castigado hasta ahora, ¿ha de proceder siempre así? Se

llenará la medida y vendrá el castigo. Cuando Sansón continuaba enamorado de Dalila, esperaba librarse de los filisteos, como ya le había una vez acaecido (Judc., 16); pero en aquella última ocasión fue preso y perdió la vida. «No digas —exclamaba el Señor (Ecl., 5, 4)— pequé, ¿y qué adversidad me ha sobrevenido?... porque el Altísimo, aunque sufrido, da lo que merecemos»; o lo que es lo mismo: que llegará un día en que todo lo pagaremos, y cuanto mayor hubiera sido la misericordia, tanto más grave será la pena. Dice San Juan Crisóstomo que más de temer es el que Dios sufra obstinado, que el pronto e inmediato castigo. Porque, como escribe San Gregorio, todos aquellos a quienes Dios espera con más paciencia, son después, si perseveran en su ingratitud más rigurosamente castigados; y a menudo acontece, añade el Santo, que los que fueron mucho tiempo tolerados por Dios, mueren de repente sin tiempo de convertirse. Especialmente, cuanto mayores sean las luces que Dios te haya dado, tanto mayores serán tu ceguera y obstinación en el pecado, si no hicieres a tiempo penitencia. «Porque mejor les era —dice San Pedro (Ptr., 2, 21)— no haber conocido el camino de la justicia, que después del conocimiento volver las espaldas». Y San Pablo dice (He., 6, 4) que es (moralmente) imposible que un alma ilustrada con celestes luces si reincide en pecar, se convierta de nuevo. Terribles son las palabras del Señor contra los que no quieren oír su llamamiento: «Porque os llamé y dijisteis que no... Yo también me reiré en vuestra muerte y os escarneceré» (Pr., 1, 24-26). Nótese que las palabras Yo también significan que, así como el pecador se ha burlado de Dios confesándose, formando propósitos y no cumpliéndolos nunca, así el Señor se burlará de él en la hora de la muerte. El sabio dice además (Pr., 26, 11): «Como perro que vuelve a su vómito, así el imprudente que repite su necedad.» Dionisio el cartujo desenvuelve este pensamiento, y dice que tan abominable y asqueroso como el perro que devora lo que arrojó de si, se hace odioso a Dios el pecador que vuelve a cometer los pecados de que se arrepintió en el sacramento de la penitencia.

AFECTOS Y PETICIONES

Heme aquí, Señor, a vuestras plantas. Yo soy como el perro sucio y asqueroso, pues tantas veces volví a deleitarme con lo que antes había aborrecido. No merezco perdón. Redentor mío. Pero la sangre preciosa que por mí derramasteis me alienta y aun obliga a esperarle... ¡Cuántas veces os ofendí, y Vos me perdonasteis! prometí no volver a ofenderos, y a poco de nuevo recaí, ¡y Vos otra vez me concedisteis perdón! ¿Qué espero, pues?

¿Que me enviéis al infierno, o que me abandonéis a mis pecados, castigo mayor que el mismo infierno?

No, Dios mío; quiero enmendarme, y para seros fiel pongo en Vos toda mi esperanza y resuelvo acudir en seguida y siempre a Vos cuando me viere combatido de tentaciones. En lo pasado fiéme de mis promesas y propósitos, y olvidé el encomendarme a Vos en la tentación. eso fue mi ruina. Mas de hoy en adelante Vos seréis mi esperanza, mi fortaleza, y así lo podré todo (Fil., 4, 13). Dadme, pues, ¡oh Jesús mío!, por vuestros méritos, la gracia de encomendarme siempre a Vos, y de pedir vuestro auxilio en todas mis necesidades. Os amo, ¡oh Bien Sumo!, amable sobre todos los bienes, y sólo a Vos amaré si Vos me ayudáis en ello.

Y Vos también, ¡oh María, Madre nuestra!, auxiliadme con vuestra intercesión; amparadme bajo vuestro manto, haced que os invoque siempre en la tentación, y vuestro nombre dulcísimo será mi defensa.

PUNTO TERCERO
En gran peligro se pone el insensato que comete un nuevo pecado.

«Hijo, ¿pecaste? no vuelvas a pecar otra vez; mas ruega para que las culpas antiguas, te sean perdonadas» (Ecl., 21, 1). Ve lo que te advierte, ¡oh cristiano!, Nuestro Señor, porque desea salvarte. «No me ofendas, hijo, nuevamente, y pide en adelante perdón de tus pecados.» Y cuando más hubieres ofendido a Dios, hermano mío, tanto más debes temer la reincidencia en ofenderle; porque tal vez otro nuevo pecado que cometieres hará caer la balanza de la divina justicia, y serás condenado. No digo absolutamente, porque no lo sé, que no haya perdón para ti si cometes otro pecado; pero afirmo que eso puede muy bien acaecer. De suene que, cuando sintieres la tentación, debes decirte: ¿quién sabe si Dios no me perdonará más y me condenaré?

Dime, por tu vida: ¿tomarías un manjar si creyeras ser probable que estuviera envenenado? Si presumieras fundadamente que en un camino estaban apostados tus enemigos para matarte, ¿pasarías por allí pudiendo utilizar otra más segura vía? pues ¿qué certidumbre ni qué probabilidad

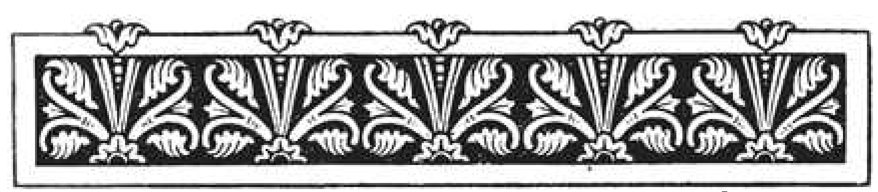
puedes tener de que volviendo a pecar sentirás luego verdadera contrición y no volverás a la culpa aborrecible? O que si nuevamente pecares, ¿no te hará Dios morir en el acto mismo del pecado, o te abandonará después? ¡Oh Dios, qué ceguedad!

Al comprar una casa, tomas prudentemente las necesarias precauciones para no perder tu dinero. si vas a usar de alguna medicina, procurarás estar seguro de que no te puede dañar. al cruzar un río, cuidas de no caer en él. Y luego, por un vil placer, por un deleite brutal, arriesgas tu eterna salvación, diciendo: ya me confesaré de eso. Mas yo pregunto: ¿y cuándo te confesarás? —el domingo. —¿Y quién te asegura que vivirás el domingo? —mañana mismo. —¿Y cómo con tal certeza tratas de confesarte mañana, cuando no sabes siquiera si tendrás una hora más de vida? «¿Tienes un día —dice San Agustín— cuando no tienes una hora?» Dios —sigue diciendo el Santo— promete perdonar al que se arrepiente, mas no promete el día de mañana al que le ha ofendido. Si ahora pecas, tal vez Dios te dará tiempo de hacer penitencia, o tal vez no. Y si no te lo da, ¿qué será de ti eternamente?

Sin embargo, por un mísero placer pierdes tu alma y la pones en peligro de quedar perdida por toda la eternidad. ¿Arriesgarías mil ducados por esa vil satisfacción? Digo más: ¿Lo darías todo, hacienda, casa, poder, libertad y vida, por un breve gusto ilícito? Seguramente, no. Con todo, por ese mismo deleznable placer quieres en un punto dar por perdidos para ti a Dios, el alma y la gloria. Dime, pues: estas cosas que enseña la fe, ¿son altísimas verdades o no es más que pura fábula el que haya gloria, infierno y eternidad? ¿crees que si la muerte te sorprende en pecado estarás para siempre perdido?... ¡Qué temeridad, qué locura condenarte tú mismo a perdurables penas con la vana esperanza de remediarlo luego! «Nadie quiere enfermar con la esperanza de curarse», dice San Agustín. ¿No tendríamos por loco a quien bebiese veneno, diciendo: quizá con un remedio me salvaré? ¿Y tú quieres la condenación a eterna muerte, fiado en que tal vez luego puedas librarte de ella?... ¡Oh locura terrible, que tantas almas ha llevado y lleva al infierno, según la amenaza del Señor! «Pecaste confiando temerariamente en la divina misericordia; de improviso, vendrá al castigo sobre ti, sin que sepas de dónde viene» (Is., 47, 10-11).

AFECTOS Y PETICIONES

Ved, Señor, a uno de esos locos que tantas veces ha perdido el alma y vuestra gracia con la esperanza de recuperarla después. Y si me hubieseis enviado la muerte en aquel instante en que pequé, ¿qué hubiera sido de mí? Agradezco con todo mi corazón vuestra clemencia en esperarme y en darme a conocer mi locura. Conozco que deseáis salvarme, y yo me quiero salvar. Duélame, ¡oh Bondad Iinfinita!, de haberme tantas veces apartado de Vos. Os amo fervorosamente, y espero, ¡oh Jesús!, que, por los merecimientos de vuestra Preciosa Sangre, no recaeré en tal demencia. Perdonadme, Señor, y acogedme en vuestra gracia, que no quiero separarme de vos. In te, domine, speravi, non confundar in aetemum. Así espero, Redentor mío, no sufrir ya la desdicha y confusión de verme otra vez privado de vuestro amor y gracia. Concededme la santa perseverancia, y haced que siempre os la pida, especialmente en las tentaciones, invocando vuestro sagrado nombre, o el de vuestra Santísima Madre; «¡Jesús mío, ayudadme!... ¡María, Madre nuestra, amparadme!...» Sí, Reina y Señora mía; acudiendo a Vos nunca seré vencido. Y si persiste la tentación, haced, Madre mía, que persista yo en invocaros.



DECIMONOVENA CONSIDERACIÓN

DEL BIEN INEFABLE DE LA GRACIA DE DIOS Y DEL GRAN MAL DE INCURRIR EN SU DESGRACIA

Sapientia vero ubi invenitur?...
Nescit homo pretium eius.
¿En dónde se halla la sabiduría?
El hombre no conoce su valor.

Job, 28, 13.

PUNTO PRIMERO
Del aprecio de la divina gracia.

Dice el Señor que quien sabe apartar lo precioso de lo vil es semejante a Dios, que sabe desechar el mal y escoger el bien (Jer., 15, 19). Veamos cuán

grande bien es la gracia divina, y qué mal inmenso la enemistad con Dios. No conocen los hombres el valor de la divina gracia (Jb., 28, 13). De aquí que la cambien por naderías, por humo sutil, por un poco de tierra, por un irracional deleite. y, sin embargo, es un tesoro de infinito valor que nos hace dignos de la amistad de Dios (Sb., 7, 14): De suerte que el alma que está en gracia es regalada amiga del Señor.

Los gentiles, privados de la luz de la fe, creían cosa imposible que la criatura pudiera tener amistad con Dios; y hablando según el dictamen de su corazón, no se equivocaban, porque la amistad —como dice San Jerónimo— hace iguales a los amigos. Pero Dios ha declarado en varios lugares que por medio de su gracia podemos hacernos amigos suyos si observamos y cumplimos su ley (Jn., 15, 14). Por lo que exclama San Gregorio: «¡Oh bondad de Dios! No merecíamos ni aun ser llamados siervos suyos, y Él se digna llamarnos sus amigos.»

¡Cuan afortunado se estimaría el que tuviese la dicha de ser amigo de su rey! Refiere San Agustín que, hallándose dos cortesanos en un monasterio, uno de ellos comenzó a leer la vida de San Antonio Abad, y conforme leía íbasele desasiendo el corazón de los afectos mundanos de tal modo, que hablaba así a su compañero: «Amigo, ¿qué es lo que buscamos?... sirviendo al emperador, lo más que podremos pretender es el conseguir su amistad. y aunque a tanto llegásemos, expondríamos a grave peligro la eterna salvación. Con harta dificultad lograríamos ser amigos del césar. Mas si quiero ser amigo de Dios, ahora mismo puedo serlo.»

El que está, pues, en gracia, amigo del Señor es. Y aun mucho más porque se hace hijo de Dios (Sal. 81, 6). Tal es la inefable dicha que nos alcanzó el Divino Amor por medio de Jesucristo. Considerad cuál caridad nos ha dado el Padre queriendo que tengamos nombre de hijos de Dios y lo seamos (1 Jn., 3, 1). Es también el alma que está en gracia esposa del Señor. por eso el padre del hijo pródigo, al acogerle y recibirle de nuevo, dióle el anillo en señal de desposorio (Lc., 15, 22). Esa alma venturosa es, además, templo del Espíritu Santo. Sor María de Ognes vio salir a un demonio del cuerpo de un niño que recibía el bautismo, y notó que entraba en el nuevo cristiano el Espíritu Santo rodeado de ángeles.

AFECTOS PETICIONES

¡Oh Dios mío! Cuando mi alma, por dicha suya, estaba en vuestra gracia, era vuestro templo y amiga, hija y esposa vuestra. Mas al pecar lo perdió todo, y fue vuestra enemiga y esclava del infierno. con profunda gratitud veo, Dios mío, que me dais tiempo de recuperar vuestra gracia, me arrepiento de haberos ofendido a vuestra infinita bondad, y os amo sobre todas las cosas. recibidme, pues, de nuevo en vuestra amistad, y por piedad, no me desdeñéis. Harto sé que merezco verme abandonado, mas mi Señor Jesucristo, por el sacrificio que de sí mismo os hizo en el Calvario, merece que al verme arrepentido me acojáis otra vez. Adveniat regnum tuum. Padre mío (que así me enseñó a llamaros vuestro Divino Hijo), reinad en mí con vuestra gracia, y haced que sólo a Vos sirva, sólo a Vos ame y por Vos viva. Et ne nos inducas in tentationem. No permitáis que me venzan los enemigos que me combatan. Sed libera nos a malo. Libradme del infierno y antes libradme del pecado, único mal que puede condenarme.

¡Oh María, rogad por mí y libradme del mal horrible de verme en pecado sin la gracia de nuestro Dios!

PUNTO SEGUNDO
Dichosa el alma que vive en estado de gracia.

Dice Santo Tomás de Aquino que el don de la gracia excede a todos los dones que una criatura puede recibir, puesto que la gracia es participación de la misma naturaleza divina. Y antes había dicho San Pedro: «Para que por ella seáis participantes de la divina naturaleza.» ¡Tanto es lo que por su Pasión mereció Nuestro Señor Jesucristo! Él nos comunicó en cierto modo el esplendor que de Dios había recibido (Jn., 17, 22); de manera que el alma que está en gracia se une con Dios íntimamente (1 Co., 6, 17), y como dijo el Redentor (Jn., 14, 33), en ella viene a habitar la Trinidad Santísima.

Tan hermosa es un alma en estado de gracia, que el Señor se complace en ella y la elogia amorosamente (Cant., 4, 1): «¡Qué hermosa eres, amiga mía; qué hermosa!» Diríase que el Señor no sabe apartar sus ojos de un alma que le ama ni dejar de oír cuanto le pida (Sal. 33, 16). Decía Santa Brígida que nadie podría ver la hermosura de un alma en gracia sin que muriese de gozo. Y Santa Catalina de Sena, al contemplar un alma en tan feliz estado, dijo que preferiría dar su vida a que aquella alma hubiese de perder tanta belleza. Por eso la santa besaba la tierra por donde pasaban los sacerdotes, considerando que por medio de ellos recuperaban las almas la gracia de Dios.

¡Qué tesoro de merecimientos puede adquirir un alma en estado de gracia! en cada instante le es dado merecer la gloria; pues, como dice Santo Tomás, cada acto de amor hecho por tales almas merece la vida eterna. ¿Por qué envidiar, pues, a los poderosos de la tierra? Si estamos en gracia de Dios podemos continuamente conquistar harto mayores grandezas celestiales. Un hermano coadjutor de la Compañía de Jesús, según refiere el p. patrignani en su menologio, aparecióse después de su muerte y reveló que se había salvado, así como Felipe II, rey de España, y que ambos gozaban ya de la gloria eterna; pero que cuanto menor había él sido en el mundo comparado con el rey, tanto más alto era su lugar en el cielo.

Sólo el que la disfruta puede entender cuan suave es la paz de que goza, aun en este mundo, un alma que está en gracia (Sal. 33, 9). Así lo confirman las palabras del Señor (Sal. 118, 165): «Mucha paz para los que aman tu ley.» La paz que nace de esa unión con Dios excede a cuantos placeres pueden dar los sentidos en el mundo.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Jesús mío! Vos sois el Buen Pastor que se dejó crucificar por dar la vida a sus ovejas. Cuando yo huía de Vos me buscabais con amorosa diligencia. Acogedme ahora que os busco y vuelvo arrepentido a vuestros pies. Concededme de nuevo vuestra gracia, que míseramente perdí por mi culpa. Al considerar que tantas veces me he apartado de Vos, quisiera morir de dolor, y de todo corazón me arrepiento. Perdonadme, por la muerte olorosísima que para mi bien sufristeis en la cruz. Prendedme con las suaves cadenas de vuestro amor, y no consintáis que otra vez huya de Vos. Dadme ánimo para sufrir con paciencia cuantas cruces me enviéis, ya que merecí las penas eternas del infierno, y haced que abrace con amor los desprecios que reciba de los hombres, puesto que he merecido ser eternamente hollado por los demonios. Haced, en suma, que obedezca en todo a vuestras inspiraciones, y venza todos los humanos respetos por amor a vos. Resuelto estoy a no servir más que a vos. Pidan los otros lo que quisieren, yo solamente quiero amaros a vos, Dios mío amabilísimo. Sólo a Vos deseo complacer. Ayudadme, Señor, que sin vos nada puedo. Os amo, Jesús mío, con todo mi corazón, y confío en vuestra Sangre Preciosa...

María, mi esperanza, auxiliadme con vuestra intercesión. Y puesto que os gloriáis de salvar a los pobres pecadores que recurren a Vos, y yo, de ser vuestro humilde siervo, socorredme y salvadme.

PUNTO TERCERO
Estado miserable del alma que ha perdido la gracia de Dios.

Consideremos ahora el infeliz estado de un alma que se halla en desgracia de Dios. está apartada de su Bien Sumo, que es Dios (Is., 59, 2): de suerte que ella ya no es de Dios, ni Dios es ya suyo (Os., 1, 9). Y no solamente no la mira como suya, sino que la aborrece y condena al infierno. No detesta el Señor a ninguna de sus criaturas, ni a las fieras, ni a los reptiles, ni al más vil insecto (Sb., 11, 25). Mas no puede dejar de aborrecer al pecador (Sal. 5, 7); porque siendo imposible que no odie al pecado, enemigo en absoluto contrario a la divina voluntad, debe necesariamente aborrecer al pecador unido con la voluntad al pecado (Sb., 14, 9).

¡Oh Dios mío! si alguno tiene por enemigo a un príncipe del mundo, apenas puede reposar tranquilo, temiendo a cada instante la muerte. y el que sea enemigo de Dios, ¿cómo puede tener paz? De la ira de un rey se puede huir ocultándose o emigrando a algún otro lejano reino; pero ¿quién puede sustraerse de las manos de Dios? «Señor —decía David (Sal. 138, 8-10)—, si subiere al cielo, allí estás; si descendiere al infierno, estás allí presente... dondequiera que vaya, tu mano llegará hasta mí.»

¡Desventurados pecadores! malditos son de Dios, malditos de los ángeles, malditos de los santos, aun en la tierra malditos cada día por los sacerdotes y religiosos que, al recitar el oficio divino, publican la maldición (Sal. 118, 21). además, estar en desgracia de Dios lleva consigo la pérdida de todos los méritos. Aunque hubiese merecido un hombre tanto como un San Pablo eremita, que vivió noventa y ocho años en una cueva; tanto como un San Francisco Javier, que conquistó para Dios diez millones de almas; tanto como San Pablo, que alcanzó por sí solo, como dice San Jerónimo, más merecimientos que todos los demás Apóstoles, si aquél cometiera un solo pecado mortal, lo perdería todo (Ez., 18, 24); ¡Tan grande es la ruina que produce el incurrir en desgracia del Señor! De hijo de Dios, conviértase el pecador en esclavo de satanás; de amigo predilecto se trueca en odioso enemigo; de heredero de la gloria, en condenado al infierno. Decía San Francisco de Sales que si los ángeles pudieran llorar, al ver la desdicha de un alma que cometiendo un pecado mortal pierde la divina gracia, los ángeles llorarían, compadecidos.

Pero la mayor desventura consiste en que, aunque los ángeles llorarían, si pudieran llorar, el pecador no llora. El que pierde un corcel, una oveja —dice San Agustín—, no come, no descansa, gime y se lamenta. ¡Perderá acaso la gracia de Dios, y come y duerme y no se queja!

AFECTOS Y SÚPLICAS

Ved, Redentor mío, el lamentable estado a que yo me reduje! Vos, para hacerme digno de vuestra gracia, pasasteis treinta y tres años de trabajos y dolores, y yo, en un instante, por un momento de envenenado placer, la he despreciado y perdido sin reparo.

Gracias mil os doy por vuestra misericordia, porque me da tiempo de recuperar la gracia si de veras lo deseo. Sí, Señor mío; quiero hacer cuanto pueda para reconquistarla. Decidme qué debo poner por obra para alcanzar el perdón. ¿Queréis que me arrepienta? pues sí, Jesús mío, me arrepiento de todo corazón de haber ofendido a vuestra infinita bondad... ¿Queréis que os ame? Os amo sobre todas las cosas. Mal empleé en la vida pasada mi corazón, amando las criaturas, la vanidad del mundo. De ahora en adelante viviré sólo para Vos, y a Vos no más amaré Dios mío, mi tesoro, mi esperanza y mi fortaleza (Sal. 17, 2). Vuestros méritos, vuestras sacratísimas llagas, serán mi esperanza. De Vos espero la fuerza necesaria para seros fiel. Acogedme, pues, en vuestra gracia, ¡oh Salvador mío!, y no permitáis que os abandone más otra vez. Desasidme de los afectos mundanos e inflamad mi corazón en vuestro santo amor.

María, Madre nuestra, haced que mi alma arda en amor de Dios, como arde la vuestra eternamente.

VIGÉSIMA CONSIDERACIÓN

LOCURA DEL PECADOR

Sapientia enim huíus mundi
stultitia est apud Deum.
La sabiduría de este mundo,
locura es delante de Dios.

I Cor., 3, 19.

PUNTO PRIMERO

El pecador es un insensato, que por una moneda pierde el tesoro de la divina gracia.

El Santo maestro Juan de Ávila decía que en el mundo debiera haber dos grandes cárceles: una para los que no tienen fe, y otra para los que, teniéndola, viven en pecado y alejados de Dios. A éstos, añadía, les conviniera la casa de locos. Mas la mayor desdicha de estos miserables consiste en que, con ser los más ciegos e insensatos del mundo, se tienen por sabios y prudentes. Y lo peor es que su número es grandísimo (Ecl., 1, 15). Hay quien enloquece por las honras; otros, por los placeres; no pocos, por las naderías de la tierra. y luego se atreven a tener por locos a los santos, que menospreciaron los vanos bienes del mundo para conquistar la salvación eterna y el sumo bien, que es Dios. Llaman locura el abrazar los desprecios y perdonar las ofensas; locura el privarse de los placeres sensuales y preferir la mortificación; locura renunciar las honras y riquezas y amar la soledad, la vida humilde y escondida. pero no advierten que a esa su sabiduría mundana la llama Dios necedad (1 Co., 3, 19): «La sabiduría de este mundo locura es ante Dios.»

¡Ah!... algún día confesarán y reconocerán su demencia... ¿Cuándo? Cuando ya no haya remedio posible y tengan que exclamar, desesperados: «¡Infelices de nosotros, que reputábamos por locura la vida de los santos! Ahora comprendemos que los locos fuimos nosotros. ¡Ellos se cuentan ya en el dichoso número de los hijos de Dios y comparten la suerte de los bienaventurados, que eternamente les durará y los hará por siempre felices..., mientras quE nosotros somos esclavos del demonio y estamos condenados a arder en esta cárcel de tormentos por toda la eternidad!... ¡Nos engañamos, pues, por haber querido cerrar los ojos a la divina luz (Sb., 5, 6), y nuestra mayor desventura es que el error no tiene ni tendrá remedio mientras Dios sea Dios! »

¡Qué inmensa locura es, por tanto, perder la gracia de Dios a trueque de un poco de humo, de un breve deleite!... ¿Qué no hace un vasallo para alcanzar la gracia de su príncipe?... Y, ¡oh Dios mío!, por una vil satisfacción perder el sumo bien, perder la gloria, perder también la paz de esta vida, haciendo que el pecado reine en el alma y la atormente con sus perdurables remordimientos... ¡Perderlo todo, y condenarse voluntariamente a interminable desventura!... ¿Te entregarías a aquel placer ilícito si supieras que luego habrían de quemarte una mano o encerrarte por un año en una tumba? ¿Cometerías tal pecado si, al cometerle, perdieras cien escudos? Y,

con todo, tienes fe y crees que pecando perderás el cielo, perderás a Dios y serás condenado al fuego eterno... ¿Cómo te atreves a pecar?

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Dios de mi alma!... ¿Qué sería de mí ahora si no hubierais tenido tanta misericordia? Hallaríame en el infierno, donde están los insensatos cuyas huellas seguí. Gracias os doy, Señor, y os suplico no me abandonéis en mi ceguedad. Bien lo merecía, pero veo que aún vuestra gracia no me ha abandonado. Oigo que amorosamente me llamáis y me invitáis a que os pida perdón y espere de vos altísimos dones, a pesar de las graves ofensas que os hice. sí, Salvador mío; espero que me acogeréis como a hijo, vuestro. No soy digno de que me llaméis hijo, porque os ultrajé descaradamente (Lc., 15, 21). Mas bien sé que os complacéis en buscar la ovejuela perdida y en abrazar a los hijos extraviados.

¡Padre mío amadísimo, me arrepiento de haberos ofendido; a vuestros pies me postro y los abrazo, y no me levantaré si no me perdonáis y bendecís! (Gn., 32, 26). Bendecidme, Padre mío, y con vuestra bendición dadme gran dolor de mis pecados y ferviente amor a vos. Os amo, Padre mío, con todo mi corazón. ¡No permitáis que vuelva a alejarme de Vos! privadme de todas las cosas, mas no de vuestro amor.

¡Oh María, siendo Dios mi padre, Madre mía sois vos! Bendecidme también, y ya que no merezco ser hijo, recibidme por vuestro siervo; pero haced que sea un siervo tal, que os ame siempre con inmensa ternura y siempre confíe en vuestra protección.

PUNTO SEGUNDOO
Locura del pecador que no piensa en lo por venir.

¡Infortunados pecadores! se afanan y aplican en adquirir la ciencia mundana y en procurarse los bienes de esta vida, que en breve plazo ha de acabarse, y olvidan los bienes de aquella otra vida que no ha de acabar jamás. De tal manera pierden el juicio, que no solamente son locos, sino que se reducen a la condición de brutos; porque viviendo como irracionales, sin considerar lo que es el bien ni el mal, siguen solamente al instinto de las afecciones sensuales, se entregan a lo que inmediatamente agrada a la carne y no atienden a la pérdida y eterna ruina que se acarrean. Esto no es proceder como hombre, sino como

bestia. «Llamamos hombre —dice San Juan Crisóstomo— a aquel que conserva la imagen esencial del ser humano.» Pero ¿cuál es tal imagen? El ser racional. Ser hombre es, por consiguiente, ser racional, o sea, obrar con arreglo a la razón, no según el apetito sensitivo. Si Dios diese a una bestia el uso de razón y ella conforme a la razón obrase, diríamos que procedía como hombre. Y, al contrario, cuando el hombre procede con arreglo a los sentidos, contra la razón, debe decirse que obra como bestia.

«¡Ah, si tuviesen sabiduría e inteligencia y previesen las postrimerías!» (Dt., 32, 29). El hombre que se guía en sus obras razonablemente prevé lo futuro, es decir, lo que ha de acaecerle al fin de la vida: la muerte, el juicio y, después, el infierno o la gloria.

¡Cuánto más sabio es un rústico que se salva que un monarca que se condena! «Mejor es un mozo pobre y sabio, que rey viejo y necio que no sabe prever lo venidero» (Ecl., 4, 13). ¡Oh Dios! ¿No tendríamos por loco al que para ganar un céntimo en seguida arriesgase el perder toda su hacienda? Pues el que a trueque de un breve placer pierde su alma y se pone en peligro de perderla para siempre, ¿No ha ser tenido por loco? Tal es la causa de que se condenen muchísimas almas, atender no más que a los bienes y males presentes y no pensar en los eternos.

Dios no nos ha puesto en la tierra para que nos hagamos ricos ni para que busquemos honras o satisfagamos los sentidos, sino para que nos procuremos la vida eterna (Ro., 6, 22). Y el alcanzar tal fin sólo a nosotros interesa. una sola cosa es necesaria (Lc., 10, 42). Pero los pecadores desprecian este fin, y pensando no más que en lo presente, caminan hacia el término de la vida, se van acercando a la eternidad y no saben a dónde se dirigen. «¿Qué diríais de un piloto —dice San Agustín— a quien se preguntara a dónde va, y respondiese que no lo sabia? Todos dirían que lleva la nave a su perdición.» Tales son —añade el santo— esos sabios del mundo que saben ganar haciendas, darse a los placeres, conseguir altos cargos, y no aciertan a salvar sus almas.» Sabio del mundo fue Alejandro Magno, que conquistó innumerables reinos; pero al poco tiempo murió. Sabio fue el Epulón, que supo enriquecerse; pero murió y fue sepultado en el infierno (Lc., 16, 22). sabio de ese modo fue Enrique VIII, que acertó a mantenerse en el trono, a pesar de su rebelión contra la Iglesia. Pero al fin de sus días reconoció que había perdido su alma, y exclamó: ¡Todo lo hemos perdido! ¡Cuántos desventurados gimen ahora en el infierno! ¡Ved —dicen— cómo todos los bienes del mundo pasaron para nosotros como una sombra, y ya no nos

quedan más que perdurable dolor y eterno llanto! (Sb., 5, 8). «Ante el hombre, la vida y la muerte; lo que le pluguiere, le será dado» (Ecl., 15, 18). ¡oh cristiano! delante de ti se hallan la vida y la muerte, es decir, la voluntaria privación de las cosas ilícitas para ganar la vida eterna, o el entregarte a ellas y a la eterna muerte... ¿Qué dices? ¿Qué escoges?... Procede como hombre, no como bruto. Elige como cristiano que tiene fe y dice: «¿Qué aprovecha al hombre si ganare todo el mundo y perdiere su alma?» (Mt., 16, 26).

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Dios mío! me disteis la razón, la luz de la fe, y con todo, he obrado como un irracional, trocando vuestra divina gracia por los viles placeres mundanos, que se disiparon como el humo, dejándome sólo remordimientos de conciencia y deudas con vuestra justicia! ¡Ah Señor, no me juzguéis según lo que merezco (Salmo 142, 2), sino según vuestra misericordia! iluminadme, Dios mío; dadme dolor de mis pecados y perdonádmelos. Soy la oveja extraviada, y si no me buscáis, perdido quedaré (Sal. 118, 176). Tened piedad de mí, por la sangre preciosa que por mi amor derramasteis. Duélame, ¡oh sumo Bien Mío!, de haberos abandonado y de haber voluntariamente renunciado a vuestra gracia. Morir quisiera de dolor; aumentad Vos mi contrición profunda, y haced que vaya al cielo y ensalce allí vuestra infinita misericordia...

Madre nuestra María, mi refugio y esperanza, rogad por mí a Jesús; pedidle que me perdone y me conceda la santa perseverancia.

PUNTO TERCERO
Los verdaderos sabios son los que, como los santos, procuran su salvación.

Penetrémonos bien de que el verdadero sabio es el que sabe alcanzar la divina gracia y la gloria, y roguemos al Señor nos conceda la ciencia de los santos, que él da a cuantos se la piden (Sb., 10, 10). ¡Qué hermosísima ciencia la de saber amar a Dios y salvar nuestra alma!, o sea, la de acertar a escoger el camino de la eterna salvación y los medios de conseguirla. El tratado de

salvación es, sin duda, el más necesario de todos. Si lo supiéramos todo, menos salvarnos, de nada nos serviría nuestro saber; seríamos para siempre infelices. Mas, al contrario, eternamente seremos venturosos si sabemos amar a Dios, aunque ignoremos todas las demás cosas, como decía San Agustín.

Cierto día, Fray Gil decía a San Buenaventura: «Dichoso vos, Padre Buenaventura, que sabéis tantas cosas. Yo, pobre ignorante, nada sé. sin duda podréis llegar a ser más santo que yo.» «Persuadíos —respondió el santo— de que si una pobre vieja ignorante sabe amar a Dios mejor que yo, será más santa que yo.» Al oír esto, exclamó a voces al santo Fray Gil: «¡Oh pobre viejecilla, sabe que si amas a Dios puedes ser más santa que el Padre Buenaventura!» «¡Cuántos rústicos hay —dice San Agustín— que no saben leer, pero saben amar a Dios y se salvan, y cuántos doctos del mundo se condenan !...».

¡Oh, cuan sabios fueron un San Pascual, un San Félix Capuchino, un San Juan de Dios, aunque ignorantes de las ciencias humanas! ¡Cuan sabios todos aquellos que, apartándose del mundo, se encerraron en los claustros o vivieron en desiertos, como un San Benito, un San Francisco de Asís, un San Luis de Tolosa, que renunció al trono! ¡Cuan sabios tantos mártires y vírgenes que renunciaron honores, placeres y riquezas por morir por Cristo!...

Aun los mismos mundanos conocen esta verdad, y alaban y llaman dichoso al que se entrega a Dios y entiende en el negocio de la salvación del alma. en suma: a los que abandonan los bienes del mundo para darse a Dios se les llama hombres desengañados; pues ¿cómo deberemos llamar a los que dejan a Dios por los bienes del mundo?... hombres engañados.

¡Oh hermano mío! ¿De cuál número de ésos quisieras ser tú? para elegir con acierto nos aconseja San Juan Crisóstomo que visitemos los cementerios. Gran escuela son los sepulcros para conocer la vanidad de los bienes de este mundo y para aprender la ciencia de los santos. «Decidme —dice el santo—: ¿Sabríais distinguir allí al príncipe del noble o del letrado?» «Yo nada veo —añade—, sino podredumbre, huesos y gusanos.» Todas las clases del mundo pasarán en breve, se disiparán como fábulas, sueños y sombras.

Mas si tú, cristiano, quieres adquirir la verdadera sabiduría, no basta que conozcas la importancia de tu fin, sino que es menester usar de los medios establecidos para conseguirlo. Todos querrían salvarse y santificarse, pero como no emplean los medios convenientes, no se santifican, y se condenan. Preciso es huir de las ocasiones de pecar, frecuentar los sacramentos, hacer

oración y, sobre todo, grabar en el corazón estas y otras análogas máximas del Evangelio: «¿Qué aprovecha el hombre si ganare todo el mundo?» (Mt., 16, 26). «Quien ama desordenadamente, su alma perderá» (Jn., 12, 25). O sea, conviene hasta perder la vida, si fuere necesario, para salvar el alma. «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo» (Mt., 16, 24). Para seguir a Cristo es menester negar al amor propio las satisfacciones que exige. Nuestra salvación se funda en el cumplimiento de la divina voluntad.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Padre de misericordia! mirad mi gran miseria y compadeceos de mí. iluminadme, Señor; haced que conozca mi pasada locura para que la llore y aprecie y ame vuestra bondad infinita. ¡Oh Jesús mío, que disteis vuestra sangre para redimirme, no permitáis que vuelva yo a ser, como he sido, esclavo del mundo! (Sal., 73, 19). Me arrepiento, ¡oh Sumo Bien!, de haberos abandonado. Maldigo todos los momentos en que mi voluntad consintió en el pecado, y me abrazo con vuestra voluntad santísima, que sólo me desea el bien. Concededme, Eterno Padre, por los méritos de Jesucristo, fuerza para cumplir y poner por obra cuanto os agrade, y haced que muera antes que me oponga a vuestra voluntad. Ayudadme con vuestra gracia a cifrar en Vos solo todo mi amor, y a desasirme de todo afecto que a Vos no se encamine. Os amo, ¡Oh Dios de mi alma!, os amo sobre todas las cosas, y de Vos espero todos los bienes: el perdón, la perseverancia en vuestro amor y la gloria para amaros eternamente...

¡Oh María, pedid para mí estas gracias! Nada os niega vuestro divino Hijo. esperanza mía, confío en vos.

VIGESIMOPRIMERA CONSIDERACIÓN

VIDA INFELIZ DEL PECADORY VIDA FELIZ DEL QUE AMA A DIOS

Non est pax impiis, dicit
Dominus.

No hay paz para los impíos,
dice el Señor.

Is., 48, 22.

PUNTO PRIMERO
Los bienes del mundo no pueden satisfacer el corazón del hombre.

Afánanse en esta vida todos los hombres para hallar la paz. Trabajan el mercader, el soldado, el litigante, porque piensan que con la hacienda, el lauro merecido o el pleito ganado obtendrán los favores de la fortuna y alcanzarán la paz. Mas, ¡ah, pobres mundanos, que buscáis en el mundo la paz que no puede daros! Dios sólo puede dárnosla. Da a tus siervos —dice la Iglesia en sus preces— aquella paz que el mundo no puede dar.

No, no puede el mundo, con todos sus bienes, satisfacer el corazón del hombre, porque el hombre no fue creado para este linaje de bienes, sino únicamente para Dios; de suerte que sólo en Dios puede hallar ventura y reposo. El ser irracional, creado para la vida de los sentidos, busca y encuentra la paz en los bienes de la tierra. Dad a un jumento un haz de hierba; dad a un perro un trozo de carne, y quedarán contentos, sin desear cosa alguna. Pero el alma, creada para amar a Dios y unirse a Él, no halla su paz en los deleites sensuales; Dios únicamente puede hacerla plenamente dichosa.

Aquel rico de que habla San Lucas (12, 19) había recogido de sus campos ubérrima cosecha, y se decía a si propio: «Alma mía, ya tienes muchos bienes de repuesto para muchísimos años; descansa, come, bebe...» Mas este infeliz rico fue llamado loco, y con harta razón, dice San Basilio. «¡Desgraciado! —exclamó el santo—. ¿Acaso tienes el alma de un cerdo, o de otra bestia, y pretendes contentarla con beber y comer, con los deleites sensuales?» El hombre, escribe San Bernardo, podrá hartarse, mas no satisfacerse con los bienes del mundo. El mismo santo, comentando aquel texto del evangelio (Mi., 19, 27): «Bien veis que lo abandonamos todo», dice que ha visto muchos locos con diversas locuras. Todos —añade— padecían hambre devoradora; pero unos se saciaban con tierra, emblema de los avaros; otros con aire, figura de los vanidosos; otros, alrededor de la boca de un horno, atizaban las fugaces llamas, representación de los iracundos; aquellos, por último, símbolo de los deshonestos, en la orilla de un fétido lago bebían sus corrompidas aguas. y dirigiéndose después a todos, les dice el santo: «¿No veis, insensatos, que todo eso antes os acrecienta que os extingue el hambre?» Los bienes del mundo son bienes aparentes, y por eso no pueden satisfacer el corazón del hombre (Ag.,

1, 6); así, el avaro, cuanto más atesora, más quiere atesorar, dice San Agustín. El deshonesto, cuanto más se hunde en el cieno de sus placeres, mayor amargura y, a la vez, más terribles deseos siente, ¿y cómo podrá aquietarse su corazón con la inmundicia sensual? Lo propio sucede al ambicioso, que aspira a saciarse con el humo sutil de vanidades, poder y riquezas; porque el ambicioso más atiende a lo que le falta que a lo que posee. Alejandro Magno, después de haber conquistado tantos reinos, se lamentaba por no haber adquirido el dominio de otras naciones. Si los bienes terrenos bastasen para satisfacer al hombre, los ricos y los monarcas serían plenamente venturosos; pero la experiencia demuestra lo contrario. afírmalo Salomón (Ecl., 2, 10), que asegura no había negado nada a sus deseos, y, con todo, exclama (Ecl., 1, 2): «Vanidad de vanidades, y todo es vanidad»; es decir, cuanto hay en el mundo es mera vanidad, mentira, locura...

AFECTOS Y PETICIONES

¿Qué me han dejado, Dios mío, las ofensas que os hice, sino amarguras y penas y méritos para el infierno? No me abruma el dolor que por ello siento, antes bien, me consuela y alivia, porque es un don de vuestra gracia, que va unido a la esperanza de que me habéis de perdonar. Lo que me aflige es lo mucho que os he injuriado a Vos, Redentor mío, que tanto me amasteis. Merecía yo, Señor, que del todo me abandonaseis; pero, lejos de eso, veo que me ofrecéis perdón y que sois el primero en procurar la paz.

Sí, Jesús mío, paz deseo con Vos y vuestra gracia más que todas las cosas. Duéleme, ¡Oh bondad infinita!, de haberos ofendido, y quisiera morir de pura contrición. Por el amor que me tuvisteis muriendo por mí en la cruz, perdonadme y acogedme en vuestro corazón, mudando el mío de tal modo, que cuando os ofendí en lo pasado, tanto os agrade en lo por venir. Renuncio por vuestro amor a todos los placeres que el mundo pudiera darme, y resuelvo perder antes la vida que vuestra gracia. decidme qué queréis que haga para serviros, que yo deseo ponerlo por obra. Nada de placeres, ni honras, ni riquezas; sólo a Vos amo, Dios mío, mi gozo, mi gloria, mi tesoro, mi vida, mi amor y mi todo. dadme, Señor, auxilio para seros fiel, y el don de vuestro amor, y haced de mí lo que os agrade.

¡Oh María, Madre y esperanza mía!, después de Jesús, ponedme bajo vuestro amparo y haced que sea todo de Dios

PUNTO SEGUNDO
El pecado, fuente de todos los males.

Los bienes del mundo son, no solamente vanidades, como dice Salomón (Ecl., 1, 14), que no satisfacen el alma, sino penas que la afligen. Los desdichados pecadores pretenden ser felices con sus culpas, pero no consiguen más que amarguras y remordimientos (Sal. 13, 3). Nada de paz ni reposo. Dios nos dice (Is., 48, 22): «No hay paz para los impíos.»

Primeramente, el pecado lleva consigo el temor profundo de la divina venganza; pues así como el que tiene un poderoso enemigo no descansa ni vive con quietud, ¿cómo podrá el enemigo de Dios reposar en paz? «Espanto para los que obran mal es el camino del Señor» (Pr., 10, 29).

Cuando la tierra tiembla o el trueno retumba, ¡ cómo teme el que se halla en pecado! Hasta el suave movimiento de las umbrías frondas, a veces, le llena de pavor:

«El sonido del terror amedrenta siempre sus oídos» (Jb., 15, 21). Huye sin ver quien le persigue (Pr., 28, 1). Porque su propio pecado corre en pos dé él. Mató Caín a su hermano Abel, y exclamaba luego: «Cualquiera que me hallare me matará» (Gn., 4, 14). Y aunque el Señor le aseguró que nadie le dañaría (Gn., 4, 15), Caín —dice la Escritura (Gn., 4, 16)— anduvo siempre fugitivo y errante. ¿Quién perseguía a Caín, sino su pecado? Va, además, siempre la culpa unida al remordimiento, ese gusano roedor que jamás reposa. Acude el pobre pecador a banquetes, saraos o comedias, mas la voz de la conciencia sigue diciéndole: Estás en desgracia de Dios; si murieses, ¿a dónde irás? Es pena tan angustiosa el remordimiento, aun en esta vida, que algunos desventurados, para librarse de él, se dan a sí mismos la muerte.

Tal fue Judas, que, como es sabido, se ahorcó, desesperado. Y se cuenta de otro criminal que, habiendo asesinado a un niño, tuvo tan horribles remordimientos, que para acallarlos se hizo religioso; pero ni aun en el 3 claustro halló la paz, y corrió ante el juez a confesar su delito, por el cual fue condenado a muerte. ¿Qué es un alma privada de Dios?... Un mar tempestuoso, dice el Espíritu Santo (Is., 57, 20). Si alguno fuese llevado a un festín, baile o concierto, y le tuviesen allí atado de pies y manos con opresoras ligaduras, ¿podría disfrutar de aquella diversión? Pues tal es el hombre que vive entre los bienes del mundo sin poseer a Dios. Podrá beber, comer, danzar, ostentar ricas vestiduras, recibir honores, obtener altos cargos y dignidades, pero no tendrá paz. Porque la paz sólo de Dios se obtiene, y Dios la da a los que le aman, no a sus enemigos. Los bienes de este mundo —dice

San Vicente Ferrer— están por de fuera, no entran en el corazón. Llevará, tal vez, aquel pecador bordados vestidos y anillos de diamantes, tendrá espléndida mesa; pero su pobre corazón se mantendrá colmado de hiel y de espinas. Y así, veréis que entre tantas riquezas, placeres y recreos vive siempre inquieto, y que por el menor obstáculo se impacienta y enfurece coma perro hidrófobo. El que ama a Dios se resigna y conforma en las cosas adversas con la divina voluntad, y halla paz y consuelo. Mas esto no lo puede hacer el que es enemigo de la voluntad de Dios; y por eso no halla camino de aquietarse.

Sirve el desventurado al demonio, tirano cruel, que le paga con afanes y amarguras. Así se cumplen siempre las palabras del Señor, que dijo (Dt., 28, 47-48): «Por cuanto no serviste con gozo al Señor tu Dios, servirás a tu enemigo con hambre y con sed, y con desnudez, y con todo género de penuria.» ¡Cuánto no padece aquel vengativo después de haberse vengado! ¡ Cuánto aquel 4 deshonesto apenas logra sus designios! ¡ Cuánto los ambiciosos y los avaros!... ¡Oh si padecieran por Dios lo que por condenarse padecen, cuántos serian santos!

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh tiempo que perdí!... Si hubiera, Señor, padecido por serviros los afanes y trabajos que padecí ofendiéndoos, ¡cuántos méritos para la gloria tendría ahora reunidos! ¡Ah Dios mío! ¿Por qué os abandoné y perdí vuestra gracia?...

Por breves y envenenados placeres, que, apenas disfrutados, desaparecieron y me dejaron el corazón lleno de heridas y de angustias... ¡Ah pecados míos!, os maldigo y detesto mil veces; así como bendigo vuestra misericordia, Señor, que con tanta paciencia me ha sufrido. Os amo, Creador y Redentor mío, que disteis por mí la vida. Y porque os amo, me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido... Dios mío, Dios mío, ¿por qué os perdí? ¿Por qué cosas os dejé? Ahora conozco cuán mal he obrado, y propongo antes perderlo todo, hasta la misma vida, que perder vuestro amor.

Iluminadme, Padre Eterno, por amor a Jesucristo. Dadme a conocer el bien infinito, que sois Vos, y la vileza de los bienes que me ofrece el demonio para lograr que yo pierda vuestra gracia. Os amo, y anhelo amaros más. Haced que Vos seáis mi único pensamiento, mi único deseo, mi único amor. Todo lo espero de vuestra bondad, por los méritos de vuestro Hijo...

María, Madre nuestra, por el amor que a Jesucristo profesáis, os ruego me alcancéis luz y fuerza para servirle y amarle hasta la muerte.

PUNTO SEGUNDO
Servir y amar a Dios es toda nuestra feliciad.

Puesto que todos los bienes y deleites del mundo no pueden satisfacer el corazón del hombre, ¿quién podrá contentarle?.. Sólo Dios (Sal. 36, 4). El corazón humano va siempre buscando bienes que le satisfagan. Alcanza riquezas, honras o placeres, y no se satisface, porque tales bienes son finitos, y él ha sido creado para el infinito bien. Mas si halla y se une a Dios, se aquieta y consuela y no desea ninguna otra cosa.

San Agustín, mientras se atuvo a la vida sensual, jamás halló paz; pero cuando se entregó a Dios, confesaba y decía al Señor: «Ahora conozco, ¡oh Dios!, que todo es dolor y vanidad, y que en Vos sólo está la verdadera paz del alma.» Y así, maestro por experiencia propia, escribía: «¿Qué buscas, hombrezuelo, buscando bienes?... Busca el único Bien, en el cual se encierran todos los demás» (Sal. 41, 3).

El rey David, después de haber pecado, iba a cazar a sus jardines y banquetes, y a todos los placeres de un monarca. Pero los festines y florestas y las demás criaturas de que disfrutaba decíanle a su modo: «David, ¿quieres hallar en nosotros paz y contento? Nosotros no podemos satisfacerte... Busca a tu Dios (Sal. 41, 3), que únicamente Él te puede satisfacer.» Y por eso David gemía en medio de sus placeres, y exclamaba: «Mis lágrimas me han servido de pan día y noche, mientras se me dice cada día: ¿en dónde está tu Dios?» Y, al contrario, ¡ cómo sabe Dios contentar a las almas fieles que le aman! San Francisco de Asís, que todo lo había dejado por Dios, hallándose descalzo, medio muerto de frío y de hambre, cubierto de andrajos, mas con sólo decir : «Mi Dios y mi todo», sentía gozo inefable y celestial.

San Francisco de Borja, en sus viajes de religioso, tuvo que acostarse muchas veces en un montón de paja, y experimentaba consolación tan grande, que le privaba del sueño. De igual manera, San Felipe Neri, desasido y libre de todas las cosas, no lograba reposar por los consuelos que Dios le daba en tanto grado, que decía el Santo: «Jesús mío, dejadme descansar.» El Padre jesuita Carlos de Lorena, de la casa de los príncipes de Lorena, a veces danzaba de alegría al verse en su pobre celda. San Francisco Javier, en sus apostólicos trabajos de la India, descubríase el pecho, exclamando: «Basta, Señor, no más consuelo, que mi corazón no puede soportarle.» Santa Teresa decía que da mayor contento una gota de celestial consolación que todos los placeres y esparcimientos del mundo. Y en verdad, no pueden faltar las

promesas del Señor, que ofreció dar, aun en esta vida, a los que dejen por su amor los bienes de la tierra, el céntuplo de paz y de alegría (Mt., 19, 29).

¿Qué vamos, pues, buscando? Busquemos a Jesucristo, que nos llama y dice (Mt., 11, 28): «Venid a Mí todos los que estáis trabajados y abrumados, y Yo os aliviaré.» El alma que ama a Dios encuentra esa paz que excede a todos los placeres y satisfacciones que el mundo y los sentidos pueden darnos (Fil., 4, 7).

Verdad es que en esta vida aun los Santos padecen; porque la tierra es lugar de merecer, y no se puede merecer sin sufrir; pero, como dice San Buenaventura, el amor divino es semejante a la miel, que hace dulces y amables las cosas más amargas. Quien ama a Dios, ama la divina voluntad, y por eso goza espiritualmente en las tribulaciones, porque abrazándolas sabe que agrada y complace al Señor...

¡Oh Dios mío! Los pecadores menosprecian la vida espiritual sin haberla probado. Consideran únicamente, dice San Bernardo, las mortificaciones que sufren los amantes de Dios y los deleites de que se privan; mas no ven las inefables delicias espirituales con que el Señor los regala y acaricia. ¡Oh, si los pecadores gustasen la paz de que disfruta el alma que sólo ama a Dios! Gustad y ved —dice David (Sal. 33, 9)— cuán suave es el Señor. Comienza, pues, hermano mío, a hacer la diaria meditación, a comulgar con frecuencia, a visitar devotamente el Santísimo Sacramento; comienza a dejar el mundo y a entregarte a Dios, y verás cómo el Señor te da, en el poco tiempo que le consagres, consuelos mayores que los que el mundo te dio con todos sus placeres. Probad y veréis. El que no lo prueba no puede comprender cómo Dios contenta a un alma que le ama.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh amadísimo Redentor mío, cuan ciego fui al apartarme de Vos, Sumo Bien y fuente de todo consuelo, y entregarme a los pobres y deleznables placeres del mundo! Mi ceguedad me asombra; pero aún más vuestra misericordia, que con tanta bondad me ha sufrido. Con todo mi corazón os agradezco que me hayáis hecho conocer mi demencia y el deber que tengo de amaros todavía más. Aumentad en mí el deseo y el amor. Haced, ¡oh Señor infinitamente amable !, que, enamorado yo de Vos, contemple cómo no habéis omitido nada para que yo os amase, y para mostrar cuánto anheláis mi amor. Si quieres, puedes purificarme (Mt., 8, 2). Purificad, pues, mi corazón, carísimo Redentor mío; purificadle de tanto desordenado afecto que impide os ame como quisiera amaros. No alcanzan mis fuerzas a conseguir que mi

corazón se una solamente a Vos, y a Vos sólo ame. Don ha de ser este de vuestra gracia, que logra cuanto quiere. Desasidme de todo; arrancad de mi alma todo lo que a Vos no se encamine, y hacedla 8 vuestra enteramente.

Me arrepiento de cuantas ofensas os hice, y propongo consagrar a vuestro santo amor la vida que me reste. Mas Vos lo habéis de realizar. Hacedlo por la Sangre que derramasteis para mi bien con tanto amor y dolor. Sea gloria de vuestra omnipotencia hacer que mi corazón, antes cautivo de terrenales afectos, arda desde ahora en amor a Vos, ¡oh Bien infinito!...

¡Madre del Amor hermoso!, alcanzadme con vuestras súplicas que mi alma se abrase, como la vuestra, en caridad para con Dios.

VIGESIMOSEGUNDA CONSIDERACIÓN

DE LOS MALOS HÁBITOS

Impius cum in profundum venerit peccatorum, contemnit.
El impío, después de haber llegado a lo profundo de los pecados, no hace caso.

Pr., 18, 3.

PUNTO PRIMERO
Los malos hábitos ciegan la inteligencia.

Una de las mayores desventuras que nos acarreó la culpa de Adán es nuestra propensión al pecado. De ello se lamentaba el Apóstol, viéndose movido por la concupiscencia hacia el mismo mal que él aborrecía: «Veo otra ley en mis miembros que... me lleva cautivo a la ley del pecado» (Ro., 7, 23). De aquí procede que para nosotros, infectos de tal concupiscencia y rodeados de tantos enemigos que nos mueven al mal, sea difícil llegar sin culpa a la gloría.

Reconocida esta fragilidad que tenemos, pregunto yo ahora: ¿Qué diríais de un viajero que debiendo atravesar el mar durante una tempestad espantosa y en un barco medio deshecho, quisiera cargarle con tal peso, que, aun sin tempestades y aunque la nave fuese fortísima, bastaría para sumergirla?... ¿Qué pronóstico formarías sobre la vida de aquel viajero? Pues pensad eso mismo acerca del hombre de malos hábitos y costumbres, el cual ha de cruzar

el mar tempestuoso de esta vida, en que tantos se pierden, y ha de usar de frágil y ruinosa nave, como es nuestro cuerpo, a que el alma va unida.

¿Qué ha de suceder si la cargamos todavía con el peso irresistible de los pecados habituales? Difícil es que tales pecadores se salven, porque los malos hábitos ciegan el espíritu, endurecen el corazón y ocasionan probablemente la obstinación completa en la hora de la muerte. Primeramente, el mal hábito nos ciega. ¿Por qué motivo los Santos pidieron siempre a Dios que los iluminara, y temían convertirse en los más abominables pecadores del mundo? Porque sabían que si llegaban a perder la divina luz podrían cometer horrendas culpas. ¿Y cómo tantos cristianos viven obstinadamente en pecado, hasta que sin remedio se condenan? Porque el pecado los ciega, y por eso se pierden (Sb., 2, 21). Toda la culpa lleva consigo ceguedad, y acrecentándose los pecados, se aumenta la ceguera del pecador. Dios es nuestra luz, y cuanto más se aleja el alma de Dios, tanto más ciega queda. Sus huesos se llenarán de vicios (Jb., 20, 11).

Así como en un vaso lleno de tierra no puede entrar la luz del sol, así no puede penetrar la luz divina en un corazón lleno de vicios. Por eso vemos con frecuencia que ciertos pecadores, sin luz que los guíe, andan de pecado en pecado, y no piensan siquiera en corregirse. Caídos esos infelices en oscura fosa, sólo saben cometer pecados y hablar de pecados; ni piensan más que en pecar, ni apenas conocen cuán grave mal es el pecado. «La misma costumbre de pecar—dice San Agustín—no deja ver al pecador el mal que nace.» De suerte que viven como si no creyesen que existe Dios, la gloria, el infierno y la eternidad.

Y acaece que aquel pecado que al principio causaba horror, por efecto del mal hábito no horroriza luego. «Ponlos como rueda y como paja delante del viento» (Sal. 82, 14). Ved, dijo San Juan, con qué facilidad se mueve una paja por cualquier suave brisa; pues también veremos a muchos que antes de caer resistían, a lo menos por algún tiempo, y combatían contra las tentaciones; mas luego, contraído el mal hábito, caen al instante en cualquier tentación, en toda ocasión de pecar que se les 11 ofrece. ¿Y por qué? Porque el mal hábito los privó de la luz.

Dice San Anselmo que el demonio procede con ciertos pecadores como el que tiene un pajarillo aprisionado con una cinta; Le deja volar, pero cuando quiere lo derriba otra vez en tierra. Tales son, afirma el Santo, los que el mal hábito domina.

Y algunos, añade San Bernardino de Sena, pecan sin que la ocasión les solicite. Son, como dice este gran Santo (T. 4, serm. 15), semejantes a los molinos de viento, que cualquier aire los hace girar, y siguen volteando, aunque no haya grano que moler, y aun a veces cuando el molinero no quisiera que se moviesen. Estos pecadores —observa San Juan Crisóstomo— van forjando malos pensamientos sin ocasión, sin placer, casi contra su voluntad, tiranizados por la fuerza de la mala costumbre.

Porque, como dice San Agustín, el mal hábito se convierte luego en necesidad (2). La costumbre, según nota San Bernardo, se muda en naturaleza. De suerte que, así como al hombre le es necesario respirar, así a los que habitualmente pecan y se hacen esclavos del demonio, no parece sino que les es necesario el pecar. He dicho esclavos, porque los sirvientes trabajan por su salario; mas los esclavos sirven a la fuerza, sin paga alguna. Y a esto llegan algunos desdichados: a pecar sin placer ni deseo.

«El impío, después de haber llegado a lo profundo de los pecados, no hace caso» (Pr., 18, 3). San Juan Crisóstomo explica estas palabras refiriéndolas al pecador obstinado en los malos hábitos, que, hundido en aquella sima tenebrosa, desprecia la corrección, los sermones, las censuras, el infierno y hasta a Dios: lo menosprecia todo, y se hace semejante al buitre voraz, que por no 12 dejar el cadáver en que se ceba, prefiere que los cazadores le maten.

Refiere el P. Recúpito que un condenado a muerte, yendo hacia la horca, alzó los ojos, y por haber mirado a una joven consintió en un mal pensamiento. Y el P. Gisolfo cuenta que un blasfemo, también condenado a muerte, profirió una blasfemia en el mismo instante en que el verdugo lo arrojaba de la escalera para ahorcarle. Con razón, pues, nos dice San Bernardo que de nada suele servir el rogar por los pecadores de costumbre, sino que más bien es menester compadecerlos como a condenados. ¿Querrán salir del precipicio en que están, si no le miran ni le ven? Se necesitaría un milagro de la gracia. Abrirán los ojos en el infierno, cuando el conocimiento de su desdicha sólo ha de servirles para llorar más amargamente su locura.

AFECTOS Y PETICIONES

Me habéis, Señor y Dios mío, agraciado con vuestros beneficios, favoreciéndome más que a otros, y yo, en cambio, os colmé de ofensas, injuriándoos más que todos... ¡Oh herido Corazón de mi Redentor!, que en la cruz tan afligido y atormentado fuiste por la perversión de mis culpas: concédeme, por tus méritos, profundo conocimiento y dolor de mis pecados...

¡Ah Jesús mío! Lleno estoy de vicios; mas Vos sois omnipotente y bien podéis llenar mi alma de vuestro santo amor. En Vos, pues, confío, porque sois de la misma bondad y misericordia infinitas.

Duélame, Soberano Bien, de haberos ofendido, y quisiera haber muerto antes de haber pecado. Olvídeme de Vos, pero Vos no me habéis olvidado; lo reconozco por la luz con que ilumináis ahora mi alma. Y ya que me dais esa divina luz, concededme también fuerza para serviros fielmente. Resuelvo preferir la muerte antes que apartarme de Vos, y pongo en vuestro auxilio todas mis esperanzas. In te Domine, speravi, non confundar in aeternum. En Vos espero, Jesús mío, que no he de verme otra vez en la confusión de la culpa y privado de vuestra gracia.

A Vos también me encomiendo, ¡oh María, Señora nuestra! In te, Domina, speravi, non confundar in aeternum. Por vuestra intercesión confío, ¡oh Esperanza nuestra!, que no me veré más en la enemistad de vuestro divino Hijo. Rogadle que me envíe la muerte antes que permita esta suma desgracia.

PUNTO SEGUNDO
Los malos hábitos endurecen el corazón.

Otro efecto de los malos hábitos es que endurecen el corazón, permitiéndolo Dios justamente como castigo de la resistencia que se opone a sus llamamientos. Dice el Apóstol (Ro., 9, 18) que el Señor «tiene misericordia de quien quiere, y al que quiere, endurece». San Agustín explica este texto, diciendo que Dios no endurece de un modo inmediato el corazón del que peca habitualmente, sino que le priva de la gracia como pena de la ingratitud y obstinación con que rechazó la que antes le había concedido; y en tal estado el corazón del pecador se endurece como si fuera de piedra.

«Su corazón se endurecerá como piedra, y se apretará como yunque de martillador» (Jb., 41, 15). De este modo sucede que mientras unos se enternecen y lloran al oír predicar el rigor del juicio divino, las penas de los condenados o la Pasión de Cristo, los pecadores de ese linaje ni siquiera se conmueven. Hablan y oyen hablar de ello 14 con indiferencia, como si se tratara de cosas que no les importasen; y con este golpear de la mala costumbre, la conciencia se endurece cada vez más (Jb., 41, 15). De suerte que ni las muertes repentinas, ni los terremotos, truenos y rayos, lograrán atemorizarlos y hacerles volver en sí; antes les conciliarán el sueño de la

muerte, en que, perdidos, reposan. El mal hábito destruye poco a poco los remordimientos de conciencia, de tal modo, que, a los que habitualmente pecan, los más enormes pecados les parecen nada. Pierden, pecando, como dice San Jerónimo, hasta ese cierto rubor que el pecado lleva naturalmente consigo.

San Pedro los compara al cerdo que se revuelca en el fango (2 P., 2, 22), pues así como este inmundo animal no percibe el hedor del cieno en que se revuelve, así aquellos pecadores son los únicos que no conocen la hediondez de sus culpas, que todos los demás hombres perciben y aborrecen. Y puesto que el fango les quitó hasta la facultad de ver, ¿qué maravilla es, dice San Bernardino, que no vuelvan en sí, ni aun cuando los azota la mano de Dios? De eso procede que, en vez de entristecerse por sus pecados, se regocijan, se ríen y alardean de ellos (Pr., 2, 14).

¿Qué significan estas señales de tan diabólica dureza?, pregunta Santo Tomás de Villanueva. Señales son todas de eterna condenación. Teme, pues, hermano mío, que no te acaezca lo propio. Si tienes alguna mala costumbre, procura librarte de ella ahora que Dios te llama. Y mientras te remuerda la conciencia, regocíjate, porque es indicio de que Dios no te ha abandonado todavía. Pero enmiéndate y sal presto de ese estado, porque si no lo haces, la llaga se gangrenará y te verás perdido.

AFECTOS Y PETICIONES

¿Cómo podré, Señor, agradeceros debidamente todas las gracias que me habéis concedido? ¡Cuántas veces me habéis llamado, y yo he resistido! Y en lugar de serviros y amaros por haberme librado del infierno y haberme buscado tan amorosamente, seguí provocando vuestra indignación y respondiendo con ofensas. No, Dios mío, no; harto os he ofendido, no quiero ultrajar más vuestra paciencia. Sólo Vos, que sois Bondad infinita, habéis podido sufrirme hasta ahora. Pero conozco que, con justa razón, no podréis sufrirme más.

Perdonadme, pues, Señor y Sumo Bien mío, todas las ofensas que os hice, de las cuales me arrepiento de todo corazón, proponiendo no volver a injuriaros... ¿He de seguir ofendiéndoos siempre?... Aplacaos, pues, Dios de mi alma, no por mis méritos, que sólo valen para eterno castigo, sino por los de vuestro Hijo y Redentor mío, en los cuales cifro mi esperanza.

Por amor de Jesucristo, recibidme en vuestra gracia y dadme la perseverancia en vuestro amor. Desasidme de los afectos impuros y atraedme por completo a Vos. Os amo, Soberano Señor, excelso amante de las almas, digno de infinito amor... ¡Oh, si os hubiese amado siempre!...

María, Madre nuestra, haced que no emplee la vida que me resta en ofender a vuestro divino Hijo, sino en amarle y en llorar los pecados que he cometido.

PUNTO TERCERO
Los malos hábitos conducen a la impenitencia final.

Perdida la luz que nos guía, y endurecido el corazón, ¿es extraño que el pecador tenga mal fin y muera obstinado en sus culpas? (Ecl., 3, 27). Los justos andan por el camino recto (ls., 26, 7), y, al contrario, los que pecan habitualmente caminan siempre por extraviados senderos. Si. se apartan del pecado por un poco de tiempo, vuelven presto a recaer; por lo cual San Bernardo les anuncia la condenación.

Querrá tal vez alguno de ellos enmendarse antes que le llegue la muerte. Pero en eso se cifra precisamente la dificultad: en que el habituado a pecar se enmiende aun cuando llegue a la vejez. «El mancebo, según tomó su camino —dice el Espíritu Santo (Pr.t 22, 6)—, aun cuando se envejeciere, no se apartará de él.» Y la razón de esto —dice Santo Tomás de Villanueva— consiste en que nuestras fuerzas son harto débiles, y, por tanto, el alma privada de la gracia no puede permanecer sin cometer nuevos pecados.

Y, además, ¿no sería enorme locura que nos propusiéramos jugar y perder voluntariamente cuanto poseernos, esperando que nos desquitaríamos en la última partida? Pues no es menos necedad la de quien vive en pecado y espera que en el postrer instante de la vida lo remediará todo. ¿Puede el etíope mudar el color de su piel, o el leopardo sus manchas? Pues tampoco podrá llevar vida virtuosa el que tiene perversos e inveterados hábitos (Jer., 13, 23), sino que al fin se entregará a la desesperación y acabará desastrosamente sus días (Pr., 28, 14).

Comentando San Gregorio aquel texto del libro de Job (16, 15): «Me laceró con herida sobre herida; se arrojó sobre mí como gigante», dice: Si alguno se ve asaltado por enemigos, aunque reciba una herida, suele quedarle quizá aptitud para defenderse; pero si otra y más veces le hieren, va perdiendo las

fuerzas, hasta que, finalmente, queda muerto. Así obra el pecado. En la primera, en la segunda vez, deja alguna fuerza al pecador (siempre por medio de la gracia que le asiste); pero si continúa pecando, el pecado se conviene en gigante; mientras que el pecador, al contrario, cada vez más débil y con tantas heridas, no puede evitar la muerte. Compara Jeremías (Jm., 33, 53) el pecado con una gran piedra que oprime el espíritu; y tan difícil —añade San Bernardo— es convertirse a quien tiene hábito de pecar, como al hombre sepultado bajo rocas ingentes y falto de fuerzas para moverlas, el verse libre del peso que le abruma.

¿Estoy, pues, condenado y sin esperanza?..., preguntará tal vez alguno de estos infelices pecadores. No, todavía no, si de veras quieres enmendarte. Pero los males gravísimos requieren heroicos remedios. Hallase un enfermo en peligro de muerte, y si no quiere tomar medicamentos, porque ignora la gravedad del mal, el médico le dice que, de no usar el remedio que se le ordena, ha de morir indudablemente. ¿Qué replicará el enfermo? «Dispuesto me hallo a obedecer en todo... ¡Se trata de la vida!» Pues lo mismo, hermano mío, has de hacer tú. Si incurres habitualmente en cualquier pecado, enfermo estás, y de aquel mal que, como dice Santo Tomás de Villanueva, rara vez se cura. En gran peligro te hallas de condenarte.

Si quieres, sin embargo, sanar, he aquí el remedio. No has de esperar un milagro de la gracia. Debes resueltamente esforzarte en dejar las ocasiones peligrosas, huir de las malas compañías y resistir a las tentaciones, encomendándote a Dios.

Acude a los medios de confesarte a menudo, tener cada día lectura espiritual y entregarte a la devoción de la Virgen Santísima, rogándole continuamente que te alcance fuerzas para no recaer. Es necesario que te domines y violentes. De lo contrario, te comprenderá la amenaza del Señor: Moriréis en vuestro pecado (Jn., 8, 21). Y si no pones remedio ahora, cuando Dios te ilumina, difícilmente podrás remediarlo más tarde.

Escucha al Señor, que te dice como a Lázaro: Sal afuera. ¡Pobre pecador ya muerto! Sal del sepulcro de tu mala vida. Responde presto y entrégate a Dios, y teme que no sea éste su último llamamiento.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah Dios mío! ¿He de aguardar a que me abandonéis y enviéis al infierno? ¡Oh Señor! Esperadme, que me propongo mudar de vida y entregarme a Vos. Decidme qué debo hacer, pues quiero ponerlo por obra... ¡Sangre de Jesucristo, ayúdame! ¡Virgen María, abogada de pecadores, socórreme! ¡Y Vos, Eterno Padre, por los méritos de Jesús y María, tened misericordia de mí! Me arrepiento, ¡oh Dios infinitamente bueno!, de haberos ofendido, y os amo sobre todas las cosas. Perdonadme, por amor de Cristo, y concededme el don de vuestro amor, y también gran temor de mi condenación eterna, si volviese a ofenderos.

Dadme, Dios mío, luz y fuerzas, que todo lo espero de vuestra misericordia. Ya que tantas gracias me otorgasteis cuando viví alejado de Vos, muchas más espero ahora, cuando a Vos acudo resuelto a que seáis mi único amor. Os amo, Dios mío, mi vida y mi todo. Os amo a Vos también, Madre nuestra María; en vuestras manos encomiendo mi alma para que con vuestra intercesión la preservéis de que vuelva a caer en desgracia de Dios.

VIGESIMOTERCERA CONSIDERACIÓN

DE LOS LAZOS QUE EL DEMONIO TIENDE AL PECADOR

Aunque muchos de los pensamientos que en esta meditación se exponen han sido ya desarrollados en las precedentes consideraciones, nos parece, sin embargo, cosa muy conveniente ponerlos aquí todos juntos, a fin de disipar los más comunes engaños de que se sirve el demonio para hacer caer de nuevo al hombre en el pecado.

PUNTO PRIMERO

Primer engaño: «Si caigo en pecado ya me levantaré».

Imaginemos que un joven, reo de pecados graves, se ha confesado y recuperado la divina gracia. El demonio nuevamente le tienta para que reincida en sus pecados. Resiste aún el joven; mas pronto vacila por los engaños que el enemigo le sugiere. «¡Oh hermano mío! —Te diré—, ¿qué quieres hacer? ¿Deseas perder por una vil satisfacción esa excelsa gracia de Dios, que has reconquistado, y cuyo valor excede al del mundo entero? ¿Vas a firmar tú mismo tu sentencia de muerte eterna, condenándote a padecer para siempre en el infierno?» «No —me responderá—, no quiero condenarme, sino salvar mi alma. Aunque hiciere ese pecado, le confesaré luego...» Ved el primer engaño del tentador. ¡Confesarse después! ¡Pero entre tanto se pierde el alma! Dime: si tuvieses en la mano una hermosa joya de altísimo precio, ¿la arrojarías al río, diciendo: mañana la buscaré con cuidado y espero encontrarla? Pues en tu mano tienes esa joya riquísima de tu alma, que Jesucristo compró con su Sangre; la arrojas voluntariamente al infierno, pues al pecar quedas condenado, y dices que la recobrarás por la confesión.

Pero ¿y si no la recobras? Para recuperarla es menester verdadero arrepentimiento, que es un don de Dios, y Dios puede no concedértele. ¿Y si llega la muerte y te arrebata el tiempo de confesarte?

Aseguras que no dejarás pasar ni una semana sin confesar tus culpas. ¿Y quién ha ofrecido darte esa semana? Dices que te confesarás mañana. ¿Y

quién te promete ese día? El día de mañana—dice San Agustín—no te le ha prometido Dios; tal vez te le concederá, tal vez no como acaeció a muchos, que fueron sanos de noche a dormir en sus camas y amanecieron muertos. ¡A cuántos, en el acto mismo de pecar, hizo morir el Señor, y los mandó al infierno! Y si hiciese lo propio contigo, ¿cómo podrías remediar tu eterna perdición? Persuádete, pues, de que con ese engaño de decir «después me confesaré», el demonio ha llevado al infierno millares y millares de almas. Porque difícilmente se hallará pecador tan desesperado que quiera condenarse a sí mismo. Todos, al pecar, pecan con esperanza de reconciliarse después con Dios. Por eso tantos infelices se han condenado y hecho imposible su remedio.

Quizá digas que no podrás resistir a la tentación que se te ofrece. Este es el segundo engaño que te sugiere el enemigo, haciéndote creer que no tienes fuerza para combatir y vencer tus pasiones. En primer lugar, menester es que sepas que, como dice el Apóstol (2 Co., 10, 13): Dios es fiel y no permite que seamos tentados con violencia superior a nuestro poder.

Además, si ahora no confías en resistir, ¿cómo tienes esperanza de lograrlo después, cuando el enemigo no cese de inducirte a nuevos pecados y sea para ti más fuerte que antes y tú más débil? Si piensas que no puedes ahora extinguir esa llama, ¿cómo crees que la apagarás luego, cuando sea mucho más violenta?... Afirmas que Dios te ayudará. Mas su auxilio poderoso te le da ya ahora; ¿por qué no quieres valerte de él para resistir? ¿Esperas, acaso, que Dios ha de aumentarte su auxilio y su gracia cuando tú hayas acrecentado tus culpas?

Y si deseas mayor socorro y fuerzas, ¿por qué no se los pides a Dios? ¿Dudas, tal vez, de la fidelidad del Señor, que prometió conceder lo que se le pidiere? (Mt., 7, 7). Dios no olvida sus promesas. Acude a Él y te dará la fuerza que necesitas para resistir a la tentación. Dios, como nos dice el Concilio de Trento, no manda cosas imposibles. Al dar el precepto, quiere que hagamos lo que pudiéremos, con el auxilio actual que nos comunica; y si este auxilio no nos bastare para resistir, nos exhorta a que se lo pidamos, que pidiéndole como se debe, nos le concederá (Sessio, 6, c. 13).

AFECTOS Y PETICIONES

¿Y por haber sido Vos, ¡oh Dios mío!, tan benévolo para conmigo, he sido yo tan ingrato con Vos? Como a porfía, Señor, apartaba me yo de Vos, y Vos me buscabais. Me colmabais de bienes, y yo os ofendía.

¡Oh Señor mío! Aunque sólo fuese por la bondad con que me habéis tratado, debiera yo estar enamorado de Vos, porque a medida que yo acrecentaba las culpas, me aumentabais Vos la gracia para que me enmendase. ¿Acaso he merecido yo la luz con que ilumináis mi alma? Gracias os doy, Dios mío, con todo mi corazón, y espero que os las daré eternamente en el Cielo, pues los méritos de vuestra preciosísima Sangre me infunden consoladora esperanza de salvación, fundada en la inmensa misericordia que habéis conmigo usado.

Espero, entre tanto, que me daréis fuerzas para no haceros traición, y propongo que con el auxilio de vuestra gracia preferiré mil veces la muerte a ofenderos más. Basta con lo mucho que os ofendí. En la vida que me resta quiero entregarme a vuestro amor. ¿Cómo no amar a un Dios que murió por mí, y me ha sufrido con tanta paciencia, a pesar de las ofensas que le hice?...

Arrepiéntome de todo corazón, Dios de mi alma, y quisiera morir de dolor... Y si en la vida pasada me aparté de Vos, ahora os amo sobre todas las cosas, más que a mí mismo… Eterno Padre, por los merecimientos de Jesucristo, socorred a un miserable pecador que desea amaros... María, mi esperanza, ayudadme Vos, y alcanzadme la gracia de que acuda siempre a vuestro divino Hijo y a Vos, no bien el enemigo me induzca a cometer nuevos pecados.

PUNTO SEGUNDO
Otro engaño: «Dios es misericordioso:
luego lo será también conmigo».

Dices que el Señor es Dios de misericordia. Aquí se oculta el tercer engaño, comunísimo entre los pecadores, y por el cual no pocos se condenan. Escribe un sabio autor que más almas envía al infierno la misericordia que la justicia de Dios, porque los pecadores, confiando temerariamente en aquélla, no dejan de pecar, y se pierden.

El Señor es Dios de misericordia, ¿quién lo niega? Y, sin embargo, ¡ a cuántas almas manda Dios cada día a penas eternas! Es, en verdad, misericordioso, pero también es justo; y por ello se ve obligado a castigar a quien le ofende. Usa de misericordia con los que le temen (Sal., 102, 11-13).

Pero en los que le desprecian y abusan de la clemencia divina para más ofenderle, tiene que responder sólo la justicia de Dios. Y con grave motivo, porque el Señor perdona el pecado, mas no puede perdonar la voluntad de pecar.

El que peca—dice San Agustín—pensando en que se arrepentirá después de haber pecado, no es penitente, sino que hace burla y menosprecio de Dios.

Además, el Apóstol nos advierte (Ga., 6, 7) que de Dios nadie se burla; ¿y qué irrisión mayor habría que ofenderle cómo y cuándo quisiéramos, y luego aspirar a la gloria? «Pero así como Dios fue tan misericordioso conmigo en mi vida pasada, espero que lo será también en lo venidero. » Este es el cuarto engaño. De modo que porque el Señor se ha compadecido de ti hasta ahora, ¿habrá de ser siempre clemente y no te castigará jamás?... Antes bien, cuanto mayor haya sido su clemencia, tanto más debes temer que no vuelva a perdonarte, y que te castigue con rigor apenas le ofendas de nuevo. «No digáis —exclama el Eclesiástico (5, 4) —he pecado, y no he recibido castigo, porque el Altísimo, aunque es paciente, nos da lo que merecemos.» Cuando llega su misericordia al limite que para cada pecador tiene determinado, entonces le castiga por todas las culpas que el ingrato cometió. Y la pena será tanto más dura cuanto más largo hubiere sido el tiempo en que Dios esperó al culpado, dice San Gregorio. Si vieras, pues, hermano mío, que, a pesar de tus frecuentes ofensas a Dios, aún no has sido castigado, debes decir: «Señor, grande es mi gratitud, porque me habéis librado del infierno, que tantas veces merecí.» Considera que muchos pecadores, por culpas harto menos graves que las tuyas, se han condenado irremisiblemente, y trata además de satisfacer por tus pecados con el ejercicio de la paciencia y de otras buenas obras.

La benevolencia con que Dios te ha tratado debe animarte no sólo a dejar de ofenderle, sino a servirle y amarle siempre, ya que contigo mostró inmensa misericordia, a otros muchos negada.

AFECTOS Y PETICIONES

Jesús mío crucificado, mi Redentor y mi Dios: a vuestras plantas se postra este traidor infame, avergonzándose de comparecer ante vuestra presencia. ¡Cuántas veces os he menospreciado! ¡Cuántas veces prometí no ofenderos más! Pero mis promesas fueron otras tantas traiciones, pues no bien se me ofreció ocasión de pecar, olvídeme de Vos y os abandoné nuevamente. Os doy mil gracias porque me habéis librado del infierno y me permitís estar a vuestros pies, e ilumináis mi alma y me atraéis a vuestro amor.

¡Quiero amaros, Salvador mío, y no despreciaros más, que bastante me habéis esperado! ¡Infeliz de mí si, a pesar de tantas gracias, volviese a ofenderos! Deseo, Señor, mudar de vida y amaros tanto como os he ofendido, y me llena de consuelo el considerar que sois bondad infinita.

Duéleme de todo corazón de haberos despreciado, y os ofrezco todo mi amor en lo sucesivo. Perdonadme por los merecimientos de vuestra sagrada Pasión; olvidad los pecados con que os injurié, y dadme fuerzas para seros fiel

siempre. Os amo, Sumo Bien mío; espero amaros eternamente, y no quiero volver a abandonaros...

¡Oh María, Madre de Dios, unidme a mi Señor Jesucristo, y alcanzadme la gracia de que yo no me aparte jamás de sus benditos pies!... En Vos confío.

PUNTO TERCERO
Último engaño: «Soy joven: no desespero de salvarme más tarde».

Consideremos este quinto engaño. Eres joven: ¿mas no sabes que Dios no cuenta los años, sino los pecados de cada hombre?... ¿Cuántos has cometido?... Muchos ancianos habrá que no hayan hecho ni la décima parte de los que tú hiciste. ¿Ignoras que el Señor tiene determinados el número y medida de las culpas que a cada pecador ha de perdonar? «El Señor —dice la Escritura (2 Mac., 6, 14)— sufre con paciencia para castigar a las naciones en el colmo de sus pecados cuando viniere el día del juicio.» Lo cual significa que el Señor es paciente y sufre y espera hasta cierto limite; mas no bien se colma la medida de los pecados que a cada hombre quiere perdonar, cesa el perdón y se ejecuta el castigo, enviando de improviso la muerte al pecador en el estado de condenación en que éste se halle, o abandonándole a su pecado, que es pena peor que la misma muerte (Is., 5).

Si tenéis una tierra de labor y la cercáis con setos, y a pesar de haberla cultivado muchos años y de haber hecho en ella gastos considerables, veis que, con todo eso, no os da fruto alguno, ¿qué haréis?... Le arrancaréis el cercado y la dejaréis abandonada.

Temed que Dios no haga eso mismo con vosotros. Si seguís pecando, iréis perdiendo el remordimiento de conciencia; no pensaréis en la eternidad ni en vuestra alma; perderéis casi del todo la luz que nos guía, acabaréis por perder todo temor... Pues ya con eso quitada está la cerca que os defendía. Ya llegó el abandono de Dios. Examinemos, en fin, el último engaño. Dices: «Verdad es que por ese pecado perderé la gracia de Dios y quedaré condenado al infierno. Puede, pues, suceder que 27 me condeno; mas también puede acaecer que luego me confiese y me salve...» Concedo que así pudiera ser. Quizá te salves. No soy profeta, y no me es dado asegurar con certidumbre que después de ese nuevo pecado no habrá ya para ti perdón de Dios. Mas no me negarás que si con tantas gracias como el Señor te ha concedido todavía vuelves a ofenderle, es sumamente fácil que para siempre te pierdas. Así lo patentiza la Sagrada Escritura (Ecl., 3, 27): «El corazón obstinado mal se hallará en sus postrimerías.» «Los que proceden malignamente serán exterminados» (Sal.

36, 9). «El que siembra pecados, recogerá, al fin, penas y tormentos» (Gal., 6, 8). «Os llamé —dice Dios (Pr., 1, 24-26)— y me rechazasteis... Yo también me reiré en vuestra muerte.» «Mía es la venganza, y Yo les daré el pago a su tiempo» Dt., 32, 35).

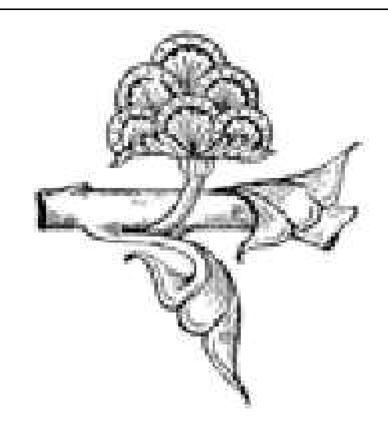
Así habla de los pecadores obstinados la Sagrada Escritura, y así lo exigen la razón y la justicia. Y, sin embargo, dices que, a pesar de todo, quizá te salvarás. Repetiré que no es imposible; pero ¿no es tremenda locura confiar la eterna salvación a un quizá, y a un quizá tan poco probable? ¿Es negocio éste de tan corto valer, que podemos ponerle en tan grave riesgo?

AFECTOS Y PETICIONES

Amadísimo Redentor mío: Postrado a vuestros pies, os agradezco con toda mi alma que, a pesar de mis muchas culpas, no me hayáis abandonado. ¡Cuántos que os habrán ofendido menos que yo no habrán recibido las inspiraciones que ahora me dais! Bien veo que deseáis salvarme, y yo uno a los vuestros mis deseos. Quiero ensalzar en el Cielo eternamente vuestra misericordia. Espero, Señor, que me habréis perdonado; pero si todavía no he recuperado vuestra gracia por no haber sabido arrepentirme de mis culpas, ahora me arrepiento de todo corazón, y las detesto sobre todos los males. Perdonadme, por piedad, y aumentad en mí el dolor de haberos ofendido a Vos, Dios mío, Bondad Suma e inefable. Dadme dolor y amor, pues aunque os amo sobre todas las cosas, harto poco es; quiero amaros más, y a Vos pido y de Vos espero alcanzar ese amor. Oídme, Jesús mío, ya que prometisteis oír al que os suplica...

¡Oh Virgen María, Madre de Dios!, el mundo entero afirma que nunca dejáis desconsolado al que a Vos se encomienda. Y pues sois, después de Jesucristo, mi única esperanza, a Vos, Señora, acudo, y en Vos confío. Encomendadme a vuestro Hijo y salvadme.

SIGUE ABAJO



VIGESIMOCUARTA CONSIDERACIÓN

DEL JUICIO PARTICULAR

Omnes enim nos manifestari oportet ante tribunal Christi
Porque es necesario que todos nosotros seamos manifestados ante el tribunal de Cristo
II Cor., 5, 10.

PUNTO PRIMERO
El alma presentada en el juicio particular.

Consideremos la presentación del reo, acusación, examen y sentencia de este juicio. Primeramente, en cuanto a la presentación del alma ante el Juez, dicen comúnmente los teólogos que el juicio particular se verifica en el mismo instante en que el hombre expira, y que en el propio lugar donde el alma se separa del cuerpo es juzgada por nuestro Señor Jesucristo, el cual no delegará su poder, sino que por Sí mismo vendrá a juzgar esta causa. «A la hora que no penséis vendrá el Hijo del Hombre» (Lc., 12, 40). «Vendrá Con amor para los buenos —dice San Agustín—, y con terror para los malos.» ¡Oh, qué espantoso temor sentirá el que, al ver por vez primera al Redentor, vea también la indignación divina! ¿Quién podrá subsistir ante la faz de su indignación?» (Nah., 1,6).

Meditando en esto, el P. Luis de la Puente temblaba de tal modo que la celda en que estaba se estremecía. El V. P. Juvenal Ancina se convirtió oyendo

cantar el Dies irae, porque al considerar el terror que tendrá el alma cuando vaya al juicio, resolvió apartarse del mundo; y así, en efecto, lo abandonó.

El enojo del Juez, nuncio será de eterna desventura (Pr., 16, 14); y hará padecer más a las almas que las mismas penas del infierno, dice San Bernardo.

Causa a veces el miedo sudor glacial en los criminales presentados ante los jueces de la tierra. Pisón, con traje de reo, comparece ante el Senado, y es tal su confusión y vergüenza, que allí mismo se da muerte. ¡ Qué aflicción profunda siente un hijo o un buen vasallo cuando ve al padre o a su señor gravemente enojado!... ¡Pues mucha mayor pena sentirá el alma cuando vea indignado a Jesucristo, a quien despreció! (Jn., 19, 37). Airado e implacable, se le presentará entonces este Cordero divino, que fué en el mundo tan paciente y amoroso, y el alma, sin esperanza, clamará a los montes que caigan sobre ella y la oculten al enojo de Dios (Ap., 6, 16).

Hablando del juicio, dice San Lucas (21, 27): Entonces verán el Hijo del Hombre. Ver a su Juez en forma humana acrecentará el dolor de los pecadores; porque la presencia de aquel Hombre que murió por salvarlos les recordará vivamente la ingratitud con que le ofendieron. Después de la gloriosa Ascensión del Señor, los ángeles dijeron a los discípulos (Hch., 1, 11): «Este Jesús, que ante vuestra vista ha subido a la gloria, así vendrá como le habéis visto ir al Cielo.» Vendrá, pues, el Salvador a juzgarnos ostentando aquellas mismas sagradas llagas que tenía cuando dejó la tierra. «Grande gozo para los que le contemplen, temor grande para los que esperan», dice Ruperto. Esas benditas llagas consolarán a los justos e infundirán espanto a los pecadores.

Cuando José dijo a sus hermanos (Gn., 45, 3): Yo soy José, a quien vendisteis, quedaron ellos —dice la Escritura— mudos e inmóviles de terror. ¿Qué responderá el pecador a Jesucristo? ¿Podrá acaso pedirle misericordia cuando antes le habrá dado cuenta de lo mucho que despreció esa misma clemencia?. ¿Qué hará, pues —dice San Agustín—, adonde huirá cuando vea al Juez enojado, debajo el infierno abierto, a un lado los pecados acusadores, al otro al demonio dispuesto a ejecutar la sentencia, y dentro de sí mismo la conciencia que remuerde y castiga?

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Jesús mío! Así quiero siempre llamaros, pues vuestro nombre me consuela y reanima, recordándome que fuisteis mi Salvador y que moristeis por redimirme. A vuestras plantas me humillo, y reconozco que soy reo de

tantos infiernos cuantas veces os ofendí con pecados mortales. No merezco perdón, ¡ pero Vos habéis muerto para perdonarme!... Recordare, Jesu pie, quod sum causa tuae viae.

Perdóname, ¡oh Jesús!, ahora, antes que vengas a juzgarme. Entonces no me será dado pediros clemencia; ahora puedo implorarla y la espero. Entonces vuestras llagas me atemorizarán; ahora me infunden esperanza. Amadísimo Redentor mío, me arrepiento sobre todo mal de haber injuriado a vuestra Bondad infinita. Propongo sufrir cualquier trabajo, cualquier tribulación, antes que perder vuestra gracia, porque os amo con todo mi corazón. Tened misericordia de mí. Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam...

¡Oh María, Madre de misericordia y Abogada de pecadores!: alcanzadme gran dolor de mis culpas, el perdón de ellas y la perseverancia en el divino amor. Os amo, Reina mía, y en Vos confío.

PUNTO SEGUNDO
De la acusación y examen en el juicio particular.

Considera la acusación y examen: «Comenzó el juicio y los libros fueron abiertos» (Dn., 7, 10). Dos serán estos libros: el Evangelio y la conciencia. En aquél se leerá lo que el reo debió hacer; en ésta, lo que hizo. En el peso de la divina Justicia no entrarán las riquezas, dignidades y nobleza de los hombres, sino sus obras no más. «Has sido pesado en la balanza —dice Daniel (5, 27) al rey Baltasar—, y has sido hallado falto.» Es decir, según comentario del Padre Álvarez, que «no fueron puestos en el peso el oro y las riquezas, sino sólo el rey».

Llegarán luego los acusadores, y el demonio ante todos. «Estará el enemigo ante el tribunal de Cristo —dice San Agustín—, y referirá las palabras de tu profesión.» «Nos recordará cuanto hemos hecho, el día, la hora en que hemos pecado.» Referir las palabras de nuestra profesión significa que presentará todas las promesas que hicimos, olvidadas y no cumplidas después, y aducirá nuestras culpas, designando los días y horas en que las hayamos cometido.
Luego dirá al Juez: «Señor, yo nada he padecido por este reo; pero él os dejó a Vos, que disteis la vida por salvarle, y se hizo esclavo mío. A mí me pertenece...» Serán también acusadores los ángeles custodios, como dice Orígenes (Hom. 66), y «darán testimonio de los años en que procuraron la salvación del pecador, aunque éste despreció todas las inspiraciones y avisos».

Entonces, «todos sus amigos le despreciarán» (Lm., 1, 2). Hasta las paredes que vieron pecar al reo serán acusadoras (Hab., 2, 11); y acusadora será la misma concien33 cia (Ro., 2, 15-16). Los pecados —dice San Bernardo— clamarán diciendo: «Tú nos hiciste, tus obras somos, y no te abandonaremos.» Acusadoras, por último, serán, como escribe San Juan Crisóstomo (Hom. in Matth.), las llagas del Señor: «Los clavos se quejarán de tí; las cicatrices contra ti hablarán; la cruz de Cristo clamará en contra tuya.» Después se hará el examen. Dice el Señor (Sof., 1, 12): «Con la luz en la mano escudriñaré a Jerusalén.» La luz de la lámpara penetra todos los rincones de la casa, escribe Mendoza. Y Cornelio a Lápide, comentando la palabra in lucernis del texto, dice que Dios presentará ante el reo los ejemplos de los Santos, todas las luces e inspiraciones que les dio, todos los años de vida que le concedió para que practicase el bien. Hasta de las miradas tendrás que dar cuenta, exclama San Anselmo. Y así como se purifica y aquilata el oro separándole de la escoria, así se aquilatarán y examinarán las confesiones, comuniones y otras buenas obras (Mal., 3, 3). «Cuando tomare el tiempo, juzgaré las justicias». En suma, dice San Pedro (1 P., 4, 18) que en juicio apenas si el justo se salvará.

Si se ha de dar cuenta de toda palabra ociosa, ¿qué cuenta no se dará de tanto mal pensamiento consentido, de tantas palabras impuras?. Especialmente hablando de los escandalosos, que le roban innumerables almas, dice el Señor (Os., 13, 8): «Los asaltaré como la osa a quien han robado los cachorros». Y, finalmente, refiriéndose a las acciones del reo, dirá el Juez Supremo (Pr., 31, 31): «Dadle el fruto de sus manos»; es decir, pagadle según sus obras.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah Jesús mÍO! Si quisieras pagarme ahora según las obras que he hecho, el infierno seria mi recompensa... ¡Cuántas veces, oh Dios, escribí mi propia condena a esa cárcel de tormentos! Inmensa es mi gratitud por la paciencia con que me habéis sufrido.

¡Oh Señor!, si ahora tuviese que presentarme a vuestro Tribunal, ¿qué cuenta daría de mi vida? Esperadme, Dios mío, un poco más, no me juzguéis aún (Sal. 142, 2). ¿Qué sería de mí si en este momento me juzgaseis? Aguardad, Señor, y ya que habéis usado conmigo de tanta clemencia, sed todavía tan misericordioso que me deis gran dolor de mis pecados.

Me arrepiento, ¡oh Bien Sumo!, de haberos menospreciado tantas veces, y os amo sobre todas las cosas... Eterno Padre, perdonadme por amor de Jesucristo, y por sus méritos concededme la santa perseverancia... Jesús mío, todo lo espero del infinito valer de vuestra Sangre. María Santísima, en Vos confío... Eia, ergo, advócata nostra, illos tuos misericórdes óculos ad nos converte. Mirad mi gran miseria, y compadeceos de mí.

PUNTO TERCERO
De la sentencia en el juicio particular.

En suma: para que el alma consiga la salvación eterna, el juicio ha de patentizar que la vida de esa alma ha sido conforme a la vida de Cristo (Ro., 8, 29). Por este motivo temblaba Job, y exclamaba (31, 14): «¿Qué haré cuando Dios se levante a juzgar? Y cuando me preguntare, ¿qué le responderé?» Reprendiendo Felipe II a uno de sus servidores, que había tratado de engañarle, le dijo severamente no más que estas palabras: ¿Y así me engañáis?, .. Aquel infeliz marchóse a su casa y murió de pena. ¿Qué hará, pues, qué responderá el pecador a Jesucristo Juez? Hará lo que aquel hombre de que hablan los Evangelios (Mt., 22, 12), que acudió al banquete sin traje de boda. No supo qué contestar, y enmudeció. Las mismas culpas le cerrarán la boca (Sal. 106, 42). La ver-güenza—dice San Basilio—dará al pecador mayor tormento que las mismas llamas infernales. Por último, el Juez dictará la sentencia: «Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno.» ¡Oh! Cuán terriblemente resonará aquel trueno... —dice Dionisio el Cartujo—. «Quien no tiembla por ese horrendo tronar —exclama San Anselmo—, no está dormido, sino muerto»; y San Eusebio añade que será tan inmenso el terror de los pecadores al oír su sentencia, que si no fueran ya inmortales, al punto morirían.

Entonces, como escribe Santo Tomás de Villanueva, ya no será tiempo de suplicar, ya no habrá intercesores a quienes recurrir. ¿Y a quién acudirán?... ¿Tal vez a su Dios, que despreciaron?. ¿Tal vez a los Santos, a la Virgen María?... ¡Ah, no! Porque entonces las estrellas (que son los santos abogados) caerán del Cielo, y la luna (que es María Santísima) no alumbrará (Mt., 24, 29). «María —dice San Agustín— huirá de las puertas de la gloria.» «¡Oh Dios! —exclama el ya citado Santo Tomás de Villanueva—, con qué indiferencia oímos hablar del juicio, como si no pudiésemos merecer la sentencia de condenación, o como si no hubiéramos de ser juzgados... ¡ Qué locura estar tranquilos en medio de tal riesgo!» No digas, hermano mío —nos

advierte San Agustín— : ¡Ah! ¿Querrá Dios enviarme al infierno? No lo digas jamás.

Tampoco los hebreos querían convencerse de que serían exterminados, y muchos réprobos blasonaban de que no recibirían las penas eternas. Pero al fin llegó el castigo: «El fin llega, llega el fin...; ahora enviaré mi furor sobre ti, y te juzgaré» (Ez., 7, 6-8).

Pues eso mismo te acaecerá a ti. «Llegará el día del juicio y verás lo ciertas que son las amenazas de Dios.» Ahora todavía nos es dado a nosotros escoger la sentencia que prefiramos. Y para ello debemos ajustar nuestras cuentas del alma antes que llegue el juicio (Ecl., 18, 19), porque, como dice San Buenaventura, los negociantes prudentes, para no errar, revisan y ajustan sus cuentas a menudo : «Antes del juicio podemos aplacar al Juez; mas en el juicio, no.» Digamos, pues, al Señor lo que San Bernardo decía: «Quiero presentarme a Vos juzgado ya y no por juzgar.» Quiero, ¡oh Juez de mi alma!, que en esta vida me juzguéis y castiguéis, que ahora es tiempo de misericordia y de perdón; después de la muerte sólo será tiempo de justicia.

AFECTOS Y PETICIONES

Si ahora, Dios mío, no aplaco vuestro enojo, luego no será posible aplacaros. Mas ¿cómo lo conseguiré, habiendo tantas veces despreciado vuestra amistad por viles y míseros placeres? Con ingratitud pagué vuestro inmenso amor... ¿Qué satisfacción meritoria puede ofrecer la criatura por las ofensas que hizo a su Creador?...

¡Ah Señor mío! ¿Cómo daros dignamente gracias por esa vuestra misericordia, que me dispuso medios infalibles de satisfaceros y aplacaros?... Os ofrezco la Sangre y la muerte de Jesucristo, vuestro Hijo, y queda aplacada y superabundantemente satisfecha vuestra justicia. Necesario es, además, mi arrepentimiento... Sí, Dios mío; me arrepiento de todo corazón de cuantas ofensas os hice. Juzgadme ahora, Redentor mío. Detesto mis culpas sobre todo mal, y os amo sobre todas las cosas con toda mi alma; propongo amaros siempre, y preferir la muerte a ofenderos otra vez. Habéis prometido perdonar al que se arrepiente. Juzgadme, pues, ahora, y perdonadme mis pecados. Acepto la pena que merezco; pero volvedme vuestra gracia, y conservadla en mí hasta la muerte...

¡Oh María, Madre nuestra! Gracias por tantos dones como para mí habéis alcanzado de la divina clemencia. Seguid protegiéndome hasta el fin de mi vida.

VIGESIMOQUINTQ CONSIDERACIÓN

DEL JUICIO UNIVERSAL

Cognoscetur Dominus iudicia faciens.
Conocido será el Señor que hace justicia.
II Cor., 5, 10.

PUNTO PRIMERO
De la resurrección de los muertos.

No hay en el mundo, si bien se considera, persona más despreciada que nuestro Señor Jesucristo. Más se atiende a un pobre villano que al mismo Dios; porque se teme que ese villano, si se viere demasiado injuriado y oprimido, tome ruda venganza, movido de violento enojo. Pero a Dios se le ofende y ultraja sin reparo, como si no pudiera castigar cuando quisiere (Jb., 22, 17). Por estas causas, el Redentor ha destinado el día del juicio universal (llamado con razón en la Escritura día del Señor), en el cual Jesucristo se hará reconocer por todos como universal y Soberano Señor de todas las cosas (Sal. 9, 17).

Ese día no se llama día de misericordia y perdón, sino «día de ira, de tribulación y de angustia; día de miseria y desventura» (Sof., 1, 15). Porque en él se resarcirá justamente el Señor de la honra y gloria que los pecadores quisieron arrebatarle en este mundo. Veamos cómo ha de suceder el juicio en ese gran día.

Antes que se presente el divino Juez le precederá maravilloso fuego del Cielo (Sal., 96, 3), que abrasará la tierra y cuanto en ella exista (2 P, 3, 10). De suerte que los palacios, templos, ciudades, pueblos y reinos, todo se convertirá en montón de cenizas.

Menester es purificar con fuego esta gran casa, contaminada de pecados. Tal es el fin que tendrán todas las riquezas, pompas y delicias de la tierra. Muertos los hombres, resonará la trompeta y todos resucitarán (1 Co., 15, 52).

Decía San Jerónimo: «Cuando considero el día del juicio, me estremezco. Paréceme siempre que oigo resonar aquella trompeta: Levantaos, muertos, y venid a mi juicio» (In Mt., c. 5). Al sonido pavoroso de esa voz descenderán las almas hermosísimas de los bienaventurados para unirse a sus cuerpos, con los cuales sirvieron a Dios en este mundo; y las almas infelices de los condenados saldrán del infierno y se unirán a sus cuerpos malditos, que fueron instrumentos para ofender a Dios. ¡Qué diferencia habrá entonces entre los cuerpos de justos y condenados! Los justos se mostrarán hermosos, cándidos, resplandecientes más que el sol (Mt., 13, 43). ¡Dichoso el que en esta vida supo mortificar su carne, negándole los placeres vedados; y aun para mejor enfrenarla, como hicieron los Santos, la maltrató y le rehusó también los placeres lícitos de los sentidos!... ¡Cuánto se regocijará por ello, como se alegró un San Pedro de Alcántara, que poco después de su muerte se apareció á Santa Teresa de Jesús, y le dijo: «¡Oh feliz penitencia, que tanta gloria me ha alcanzado!...» Y, al contrario, los cuerpos de los réprobos se mostrarán deformes, negros y hediondos.

¡Ah, qué pena tendrá el condenado al reunirse con su cuerpo!... «Cuerpo maldito —dirá el alma—, por contentarte me perdí.» Y el cuerpo dirá: «Tú, alma maldecida, que estabas dotada de razón, ¿por qué me concediste aquellos deleites que a ti y a mí nos han perdido por toda la eternidad?»

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah Jesús y Redentor mío, que un día habéis de ser mí Juez, perdonadme antes que llegue ese día temible! No 40 apartes de mí tu rostro (Sal. 101, 3). Ahora sois mi Padre, y como tal, recibid en vuestra gracia a un hijo que vuelve a Vos arrepentido.

Padre mío, os pido perdón. Mal hice en ofenderos y en dejaros, que no merecíais mi detestable proceder. Duéleme de ello y me arrepiento de todo corazón. Perdonadme, pues; no apartéis de mí vuestro rostro ni me despidáis como merezco. Acordaos de la Sangre que por mí derramasteis, y tened misericordia de mí.. Jesús mío, no quiero más Juez que Vos. Pues, como decía Santo Tomás de Villanueva, «gustoso me someto al juicio de Aquel que murió por mí y que para no condenarme, quiso ser Él condenado a la cruz». Ya San Pablo había dicho: «¿Quién es el que condena? Cristo Jesús, que murió por nosotros.» Os amo, Padre mío, y deseo no volver jamás a separarme

de vuestras plantas. Olvidad las ofensas que os hice, y dadme gran amor a vuestra bondad. Quiero que este amor a Vos sea mayor que el desagradecimiento con que os ofendí. Mas si no me ayudáis, no podré amaros. Auxiliadme, Jesús mío. Haced que mi vida, sea como quiere vuestro amor, a fin de que en el día postrero merezca ser contado en el número de vuestros escogidos...

¡Oh María, mi Reina y mi Abogada, ayudadme ahora, pues si me perdiere ya no podréis ayudarme en aquel día! Vos, Señora, por todos rogáis. Rogad también por mí, que me precio de ser vuestro devoto y que tanto confío en Vos.

PUNTO SEGUNDO
Separación de los buenos y de los malos.

Apenas hayan resucitado los muertos, dispondrán los ángeles que se reúnan todos en el valle de Josafat para ser juzgados (Jl., 3,14), y separarán allí a los justos de los 41 réprobos (Mt., 13, 49). Los primeros quedarán a la derecha; los condenados, a la izquierda... Profunda pena siente quien se ve separado de la sociedad o de la Iglesia. ¡ Cuánto mayor no será la de verse despedido de la compañía de los Santos! ¡Qué confusión tendrán los impíos cuando, apartados de los justos, se hallen abandonados!

Dice San Juan Crisóstomo (In Mt., c. 24) que si los condenados no tuvieran otras penas, esa confusión bastaría para darles los tormentos del infierno. Habrá hijos separados de sus padres; esposos, de sus esposas; amos, de sus sirvientes... (Mt., 24, 40). Di, hermano mío, ¿en qué lugar crees que té hallarás entonces?... ¿Quieres estar a la derecha? Pues abandona el camino que a la izquierda conduce.

Se tiene en este mundo por afortunados a los príncipes y a los ricos, y se desprecia a los Santos, a los pobres y humildes... ¡Oh fieles que amáis a Dios!, no os aflijáis al veros tan atribulados y vilipendiados en la tierra. «Vuestra tristeza se convertirá en gozo» (Jn., 16, 20). Entonces verdaderamente seréis llamados venturosos, y os honrarán admitiéndoos en la corte de Cristo. ¡Con qué celestial hermosura resplandecerán un San Pedro de Alcántara, que fue injuriado como si hubiese sido apóstata; un San Juan de Dios, escarnecido como loco; un San Pedro Celestino, que, renunciando al Pontificado, murió en una cárcel! ¡Qué gloria alcanzarán tantos mártires que fueron despedazados

por los verdugos! (1 Co., 4, 5). Y, al contrario, ¡qué horribles aparecerán un Herodes, un Pilatos, un Nerón y otros poderosos de la tierra, condenados para siempre!...

¡Oh amadores del mundo! Para el valle, para aquel valle os emplazo. Allí, sin duda, mudaréis de parecer; allí lloraréis vuestra locura. ¡ Infelices, que por representar un brevísimo papel en la escena del mundo representaréis luego el de réprobos en la tragedia del juicio universal!

Los elegidos se hallarán a la derecha, y para mayor gloria —como dice el Apóstol (1 Ts., 4, 16)— serán levantados en el aire, sobre las nubes, y esperarán con los ángeles a Jesucristo, que ha de bajar del Cielo. Los réprobos, a la izquierda, y como reses destinadas al matadero, aguardarán a su Juez, que ha de hacer pública la condenación de todos sus enemigos. De improviso, ábranse los Cielos y surgen los ángeles para asistir al juicio, llevando los signos de la Pasión de Cristo, dice Santo Tomás (Opc., 2, 244). Singularmente resplandecerá la santa cruz. Y entonces aparecerá en el Cielo la señal de la Pasión del Hijo del Hambre, y plañirán todas las tribus de la tierra (Mt., 24, 30). «¡Oh, y cómo al ver la cruz —exclama Cornelio a Lápide— gemirán los pecadores que despreciaron su salvación eterna, tan cara al Hijos de Dios!» «Entonces —dice San Juan Crisóstomo— los clavos se quejarán de ti; las cicatrices contra ti hablarán; la cruz de Cristo clamará en contra tuya.» Asesores serán de este juicio los Santos Apóstoles y todos los que los imitaron, y con Jesucristo juzgarán a los pueblos (Hom., 20, in Mt.). Allí estará también la Reina de los ángeles y de los hombres, María Santísima. Y, en fin, se presentará el eterno Juez en luminoso trono de majestad. «Y verán al Hijo del Hombre, que vendrá en las nubes del Cielo con gran poder y majestad» (Sb., 3, 7-8). «A su presencia serán atormentados los pueblos» (Mt., 24, 30).

La presencia de Cristo traerá a los elegidos inefable consuelo, y a los réprobos penas mayores que las del mismo infierno, dice San Jerónimo. «Dadme, Jesús mío —decía Santa Teresa—, dadme cualquier trabajo, pero no me mostréis vuestro rostro indignado en aquel día.» Y San Basilio dice: «Esta confusión excede a toda pena.» Acaecerá entonces lo predicho por San Juan (Ap., 6, 16): que los condenados pedirán a las montañas que caigan sobre ellos y los oculten a la vista del enojado Juez.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh carísimo Redentor mío, Cordero de Dios, que vinisteis al mundo no para castigar, sino a perdonar los pecados, perdonadme, Señor, antes que llegue el día en que habéis de juzgarme. Veros entonces, Cordero sin mancilla, que con tanta paciencia me habéis sufrido, y perderos para siempre, sería el infierno de mi infierno. Perdonadme, pues, vuelvo a deciros; sacadme con vuestras manos piadosísimas de este abismo en que me hundieron mis pecados. Me arrepiento, ¡oh Sumo Bien!, de haberos ofendido tantas veces.

Os amo, Juez mío, que tanto me habéis amado. Por los merecimientos de vuestra muerte, dadme tan alta gracia que me convierta de pecador en santo. Prometisteis oír a quien os niegue, pues yo no os pido bienes terrenos, sino vuestra gracia y vuestro amor; nada más deseo. Oídme, Jesús mío, por el amor que me tuvisteis al morir por mí en la cruz. Reo soy, ¡oh Juez amadísimo!, pero un reo que os ama más que a sí propio...

María, Madre nuestra, tened misericordia de mí ahora que aún hay tiempo de que me ayudéis. Jamás me habéis abandonado cuando yo huía de Dios y de Vos. Socorredme ahora que resuelvo amaros y serviros siempre y no más ofender a mi Señor. ¡Oh María, Vos sois mi esperanza!

PUNTO TERCERO
De la sentencia en el juicio final.

Comenzará el juicio abriéndose los libros del proceso, es decir, las conciencias de todos (Dn., 7, 10). Los primeros testimonios contra los reprobos serán del demonio, que dirá, según San Agustín: «Justísimo Juez, sentencia que son míos los que no quisieron ser tuyos.» Acusará después la propia conciencia de los hombres (Ro., 2, 15). Darán luego testimonio clamando venganza, los lugares en que, los pecadores ofendieron a Dios (Hab., 2, 11)» y testigo será por último, el mismo Juez que estuvo presente en, cuantas ofensas le hicieron. Dice San Pablo (1 Co., 4, 5) que en aquel momento el Señor «esclarecerá aun las cosas escondidas en las tinieblas». Manifestará ante todos los hombres las culpas de los réprobos, hasta las más secretas y vergonzosas que en la vida ocultaron ellos a los mismos confesores (Nah., 3, 5).

Los pecados de los elegidos, en sentir del Maestro de las Sentencias y otros muchos teólogos, no serán descubiertos, sino continuarán ocultos, según lo

que dice David (Sal. 31, 1): Bienaventurados aquéllos cuyas iniquidades han sido perdonadas y cuyos pecados han sido encubiertos.

Y, por el contrario —dice San Basilio (Lib. de Ver. Vir.)—, las culpas de los réprobos serán vistas por todos de una sola ojeada, como si estuvieran en un cuadro representadas.

Exclama Santo Tomás: «Si en el huerto de Getsemaní, al decir Jesús: Yo soy, cayeron en tierra todos los soldados que iban a prenderle, ¿qué sucederá cuando, en su trono de Juez, diga a los condenados: Yo soy Aquel que tanto despreciasteis?» Llegada la hora de la sentencia, Jesucristo dirá a los elegidos aquellas dulces palabras (Mt., 25, 34): Venid, benditos de mi Padre; poseed el reino que os está preparado desde el principio del mundo. Cuando San Francisco de Asís supo por revelación que estaba predestinado, sintió altísimo e inefable consuelo. ¿Qué consolación no sentirán los que oyeren que el Juez les dice: «Venid, hijos benditos, venid a mi reino. No más trabajos ni temor. Conmigo estáis y estaréis eternamente. Bendigo las lágrimas que por vuestros pecados derramasteis. Vamos a la gloria, donde unidos viviremos por toda la eternidad»?

La Virgen Santísima bendecirá a sus devotos y los invitará a entrar con Ella en el Cielo. Y así, los justos, entonando gozosos Aleluya, irán a la gloria celestial para poseer, alabar y amar a Dios eternamente. Los réprobos, al contrario, dirán a Jesucristo: «Y nosotros, desventurados, ¿qué hemos de hacer?» Y el Eterno Juez les responderá: «Vosotros, ya que despreciasteis y rechazasteis mi gracia, apartaos de Mí, malditos; id al fuego eterno (Mt., 25, 41). Apartaos de Mí, que no quiero ni veros ni oíros. Huid, huid, malditos, que menospreciasteis mis bendiciones...» ¿Y adonde, Señor, irán estos desdichados?... Al fuego del infierno, para arder allí en cuerpo y alma... ¿Y por cuántos años o siglos?... Por toda la eternidad, mientras Dios sea Dios. Después de la sentencia, dice San Efrén, los réprobos se despedirán de los ángeles, de los Santos y de la Santísima Virgen, Madre de Dios. «¡Adiós, justos; adiós, cruz; adiós, gloria; adiós, padres e hijos; ya no hemos de vernos jamás! ¡Adiós, Madre de Dios, María Santísima !» Y en medio de la tierra se abrirá una inmensa fosa, por donde, juntos y mezclados, se hundirán demonios y réprobos. Los cuales verán cómo tras ellos se cierra aquella puerta que jamás ha de abrirse... ¡Nunca en la eternidad!... ¡Oh maldito pecado! ¡A qué desdichado fin llevarás un día a tantas pobres almas!... ¡Oh almas

desventuradas a quienes aguarda tan espantoso fin! S. Efrén. De variis torm. inf.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah Dios y Salvador mío! ¿Qué sentencia se me dará en el día del juicio? Si ahora me pidiereis, Señor, cuenta de mi vida, ¿qué podría responder, sino que merezco mil infiernos? Así es, Redentor mío; mil infiernos merezco; pero sabed que os amo más que a mí mismo, y que de las ofensas que os hice de tal modo me duelo, que preferiría haber padecido todos los males antes que haberos injuriado.

Vos, Jesús mío, condenáis a los pecadores obstinados, pero no a los que se arrepienten y os quieren amar. Aquí estoy, a vuestros pies, arrepentido... Decidme que me perdonáis... Mas ya me lo dijisteis por vuestro Profeta (Zc., 1, 3): Volveos a Mí, y Yo me volveré a vosotros. Todo lo dejo, renuncio a todos los deleites y bienes del mundo y me conviene y me abrazo a Vos, amado Redentor mío.

Recibidme en vuestro Corazón, e inflamadme allí en vuestro amor santísimo, de tal suerte, que no piense jamás en apartarme de Vos..., Salvadme, Jesús mío, y sea mi salvación el amaros siempre y siempre alabar vuestras misericordias (Sal. 88).

María, esperanza, refugio y Madre mía, auxiliadme y alcanzadme la santa perseverancia. Nadie se ha perdido recurriendo a Vos... A Vos, pues, me encomiendo. Tened piedad de mí.

VIGESIMOSEXTA CONSIDERACIÓN

DE LAS PENAS DEL INFIERNO

El ibunt hi in supplícium aeternum.
E irán éstos al suplicio eterno.
Mt., 25, 46.

PUNTO PRIMERO
De la pena de sentido.

Dos males comete el pecador cuando peca: deja a Dios, Sumo Bien, y se entrega a las criaturas. Porque dos males hizo mí pueblo: me dejaron a Mi, que soy fuente de agua viva, y cavaron para si aljibes rotos, que no pueden contener las aguas (Jer., 2, 13). Y porque el pecador se dio a las criaturas, con ofensa de Dios, justamente será luego atormentado en el infierno por esas mismas criaturas, el fuego y los demonios; ésta es la pena de sentido. Mas como su culpa mayor, en la cual consiste la maldad del pecado, es el apartarse de Dios, la pena más grande que hay en el infierno es la pena de daño, el carecer de la vista de Dios y haberle perdido para siempre.

Consideremos primeramente la pena de sentido. Es de fe que hay infierno. En el centro de la tierra se halla esa cárcel, destinada al castigo de los rebeldes contra Dios.

¿Qué es, pues, el infierno? El lugar de tormentos (Lucas, 16, 28), como le llamó el rico Epulón, lugar de tormentos, donde todos los sentidos y potencias del condenado han de tener su propio castigo, y donde aquel sentido que más hubiere servido de medio para ofender a Dios será más gravemente atormentado (Sb., 11, 17; Ap., 18, 7). La vista padecerá el tormento de las tinieblas (Jb., 10, 21).

Digno de profunda compasión sería el hombre infeliz 48 que pasara cuarenta o cincuenta años de su vida encerrado en tenebroso y estrecho calabozo. Pues el infierno es cárcel por completo cerrada y oscura, donde no penetrará nunca ni un rayo de sol ni de luz alguna (Salmo 48, 20).

El fuego que en la tierra alumbra no será luminoso en el infierno. «Voz del Señor, que corta llama de fuego» (Sal. 28, 7). Es decir, como lo explica San Basilio, que el Señor separará del fuego la luz, de modo que esas maravillosas llamas abrasarán sin alumbrar. O como más brevemente dice San Alberto Magno: «Apartará del calor el resplandor.» Y el humo que despedirá esa hoguera formará la espesa nube tenebrosa que, como nos dice San Judas (1, 3), cegará los ojos de los réprobos. No habrá allí más claridad que la precisa para acrecentar los tormentos. Un pálido fulgor que deje ver la fealdad de los condenados y de los demonios y el horrendo aspecto que éstos tomarán para causar mayor espanto. El olfato padecerá su propio tormento. Sería insoportable que estuviésemos encerrados en estrecha habitación con un cadáver fétido. Pues el condenado ha de estar siempre entre millones de réprobos, vivos para la pena, cadáveres hediondos por la pestilencia que arrojarán de sí (Is., 34, 3).

Dice San Buenaventura que si el cuerpo de un condenado saliera del infierno, bastaría él solo para que por su hedor muriesen todos los hombres del mundo... Y aún dice algún insensato: «Si voy al infierno, no iré solo...» ¡Infeliz!, cuantos más réprobos haya allí, mayores serán tus padecimientos.
«Allí —dice Santo Tomás— la compañía de otros desdichados no alivia, antes acrecienta la común desventura ». Mucho más penaran, sin duda, por la fetidez asquerosa, por los lamentos de aquella desesperada muchedumbre y por la estrechez en que se hallarán amontonados y oprimidos, como ovejas en tiempo de invierno (Sal. 48, 15), como uvas prensadas en el lagar de la ira de Dios (Ap., 19, 15).

Padecerán asimismo el tormento de la inmovilidad (Ex., 15, 16). Tal y como caiga el condenado en el infierno, así ha de permanecer inmóvil, sin que le sea dado cambiar de sitio ni mover mano ni pie mientras Dios sea Dios.

Será atormentado el oído con los continuos lamentos y voces de aquellos pobres desesperados, y por el horroroso estruendo que los demonios moverán (Jb., 15, 21). Huye a menudo de nosotros el sueño cuando oímos cerca gemidos de enfermos, llanto de niños o ladridos de algún perro... ¡Infelices réprobos, que han de oír forzosamente por toda la eternidad los gritos pavorosos de todos los condenados!...

La gula será castigada con el hambre devoradora... (Sal. 58, 15). Mas no habrá allí ni un pedazo de pan. Padecerá el condenado abrasadora sed, que no se apagaría con toda el agua del mar, pero no se le dará ni una sola gota. Una gota de agua no más pedía el rico avariento, y no la obtuvo ni la obtendrá jamás.

AFECTOS Y PETICIONES

Ved, Señor, postrado a vuestros pies al que tan poco tuvo en cuenta vuestros dones ni vuestros castigos... ¡Desdichado de mí! Si Vos, Jesús mío, no hubieseis tenido misericordia, muchos años ha que estaría yo en aquel horno pestilente, donde arderán tantos pecadores como yo.

¡Ah Redentor mío! ¿Cómo podría en lo sucesivo ofenderos otra vez? No suceda así, Jesús de mi vida; antes enviadme la muerte. Y ya que habéis comenzado, acabad la obra; ya que me habéis sacado del lodazal de mis culpas

y tan amorosamente me invitáis a que os ame, haced ahora que el tiempo que me deis le invierta todo en serviros.

¡Cuánto desearían los condenados un día, una hora de ese tiempo que a mí me concedéis!... Y yo ¿qué haré? ¿Seguiré malgastándole en cosas que os desagraden?... No, Jesús mío, no lo permitáis, por los merecimientos de vuestra preciosísima Sangre, que hasta ahora me han librado del infierno. Os amo, Soberano Bien, y porque os amo me pesa de haberos ofendido, y propongo no ofenderos más, sino amaros siempre.

Reina y Madre nuestra, María Santísima, rogad a Jesús por mí, y alcanzadme los dones de la perseverancia y del divino amor.

PUNTO SEGUNDO
Del fuego del infierno y de otros tormentos que le acompañan.

Entre todos los tormentos que el condenado padece en los sentidos, el más cruel es el del fuego del infierno, que atormenta el sentido del tacto. «La carne del impío —dice el Eclesiástico— tendrá por verdugos al fuego y al gusano» (Ecl., 7, 19). El Señor le mencionará especialmente en el día del juicio: Apartaos de Mi, malditos, al fuego eterno (Mateo, 25, 41).

Aun en este mundo, el suplicio del fuego es el más terrible de todos. Mas hay tal diferencia entre las llamas de la tierra y las del infierno, que, según dice San Agustín, en comparación de aquéllas, las nuestras son como pintadas; o como si fueran de hielo, añade San Vicente Ferrer. Y la razón de esto consiste en que el fuego terrenal fue creado para utilidad nuestra; pero el del infierno sólo para castigo fue formado. «Muy diferentes son —dice Tertuliano— el fuego que se utiliza para el uso del hombre y el que sirve para la justicia de Dios.» La indignación de Dios enciende esas llamas de venganza (Jer., 15, 14); y por esto Isaías (4, 4) llama espíritu de ardor al fuego del infierno.

El réprobo estará dentro de las llamas, rodeado de ellas por todas partes, como leño en el horno. Tendrá abismos de fuego bajo sus plantas, inmensas masas de fuego sobre su cabeza y alrededor de sí. Cuanto vea, toque o respire, fuego ha de respirar, tocar y ver. Sumergido estará en fuego como el pez en el

agua. Y esas llamas no se hallarán sólo en derredor del réprobo, sino que penetrarán dentro de él, en sus mismas entrañas, para atormentarle.

El cuerpo será pura llama; arderá el corazón en el pecho, las vísceras en el vientre, el cerebro en la cabeza, en las venas la sangre, la medula en los huesos. Todo condenado se convertirá en un horno ardiente (Salmo 20, 10).

Hay personas que no sufren el ardor de un suelo calentado por los rayos del sol, o estar junto a un brasero encendido, en cerrado aposento, ni pueden resistir una chispa que les salte de la lumbre, y luego no temen aquel fuego que devora, como dice Isaías (33, 14). Así como una fiera devora a un tierno corderillo, así las llamas del infierno devorarán al condenado. Le devorarán sin darle muerte.

«Sigue, pues, insensato —dice San Pedro Damián hablando del voluptuoso—; sigue satisfaciendo tu carne, que un día llegará en que tus deshonestidades se convertirán en ardiente pez dentro de tus entrañas y harán más intensa y abrasadora la llama infernal en que has de arder».

Y añade San Jerónimo que aquel fuego llevará consigo todos los dolores y males que en la tierra nos atribulan; hasta el tormento del hielo se padecerá allí (Jb., 24, 19). Y todo ello con tal intensidad, que, como dice San Juan Crisóstomo, los padecimientos de este mundo son pálida sombra en comparación de los del infierno. Las potencias del alma recibirán también su adecuado castigo. Tormento de la memoria será el vivo recuerdo del tiempo que en vida tuvo el condenado para salvarse y lo gastó en perderse, y de las gracias que Dios le dio y fueron menospreciadas. El entendimiento padecerá considerando el gran bien que ha perdido perdiendo a Dios y el Cielo, y ponderando que esa pérdida es ya irremediable. La voluntad verá que se le niega todo cuanto desea (Sal. 140, 10).

El desventurado réprobo no tendrá nunca nada de lo que quiere, y siempre ha de tener lo que más aborrezca: males sin fin. Querrá librarse de los tormentos y disfrutar de paz. Mas siempre será atormentado, jamás hallará momento de reposo.

AFECTOS Y PETICIONES

Vuestra Sangre y vuestra muerte son, Jesús mío, mi esperanza. Habéis muerto por librarme de la muerte eterna. ¿Y quién, Señor, alcanzó mayor parte en los méritos de vuestra Pasión qué este miserable, tantas veces merecedor del infierno?... No permitáis que continúe siendo ingrato a tantas gracias como me habéis concedido. Librándome del infierno, quisisteis que no ardiese yo en las llamas eternas, sino en el dulce fuego de vuestro amor. Ayudadme, pues, a fin de que cumpla vuestros deseos. Si estuviese en el infierno, no podría amaros. Pero ya que ahora puedo amar, amaros quiero... Os amo, Bondad infinita; os amo, Redentor mío, que tanto me habéis amado. ¿Como he podido vivir tan largo tiempo olvidado de Vos? Mucho, Señor, os agradezco que Vos no me hayáis olvidado. De no haber sido así, hallaría me ahora en el infierno, o no tendría dolor de mis culpas.

Este dolor de corazón por haberos ofendido, este deseo que siento de amaros mucho, dones son de vuestra gracia, que me, auxilia y vivifica... Gracias, Dios mío. Espero consagraros la vida que me resta. A todo renuncio, y quiero pensar únicamente en serviros y complaceros. Imprimid en mi alma el recuerdo del infierno que merecí y de la gracia que me disteis, y no permitáis que, apartándome otra vez de Vos, vuelva a condenarme yo mismo a los tormentos de aquella cárcel... ¡Oh Madre de Dios, rogad por este pecador arrepentido! Vuestra intercesión me libró del infierno. Libradme también del pecado, único motivo capaz de acarrearme nueva condenación.

PUNTO TERCERO
De la pena de daño

Todas las penas referidas nada son si se comparan con la pena de daño. Las tinieblas, el hedor, el llanto y las llamas no constituyen la esencia del infierno. El verdadero infierno es la pena de haber perdido a Dios. Decía San Bruno: «Multiplíquense los tormentos, con tal que no se nos prive de Dios.» Y San Juan Crisóstomo: «Si dijeres mil infiernos de fuego, nada dirás comparable al dolor aquél.» Y San Agustín añade que si los réprobos gozasen de la vista de Dios, «no sentirían tormento alguno, y el mismo infierno se les convertiría en paraíso».

Para comprender algo de esta pena, consideremos que si alguno pierde, por ejemplo, una piedra preciosa que valga cien escudos, tendrá disgusto grande; pero si esa piedra valiese doscientos, sentiría la perdida mucho más, y más todavía si valiera quinientos. En suma: cuanto mayor es el valor de lo que se

pierde, tanto más se acrecienta la pena que ocasiona el haberlo perdido... Y puesto que los réprobos pierden el Bien infinito, que es Dios, sienten —como dice Santo Tomás— una pena en cierto modo infinita. En este mundo solamente los justos temen esa pena, dice San Agustín. San Ignacio de Loyola decía: «Señor, todo lo sufriré, mas no la pena de estar privado de Vos.» Los pecadores no sienten temor ninguno por tan grande pérdida, porque se contentan con vivir largos años sin Dios, hundidos en tinieblas. Pero en la hora de la muerte conocerán el gran bien que han perdido.

El alma, al salir de este mundo —dice San Antonino—, conoce que fue creada por Dios, e irresistiblemente vuela a unirse y abrazarse con el Sumo Bien; mas si está en pecado, Dios la rechaza.

Si un lebrel sujeto y amarrado ve cerca de sí exquisita caza, se esfuerza por romper la cadena que le retiene y trata de lanzarse hacia su presa. El alma, al separarse del cuerpo, se siente naturalmente atraída hacia Dios. Pero el pecado la aparta y arroja lejos de Él (Is., 1, 2). Todo el infierno, pues, se cifra y resume en aquellas primeras palabras de la sentencia: Apartaos de Mi, malditos (Mt., 25, 41). Apartaos, dirá el Señor; no quiero que veáis mi rostro. «Ni aun imaginando mil infiernos podrá nadie concebir lo que es la pena de ser aborrecido de Cristo».

Cuando David impuso a Absalón el castigo de que jamás compareciese ante él, sintió Absalón dolor tan profundo, que exclamó: Decid a mi padre que, o me permita ver su rostro, o me dé la muerte (2 Rg., 14, 32). Felipe II, viendo que un noble de su corte estaba en el 55 templo con gran irreverencia, le dijo severamente: «No volváis a presentaros ante mi»; y tal fue la confusión y dolor de aquel hombre, que al llegar a su casa murió... ¿Qué será cuando Dios despida al réprobo para siempre?... «Esconderé de él mi rostro, y hallarán todos los males y aflicciones» (Dt., 31, 17). No sois ya míos, ni Yo vuestro, dirá Cristo (Os., 1, 9) a los condenados en el día del juicio.

Aflige dolor inmenso a un hijo o a una esposa cuando piensan que nunca volverán a ver a su padre o esposo, que acaban de morir... Pues si al oír los lamentos del alma de un réprobo le preguntásemos la causa de tanto dolor, ¿qué sentiría ella cuando nos dijese: «Lloro porque he perdido a Dios, y ya no le veré jamás»? ¡Y si, a lo sumo, pudiese el desdichado amar a Dios en el infierno y conformarse con la divina voluntad! Mas no; si eso pudiese hacer, el infierno ya no sería infierno. Ni podrá resignarse ni le será dado amar a su Dios. Vivirá odiándole eternamente, y ése ha de ser su mayor tormento :

conocer que Dios es el Sumo Bien, digno de infinito amor, y verse forzado a aborrecerle siempre; «Soy aquel malvado desposeído del amor de Dios», así respondió un demonio interrogado por Santa Catalina de Génova.

El réprobo odiará y maldecirá a Dios, y maldiciéndole maldecirá los beneficios que de Él recibió: la creación, la redención, los sacramentos, singularmente los del bautismo y penitencia, y, sobre todo, el Santísimo Sacramento del altar. Aborrecerá a todos los ángeles y Santos, y con odio implacable a su ángel custodio, a sus Santos protectores y a la Virgen Santísima. Maldecidas serán por él las tres divinas Personas, especialmente la del Hijo de Dios, que murió por salvarnos, y las llagas, trabajos, Sangre, Pasión y muerte de Cristo Jesús.

AFECTOS Y PETICIONES

Sois, pues, Dios mío, Sumo Bien, el bien infinito, ¿y yo, voluntariamente, tantas veces os he perdido?... Sabía yo que con mis culpas os enojaba y perdía vuestra gracia, ¡y, sin embargo, las cometí!... ¡Ah, Señor, si no supiese que clavado en la cruz moristeis por mí, no me atrevería a pedir y esperar vuestro perdón!...

¡Oh Eterno Padre! No me miréis a mí, mirad a vuestro amado Hijo, que por mí ruega, y oídle y perdonadme. Muchos años ha que merecí verme en el infierno, sin esperanza de amaros ni recuperar la perdida gracia. Me pesa, Dios mío, de todo corazón, de las injurias que os hice renunciando a vuestra amistad, despreciando vuestro amor por los viles placeres del mundo... ¡Antes hubiera muerto mil veces!... ¿Cómo pude estar tan ciego y tan loco?...

Gracias, Señor, que me dais tiempo de remediar el mal que cometí. Ya que por vuestra misericordia no estoy en el infierno y puedo amaros todavía, deseo amaros, Dios mío. No he de dilatar más mi sincera y firme conversión... Os amo, Bondad infinita; os amo, vida y tesoro mío, mi amor y mi todo... Acordaos siempre, Señor, del amor que me tuvisteis; y recordadme a mí el infierno en que debiera hallarme, a fin de que este pensamiento me encienda en vuestro amor y me mueva a repetir mil veces que de veras os amo...

¡Oh María, Reina, esperanza y Madre nuestra, si me viese en el infierno, tampoco podría amaros a Vos!... Mas ahora os amo, Madre mía, y espero que jamás dejaré de amar a Vos y a mi Dios. Ayudadme y rogad a Jesús por mí.

VIGESIMOSEPTIMA CONSIDERACIÓN

DE LA ETERNIDAD DEL INFIERNO

Et Ibunt hi ín supplicium aeternum.
E irán éstos al suplicio eterno.

.

Mt., 24, 46.

PUNTO PRIMERO
Gran locura es acarrearse tormentos eternos por el placer de un momento.

Si el infierno tuviese fin no sería infierno. La pena que dura poco, no es gran pena. Si a un enfermo se le saja un tumor o se le quema una llaga, no dejará de sentir vivísimo dolor; pero como este dolor se acaba en breve, no se le puede tener por tormento muy grave. Mas seria grandísima tribulación que al cortar o quemar continuara sin treguas semanas o meses. Cuando el dolor dura mucho, aunque sea muy leve, se hace insoportable. Y no ya los dolores, sino aun los placeres y diversiones duraderos en demasía, una comedia, un concierto continuados sin interrupción por muchas horas, nos ocasionarían insufrible tedio. ¿Y si durasen un mes, un año? ¿Qué sucederá, pues, en el infierno, donde no es música, ni comedia lo que siempre se oye, ni leve dolor lo que se padece, ni ligera herida o breve quemadura de candente hierro lo que atormenta, sino el conjunto de todos los males, de todos los dolores, no en tiempo limitado, sino por toda la eternidad? (Ap., 20, 10).

Esta duración eterna es de fe, no una mera opinión, sino verdad revelada por Dios en muchos lugares de la Escritura. «Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno. E irán éstos al suplicio eterno. Pagarán la pena de eterna perdición. Todos serán con fuego asolados». Así como la sal conserva los manjares, el fuego del infierno atormenta a los condenados y al mismo tiempo sirve como de sal, conservándoles la vida. «Allí el fuego consume de tal modo—dice San Bernardo (Med., c. 3)—, que conserva siempre.»

¡Insensato seria el que, por disfrutar un rato de recreo, quisiera condenarse a estar luego veinte o treinta años encerrado en una fosa! Si el infierno durase, no ya cien años, sino dos o tres no mas, todavía fuera locura incomprensible

que por un instante de placer nos condenásemos a esos dos o tres años de tormento gravísimo. Pero no se trata de treinta, ni de ciento, ni de mil, ni de cien mil años; se trata de padecer para siempre terribles penas, dolores sin fin, males espantosos, sin alivio alguno.

Con razón, pues, aun los Santos gemían y temblaban mientras subsistía con la vida temporal el peligro de condenarse. El bienaventurado Isaías ayunaba y hacía penitencia en el desierto, y se lamentaba, exclamando: «¡Ah infeliz de mí, que aún no estoy libre de las llamas infernales!»

AFECTOS Y PETICIONES

Si me hubieses, Dios mío, enviado al infierno, que tantas veces merecí, y luego, por tu gran misericordia, me hubieses libertado de él, ¡cuan agradecido no hubiese quedado, y qué vida tan santa hubiese yo procurado tener!...

Pues ahora que con demencia todavía mayor me has preservado de la condenación eterna, ¿qué haré, Señor? ¿Tornaré a ofenderte y a provocar tu ira para que me envíes a aquella cárcel de réprobos donde tantos se hallan por culpas menores que las mías? ¡Ah Redentor mío, así lo hice en la vida pasada! En vez de emplear el tiempo que me diste en llorar mis pecados, le invertí en ofenderte.

Gracias doy a tu Bondad infinita, que tanto me ha sufrido. Si no fuese infinita, ¿cómo hubiera podido tolerar mis delitos? Gracias, pues, por haberme con tanta paciencia esperado hasta ahora, gracias por las luces que me comunicas para que conozca mi locura y el mal que cometí ofendiéndote con mis culpas. Las detesto, Jesús mío, y me duelo de ellas con todo mi corazón. Perdóname, por tu sagrada Pasión y muerte, y asísteme con tu gracia para que jamás vuelva a ofenderte. Con razón debo temer que por un nuevo pecado mortal desde luego me abandones. ¡Ah Señor, pon ante mi vista ese temor justísimo siempre que el demonio me provoque a ofenderte. Te amo, Dios mío, y no quiero perderte. Ayúdame con tu divina gracia.

Auxíliame también, Virgen Santísima; haz que siempre acuda a Ti en las tentaciones, a fin de que no pierda a Dios. Tú eres, María, mi esperanza.

PUNTO SEGUNDO
Sobre el condenado descansará de continuo todo el peso de la eternidad

El que entra en el infierno jamás saldrá de allí. Por este pensamiento temblaba el rey David cuando, decía (Sal. 68, 16): Ni me trague el abismo, ni el pozo cierre sobre mí su boca. Apenas se hunda el réprobo en aquel pozo de tormentos, se cerrará la entrada y no se abrirá nunca.

Puerta para entrar hay en el infierno, mas no para salir, dice Eusebio Emiseno; y explicando las palabras del Salmista, escribe: «No cierra su boca el pozo, porque se cerrará en lo alto y se abrirá en lo profundo cuando reciba a los réprobos.» Mientras vive, el pecador puede conservar alguna esperanza de remedio; pero si la muerte le sorprende en pecado, acabará para él toda esperanza (Pr., 11, 7). ¡Y si, a lo menos, pudiesen los condenados forjarse alguna engañosa ilusión que aliviara su desesperación horrenda!...

El pobre enfermo, llagado e impedido, postrado en el lecho y desahuciado de los médicos, tal vez se ilusiona y consuela pensando que ha de llegar algún doctor o nuevo remedio que le cure. El infeliz criminal condenado a perpetua cadena busca también alivio a su pesar en la remota esperanza de huir y libertarse. ¡Si lograse siquiera el condenado engañarse así, pensando que algún día podría salir de su prisión!... Mas no; en el infierno no hay esperanza, ni cierta ni engañosa; no hay allí un ¿quién sabe? consolador.

El desventurado verá siempre ante sí escrita su sentencia, que le obliga a estar perpetuamente lamentándose en aquella cárcel de dolores. Unos para la vida eterna y otros para oprobio, para que lo vean siempre (Dn., 12, 2). El réprobo no sólo padece lo que ha de padecer en cada instante, sino en todo momento, la pena de la eternidad. «Lo que ahora padezco—dirá—he de padecerlo siempre.» «Sostienen —dice Tertuliano— el peso de la eternidad.» Roguemos, pues, al Señor, como rogaba San Agustín:

«Quema y corta y no perdones aquí, para que perdones en la eternidad.» Los castigos de esta vida, transitorios son: «Tus saetas pasan. La voz del trueno va en rueda por el aire» (Sal. 76, 19). Pero los castigos de la otra vida no acaban jamás.

Temámoslos, pues. Temamos la voz de trueno con que el supremo Juez pronunciará en el día del juicio su sentencia contra los réprobos: «Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno.» Dice la Escritura en rueda, porque esa curva es símbolo de la eternidad, que no tiene fin. Gran62 de es el castigo del infierno, pero lo más terrible de él es ser irrevocable.

Mas ¿dónde?, dirá el incrédulo; ¿dónde está la justicia de Dios, al castigar con pena eterna un pecado que dura un instante?... ¿Y cómo, responderemos; cómo se atreve el pecador, por el placer de un instante, a ofender a un Dios de Majestad infinita? Aun en el juicio humano, dice Santo Tomás, la pena se mide, no por la duración, sino por la calidad del delito. «No porque el homicidio se cometa en un momento ha de castigarse con pena momentánea» (1-2, q. 87, a. 4). Para el pecado mortal, un infierno es poco. A la ofensa de la Majestad infinita debe corresponder el infinito castigo, dice San Bernardino de Sena. Y como la criatura, escribe el Angélico Doctor, no es capaz de recibir pena infinita en intensidad, justamente hace Dios que esa pena sea infinita en duración.

Además, la pena debe ser necesariamente eterna, porque el réprobo no podrá jamás satisfacer por su culpa. En este mundo puede satisfacer el pecador penitente, en cuanto se le aplican los méritos de Jesucristo; pero el condenado no participa de esos méritos, y, por tanto, no pudiendo nunca satisfacer a Dios, siendo eterno el pecado, eterno también ha de ser el castigo (Sed. 48, 8-9).
«Allí, la culpa —dice el Belluacense— podrá ser castigada; pero expiada, jamás»; porque, como dice San Agustín, «allí, el pecador no podrá arrepentirse», y por eso el Señor estará siempre airado contra él (Mal., 1, 4). Y aun dado el caso que Dios quisiera perdonar al réprobo, éste no querría el perdón, porque su voluntad, obstinada y rebelde, está confirmada en odio contra Dios.

Dice Inocencio III: «Los condenados no se humillarán; antes bien, la malignidad del odio crecerá en ellos.» Y San Jerónimo afirma que «en los réprobos el deseo de pecar es insaciable». La herida de tales desventurados no tiene curación; ellos mismos se niegan a sanar (Jer., 15, 18).

AFECTOS Y PETICIONES

Si estuviese ahora condenado, como tantas veces be merecido, hallaría me obstinado en odio contra Ti, Redentor y Dios mío, que diste por mi la vida. ¡Oh Señor, qué infierno tan cruel seria aborrecerte a Ti, que tanto me has amado, que eres belleza infinita e infinita bondad, digna de infinito amor! ¡Y hallándome en el infierno, veríame en tan infeliz estado, que ni aun querría el perdón que ahora me ofrecéis!...

Gracias, Jesús mío, por la clemencia que conmigo tuviste, y pues que ahora aún puedo amarte y ser perdonado, tu amor y perdón deseo... Me los ofreces, y yo los pido y espero alcanzarlos por tus méritos infinitos. Me arrepiento, Bondad Suma, de cuantas ofensas os hice. Perdonadme, Señor... ¿Qué mal me hiciste para que siempre te aborreciera como a enemigo mío?... ¿Qué amigo hay que haya hecho y padecido por mí lo que Tú, Jesús mío, hiciste y padeciste?... No permitas que incurra en tu enojo y pierda tu amor. ¡Antes morir mil veces que caer en tal desventura!...

¡Oh María, amparadme bajo tu manto, y no permitáis que de él me aparte para rebelarme contra Dios y contra Ti!

PUNTO TERCERO
El condenado, desesperado por la duración de sus tormentos, llamará a la muerte, pero en vano

En la vida del infierno, la muerte es lo que más se desea. Buscarán los hombres la muerte, y no la hallarán. Desearán morir, y la muerte huirá de ellos (Ap., 9, 6). Por lo cual exclama San Jerónimo: «¡Oh muerte, cuán grata serías a los mismos para quienes fuiste tan amarga! » Dice David (Sal. 48, 15) que la muerte se apacentará con los réprobos. Y lo explica San Bernardo, añadiendo que, así como al pacer los rebaños comen las hojas de la hierba y dejan la raíz, así la muerte devora a los condenados : los mata en cada instante y, a la vez, les conserva la vida para seguir atormentándolos con eterno castigo. De suerte, dice San Gregorio, que el réprobo muere continuamente, sin morir jamás.

Cuando a un hombre le mata el dolor, le compadecen las gentes. Mas el condenado no tendrá quien le compadezca. Estará siempre muriendo de angustia, y nadie le compadecerá... El emperador Zenón, sepultado vivo en una fosa, gritaba y pedía, por piedad, que le sacaran de allí, mas no le oyó nadie, y le hallaron después muerto en ella. Y las mordeduras que en los brazos él mismo, sin duda, se había hecho patentizaron la horrible desesperación que habría sentido... Pues los condenados, exclama San Cirilo de Alejandría, gritan en la cárcel del infierno, pero nadie acude a librarlos, ni nadie los compadece nunca.

¿Y cuánto durará tanta desdicha?... Siempre, siempre. Refiérase en los Ejercicios Espirituales, del Padre Señeri, publicados por Muratori, que en Roma se interrogó a un demonio (que estaba en el cuerpo de un poseso), y le

preguntaron cuánto tiempo debía estar en el infierno..., y respondió, dando señales de rabiosa desesperación: ¡Siempre, siempre!... Fue tal el terror de los circunstantes, que muchos jóvenes del Seminario Romano, allí presentes, hicieron confesión general, y sinceramente mudaron de vida, convertidos por aquel breve sermón de dos palabras solas...

¡Infeliz Judas!... ¡Más de mil novecientos años han pasado desde que está en el infierno, y, sin embargo, diríase que ahora acaba de empezar su castigo!... ¡Desdichado Caín!... ¡Cerca de seis mil años lleva en el suplicio infernal, y puede decirse que aún se halla en el principio de su pena! Un demonio a quien fue preguntado cuánto tiempo hacía que estaba en el infierno, respondió: Desde ayer. Y como se le replicó que no podía ser así, porque habían transcurrido ya mas de cinco mil años desde su condenación, exclamó: «Si supierais lo que es eternidad, comprenderíais que, en comparación de ella, cincuenta siglos no son ni un instantes

Si algún ángel dijese a un réprobo: «Saldrás del infierno cuando hayan pasado tantos siglos como gotas hay en las aguas de la tierra, hojas en los árboles y arena en el mar», el réprobo se regocijaría tanto como un mendigo que recibiese la nueva de que iba a ser rey. Porque pasarán todos esos millones de siglos, y otros innumerables después, y con todo, el tiempo de duración del infierno estará comenzando… Los réprobos desearían recabar de Dios que les acrecentaran en extremo la intensidad de sus penas, y que las dilatase cuanto quisiera, con tal que les pusiese fin, por remoto que fuese. Pero ese término y límite no existen ni existirán. La voz de la divina justicia sólo repite en el infierno las palabras siempre, jamás.

Por burla preguntarán a los réprobos los demonios: «¿Va muy avanzada la noche? (ls., 21, 11). ¿Cuándo amanecerá? ¿Cuándo acabarán esas voces, esos llantos y el hedor, los tormentos y llamas?...» Y los infelices responderán: ¡Nunca, jamás!... Pues ¿cuánto ha de durar?... ¡Siempre, siempre!... ¡Ah Señor! Ilumina a tantos ciegos que cuando se les insta para que no se condenen, responden: «Dejadnos. Si vamos al infierno, ¿qué le hemos de hacer? ¡Paciencia!...»

¡Oh Dios mío!, no tienen paciencia para soportar a veces las molestias del calor o del frío, ni sufrir un leve golpe, ¿y la tendrán después para padecer las llamas de un mar de fuego, los tormentos diabólicos, el abandono absoluto de Dios y de todos, por toda la eternidad?

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Padre de las misericordias! Vos nunca abandonáis a quien os busca. Si en la vida pasada tantas veces me aparté de Vos y no me abandonasteis, no me dejéis ahora, que a Vos acudo. Me pesa, ¡oh Sumo Bien!, de haber menospreciado vuestra gracia trocándola por cosas de tan poco valor. Mirad las sagradas llagas de vuestro Hijo, oíd su voz, que demanda perdón para ti, y perdonadme, Señor... Y Tú, Redentor mío, recuérdame siempre los trabajos que por mi pasaste, el amor que me tienes y mi vil ingratitud, por la cual tan a menudo he merecido condenación eterna, a fin de que llore yo mis culpas y viva entregado a tu amor...

¡Ah Jesús mío!, ¿cómo no he de arder en tu amor al pensar que muchos años ha debiera verme ardiendo en las llamas infernales por toda la eternidad, y que Tú moriste por librarme de ellas, y con tan gran clemencia me libraste? Si estuviese en el infierno, te aborrecería eternamente. Pero ahora te amo y deseo seguir siempre amándote, y espero, por los méritos de tu preciosa Sangre, que así me lo concederás...

Vos, Señor, me amáis, y yo os amo también. Y me amaréis siempre si de Vos no me aparto. Libradme, Salvador mío, de esa gran desdicha de apartarme de Vos, y haced de mí lo que os agrade... Merecedor soy de todo castigo, y lo acepto gustoso, con tal de que no me privéis de vuestro amor...

¡Oh María Santísima, amparo y refugio mío, cuántas veces me he condenado yo mismo al infierno, y Vos me habéis librado de él!... Libradme desde ahora de todo pecado, causa única que me puede arrebatar la gracia de Dios y arrojarme al infierno.

SIGUE ABAJO



VIGESIMOOCTAVA CONSIDERACIÓN

DE LOS REMORDIMIENTOS DEL CONDENADO

Vermis eorum non morítur.
El gusano de aquéllos no muere.
Mr., 9, 47.

PUNTO PRIMERO
Primera causa del remordimiento: se ha condenado por una nonada.

Este gusano que no muere nunca significa, según Santo Tomás, el remordimiento de conciencia de los réprobos, que eternamente ha de atormentarlos en el infierno. Muchos serán los remordimientos con que la conciencia roerá el corazón de los condenados. Pero tres de ellos llevarán consigo más vehemente dolor: el considerar la nada de las cosas por que el réprobo se ha condenado, lo poco que tenía que hacer para salvarse y el gran bien que ha perdido.

El primer remordimiento, pues, que acosará al condenado será el considerar por cuán poca cosa se ha condenado. Cuando Esaú hubo tomado aquel plato de lentejas por el cual vendió su derecho de primogenitura, apenóse tanto por haber consentido en tal pérdida, que, como dice la Escritura (Gn., 27, 34), se lamentó con grandes alaridos. ..

¡Oh, con qué gemidos y clamores se quejarán los réprobos al ponderar que por breves, momentáneos y envenenados placeres han perdido un reino eterno de felicidad y se ven por siempre condenados a continua e interminable muerte! Más amargamente llorarán que Jonatás, sentenciado a morir por orden de su padre, Saúl, sin otro delito que el haber probado un poco de miel (1 S., 14, 43).

¡Cuán honda pena traerá al condenado el recuerdo de la causa que le acarreó tanto mal!... Sueño de un instante nos parece nuestra vida pasada. ¿Qué le parecerán al réprobo los cincuenta o sesenta años de su vida terrena cuando se halle en la eternidad y pasen cien o mil millones de años, y vea que entonces aquella su eterna vida terrena está comenzando? Y, además, los cincuenta años de vida en la tierra, ¿son acaso cincuenta años de placer?...

El pecador que vive sin Dios, ¿goza siempre en su pecado? Un momento dura el placer culpable; lo demás, para quien existe apartado de Dios, es tiempo de penas y aflicciones... ¿Qué le parecerán, pues, al réprobo infeliz esos breves momentos de deleite? ¿Qué le parecerá, sobre todo, el último pecado por el cual se condenó?... «¡Por un vil placer, que duró un instante, y que como el humo se disipó —exclamará—, he de arder en estas llamas, desesperado y abandonado, mientras Dios sea Dios, por toda la eternidad!»

AFECTOS Y PETICIONES

Dadme luz, Señor, para conocer mi maldad en ofenderte, y la pena eterna que por ello merecí. Gran dolor siento, Dios mío, de haberos ofendido, y ese dolor me consuela y alivia. Porque si me hubierais enviado al infierno, que he merecido, el remordimiento sería allí mi castigo mayor, al considerar la miseria y vileza de las cosas que produjeron mi perdurable desventura. Mas ahora el dolor reanima y consuela y me infunde esperanza de alcanzar perdón, puesto que ofrecisteis perdonar al que se arrepiente. Sí, Dios y Señor mío; me arrepiento de haberos ultrajado; abrazo con alegría esa pena dulcísima del dolor de mis culpas, y os ruego que me la acrecentéis y conservéis hasta la muerte, a fin de que no deje jamás de llorar mis pecados... .

Perdonadme, Jesús y Redentor mío, que por tener misericordia de mí no la tuvisteis de Vos mismo, y os condenasteis a morir de dolor para librarme del infierno. ¡Tened piedad de mí! Haced, pues, que mi corazón se halle siempre contrito y, a la vez, inflamado en vuestro amor, ya que tanto me habéis amado y sufrido con tanta paciencia, y en vez de castigarme me colmáis de luz y de gracia... Gracias te doy, Jesús mío, y te amo con todo mi corazón. Y puesto que no sabes despreciar a quien te ama, no apartes de mí tu divino rostro. Acógeme en tu gracia y no permitas que la vuelva a perder...

María, Madre y Señora nuestra, recíbeme por siervo tuyo, y úneme a tu Hijo Jesús. Ruégale que me perdone y que me conceda, con el don de su amor, el de la perseverancia final.

PUNTO SEGUNDO
Segundo motivo de remordimiento: lo Poco que tenía que hacer para salvarse

Dice Santo Tomás que ha de ser singular tormento de los condenados el considerar que se han perdido por verdaderas naderías, y que pudieran, si hubiesen querido, alcanzar fácilmente el premio de la gloria. Él segundo remordimiento de su conciencia consistirá, pues, en pensar lo poco que debían haber hecho para salvarse.

Aparecióse un condenado a San Humberto, y le reveló que su aflicción mayor en el infierno era el conocimiento del vil motivo que le había ocasionado la condenación, y de la facilidad con que hubiera podido evitarla. Dirá, pues, el réprobo: «Si me hubiese mortificado en no mirar aquel objeto, en vencer ese respeto humano, en huir de tal ocasión, trato o amistad, no me hubiese condenado... Si me hubiese confesado todas las semanas, y frecuentado las piadosas Congregaciones, y leído cada día en aquel libro espiritual, y me hubiera encomendado a Jesús y a María, no habría recaído en mis culpas... Propuse muchas veces hacer todo eso, mas no perseveré. Comenzaba a practicarlo, y lo dejaba luego. Por eso me perdí.»

Aumentará la pena causada por tal remordimiento el recordar los ejemplos de muchos buenos compañeros y amigos del condenado, los dones que Dios le concedió para que se salvara; unos, de naturaleza, como buena salud, hacienda y talento, que bien empleados, como Dios quería, hubieran servido para procurar la santificación; otros, dones de gracia, luces, inspiraciones, llamamientos, largos años para remediar el mal que hizo. Pero el réprobo verá que en el estado en que se halla no cabe ya remedio. Y oirá la voz del ángel del Señor, que exclama y jura: Por el que vive en los siglos de los siglos, que no habrá ya más tiempo... (Ap., 10, 5-6). Como agudas espadas serán para el corazón del condenado los recuerdos de todas esas gracias que recibió cuando vea que no es posible ya reparar la ruina perdurable. Exclamará con sus otros desesperados compañeros: Pasó la siega, acabó el estío, y nosotros no hemos sido libertados (Jer., 8, 20). ¡Oh si el trabajo y tiempo que empleé en condenarme los hubiese invertido en servicio de Dios, hubiera sido un santo... ¿Y ahora qué hallo, sino remordimientos y penas sin fin?» Sin duda, el pensar que podría ser eternamente dichoso, y que será siempre desgraciado, atormentará más al réprobo que todos los demás castigos infernales.

AFECTOS Y PETICIONES

¿Cómo pudiste, Jesús mío, sufrirme tanto? Mil veces me aparté de Ti, y otras tantas viniste a buscarme; te ofendí, y me perdonaste; volví a ofenderte,

y todavía me concediste perdón... Haz, Señor, que participe de aquel vivo dolor que con sudores de sangre tuviste por mis pecados en el huerto de Getsemaní. Duéleme, carísimo Redentor mío, de haber tan indignamente despreciado tu amor... ¡Oh malditos deleites, os maldigo y detesto, porque me habéis privado de la gracia de Dios!... Amado Redentor mío, os amo sobre todas las cosas; renuncio a todos los placeres ilícitos, y propongo morir mil veces antes que ofenderos más... Por aquel afecto con que en la cruz me amaste y ofreciste la vida por mí, concédeme luz y fuerza para resistir a la tentación y pedir tu auxilio poderoso...

¡Oh María, mi amparo y mi esperanza, que todo lo consigues de Dios, alcánzame que no me aparte nunca de su amor santísimo!

PUNTO TERCERO
Tercer motivo de remordimiento: grandeza del bien perdido

Considerar el alto bien que han perdido, será el tercer remordimiento de los condenados, cuya pena, como dice San Juan Crisóstomo, será más grave por la privación de la gloria que por los mismos dolores del infierno (2). «Déme Dios cuarenta años de reinado, y renuncio gustosa al paraíso», decía la infeliz princesa Isabel de Inglaterra... Obtuvo los cuarenta años de reinado. Mas, ahora, su alma en la otra vida, ¿qué dirá? Seguramente no pensará lo mismo. ¡Cuán afligida y desesperada se hallará viendo que, por reinar cuarenta años entre angustias y temores, disfrutando un trono temporal, perdió para siempre el reino de los Cielos! Mayor aflicción todavía ha de tener el réprobo al conocer que perdió la gloria y el Sumo Bien, que es Dios, no por azares de mala fortuna ni por malevolencia de otros, sino por su propia culpa. Verá que fue creado para el Cielo, y que Dios le permitió elegir libremente entre la vida y la muerte eternas. Verá que en su mano tuvo el ser para siempre dichoso, y que, a pesar de ello, quiso hundirse por sí propio en aquel abismo de males, de donde nunca podrá salir, y del cual nadie le librará. Verá cómo se salvaron muchos de sus compañeros, que, aunque se hallaron entre idénticos o mayores peligros de pecar, supieron vencerlos encomendándose a Dios, o si cayeron, no tardaron en levantarse y se consagraron nuevamente al servicio del Señor. Mas él no quiso imitarlos, y fue desastrosamente a caer en el infierno, mar de dolores donde no existe la esperanza. ¡Oh hermano mío! Si hasta aquí has sido tan insensato que por no renunciar a un mísero deleite preferiste perder el reino de los Cielos, procura a tiempo remediar el daño. No permanezcas en tu

locura, y teme ir a llorarla en el infierno. Quizá estas consideraciones que lees son los postreros llamamientos de Dios. Tal vez, si no mudas de vida y cometes otro pecado mortal, te abandonará el Señor y te enviará a padecer eternamente entre aquellas muchedumbres de insensatos que ahora reconocen su error (Sb., 5, 6), aunque le confiesan desesperados, porque no ignoran que es irremediable. Cuando el enemigo te induzca a pecar, piensa en el infierno y acude a Dios y a la Virgen Santísima. La idea del infierno podrá librarte del infierno mismo, Acuérdate de tus postrimerías y no pecarás jamás (Ecl., 7, 40) porque ese pensamiento te hará recurrir a Dios.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah Soberano Bien! ¡Cuántas veces os perdí por nada, y cuántas merecía perderos para siempre! Pero me reaniman y consuelan aquellas palabras del profeta (Sal. 104, 3): Alégrese el corazón de los que buscan al Señor. No debo, pues, desconfiar de recuperar vuestra gracia y amistad, si de veras os busco. Si, Señor mío; ahora suspiro por vuestra gracia más que por ningún otro bien. Prefiero verme privado de todo, hasta de la vida, antes que perder vuestro amor. Os amo, Creador mío, sobre todas las cosas; y porque os amo, me pesa de haberos ofendido... ¡Oh Dios mío, a quien menosprecié y perdí, perdonadme y haced que os halle, porque no quiero perderos más. Admitidme de nuevo en vuestra amistad y lo abandonaré todo para amar únicamente a Vos. Así lo espero de vuestra misericordia... Eterno Padre, oídme: por amor de Jesucristo, perdonadme y concededme la gracia de que nunca me aparte de Vos, que si de nuevo y voluntariamente os ofendiese, con harta causa temería que me abandonaseis...

¡Oh María, esperanza de pecadores, reconciliadme con Dios y amparadme bajo vuestro manto, a fin de que jamás me separe de mi Redentor!

VIGESIMONOVENA CONSIDERACIÓN

DEL PARAÍSO

Tristitia vestra vertatur in gaudium.
Vuestra tristeza se convertirá en alegría.

Jn., 16, 20.

PUNTO PRIMERO
Gozo de un alma al entrar en el cielo.

Procuremos ahora sufrir con paciencia las tribulaciones de esta vida, ofreciéndolas a Dios, en unión de los dolores que Jesucristo sufrió por nuestro amor, y alentémonos con la esperanza de la gloria. Algún día acabarán estos trabajos, penas, angustias, persecuciones y temores, y si nos salvamos, se nos convertirá en gozo y alegría inefables en el reino de los bienaventurados.
Así nos alienta y reanima el Señor (Jn., 16, 20): «Vuestra tristeza se convertirá en alegría.» Meditemos, pues, sobre la felicidad de la gloria... Mas, ¿qué diremos de esta felicidad, si ni aun los Santos más inspirados han acertado a expresar las delicias que Dios reserva a los que le aman?... David sólo supo decir (Sal. 83, 3) que la gloria es el bien infinitamente deseable... ¡Y tú, San Pablo, insigne, que tuviste la dicha de ser arrebatado a los Cielos, dinos algo siquiera de lo que viste allí! . «No —responde el gran Apóstol (2 Co., 12, 4)— lo que vi no es posible explicarlo. Tan altas son las delicias de la gloria, que no puede comprenderlas quien no las disfrute. Sólo diré que nadie en la tierra ha visto, ni oído, ni comprendido las bellezas y armonías y placeres que Dios tiene preparados para los que le aman» (1 Co., 2, 9), No podemos acá imaginar los bienes del Cielo, porque sólo formamos idea de los que este mundo nos ofrece... Si, por maravilla, un ser irracional pudiese discurrir, y 76 supiese que un rico señor iba a celebrar espléndido banquete, imaginaría que los manjares dispuestos habían de ser exquisitos y selectos, pero semejantes a los que él usara, porque no podría concebir nada mejor como alimento.

Así discurrimos nosotros, pensando en los bienes de la gloría... ¡Qué hermoso es contemplar en noche serena de estío la magnificencia del cielo cubierto de estrellas ! ¡ Cuan grato admirar las apacibles aguas de un lago transparente, en cuyo fondo se descubren peces que nadan y peñas vestidas de musgo! ¡Cuánta hermosura la de un jardín lleno de flores y frutos, circundado de fuentes y arroyuelos y poblado de lindos pajarillos que cruzan el aire y le alegran con su canto armonioso!... Diríase que tantas bellezas son el paraíso...
Mas no: muy otros son los bienes y hermosura de la gloria. Para entender confusamente algo de ello, considérese que allí está Dios omnipotente, colmando, embriagando de gozo inenarrable a las almas que Él ama... ¿Queréis columbrar lo que es el Cielo? —decía San Bernardo—, pues sabed que allí no hay nada que nos desagrade, y existe todo bien que deleita. ¡Oh Dios! ¿Qué dirá el alma cuando llegue a aquel felicísimo reino?... Imaginemos que un joven o una virgen, consagrados toda su vida al amor y servicio de

Cristo, acaban de morir y dejan ya este valle de lágrimas. Presentase el alma al juicio; abrázala el Juez, y le asegura que está santificada. El ángel custodio le acompaña y felicita y ella le muestra su gratitud por la asistencia que le debe. «Ven, pues, alma hermosa —le dice el ángel—; regocíjate, porque te has salvado; ven a contemplar a tu Señor.» Y el alma se eleva, traspone las nubes, pasa más allá de las estrellas y entra en el Cielo... ¡Oh Dios mío!, ¿qué sentirá el alma al penetrar por vez primera en aquel venturoso reino y ver aquella ciudad de Dios, dechado insuperable de hermosura?... Los ángeles y Santos la reciben gozosos y le dan amorosísima bienvenida... Allí verá con indecible júbilo a sus Santos protectores y a los deudos y amigos que la precedieron en la vida eterna. Querrá el alma venerarlos rendida, mas ellos lo impedirán, recordándole que son también siervos del Señor (Ap., 22, 9). La llevarán después a que bese los pies de la Virgen María, Reina de los Cielos, y el alma sentirá inmenso deliquio de amor y de ternura viendo a la excelsa y divina Madre, que tanto la auxilió para que se salvase, y que ahora le tenderá sus amantes brazos y que le dejará conocer cuantas gracias le obtuvo. Acompañada por esta soberana Señora, llegará el alma ante nuestro Rey Jesucristo, que la recibirá como a esposa amadísima, y le dirá (Cant., 4, 8): «Ven del Líbano, esposa mía; ven y serás coronada; alégrate y consuélate, que ya acabaron tus lágrimas, penas y temores; recibe la corona inmarcesible que te conseguí con mi Sangre...» Jesús mismo la presentará al Eterno Padre, que la bendecirá, diciendo (Mt., 25, 21): Entra en el gozo de tu Señor, y le comunicará bienaventuranzas sin fin, con felicidad semejante a la que Él disfruta.

AFECTOS Y PETICIONES

Mirad, Señor, a vuestros pies a un ingrato que criasteis para la gloria, y que tantas veces por deleites vilísimos renunció a ella y prefirió ser condenado al infierno... Espero que me habréis perdonado cuantas ofensas os hice, de las cuales ahora y siempre me arrepiento y deseo dolerme de ellas hasta la muerte, así como que renovéis vuestro perdón... Pero, ¡oh Dios mío! Aunque me hayáis perdonado, no es menos cierto que tuve voluntad de ofenderos a Vos, Redentor mío, que para llevarme a vuestro reino disteis la vida. Sea siempre alabada y bendita vuestra misericordia, Jesús mío, que con tanta paciencia me habéis sufrido, y en vez de castigarme habéis multiplicado en mí las gracias, inspiraciones y llamamientos. Bien conozco, amado Salvador mío, que deseáis mi salvación, que me llamáis a la patria celestial para que allí os ame eternamente; pero también queréis que antes en este mundo os consagre mi

amor... Amaros quiero, Dios mío, y aunque no hubiese gloria, querría amaros mientras viviera con toda mi alma y con mis fuerzas todas. Básteme saber que Vos lo deseáis así...

Ayudadme, Jesús mío, con vuestra gracia y no me abandonéis... inmortal es mi alma, y por serlo, he de amaros o aborreceros eternamente. ¿Qué he de preferir, sino amaros siempre, daros mi amor en esta vida, para que en la venidera ese amor viva sin término ni fin?... Disponed de mí como os plazca; castigadme como queráis; no me privéis de vuestro amor, y haced de mí lo que os agrade... Vuestros merecimientos, Jesús mío, son mi esperanza.
¡Oh María, en vuestra intercesión confío! Me librasteis del infierno cuando estuve en pecado; ahora que amo a Dios me salvaréis y santificaréis.

PUNTO SEGUNDO
En el cielo todo es gozo y contento

Apenas empiece el alma a gozar de la divina beatitud, ya no habrá nada que la aflija. Y enjugará Dios todas las lágrimas de los ojos de ellos, y no habrá ya muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor, porque las cosas de antes pasaran. Y dijo el que estaba sentado en el trono (Ap., 21, 4-5): He aquí, Yo hago nuevas todas las cosas.

No hay en el Cielo enfermedades, ni pobreza, ni mal ninguno. No existen allí la sucesión de días y noches, de calor y frío, sino un eterno día siempre sereno, continua primavera deleitosa y sin fin. No hay persecuciones ni envidias, que en aquel reino de amor todos se aman ternísimamente, y cada cual goza del bien de los demás como si fuera suyo.

No se conocen allí angustias ni temores, porque el alma confirmada en gracia no puede pecar ni perder a Dios. Todas las cosas ostentan renovada y completa hermosura, y todas satisfacen y consuelan. La vista gozará admirando aquella ciudad de perfecta belleza (Lm., 2,15). Nos parecería delicioso espectáculo ver una población cuyo suelo fuese de terso y límpido cristal, las viviendas de bruñida plata, cubiertas de oro purísimo y adornadas con guirnaldas de flores... ¡Pues mucho más hermosa es la ciudad de la gloria!

¡Y qué será el ver aquellos felices moradores con reales vestiduras, porque, como dice San Agustín, todos son reyes! ¡Qué el contemplar a la Virgen María, más hermosa que el mismo Cielo; y al Cordero sin mancha, a nuestro

Señor Jesucristo, divino Esposo de las almas! Santa Teresa logró columbrar una mano del Redentor, y quedó maravillada de ver tanta belleza... Habrá en las celestiales moradas regaladísimos perfumes, aroma de gloria, y se oirán allí música y cánticos de sublime armonía...

Oyó una vez San Francisco, breves instantes, el sonido de esa armonía angélica, y creyó que iba a morir de dulcísimo gozo... ¡Qué, será, pues, el oír los coros de ángeles y Santos, que, unidos, cantan las glorias divinas (Sal. 83, 5), y la voz purísima de la Virgen Inmaculada que alaba a su Dios!... Como el canto del ruiseñor en el bosque excede y supera al de las demás avecillas, así la voz de María en el Cielo... En suma: había en la gloria cuantas delicias se puedan desear. Y estos deleites hasta ahora considerados son los bienes menores del Cielo. El bien esencial de la gloria es el Bien Sumo: Dios. El premio que el Señor nos ofrece no consiste sólo en la hermosura y armonía y deleites de aquella venturosa ciudad; el premio principal es Dios mismo, es el amarle y contemplarle cara a cara (Gn., 15, 1).

Dice San Agustín que si Dios dejase de ver su rostro a los condenados, el infierno se trocaría de súbito en delicioso paraíso. Y añade que si un alma, al salir de este mundo, tuviese que elegir entre ver a Dios y estar en el infierno, o no verle y librarse de las penas infernales, «preferiría, sin duda, la vista de Dios aun con los tormentos eternos». Esta felicidad de amar a Dios y verle cara a cara no podemos comprenderla en este mundo. Pero algo nos es dado columbrar, sabiendo que el atractivo del divino amor, aun en la vida mortal, llega a elevar sobre la tierra no sólo el alma, sino hasta el cuerpo de los Santos. San Felipe Neri fue una vez alzado por el aire con el escaño en que se apoyaba. San Pedro de Alcántara elevóse también sobre la tierra asido a un árbol, cuyo tronco quedó separado de la raíz.

Sabemos también que los Santos mártires, por la suavidad y dulzura del amor divino, se regocijaban padeciendo terribles dolores. San Vicente se expresaba de tal modo en el tormento —dice San Agustín—, «que no parecía sino que era uno el que hablaba y otro el que padecía». San Lorenzo, tendido en las candentes parrillas sobre el fuego, decía al tirano con asombrosa serenidad: Vuélveme y devórame, porque, como añade aquel Santo, Lorenzo, «encendido en el fuego del divino amor, no sentía 81 el incendio que le abrasaba». Además, ¡cuán suave dulzura halla el pecador al llorar sus culpas! Si tan dulce es llorar por Ti —decía San Bernardo—, ¿qué será gozar de Ti?

¡Y qué consolación no siente el alma si un rayo de luz del Cielo le descubre en la oración algo de la bondad y misericordia divina, del amor que le tuvo y tiene Jesucristo! Parécele al alma que se consume y desmaya de amor. Y, sin embargo, en la tierra no vemos a Dios como es; le vemos entre sombras. Tenemos ahora como una venda ante los ojos, y Dios se nos oculta tras el velo de la fe. Mas, ¿qué sucederá cuando desaparezca esa venda y se rasgue aquel velo, y veamos cuan hermoso es Dios, cuán grande y justo, perfecto, amable y amoroso? (1 Co., 13, 12).

AFECTOS Y PETICIONES

Yo soy, ¡oh Sumo Bien mío!, aquel miserable que tantas veces se apartó de Ti y renunció a tu amor. Por ello indigno soy de verte y amarte. Más Tú, Señor, eres el que, por compadecerte de mí, no tuviste compasión de Ti mismo y te condenaste a morir de dolor en un madero infame y afrentoso. Por tu muerte espero, que algún día te veré y gozaré de tu presencia y te amaré con todo mí ser. Pero ahora que me hallo en peligro de perderte para siempre, o más bien que te perdí por mis pecados, ¿qué haré en lo que reste de vida? ¿Seguiré ofendiéndote?... No, Jesús mío; aborrezco las ofensas que te hice. Me pesa de haberte ofendido y te amo con todo mi corazón... ¿Apartarás de Ti a un alma que se arrepiente y te ama? No. Bien sé lo que dijiste, amado Redentor 82 mío; que no sabes rechazar a los que, arrepentidos, recurren a Ti (Jn., 6, 37). A todo renuncio, Jesús mío, y me entrego a Ti, te abrazo y uno a mi corazón.. Abrázame y úneme también a tu Corazón sacratísimo... Y si me atrevo a hablar así es porque hablo y trato con la Bondad infinita, con un Dios que murió por mi amor. Carísimo Redentor mío, dadme la perseverancia en tu amor santo.

Amada Virgen María, Madre nuestra, alcánzame ese don de la perseverancia, por lo mucho que amas a Cristo Jesús. Así lo espero y así sea.

PUNTO TERCERO
En el cielo se ama a Dios por toda la eternidad.

La mayor tribulación que aflige en este mundo a las almas que aman a Dios y están desoladas y sin consuelo es el temor de no amarle y de no ser amadas de Él (Ecl., 9, 1). Más en el Cielo el alma está segura de que se halla venturosamente abismada en el amor divino, y de que el Señor la abraza

estrechamente, como a hija predilecta, sin que ese amor pueda acabarse nunca. Antes bien, se acrecentará en ella con el conocimiento altísimo que tendrá entonces del amor que movió a Dios a morir por nosotros y a instituir aquel Santísimo Sacramento en que el mismo Dios se hace alimento del hombre. Verá el alma distintamente todas las gracias que Dios le dio, librándola de tantas tentaciones y peligros de perderse, y reconocerá que aquellas tribulaciones, enfermedades, persecuciones y desengaños que ella llamaba desgracias y tenía por castigos, eran señales de amor de Dios, y medios que la divina Providencia usaba para llevarla al Cielo. Conocerá singularmente la paciencia con que Dios la esperó después de haberle ella ofendido tanto, y la excelsa misericordia con que la perdonó y colmó de ilustraciones y llamamientos amorosísimos. Desde aquellas 83 venturosas alturas verá que hay en el infierno muchas almas condenadas por culpas menores que las de ella, y se aumentará su gratitud por hallarse santificada, en posesión de Dios y segura de no perder jamás el soberano e infinito Bien. Eternamente gozará el bienaventurado de esa incomparable felicidad, que en cada instante le parecerá nueva, como si entonces comenzase a disfrutarla. Siempre querrá esa dicha y la poseerá sin cesar; siempre deseosa y siempre satisfecha, ávida siempre y siempre saciada. Porque el deseo, en la gloria, no va acompañado de temor, ni la posesión engendra tedio.

En suma: así como los réprobos son vasos de ira, los elegidos son vasos de júbilo y de ventura, de tal manera, que nada les queda por desear. Decía Santa Teresa que aun acá en la tierra, cuando Dios admite a las almas en aquella regalada cámara del vino, es decir, de su divino amor, tan felizmente las embriaga, que pierden el afecto y afición a todas las cosas terrenas. Más al entrar en el Cielo, mucho más perfecta y plenamente serán los elegidos de Dios, como dice David (Sal. 35, 9): ¡Embriagados de la abundancia de su casa! Entonces el alma, viendo cara a cara y uniéndose al Sumo Bien, presa de amoroso deliquio, se abismará en Dios, y olvidada de sí misma, sólo pensará luego en amar, alabar y bendecir aquel infinito Bien que posee. Cuando nos aflijan las cruces de esta vida, esforcémonos en sufrirlas pacientemente con la esperanza en el Cielo. A Santa María Egipcíaca, en la hora de la muerte, preguntó el abad Zósimo cómo había podido vivir tantos años en aquel desierto, y la Santa respondió: Con la esperanza de la gloria... San Felipe Neri, cuando le ofrecieron la dignidad de cardenal, arrojando el capelo lejos de sí, exclamó: El Cielo, el Cielo es lo que yo deseo. Fray Gil, religioso franciscano, elevábase extático 84 siempre que oía el nombre de la gloria. Así, nosotros, cuando nos atormenten y angustien las penas de este

mundo, alcemos al Cielo los ojos, y consolémonos suspirando por la felicidad eterna. Consideremos que si somos fieles a Dios, en breve acabarán esos trabajos, miserias y temores, y seremos admitidos en la patria celestial, donde viviremos plenamente venturosos mientras Dios sea Dios. Allí nos esperan los Santos, allí la Virgen Santísima, allí Jesucristo nos prepara la inmarcesible corona de aquel perdurable reino de la gloria.

AFECTOS Y PETICIONES

Vos mismo me enseñasteis, amadísimo Redentor mío, a que orase, diciendo: Advéniat regnum tuum. Así, pues, yo te suplico, Señor, que venga el tu reino a mi alma, y la poseas toda, y ella te posea a Ti, Bien Sumo e infinito. Vos, Jesús mío, nada omitisteis para salvarme y conquistar mi amor. Salvadme, pues, y sea mi salvación amarte siempre en esta y en la eterna vida. Aunque tantas veces me aparté de Vos, sé que no os desdeñaréis de abrazarme en el Cielo eternamente, con tanto amor como si nunca os hubiese ofendido. ¿Y creyéndolo así podré no amaros sobre todas las cosas a Vos, que deseáis darme la gloria, a pesar de que tan a menudo merecí el infierno?... ¡Ojalá, Señor, no os hubiera nunca ofendido! ¡Ah, si volviese a nacer, querría amaros siempre!... Mas lo hecho, hecho está sin remedio. Sólo puedo consagraros el resto de mi vida. Toda os la doy; me entrego por completo a vuestro servicio... ¡Salid de mi corazón, afectos de la tierra; dejad lugar en él a mi Dios y Señor, que quiere poseerle sin rivales!... Todo él es vuestro, ¡oh Redentor mío!, mi amor y mi Dios. Desde ahora, únicamente pensaré en complaceros. Ayudadme con vuestra gracia, como espero por vuestros merecimientos, y acrecentad en mí el deseo eficaz de serviros... ¡Oh gloria, oh Cielo!... ¿Cuándo, Señor, podré contemplaros y abrazaros y unirme a Vos, sin temor de perderos?... ¡Ah Dios mío! ¡Guiadme y defendedme para que nunca os ofenda!...

¡Oh María Santísima! ¿Cuándo estaré postrado a tus pies en la gloria? Socórreme, Madre mía; no permitas que me condene y que me vea lejos de ti y de tu Hijo divino.

TRIGÉSIMA CONSIDERACIÓN

DE LA ORACIÓN

Petite et dabitur vobis ..., omnís
enim qui petit, accipit.
Pedid y se os dará..., porque
todo aquel que pide, recibe.
Lc., 11, 9-10.

PUNTO PRIMERO
De la eficacia de la oración.

No sólo en éstos, sino en otros muchos lugares del Antiguo y Nuevo Testamento promete Dios oír a los que se encomiendan a Él: Clama a Mi, y te oiré (Jer., 33, 3). Invócame..., y te libraré (Sal. 49, 15). «Si algo pidiereis en mi nombre, Yo lo haré» (Jn., 14, 14). «Pediréis lo que quisiereis, y se os otorgará» (Jn., 15, 7). Y otros varios textos semejantes.

La oración es una, dice Teodoreto; y, sin embargo, puede alcanzarnos todas las cosas; pues, como afirma San Bernardo, el Señor nos da, o lo que pedimos en la oración, u otra gracia para nosotros más conveniente. Por esa razón, el Profeta (Sal. 85, 5) nos mueve a que oremos, asegurándonos que el Señor es todo misericordia para cuantos le invocan y acuden a Él. Y todavía con más eficacia nos exhorta el Apóstol Santiago, diciéndonos que cuando rogamos a Dios nos concede más de lo que pedimos, sin reprocharnos las ofensas que le hemos hecho. No parece sino que, al oír nuestra oración, olvida nuestras culpas.

San Juan Clímaco dice que la oración hace, en cierto modo, violencia a Dios, y le fuerza a que nos conceda lo que le pidamos. Fuerza —escribe Tertuliano— que es muy grata al Señor y que la desea de nosotros, pues, como dice San Agustín, mayores deseos tiene Dios de darnos bienes que nosotros de recibirlos, porque Dios, por su naturaleza, es la Bondad infinita, según observa San León, 87 y' se complace siempre en comunicarnos sus bienes. Dice Santa María Magdalena de Pazzi que Dios queda, en cierto modo, obligado con el alma que le ruega, porque ella misma ofrece así ocasión de que el Señor satisfaga su deseo de dispensarnos gracias y favores. Y David decía (Sal. 55,

10) que esta bondad del Señor, al oírnos y complacernos cuando le dirigimos nuestras súplicas, le demostraba que Él era el verdadero Dios. Sin razón se quejan algunos de que no hallan propicio a Dios —advierte San Bernardo—; pero con mayor motivo se lamenta el Señor de que muchos le ofenden dejando de acudir a El para pedirle gracias.

Por eso nuestro Redentor dijo a sus discípulos (Jn., 16, 24): Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre. Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo; o sea: «No os quejéis de Mí si no sois plenamente felices; quejaos de vosotros mismos que no me habéis pedido las gracias que os tengo preparadas. Pedid, pues, y quedaréis contentos.» Los antiguos monjes afirmaban que no hay ejercicio más provechoso para alcanzar la salvación que la oración continua, diciendo: auxiliadme, Señor. Deus in adjutorium meum intende. Y el venerable P. Séñeri refiere de sí mismo que solía en sus meditaciones conceder largo espacio a los piadosos afectos; pero que después, persuadido de la gran eficacia de la oración, procuraba emplear en las súplicas la mayor parte del tiempo...

Hagamos siempre lo mismo, porque nuestro Señor nos ama en extremo, desea mucho nuestra salvación y se muestra solícito en oír lo que le pedimos. Los príncipes del mundo a pocos dan audiencia, dice San Juan Crisóstomo (3); pero Dios la concede a todo el que la pide.

AFECTOS Y PETICIONES

Os adoro, Eterno Dios, y os doy gracias por todos los beneficios que me habéis concedido, creándome, redimiéndome por medio de mi Señor Jesucristo, haciéndome hijo de su santa Iglesia, esperándome cuando me hallaba en pecado y perdonándome muchas veces: ¡Ah Dios mío!, no os hubiera ofendido si en las tentaciones hubiese acudido a Vos.... Gracias también os doy porque me habéis enseñado qué toda mi felicidad se funda en la oración, en pediros los dones que necesito. Yo os pido, pues, en nombre de Jesucristo, que me deis gran dolor de mis culpas, la perseverancia en vuestra gracia, buena y piadosa muerte y la gloria eterna, y, sobre todo, el sumo don de vuestro amor y la perfecta conformidad con vuestra voluntad santísima. Harto sé que no lo merezco, pero lo ofrecisteis a quien lo pidiere en nombre de Cristo, y yo, por los merecimientos de Jesucristo, lo pido y espero...

¡Oh María!, vuestras súplicas alcanzan cuanto piden.

PUNTO SEGUNDO
Necesidad de la oración.

Consideremos, además, la necesidad de la oración. Dice San Juan Crisóstomo (tomo 1, 77) que así como el cuerpo sin alma está muerto, así el alma sin oración se halla también sin vida, y que tanto necesitan las plantas el agua para no secarse, como nosotros la oración para no perdernos. Dios quiere que nos salvemos todos y que nadie se pierda (1 Ti., 2, 4). «Espera con paciencia por amor de vosotros, no queriendo que perezca ninguno, sino que todos se conviertan a penitencia» (2 P., 3, 9). Pero también quiere que le pidamos las gracias necesarias para nuestra salvación; puesto que, en primer lugar, no podemos observar los divinos preceptos y salvarnos sin el auxilio actual del Señor, y, por otra parte, Dios no quiere, en general, darnos esas gracias si no se las pedimos. Por esta razón dice el Santo Concilio de Trento (sess. 6, c. 2) que Dios no impone preceptos imposibles, porque, o nos da la gracia próxima y actual necesaria para observarlos, o bien nos da la gracia de pedirle esa gracia actual. Y enseña San Agustín que, excepto las primeras gracias que Dios nos da, como son la vocación a la fe, o a la penitencia, todas las demás, y especialmente la perseverancia, Dios las concede únicamente a los que se las piden. Infieren de aquí los teólogos, con San Basilio, San Agustín, San Juan Crisóstomo, San Clemente de Alejandría y otros muchos, que para los adultos es necesaria la oración, con necesidad de medio. De suerte que, sin orar, a nadie le es posible salvarse. Y esto dice el doctísimo Lessio, debe tenerse como de fe. Los testimonios de la Sagrada Escritura son concluyentes y numerosos: «Es menester orar siempre. Orad para que no caigáis en la tentación. Pedid y recibiréis. Orad sin intermisión». Las citadas palabras «es menester, orad, pedid», según general sentencia de los doctores con el angélico Santo Tomás (3 p., q. 29, a. 5), imponen precepto que obliga bajo culpa grave, especialmente en dos casos: primero, cuando el hombre se halla en pecado; segundo, cuando está en peligro de pecar. A lo cual añaden comúnmente los teólogos que quien deja de orar por espacio de un mes o más tiempo, no está exento de culpa mortal. (Puede verse a Lessio en el lugar citado.) Y toda esta doctrina se funda en que, como hemos visto, la oración es un medio sin el cual no es posible obtener los auxilios necesarios para la salvación.

Pedid y recibiréis. Quien pide, alcanza. De suerte —decía Santa Teresa— que quien no pide no alcanzará. Y el Apóstol Santiago exclama (4, 2): No

alcanzáis porque no pedís. Singularmente es necesaria la oración para obtener la virtud de la continencia. «Y como llegué a entender que de otra manera no podía alcanzarla, si Dios no me la daba..., acudí al Señor y le rogué» (Sb., 8, 21). Resumamos lo expuesto considerando que quien ora se salva, y quien no ora, ciertamente, se condena. Todos cuantos se han salvado lo consiguieron por medio de la oración. Todos los que se han condenado se condenaron por no haber orado. Y el considerar que tan fácilmente hubieran podido salvarse orando, y que ya no es tiempo de remediar el mal, aumentará su desesperación en el infierno.

AFECTOS Y PETICIONES

¿Cómo he podido, Señor, vivir hasta ahora tan olvidado de Vos? Preparadas teníais todas las gracias que yo debiera haber buscado; sólo esperabais que os las pidiese; pero no pensé más que en complacer a mi sensualidad, sin que me importase verme privado de vuestro amor y gracia. Olvidad, Señor, mi ingratitud, y tened misericordia de mí; perdonad las ofensas que os hice, y concededme el don de la perseverancia, auxiliándome siempre, ¡oh Dios de mi alma!, para que no vuelva a ofenderos. No permitáis que de Vos me olvide, como os olvidé antes. Dadme luz y fuerza para encomendarme a Vos, especialmente cuando el enemigo me mueva a pecar. Otorgadme, Dios mío, esta gracia por los méritos de Jesucristo y por el amor que le tenéis.

Basta, Señor; basta de culpas. Amaros quiero en el resto de mi vida. Dadme vuestro santo amor, y él haga que os pida vuestro auxilio siempre que me halle en peligro de perderos pecando...

María Santísima, mi esperanza y amparo, de Vos espero la gracia de encomendarme a Vos y a vuestro divino Hijo en todas mis tentaciones. Socorredme, Reina mía, por amor de Cristo Jesús.

PUNTO TERCERO
De las condiciones de la oración.

Consideremos, por último, las condiciones de la buena oración. Muchos piden y no alcanzan, porque no ruegan como es debido (Stg., 4, 3). Para orar bien menester es, ante todo, humildad. «Dios resiste a los soberbios, y a los humildes da gracia» (Stg., 4, 6). Dios no oye las peticiones del soberbio; pero nunca desecha la petición de los humildes (Ecl., 35, 21), aunque hayan sido pecadores. «Al corazón contrito y humillado no le despreciarás, Señor» (Sal.

50, 19). En segundo lugar, es necesaria la confianza. «Ninguno esperó en el Señor y fue confundido» (Ecl., 2, 11). Con este fin nos enseñó Jesucristo que al pedir gracias a Dios le demos nombre de Padre nuestro, para que le roguemos con aquella confianza que un hijo tiene al recurrir a su propio padre. Quien pide confiado, todo lo consigue. Todas cuantas cosas pidiereis en la oración, tened viva fe de conseguirlas y se os concederán (Mr., 11, 24). ¿Quién puede temer, dice San Agustín, que falte lo que prometió Dios, que es la misma verdad? No es Dios como los hombres, que no cumplen a veces lo que prometen, o porque mintieron al prometer, o porque luego 92 cambian de voluntad (Nm., 23, 19). ¿Cómo había el Señor —añade el Santo— de exhortarnos tanto a pedirle gracias, si no hubiere de concedérnoslas? Al prometerlo se obligó a conceder los dones que le pidamos.

Acaso piense alguno que, por ser pecador, no merece ser oído. Mas responde Santo Tomás que la oración con que pedimos gracias no se funda en nuestros méritos, sino en la misericordia divina. «Todo aquel que pide, recibe» (Lc., 11, 10); es decir, todos, sean justos o pecadores. El mismo Redentor nos quitó todo temor y duda en esto cuando dijo (Jn., 16, 23): «En verdad, en verdad os digo que os dará el Padre todo lo que pidiereis en mi nombre»; o sea: «si carecéis de méritos, los míos os servirán para con mi Padre. Pedidle en mi nombre, y os prometo que alcanzaréis lo que pidiereis...» Pero es preciso entender que tal promesa no se refiere a los dones temporales, como salud, hacienda u otros, porque el Señor a menudo nos niega justamente estos bienes, previendo que nos dañarían para salvarnos. Mejor conoce el médico que el enfermo lo que ha de ser provechoso, dice San Agustín; y añade que Dios niega a algunos por misericordia lo que a otros concede airado. Por lo cual sólo debemos pedir las cosas temporales bajo la condición de que convengan al bien del alma. Y, al contrario, las espirituales, como el perdón, la perseverancia, el amor de Dios y otras gracias semejantes, deben pedirse absolutamente con firme confianza de alcanzarlas. «Pues si vosotros, siendo malos —dice Jesucristo (Lc., 11, 13)—, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará espíritu bueno a los que se lo pidieren?» Es, sobre todo, necesaria la perseverancia. Dice Cornelio a Lápide (In Lc., c. 11) que el Señor «quiere que 94 perseveremos en la oración hasta ser importunos»; cosa que ya expresa la Escritura Sagrada (10): «Es menester orar siempre.» «Vigilad orando en todo tiempo.» «Orad sin intermisión»; lo mismo que el texto que sigue: «Pedid y recibiréis; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá » (Lc., 11, 9).

Bastaba haber dicho pedid; mas quiso el Señor demostramos que debemos proceder como los mendigos, que no cesan de pedir e insisten y llaman a la puerta hasta que obtienen la limosna. Especialmente la perseverancia final es gracia que no se alcanza sin continua oración. No podemos merecer por nosotros mismos esa gracia, mas por la oración, dice San Agustín, en cierto modo la merecemos. Oremos, pues, siempre, y no dejemos de orar si queremos salvarnos. Los confesores y predicadores exhorten de continuo a orar si desean que las almas se salven. Y, como dice San Bernardo, acudamos siempre a la intercesión de María. «Busquemos la gracia, y busquémosla por intercesión de María, que alcanza cuanto desea y no puede engañarse.»

AFECTOS Y PETICIONES

Espero, Señor, que me habréis perdonado, pero mis enemigos no dejarán de combatirme hasta la hora de la muerte, y si no me ayudáis, volveré a perderme. Por los merecimientos de Cristo, os pido la santa perseverancia. No permitas que me aparte de Ti. El mismo don os pido para cuantos se hallan en vuestra gracia. Y confiado en vuestras promesas, seguro estoy de que me concederéis la perseverancia si continúo pidiéndoosla... Y con todo, temo, Señor; temo el no acudir a Vos en las tentaciones y recaer por ello en mis culpas. Os ruego, pues, que me concedáis la gracia de que jamás deje de orar. Haced que en los peligros de pecar me encomiende a Vos e invoque en auxilio mío los nombres de Jesús y María. Así, Dios mío, propóngome hacerlo, y así espero que lo conseguiré con vuestra gracia. Oídme, por el amor a Jesucristo..

Y Vos, María, Madre nuestra, alcanzadme que, en los peligros de perder a Dios, recurra siempre a Vos y a vuestro Hijo divino.

TRIGÉSIMOPRIMERA CONSIDERACIÓN

DE LA PERSEVERANCIA

Qui perseveraverit usque in
finem, hic salvus erlt.
El que persevere hasta el fin,
éste será salvo.
Mt., 24, 13.

PUNTO PRIMERO
Necesidad de la perseverancia:

el primer enemigo, el demonio

Dice San Jerónimo que muchos empiezan bien, pero pocos son los que perseveran. Bien comenzaron un Saúl, un Judas, un Tertuliano; pero acabaron mal, porque no perseveraron como debían. En los cristianos no se busca el principio, sino el fin. El Señor —prosigue diciendo el Santo— no exige solamente el comienzo de la buena vida, sino su término; el fin es el que alcanzará la recompensa. De aquí que San Lorenzo Justiniano llame a la perseverancia puerta del Cielo. Quien no hallare esa puerta no podrá entrar en la gloria.

Tú, hermano mío, que dejaste el pecado y esperas con razón que habrán sido perdonadas tus culpas, disfrutas de la amistad de Dios; pero todavía no estás en salvo ni lo estarás mientras no hayas perseverado hasta el fin (Mt., 10, 22). Empezaste la vida buena y santa. Da por ello mil veces gracias a Dios; mas advierte que, como dice San Bernardo, al que comienza se le ofrece no más el premio, y únicamente se le da al que persevera. No basta correr en el estadio, sino proseguir hasta alcanzar la corona, dice el Apóstol (1 C., 9, 24). Has puesto mano en el arado; has principiado a bien vivir; pues ahora más que nunca debes temer y temblar...(Fíl., 2, 12). ¿Por qué?... Porque si, lo que Dios no quiera, volvieses la vista atrás y tomases a la mala vida, te excluiría Dios del premio de la gloria (Lc., 9, 62). Ahora, por la gracia de Dios, huyes de las ocasiones malas y peligrosas, frecuentas los sacramentos, haces cada día meditación espiritual... Dichoso tú si así continúas, y si nuestro Señor Jesucristo así te halla cuando venga a juzgarte (Mt., 24, 46). Más no creas que por haberte resuelto a servir a Dios se te hayan acabado las tentaciones y no vuelvan a combatirte más. Oye lo que dice el Espíritu Santo (Ecl., 2, 1): «Hijo, cuando llegues al servicio de Dios, prepara tu alma a la tentación.» Sabe, pues, que ahora más que nunca debes prepararte para el combate; porque nuestros enemigos, el mundo, el demonio y la carne, ahora más que nunca se aprestarán a moverte guerra con el fin de que pierdas cuanto hubieres conquistado. San Dionisio Cartusiano afirma que cuanto más se entrega uno a Dios, con tanto mayor empeñó procura el infierno vencerle. Y esta verdad se declara bastantemente en el Evangelio de San Lucas (11, 24-26), donde dice: «Cuando un espíritu inmundo ha salido de un hombre, anda por lugares áridos buscando reposo, y no hallándole, dice: Me volveré a mi casa, de donde salí... Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entran dentro y moran allí. Y lo postrero de aquel hombre es peor que lo primero»; o sea: cuando el demonio se ve arrojado de un alma no halla descanso ni reposo, y emplea

todas sus fuerzas en procurar dominarla de nuevo. Pide auxilio a otros espíritus del mal, y si consigue entrar otra vez en aquella alma, le producirá segunda ruina, más grave que la primera.

Considerad, pues, qué armas vais a emplear para defenderos de esos enemigos y conservar la gracia de Dios. Para no ser vencidos del demonio no hay mejor arma que la oración. Dice San Pablo (Ef., 6, 12) que no tenemos que pelear contra hombres de carne y hueso como nosotros, sino contra los príncipes y potestades del infierno, con lo cual quiere advertirnos que carecemos de fuerzas para resistir a tanto poder, y que, por consiguiente, necesitamos que Dios nos ayude. Con ese auxilio lo podemos todo, decía el Apóstol (Fil., 4, 13), y todos debemos repetir lo mismo. Pero ese auxilio no se alcanza más que pidiéndole en la oración. Pedid y recibiréis. No nos fiemos de nuestros propósitos, que si en ellos confiamos estaremos perdidos. Toda nuestra confianza, cuando el demonio nos tentare, la hemos de poner en la ayuda de Dios, encomendándonos a Jesús y a María Santísima. Y muy especialmente debemos hacer esto en las tentaciones contra la castidad, porque son las más temibles y las que ofrecen al demonio más frecuentes victorias. Por nosotros mismos no disponemos de fuerzas para conservar la castidad. Dios ha de dárnoslas. «Y como llegué a entender —exclama Salomón (Sb., 8, 21)— que de otra manera no podía alcanzar continencia si Dios no me la daba..., acudí al Señor y le rogué.» Preciso es, pues, en tales tentaciones, acudir en seguida a Jesucristo y a su Santa Madre, e invocar a menudo los santísimos nombres de Jesús y María. Quien así lo hiciere, vencerá. El que no lo haga será vencido.

AFECTOS Y PETICIONES

«No me arrojes de tu presencia.» ¡Ah Dios mío!, no me arrojéis lejos de Vos. Bien sé que jamás me abandonaréis si yo no soy el primero en abandonaros; pero lo que mayor temor me inspira es mi propia debilidad. Vos, Señor, me habéis de dar las fuerzas necesarias para luchar contra el infierno, que pretende otra vez hacerme esclavo suyo.

Os lo pido por amor a Jesucristo. Hagamos, Salvador mío, entre los dos una paz perpetua, que nunca jamás pueda romperse, y para esto dadme vuestro santo amor ; porque, como dice vuestro Apóstol: *El que no ama, muerto está*. De esta suerte infeliz Vos me habéis de salvar, ¡ oh Dios del alma mía! Bien sabéis que estaba perdido, y a vuestra bondad debo el hallarme en el estado en

que ahora me veo, con la esperanza de haber recobrado vuestra divina gracia. Por la amarguísima muerte que por mí padecisteis, no permitáis, ¡ oh Jesús mío!, que vuelva voluntariamente a perderos. Os amo sobre todas las cosas. Espero vivir ligado siempre con las cadenas de vuestro amor, y con ellas morir y con ellas vivir eternamente.

¡Oh María, llamada la Madre de la perseverancia! Pues sois la dispensadora de este gran don, a Vos lo pido y de Vos lo espero.

PUNTO SEGUNDO
Segundo enemiga de nuestra perseverancia: el mundo.

Veamos ahora cómo hemos de vencer al mundo. El demonio es un enemigo formidable, pero el mundo es más terrible todavía. Si el demonio no tuviese el mundo a su servicio y a los hombres perversos, que son los que constituyen el mundo, no alcanzaría tantas victorias como obtiene. Nuestro divino Redentor nos amonesta que nos pongamos en guardia, no tanto contra el demonio como contra los hombres. *Recataos de los hombres*, nos dice por San Mateo. En efecto, los hombres son a las veces peores que los demonios, porque éstos se ahuyentan por medio de la oración e invocando los santísimos nombres de Jesús y de María. No así los malos compañeros, que, si nos tientan a cometer un pecado, lejos de atemorizarse y huir al responderles con alguna piadosa reflexión, redoblan sus esfuerzos y se burlan de nosotros, llamándonos necios, cobardes, mojigatos y sin crianza; y, cuando no nos digan otra cosa, nos llaman hipócritas, que fingimos santidad. De aquí resulta que algunas almas tímidas y débiles, por no oír de continuo estos reproches e improperios, pactan miserablemente con estos ministros de Satanás y tornan al vómito.

Debes persuadirte, hermano mío, que, si quieres llevar vida de perfecto cristiano, no podrás evitar las burlas y sarcasmos de los malvados. Por que «los impíos aborrecen a los que siguen el recto.» Quien vive mal no puede soportar la presencia de los que llevan vida compuesta y arreglada. ¿Y por qué ? Porque la vida de los buenos es una continua censura de la suya, y quisieran que todos les imitasen en sus desórdenes, para ahogar los remordimientos que ocasiona la virtud de los buenos. El que ama a Dios, no hay remedio, será perseguido del mundo, como lo dice el Apóstol: «Todos los que quieren vivir piadosamente según Jesucristo han de padecer persecución». Todos los santos han sido perseguidos. ¿Quién más santo que Jesucristo? Y, sin embargo, el mundo le persiguió hasta hacerle morir con afrentosa muerte de cruz. Esto es inevitable, porque las máximas del mundo son de todo en todo contrarias a las de Jesucristo.

A lo que el mundo aprecia y estima llámalo Jesucristo locura. «Porque la sabiduría de este mundo es locura delante de Dios.» Y, al contrario, el mundo llama necedad a lo que estima y aprecia Jesucristo, como son las cruces, los dolores y los desprecios. «La palabra de la cruz parece necedad a los ojos de los que se pierden». Consolémonos, a pesar de todo, que, si los malvados nos vituperan y nos maldicen, Dios nos alaba y nos bendice. «Ellos le maldecirán —dice el Salmista— y Tú le bendecirás». ¿Por ventura no debe bastarnos el ser alabados por Dios, por María Santísima, por los ángeles y por todos los hombres de bien? Dejemos, pues, decir a los pecadores cuanto quieran y prosigamos sirviendo a Dios, generoso y fiel con todos los que le sirven. Mientras más repugnancias y obstáculos experimentemos en la práctica de la virtud, tanto más agradaremos a Dios y cuanto mayores serán nuestros méritos. Figurémonos que sólo Dios y nosotros vivimos en el mundo. Cuando los impíos se mofen de nosotros, encomendémosles al Señor y prosigamos nuestro camino, dando gracias a Dios por las luces y gracias que nos da y niega a esos malvados y miserables. No nos avergoncemos de ser y parecer cristianos; porque, si nos avergonzarnos de Jesucristo, El nos declara que también se avergonzará de nosotros en el día del juicio. «Porque el que se avergonzare de Mí y de mis palabras, de ese tal se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en el esplendor de su Majestad».

Si queremos a toda costa salvarnos, fuerza será que nos resolvamos a padecer y hacernos violencia; porque, como dice Jesucristo, «estrecho es el camino que conduce a la vida». Y luego añade: «El reino de los cielos se alcanza a viva fuerza, y los que se la hacen a sí mismos éstos son los que lo arrebatan». El que no se hace violencia no se salvará. No hay remedio: si queremos obrar bien, tenemos que sostener continuas batallas con nuestra rebelde naturaleza. Al principio, sobre todo, debemos esforzar nuestra flaqueza para extirpar los malos hábitos y adquirir los buenos; porque, una vez adquirida la buena costumbre, se hace fácil y aun deleitable la observancia de la divina Ley. Dijo cierto día el Señor a Santa Brígida que el que se determina a practicar la virtud con paciencia y constancia, siente las primeras punzadas de las espinas, y después las espinas se vuelven rosas.

Atiende, pues, hermano mío, y oye a Jesucristo que te dice lo que le dijo al paralítico: «Bien ves que has quedado sano; no tornes a pecar más para que no te acontezca alguna cosa peor».

«Atiende y considera —añade San Bernardo— que si, por desgracia, vuelves a caer, tu recaída será más funesta que todas tus anteriores caídas». Ay de aquellos —dice el Señor— que emprenden el camino de Dios y luego lo abandonan!»

«¡Ay de los hijos desertores!». Serán castigados estos tales corno rebeldes; pues, como dice Job, «fueron rebeldes a la luz». El castigo ordinario que Dios suele imponer a estos rebeldes, que han sido favorecidos con tantas luces e inspiraciones, a las cuales han sido infieles, es abandonarlos a su ceguedad y acabar su vida en pecado. «Si el justo se desviare de su justicia, ¿por ventura tendrá vida? —pregunta Ezequiel—. Se echarán en olvido todas cuantas obras buenas había hecho, y morirá en su pecado».

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Dios mío! ¡Cuántas veces he merecido yo semejante castigo, pues miserablemente torné a caer después de haber salido muchas veces del pecado, merced a las luces que me habíais dispensado! Gracias mil sean dadas a vuestra infinita misericordia por no haberme abandonado en mi ceguedad, privándome totalmente de vuestras luces, como lo tenía merecido.

Harto obligado os estoy, Jesús mío, y harto ingrato fuera si volviese de nuevo a ofenderos. No, Redentor mío y Señor mío; «eternamente cantaré vuestras misericordias». En lo que me resta de vida y por toda la eternidad, espero alabar vuestras misericordias, amándoos siempre y perseverando en vuestra gracia. Mis pasadas ingratitudes, que detesto y maldigo sobre todo mal, no sólo me servirán para llorar perpetua *y* amargamente las injurias que os he hecho, sino también me inflamarán más y más en vuestro amor, puesto que, después de haber recibido tantas injurias de parte mía, me habéis colmado de tan grandes favores. Sí, os amo, ¡oh Dios mío!, digno de infinito amor; de hoy en adelante Vos habéis de ser mi único amor y mi único bien.

Eterno Padre, por los méritos de Jesucristo, os pido la perseverancia final en vuestra gracia y en vuestro amor. Bien sé que me la concederéis siempre que os la pida. Pero ¿ quién me asegura que siempre tendré la dicha de pedírosla ? Por esto, Dios mío, os pido la perseverancia y la gracia de pedirla siempre.

¡Oh María, mi abogada, mi refugio y mi esperanza! Obtenedme Vos con vuestra intercesión la constancia de pedir siempre a Dios la perseverancia final. Obtenedme esta gracia, os lo suplico, por el amor que tenéis a Jesucristo.

PUNTO TERCERO
Tercer enemigo de la perseverancia: la carne.

Vengamos a tratar del tercer enemigo, el más rebelde de todos, esto es, la carne, y veamos cómo debemos defendernos de él. El primer medio es la oración,

del cual hemos tratado más arriba. El segundo es la huida de las ocasiones, del cual quiero tratar ahora con algún detenimiento. Dice San Bernardino de Sena que, entre todos los consejos dados por Cristo, el más excelente y como el fundamento de la religión es evitar las ocasiones de pecar. El demonio, forzado por los exorcismos de la Iglesia, declaró cierto día que entre todos los sermones el que más le desagradaba era el de la fuga de las ocasiones[(1)]. Y se comprende: el demonio se ríe de todas las promesas y buenos propósitos que hace el pecador arrepentido si no se aparta de la ocasión.

La ocasión, especialmente en materia de placeres sensuales, es como una venda que se pone delante de los ojos del pecador y le impide ver los propósitos hechos, las luces recibidas y las verdades eternas; en una palabra, se lo hace olvidar todo y le vuelve ciego. Por no huir la ocasión cayeron nuestros primeros padres. Dios les había prohibido aun tocar el fruto vedado, como lo dijo Eva a la serpiente: «Mandónos Dios que no comiésemos de él ni lo tocásemos». Mas la incauta mujer «vio, cogió y comió». Eva comenzó por mirar la manzana, luego alargó la mano y después comió. El que voluntariamente se pone en peligro, en él encontrará su ruina. «El que ama el peligro perecerá en él».

Dice San Pedro que el demonio «da vueltas en torno nuestro, buscando a quien devorar»; y para entrar en un alma de la cual ha sido arrojado, ¿qué hace? «Espía una ocasión —dice San Cipriano— y busca una puerta abierta para entrar por ella». Si el alma se deja arrastrar por la ocasión, la asaltará de nuevo el enemigo y entrará en ella y la devorará. Guerrico, abad, nos advierte, muy a propósito, que Lázaro resucitó «ligado de pies y manos», y, resucitando de esta suerte, tornó a morir. Con lo cual nos quería decir que el desgraciado que resucita de la culpa ligado con la ocasión, aunque resucite, volverá a morir. El que quiere salvarse, no sólo debe abandonar el pecado, sino también la ocasión de pecar; es decir, tal compañero, tal casa, tal trato y amistad.

Pero tal vez dirás: «Ahora he mudado de vida, y en tratar con aquella persona no tengo mal fin, ni siquiera siento la más pequeña tentación.» A esto te responderé que hay, según dicen, en la Mauritania cierta clase de osos que van a caza de monos. Estos, al verse acosados por los osos, se salvan trepando por los árboles. Mas el oso, ¿qué hace? Se tiende en tierra, junto al árbol, se finge muerto. Pero tan luego como se descuelgan los monos, se levante, se arroja sobre ellos y los devora. De esta traza se vale el demonio. Adormece la tentación; mas cuando el alma corre a ponerse en la ocasión, atiza con toda su fuerza la tentación y la devora.

¡Oh, cuántas almas desgraciadas, que hacían oración, que frecuentaban los Sacramentos y que parecían y eran santas, pero que, exponiéndose a la ocasión, miserablemente cayeron en las fauces del infierno! Refieren las Historias Eclesiásticas que una piadosa matrona se dedicaba a dar honrosa sepultura a los cuerpos de los mártires; cierto día halló a uno que todavía daba señales de vida. Lo llevó a su casa y logró curarlo. Pero ¿qué aconteció a estos dos santos, que con toda razón podían llevar este nombre? Que, puestos en la ocasión, perdieron primero la gracia de Dios y después hasta la fe[(2)]. «Anda —le dijo el Señor a Isaías— y predica al pueblo de Israel *que toda la carne es heno*». Sobre cuyas palabras reflexiona San Juan Crisóstomo y dice: «Pon fuego a la hierba seca, ¿te atreverás a negar que la hierba arda?». «Es imposible —añade a este propósito San Cipriano—no arder si uno está cercado de llamas». El mismo profeta Isaías nos advierte que «muestra fortaleza es como estopa lanzada al fuego». Y Salomón llama loco al que pretendiese caminar sobre brasas encendidas sin quemarse, ¿Por ventura — dice— puede un hombre andar sobre ascuas sin quemarse la planta de los pies?». Pues más loco es el que pretende ponerse en la ocasión sin caer en ella. Debemos huir del pecado como de la vista de la serpiente. Lo dice el Eclesiástico por estas palabras: «Como de la vista de la serpiente, así huye del pecado». «No sólo hemos de evitar la mordedura de la serpiente —dice Gualfrido—, sino que debemos evitar el tocarla y aun el acercarnos a ella».

Pero dirás que aquella casa y aquellas relaciones están ligadas con tus intereses. Pero ¿ no ves «¡que esta casa es para ti el camino del infierno?». O renuncias a tu salvación o tienes que renunciar a tal casa; no hay remedio. Desde el punto mismo en que tu ojo derecho es para ti causa de condenación, debes arrancarlo y arrojarlo lejos de ti. «Si tu ojo derecho —dice el Señor— es para ti motivo de escándalo, arráncatelo y arrójalo lejos de ti». Y advierte que dice *lejos de ti,* para que entiendas que hay que arrojarlo, no cerca, sirio lejos; o, lo que es lo mismo, que a todo trance hay que acabar con la ocasión.

A las personas piadosas y que se dan a Dios, dice San Francisco de Asís que el demonio no las tienta de la misma manera que a los pecadores. Al principio no se propone ligarlas con una cuerda, sino con un cabello, después con un hilo, luego con un lazo y, finalmente, con una cuerda fuerte, con que las arrastra al pecado. Y por esto el que quiere librarse de este peligro debe desde el principio romper hasta el cabello, esto es, todas las ocasiones peligrosas, como conversaciones, saludos, regalos, billetes y otras semejantes. Y hablando más en particular de los que han contraído el hábito de la impureza, no les bastará evitar las ocasiones próximas, sino que deben también evitar las remotas; de otra suerte tornarán a caer. El que con todas veras quiere salvarse debe tomar y renovar continuamente

la resolución de querer separarse jamás de Dios; y para esto no debe caérsele de los labios esta sentencia de los santos: «Piérdase todo con tal que no se pierda a Dios.» Mas no basta tomar la resolución de no querer separarse de Dios; menester es también emplear los medios para no perderlo. El primero es evitar las ocasiones, del cual venimos hablando.

El segundo es frecuentar los Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía. En la casa que con frecuencia se barre nunca se verá inmundicia. El alma se purifica con la confesión, por cuyo medio no sólo se obtiene el perdón de los pecados, sino también ayuda poderosa para resistir a las tentaciones. En cuanto a la Comunión, es llamada Pan celestial, porque, así como el cuerpo no puede vivir sin alimento corporal, de igual manera el alma no puede vivir sin este espiritual alimento. «Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre —dice Jesucristo— y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros». Por el contrario, al que con frecuencia se alimenta con este Pan le tiene prometido que vivirá eternamente. «Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente». Por esto el Concilio de Trento llamó a la sagrada Comunión «medicina que nos libra de los pecados veniales y nos preserva de los mortales».

El tercer medio es la meditación, o sea la oración mental. «Acuérdate de tus postrimerías —dice el Espíritu Santo— y nunca jamás pecarás». El que de continuo trae grabadas en la memoria las verdades eternas: la muerte, el juicio, la eternidad, no caerá en pecado. En la meditación Dios nos ilumina, como dice David: «Llegaos a El y os iluminará», y nos habla interiormente, y nos da a entender lo que debernos hacer. «La llevaré a la soledad y le hablaré al corazón», dice por Oseas. La meditación es también aquella feliz hoguera donde se enciende el divino amor. «Y en mi meditación —dice David— se encenderá fuego». Además, como ya lo hemos repetido muchas veces, para perseverar en la gracia de Dios es absolutamente necesario orar siempre y pedir sin cesar las gracias que habernos menester; el que no hace oración mental, difícilmente ora, y el que no ora, ciertamente se perderá.

Es menester también emplear los medios necesarios para salvarse; de aquí nace la necesidad de tener un reglamento de vida. Por la mañana, al levantarse, hacer los actos del cristiano: actos de agradecimiento, de amor, de ofrecimiento y buen propósito, con una oración a Jesús y a María para que nos preserven aquel día de caer en pecado. Después hacer meditación y oír la santa Misa. Durante el día hacer la lectura espiritual, visitar al Santísimo Sacramento y a María Santísima. Por la noche rezar el Rosario y hacer el examen de conciencia. Comulgar varias veces por semana, según el consejo del director espiritual, que se debe escoger.

Sería también muy provechoso e] retirarse a una casa religiosa para hacer durante algunos días los ejercicios espirituales.

Además se debe honrar a la Virgen Santísima con algún particular obsequio, como ayunar los sábados en su honor. Llámase y es la Madre de la perseverancia, y esta gracia la promete particularmente a los que la sirven. «Los que se guían por Mí no pecarán». Sobre todos estos medios, el más principal es pedir a Dios continuamente la gracia de la perseverancia, señaladamente cuando la tentación nos acomete, invocando entonces sin cesar, mientras dura la tentación, los nombres de Jesús y de María. Si obráis de esta suerte, vuestra salvación estará asegurada; si así no obráis, ciertamente os condenaréis.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Amadísimo Redentor mío!, gracias os doy por las luces que me concedéis por los medios que para salvarme me dais a conocer. Os prometo ponerlos en práctica con gran constancia. Ayudadme con vuestro socorro para seros fiel. Veo que me queréis salvar; yo también quiero salvarme, principalmente para complacer a vuestro Corazón, que tanto desea mi salvación. No quiero, no, resistir por más tiempo al amor que me tenéis. Porque me habéis amado tanto, me habéis soportado con tanta paciencia durante el tiempo que gasté en ofenderos. Me convidáis con vuestro amor, y yo no quiero ni deseo rnas que amaros. Os amo, Bondad infinita; os amo, Bien infinito. Por los méritos de Jesucristo os pido que acabéis con jni ingratitud. Habéis comenzado, Señor, la obra de mi salvación; dignaos acabarla. «Confirma, ¡oh Dios!, esta obra que has hecho en nosotros». Dadme luces, dadme fuerza, dadme amor.

¡Oh María! Vos, que sois la tesorera de las gracias, socorredme; y puesto que quiero serviros, aceptadme por vuestro siervo y rogad a Jesús por mí. Los méritos de Jesucristo primero, y después vuestras oraciones, me han de salvar.

TRIGÉSIMOSEGUNDA CONSIDERACIÓN

DE LA CONFIANZA EN EL PATROCINIO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

Qui me ínvenerit inveniet vital
et hauriet salutem a Domino.

El que me hallare hallará la vida
y alcanzará del Señor la salvación.

Prov., VIII,. 35..

PUNTO PRIMERO
María es una abogada poderosa para salvarnos.

¡Cuan agradecidos debemos estar a la misericordia divina por habernos dado a María por abogada, la cual puede con sus ruegos obtenernos cuantas gracias deseamos. «¡ Oh dignación soberana de nuestro Dios —exclama San Buenaventura—, que siendo nosotros culpables te constituye a Ti, oh María, abogada nuestra, para que con tus ruegos nos alcances todo lo que quieras!». Pecadores, hermanos míos, si somos reos de la .Justicia divina y nuestros pecados nos han condenado al infierno, no hay por qué desesperar ; acudamos a esta amorosísima Madre, cobijémonos bajo su manto, y nos salvará. Lo que de nosotros pide para salvarnos es buena voluntad de mudar de vida, buena intención y una ilimitada confianza en su poder. Porque María es una abogada *poderosa,* una abogada *misericordiosa,* una abogada que *desea salvar a todos.*

Consideremos en primer lugar que María es una abogada *poderosa,* que todo lo puede con el Soberano Juez en beneficio de sus devotos. Este es un muy particular privilegio que le otorgó el mismo Juez, que es su Hijo. «Sí —dice San Buenaventura—, no deja de ser un gran privilegio el que María sea poderosísima cerca de su Hijo». Dice Juan Gersón que nada pide la Virgen Santísima a Dios, con voluntad determinada de lograrlo, que no lo alcance, y que María, en su calidad de Reina, manda a los ángeles para iluminar a sus devotos, purificarlos y perfeccionarlos. Por esto la Santa Iglesia, a fin de inspirarnos confianza en esta gran Abogada nuestra, la invoca con el nombre de Virgen poderosa: *Virgen poderosa, ruega por nosotros.*

Por qué es María tan poderosa ? Porque es la Madre de Dios. «Los ruegos de la Madre de Dios —dice San Antonino— van revestidos con cierto aire de imperio; por lo cual es imposible *que* no sean atendidos». Las oraciones de María, como Madre del Redentor, tienen cierta razón de imperio para Jesucristo, y por esto es imposible que, cuando ruega, no sean atendidos sus ruegos. San Gregorio de Nicomedia añade que nuestro Redentor atiende, benigno, a las oraciones de su Madre, como para satisfacer la obligación que le tiene por haberle dado el ser de hombre. Que por esto escribió Teófilo, obispo de Alejandría, «que el Hijo hasta agradece que su Madre le pida mercedes, porque quiere concederle cuanto le pide para recompensar el favor que Ife hizo de haberle revestido de carne humana.»

Por esto exclama el mártir San Metodio: «¡Alégrate, ;oh María!, y regocíjate, que tienes por deudor al mismo Hijo de Dios. Todos nosotros somos deudores a Dios; sólo Tú lo tienes a El por deudor».

De todo esto concluía Cosme de Jerusalén «que María goza de un poder ilimitado». «Sí, es omnipotente —añade Ricardo de San Lorenzo—, porque parece cosa muy puesta en razón que la Madre participe del poder del Hijo; y como el Hijo es omnipotente, ha hecho también omnipotente a la Madre». Pero con esta diferencia: que el Hijo es omnipotente por naturaleza, al paso que la Madre lo es por gracia; es decir, que obtiene cuanto pide, según aquel célebre verso: «Lo que Dios con su imperio, lo puedes Tú, Virgen María, con tus ruegos». Concuerda con esto lo que fue revelado a Santa Brígida. Oyó un día la Santa que Jesucristo, hablando con María, le dijo estas palabras: «Pídeme, Madre mía, cuanto quieras, que no será vana tu petición». Y de ello dio la razón diciendo «que. así como Tú nada me negaste mientras vivíamos en la tierra, justo es que nada te niegue Yo ahora en el cielo». En suma: no hay nadie en el mundo, por criminal que sea, que no pueda salvarse por la intercesión de María. «¡Oh María —le dice San Gregorio de Nicomedia—, tus fuerzas son insuperables, a fin de que la muchedumbre de los pecados no venza tu clemencia. Nada hay que pueda resistir a tu poder, porque el Creador mira tu gloria como la suya propia». «Nada os es imposible —dice San Pedro Damiano—, puesto que aún podéis salvar a los desesperados de su salvación».

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Reina y Madre mía bondadosísima! «Vos sois omnipotente —os diré con San Germán— para salvar a los pecadores, y no tenéis necesidad de otra recomendación cerca de Dios, porque sois la Madre de la verdadera vida». Si pues, acudo a Vos, ¡oh Señora mía!, todos mis pecados no pueden hacerme desconfiar de mi salvación. Vos, con vuestros ruegos, alcanzáis cuanto queréis; si oráis por mí, ciertamente me salvaré. ¡Oh gran Madre de Dios!, os diré con San Bernardo, rogad por este miserable, porque vuestro Hijo atiende a vuestros ruegos y os concede todo cuanto le pedís.

Verdad es que soy pecador; pero quiero enmendarme, y me complazco en ser vuestro especial siervo. Soy indigno, lo reconozco, de vuestra protección; pero sé muy bien que no habéis desamparado a ninguno de los que en Vos han puesto su confianza. Si lo queréis, podéis salvarme; en Vos confío. Cuando me daba yo por perdido y vivía olvidado de Vos, pensabais Vos en mí y me alcanzasteis la gracia de enmendarme; ¿cuánto más no debo esperar en vuestra piedad ahora que estoy

consagrado a vuestro servicio y que me encomiendo a Vos y en Vos pongo toda mi confianza?

¡Oh María!, rogad por mí y hacedme santo. Alcanzadme la santa perseverancia; haced que ame con todo mi corazón a vuestro Hijo y a Vos, Madre amabilísima. Os amo, Reina mía, y espero amaros siempre. Amadme Vos también, y con vuestro amor trocadme de pecador en santo.

PUNTO SEGUNDO

María es una abogada misericordiosa.

Consideremos en segundo lugar cómo María es una abogada tan *clemente* como poderosa, que no sabe rehusar su protección a cuantos a Ella acuden. «El Señor —dice David tiene puestos sus ojos sobre los justos»; mas «esta Madre de misericordia —dice Ricardo de San Lorenzo— tiene puestos sus ojos en los justos y en los pecadores, como la madre los tiene puestos en su hijo para que no caiga; y si por desgracia cayere, para levantarlo por su intercesión».

Decía San Buenaventura que, contemplando a María, parecía ver retratada en Ella la misma misericordia. Por esto nos exhorta San Bernardo a encomendarnos con gran confianza en todas nuestras necesidades a esta poderosa Abogada nuestra, porque es todo dulzura y bondad con los que a Ella, se encomiendan. «¿Por qué — exclama el Santo — teme acercarse a María nuestra humana flaqueza? Nada hay en Ella de austero, nada de terrible; todo en Ella es bondad». Por esto María es comparada al *olivo, como hermoso olivo en los campos*; así como del olivo no sale más que aceite, símbolo de la misericordia, así de las manos de María no brotan más que gracias y misericordias para dispensarlas a todos los que se ponen bajo su protección. Con razón, pues, llama Dionisio Cartujano a María «la Abogada de todos los pecadores que a Ella acuden». ¡Qué pena, ¡oh Dios mío, experimentará en el infierno el cristiano que se ha condenado, al pensar que podía haberse salvado con tanta facilidad recurriendo sin cesar a esta Madre de Misericordia y que entonces ya no tiene remedio! Cierto día dijo la Virgen a Santa Brígida: «Todos me llaman Madre de misericordia, y, en efecto, lo soy, porque la misericordia de mi Hijo me ha hecho misericordiosa.» Y, a la verdad, ;,a quién somos deudores de esta abogada y defensora, sino a la misericordia de Dios, que qiiiere salvarnos a todos ? «Por eso —añade María— es un desgraciado y lo será eternamente el que, pudiendo en esta vida encomendarse a Mí, que soy tan benigna y piadosa con todos, no acude a Mí y miserablemente se condena».

¿Temeremos por ventura que nos ha de negar María su favor si se lo pedimos? «No —dice San Buenaventura—, que María no sabe, ni jamás ha sabido, dejar de compadecer y ayudar a cualquier miserable que a Ella recurre». No sabe, y ni puede hacerlo, porque Dios la ha crea do para ser Reina y Madre de la misericordia; y como Reina de misericordia, está obligada a cuidar de los miserables. «Tú eres la Reina de la misericordia —la dice San Bernardo, ¿y quiénes sino los miserables son los súbditos de la misericordia?». «Y pues que Vos sois la Reina de la misericordia —prosigue diciendo el Santo con humildad— y yo el más miserable pecador, debéis tener de mí especial cuidado. Gobiérnanos, pues, ¡oh Reina de misericordia!». Es también María Madre de la misericordia, y como tal debe velar a sus hijos enfermos para librarlos de la muerte, pues su sola bondad la ha hecho Madre de todos los que sufren.

Por esto la llama San Basilio «público hospital». Los hospitales públicos están hechos para los enfermos pobres, y el más pobre tiene más derecho a ser en ellos recogido. Así María debe acoger, según San Basilio, con más cariño y con más compasión a los mayores pecadores que a Ella acuden.

No dudemos, pues, ni un instante de la misericordia de María. Un día oyó Santa Brígida al Señor que decía a su Madre: «Aun al mismo demonio concedieras misericordia si con humildad te la pidiese». Jamás el soberbio Lucifer se humillará hasta este punto; pero si el des venturado se humillase a esta divina Madre, Ella con su intercesión lo sacaría del infierno. Con estas palabras quería el Señor dar a entender lo que después dijo la misma Virgen María a la Santa: «Cuando un pecador, por grande que sea, acude a Mí con la sincera intención de enmendarse, estoy desde luego dispuesta a recibirle; y no miro a los pecados con que viene cargado, sino sólo a la intención con que viene; y no me desdeño de ungirle y curarle todas sus llagas, porque me llamo, y *en* realidad lo soy, la Madre de misericordia». Apoyado en esto, nos alienta San Buenaventura diciendo: «Confiad en Ella, pecadores, en la seguridad de que os ha de conducir al puerto». Pobres pecadores que habéis naufragado en el mar de la culpa, no desesperéis, alzad los ojos a María, cobrad ánimo y poned vuestra confianza en la bondad de esta buena Madre.

«Busquemos la gracia —dice San Bernardo—, pero busquémosla por medio de María». La gracia que nosotros hemos perdido, María la ha hallado; «si queremos, pues, recobrarla —dice Ricardo de San Lorenzo—, debemos acudir a la que la encontró». Cuando el arcángel San Gabriel anunció a la Virgen Santísima que había de ser Madre de Dios, entre otras cosas lo dijo: «No temas, María, que has hallado la gracia». Pues si la Virgen jamás estuvo privada de la gracia, puesto que siempre estuvo llena de ella, ¿cómo pudo decir que la había

hallado? A esto responde el cardenal Hugo que María no halló la gracia para Sí, porque siempre la había tenido, sino para nosotros, que la habíamos perdido. «Por eso debernos acudir a María —dice el citado autor— y decirle: «Bien sabéis, Señora, que los bienes hay que restituirlos al que los ha perdido; la gracia que habéis hallado no es vuestra, porque jamás la habéis perdido, sino que es nuestra, que la hemos perdido por el pecado; por consiguiente, debéis devolvérnosla.» Acudan, pues, los pecadores, acudan presurosos a los pies de María, pues pecando perdieron la gracia, y díganle sin temor: «Restituidnos lo que has hallado, que es nuestro».

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh gran Madre de Dios!, he aquí postrado a vuestros pies a un gran pecador que no una, sino mil veces ha perdido la divina gracia, que vuestro. Hijo le había merecido con su muerte preciosísima. ¡Oh Madre de misericordia!, a Vos acudo con el alma herida y llagada. No os desdeñéis de recibirme por esta causa, sino moveos por ello a mayor compasión y ayudadme. Mirad que todo lo fío a Vos; no me abandonéis.

No os pido bienes de la tierra, os pido la gracia de Dios y el amar a vuestro Hijo. Madre mía, rogad por mí y no ceséis de encomendarme a Dios. Los méritos de Jesucristo y vuestra intercesión me han de salvar. Oficio vuestro es interceder por los pecadores. «¡ Oh Abogada nuestra —os diré con Santo Tomás de Villanueva—, cumple tu oficio», encomendadme a Dios y defendedme. No hay causa, por desesperada que sea, que se pierda cuando Vos la defendéis. Ya que sois la esperanza de los pecadores, sed también la esperanza mía.

¡Oh María!, yo no me cansaré de serviros, de amaros y de recurrir siempre a Vos; y Vos no ceséis de socorredme, especialmente cuando me vea en peligro de volver a perder la gracia de Dios. ¡Oh María, oh gran Madre de Dios!, tened compasión de mí.

PUNTO TERCERO
María es una abogada que a todos defiende.

Consideremos en tercer lugar cómo María es una Abogada tan bondadosa, que no sólo ayuda a los que a Ella acuden, sino que va por Sí misma buscando desgraciados para ampararlos y salvarlos. A todos nos llama y nos alienta a esperar todo bien si acudimos a Ella. *En Mí* —dice— *está toda esperanza de vida y de virtud; venid a Mí todos*. Comentando el devoto Pelbarto este pasaje, dice que «llama a todos, así a los justos como a los pecadores». «El demonio —como

dice San Pedro— *nos asedia en busca de víctimas que devorar».* «Pero esta divina Madre —dice Bernardino de Bustos— va buscando a quien poder salvar». María es Madre de misericordia, y su bondad y compasión son tales, que vela solícita por salvarnos, bien así como una madre que no puede ver en peligro de perderse a uno de sus hijos sin prestarle auxilio. «¿Y quién —pregunta San Germán—, quién, después de vuestro Hijo Jesús, se interesa más que Vos por la salvación del género humano?». A lo cual añade Sari Buenaventura que María «se muestra tan solícita en socorrer a los miserables, que parece no tener más ambición que socorrerlos».

Ciertamente socorre a los que acuden a Ella, y es «tanta su benignidad — como dice el Iliota—, que a nadie rechaza». Pero no se contenta con esto el misericordioso Corazón de María; se anticipa a nuestros ruegos, como dice Ricardo de San Víctor, y antes que imploremos su ayuda ya nos la tiene concedida. Y añade el mismo autor «que María está tan llena de misericordia, que, apenas ve una miseria, luego la alivia, y no consiente su Corazón ver una pena sin acudir presurosa con su ayuda». De esta suerte obraba cuando vivía en este mundo, como lo manifestó en el hecho de las bodas de Cana de Galilea; al entender que faltaba vino, no esperó a que se lo pidiesen, sino que, compadecida de la vergüenza y aflicción de los esposos, rogó a su Hijo que los consolara, diciéndole: *No tienen vino*. Al momento alcanzó de su Hijo que milagrosamente convirtiese el agua en vino. «Por consiguiente —concluye San Buenaventura—, si tan grande era la piedad de María para con los afligidos mientras vivía en la tierra, ¿cuánto mayor no será ahora que está en el cielo, donde conoce mejor nuestras miserias y más se compadece de ellas?». A esto añade Novarino una muy atinarla reflexión: «Si María, sin ser rogada, se mostró tan pronta y tan solícita, ¿cuánto más solícita, y pronta estará a socorrer a quien la invoca?».

¡Ah! No dejemos de acudir en todas nuestras necesidades a esta divina Madre, a la cual, como dice Ricardo de San Lorenzo, hallarás siempre dispuesta a otorgar su favor a quien se lo pida. Y Bernardino de Bustos añade: «Que más desea María concedernos gracias que nosotros recibirlas»; y prosigue diciendo «que cuantas veces acudamos a Ella la hallaremos siempre con las manos llenas de gracias y misericordias.»

Es tan grande el deseo que tiene la Virgen Santísima de hacernos bien y salvarnos, que San Buenaventura llega a decir «que pecan contra Ella, no sólo los que la injurian positivamente, sino también los que no le piden gracias». Y, por el contrario, afirma el Santo Doctor que el que acude a María, se entiende siempre con voluntad de enmendarse, puede darse por salvo; por esto la llama «salud de los que la invocan». Acudamos, pues, en todas nuestras necesidades a esta divina

Madre, y digámosle con San Buenaventura: En Ti, Señora, esperé; jamás quedaré confundido. ¡Oh Señora y Madre de Dios, María!, habiendo puesto en Vos mi esperanza, no me condenaré.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh María! Ved aquí a vuestros pies a un miserable esclavo del infierno que implora vuestra piedad. Bien sé que no merezco gracia alguna; pero Vos sois la Madre de la misericordia, y ésta se ejerce con los que no la merecen. Todos os llaman esperanza y refugio de pecadores; sed, pues, mi refugio y la esperanza mía. Soy una oveja perdida, pero para salvar a esta oveja perdida bajó del cielo a la tierra el Verbo eterno y se hizo vuestro Hijo, y ahora quiere que acuda a Vos y me ayudéis con vuestros ruegos.

«Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores.» ¡Oh gran Madre de Dios! Vos rogáis por todos, rogad también a vuestro Hijo por mí. Decidle que soy devoto vuestro y que Vos me protegéis; decidle que tengo en Vos puesta toda mi esperanza; decidle que me perdone, pues me arrepiento de todas las injurias que le he hecho; decidle, pues es misericordioso, que me dé la santa perseverancia; decidle que me conceda la gracia de amarle siempre con todo mi corazón; decidle, en fin, que Vos me queréis salvar, pues El hace cuanto le pedís.

¡Oh María, esperanza mía!, en Vos confío: tened compasión de mí.

TRIGESIMOTERCERA CONSIDERACIÓN

DEL AMOR DE DIOS

Nos ergo diligamus Deum,
quoniam Deus prior dilexit nos.
Amemos, pues, a Dios, que Dios
nos amó el primero

·Jo., IV. II

PUNTO PRIMERO
Nadie nos ha amado tanto como Dios.

Considera en primer lugar que Dios merece que le ames, porque El te ha amado antes que tú le amases y ha sido el primero en amarte. *Con amor perpetuo te amé*. Los primeros en amarte en este mundo fueron tus padres, pero ellos no te amaron mientras no te conocieron. Mas antes de existir, Dios ya te amaba. No

vivían todavía en el mundo ni tu padre ni tu madre, y Dios ya te amaba; todavía el mundo no existía, y Dios ya tramaba; ¿y cuánto tiempo antes de que el mundo existiese te amaba Dios? ¿Por ventura mil años? ¿Acaso mil siglos antes ? No hay para qué contar años y siglo: El te ha amado desde toda la eternidad. *Con amor perpetuo te amé, y por eso te atraje a Mí, misericordioso*. En una palabra, Dios te ama desde que es Dios, y te ha amado a ti desde que comenzó a amarse a Sí mismo. Sobrada razón, pues, tenía la virgen Santa Inés al decir: «Otro amante antes que tú se ha cautivado mi amor.» Y cuando el mundo y las criaturas solicitaban su amor, respondía: «No, mundo; no, criaturas, no puedo amaros; pues que Dios ha sido el primero en amarme, justo es que a El le consagre todos los afectos de mi corazón».

Así, pues, hermano mío, Dios te ha amado desde toda la eternidad, y únicamente por puro amor te ha escogido entre tantos hombres como podía crear, y te ha dado el ser, y te ha puesto en el mundo. También por amor tuyo ha creado tantas otras hermosas criaturas, poniéndolas a tu servicio, para que te trajesen a la memoria el amor que te ha tenido y que tú le debes. «El cielo y la tierra —exclamaba San Agustín— y todo lo que hay en ella me están diciendo que te ame». Cuando el Santo se ponía a contemplar el sol, la luna, las estrellas, los ríos, los montes y los valles, parecíale que todas las criaturas le hablaban y le decían: «Agustín, ama a Dios, porque si a nosotras nos ha creado es por ti, es para que le ames.» Cuando el abad Rancé, fundador de la Trapa, se detenía a mirar las colinas, y las fuentes, y las flores, decía que todas estas criaturas le recordaban el amor que Dios le había tenido. De igual suerte hablaba Santa Teresa[3], y decía que las criaturas le echaban en cara su ingratitud para con Dios. Cuando Santa María Magdalena de Pazzi tomaba en la mano una hermosa flor o un sazonado fruto, sentía su corazón herido con la saeta del divino amor y exclamaba : «¿Es posible que mi Dios haya pensado desde toda la eternidad en crear esta flor, este fruto, por mi amor?».

Considera, además, el particular amor que Dios ha tenido haciéndote nacer en país cristiano y en el gremio de la Santa Iglesia. ¡Cuántos hay que nacen entre idólatras, judíos, mahometanos y otros herejes, y todos se pierden! Bien pocos son los hombres que tienen la suerte de nacer donde reina la verdadera fe; y entre estos pocos el Señor te ha escogido a ti. ¡Oh cuan grande don es el don de la fe! ¡Cuántos millones de personas viven sin Sacramentos, sin oír la divina palabra, privados de los ejemplos de buenos compañeros y de todos los otros auxilios que hay en la Iglesia de Dios para salvarnos! El Señor se ha dignado concederte todos estos favores sin mérito alguno de tu parte, y aun previendo todos tus pecados; porque mientras pensaba crearte y concederte todas estas gracias, preveía también las injurias que habías de hacerle.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Soberano Señor del cielo y de la tierra, Bien infinito, Majestad infinita! ¿Cómo os desprecian tanto los hombres, después de haberlos amado con tan grande amor ? Mas entre todos los hombres me habéis amado a mí con particular amor, otorgándome gracias especiales que no habéis concedido a tantos otros, y yo, en cambio, os he menospreciado más que todos ellos.

A vuestros pies me postro, ¡oh Jesús y Salvador mío!; «no me arrojes de tu presencia». Bien lo merecería por las ingratitudes que con Vos he usado; mas Vos habéis dicho que *el que viene a Mí* con corazón contrito *no lo desecharé*. Me arrepiento, Jesús mío, de haberos ofendido; en lo pasado no quise conoceros; pero ahora os reconozco por mi Señor y Redentor, que por salvarme y conquistar mi amor habéis dado la vida. ¿Cuándo acabaré, Jesús mío, de seros ingrato? ¿Cuándo comenzaré a amaros de veras ?

Mirad, Señor, que de hoy en adelante resuelvo amaros con todo mi corazón y no amar más que a Vos. Os adoro, ¡oh Bondad infinita!, por todos los que no os adoran y os amo por todos los que no os aman. Creo en Vos, espero en Vos, os amo a Vos y a Vos me ofrezco enteramente; ayudadme con vuestra gracia. Conocida tenéis mi debilidad. Y si tanto me habéis favorecido cuando no os amaba ni deseaba amaros, ¿cuánto más no debo esperar en vuestra misericordia ahora que os amo y, que todo mi afán es amaros? Señor mío dadme vuestro amor, pero un amor fervoroso que me haga olvidar de todas las criaturas, un amor fuerte que me haga basar por todas las dificultades a trueque de daros gusto, un amor perpetuo que tenga siempre unido mi corazón al vuestro.

¡Oh Jesús mío!, todo lo espero de vuestros méritos; y todo lo espero también de vuestra intercesión, ¡oh María, Madre mía!

PUNTO SEGUNDO
Dios nos ama hasta el extremo de darse todo a nosotros.

Mas no se contentó Dios con habernos dado tan hermosas criaturas, sino que El mismo se nos ha dado todo entero. «Nos amó —dice San Pablo— y por nosotros se entregó a la muerte». El maldito pecado nos había privado de la divina gracia y del paraíso y nos había hecho esclavos del infierno. Mas el hijo de Dios, por un prodigio de amor que asombró al cielo y a la tierra, bajó a este mundo, y se hizo hombre, para rescatar al hombre de la muerte eterna, devolverle la gracia perdida y abrirle las puertas del paraíso. ¿No fuera gran maravilla ver a un gran monarca

trocarse en gusano por amor a los gusanos? Pues maravilla infinitamente mayor es contemplar a Dios hecho hombre por amor a los hombres. «Se anonadó a Sí mismo —dice San Pablo—, tomando forma de siervo, y se redujo a la condición de hombre». ¡Un Dios revestido de nuestra carne! «Y el Verbo se hizo carne», corno dice San Juan.

Pero todavía el prodigio es mayor si consideramos lo que el Hijo de Dios ha hecho y padecido por nuestro amor. Bastábale, para redimirnos, derramar una sola gota de sangre, una lágrima; bastábale una oración, porque, siendo de valor infinito, por proceder de persona divina, era harto suficiente para salvar al mundo y a infinitos mundos. «Pero no —dice San Juan Crisóstomo—; lo que bastaba para nuestra redención no bastaba para declararnos el amor que nos tenía». Jesucristo no sólo quería salvarnos, sino que, amándonos con entrañable amor, quería que nosotros le correspondiéramos con el nuestro; y con este fin eligió una vida llena de trabajos, menosprecios y humillaciones, y una muerte, entre todas, la más terrible y espantosa, para darnos a entender el amor infinito que ardía en su Corazón. «Se humilló a Sí mismo —dice Sari Pablo—, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz». ¡Oh exceso del amor divino, que jamás llegarán a comprender todos los hombres y ángeles juntos! Digo *exceso,* porque así puntualmente lo llamaron Moisés y Elías en el Monte Tabor, hablando de la Pasión de Jesucristo. «Exceso de dolor y exceso de amor», exclama San Buenaventura. Si nuestro divino Redentor no hubiera sido Dios, sino simplemente uno de nuestros parientes o amigos, ¿qué mayor prueba podía darnos de su afecto que morir por nosotros? «Nadie tiene más grande amor que el que da la vida por sus amigos». Si Jesucristo hubiera tenido que salvar a su mismo Padre, ¿qué más podía haber hecho por su amor? Si tú, hermano mío, hubieras sido Dios y el Creador de Jesucristo, ¿qué otra cosa hubiera podido hacer por ti que sacrificar su vida, anegado en un mar de dolores y desprecios? Si el hombre más vil de la tierra hubiera hecho por ti lo que hizo Jesucristo, ¿podrías vivir sin amarlo?

Pero dime, ¿crees en la Encarnación y muerte de Jesucristo? ¿Lo crees y no le amas? ¿Y podrás amar otra cosa fuera de Jesucristo ? ¿Por ventura dudas de su amor? Pues advierte lo que te dice San Agustín: «Que a este fin vino Jesucristo a padecer y morir por ti, para hacerte comprender el inmenso amor que te tiene». Antes de la Encarnación podría el hombre dudar que Dios le amase con ternura; pero después de la Encarnación y muerte de Jesucristo, ¿cómo podemos dudar de ello? ¿Cómo podrá demostrarnos mejor su afecto que sacrificando por nosotros su vida divina? ¡Estamos ya acostumbrados a

oír hablar de la Redención, de un Dios colocado en un pesebre, de un Dios muerto en una cruz! ¡Oh santa fe, alumbra nuestras almas!

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Jesús mío!, habéis hecho cuanto podíais hacer para obligarme a amaros, y yo, por mi parte, he procurado con mi ingratitud poneros en la obligación de abandonarme. Sea por siempre bendita vuestra paciencia, que por tanto tiempo me ha tolerado. Bien merecido tengo un infierno creado a propósito para mí; pero vuestra muerte es toda mi confianza. Hacedme comprender, ¡oh sumo Bien!, cuántos títulos tenéis a mi amor y la obligación que tengo de amaros. Bien sabía yo. Jesús mío, que Vos habíais muerto por mí; ¿y cómo he podido, ¡oh Dios mío!, vivir durante tantos años olvidado de Vos? Si tornase de nuevo a nacer, querría, Señor, emplear en serviros todos los años de mi vida. Pero ya que estos años no volverán, haced que todo el tiempo que me resta de vida lo consagre a amaros y complaceros.

Carísimo Redentor mío, os amo con todo mi corazón; pero aumentad este mi amor; traedme, sin cesar, a la memoria lo que habéis hecho por mí, y no permitáis que persevere en mi ingratitud. No, no quiero resistir a las luces que me habéis dado; queréis que os ame, y yo también quiero amaros. ¿Y qué he de amar, si no amo a un Dios que es belleza infinita e infinita Bondad, a un Dios que ha muerto por mí, a un Dios que con tanta paciencia me ha sufrido, a un Dios que en lugar de castigarme, como lo merecía, ha trocado los castigos en gracias y favores? Os amo, ¡oh Dios mío!, digno de infinito amor, y mi único anhelo y mi único suspiro es vivir ocupado en amaros y olvidado de todo lo demás. ¡Oh caridad infinita de mi Señor!, socorred a un alma consumida por el deseo de ser enteramente vuestra.

Socorredme también Vos, ¡oh María!, augusta Madre de Dios, con vuestra intercesión. Pedid a vuestro Jesús que me haga todo suyo.

PUNTO TERCERO
Dios nos amó hasta llegar a morir por nosotros.

Nuestra admiración subirá de punto si consideramos el ardentísimo deseo que tenía Jesucristo de padecer y morir por nosotros. Por esto durante su vida dijo: «Con un bautismo tengo de ser bautizado; ;y cómo traigo oprimido mi corazón hasta que no se cumpla!». «Tengo de ser bautizado con bautismo de mi propia sangre, y me consume el deseo de que llegue pronto la hora de mi Pasión y muerte, a fin de que comprenda el hombre el amor que le tengo.» Este mismo

deseo le hizo decir en la noche que precedía a su Pasión: «Con deseo he deseado comer con vosotros este cordero pascual». «De manera que parece —dice San Basilio de Seleucia— que nuestro Dios no puede calmar la sed que le devora de amar al hombre».

¡Oh Jesús mío! Los hombres no os aman porque no piensan en el amor que les habéis tenido. ¡Ah! Si un alma se parase a contemplar a un Dios muerto por su amor, y con un deseo insaciable de morir para demostrarle el amor que le tiene, ¿cómo es posible que pueda vivir sin amarle ? *La caridad de Cristo* —dice San Pablo— *nos hace fuerza*. No es tanto lo que Jesuicristo ha hecho y padecido por nosotros lo que nos fuerza y nos obliga a amarle, sino el amor que en padecer por nosotros nos ha manifestado. Considerando esto, exclamaba San Lorenzo Justiniano: «Hemos visto a la sabiduría misma, al mismo Dios, como loco de amor por el amor excesivo que tiene a los hombres». ¿Quién pudiera creer, si la fe no nos lo asegura, que el Creador ha querido morir por sus criaturas? Arrebatada en éxtasis Santa María Magdalena de Pazzi, con un Crucifijo en las manos, llamaba a Jesucristo loco de amor. «En verdad, Jesús mío —repetía —, que estás loco de amor». Esto mismo decían los gentiles, y cuando oían predicar la Pasión y muerte de Jesucristo la tenían por locura y se resistían a creerla, como lo atestigua San Pablo: «Predicamos a Jesucristo crucificado, lo cual para los judíos es motivo de escándalo, y parece una locura a los gentiles». «¿Quién podrá creer —decían— que un Dios felicísimo, que de nadie necesita, haya podido descender a la tierra y hacerse hombre y morir por amor de los hombres, sus criaturas? Esto equivaldría a creer que Dios se ha vuelto loco por los hombres.» Y, sin embargo, es de fe que Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, por amor nuestro se entregó a la muerte. «Nos amó y se entregó a Sí mismo por nosotros».

¿Por qué obró de esta suerte? A fin de que vivamos, no para el mundo, sino para aquel Señor que se ha dignado morir por nosotros «Por todos nosotros murió Cristo —dice San Pablo—, para que los que tienen vida no vivan para sí, sino para Aquel que por nosotros murió». Obró de esta suerte para poder, con el amor que nos ha manifestado, granjearse todos los afectos de nuestro corazón. «Porque a este fin Cristo murió y resucitó —añade el Apóstol—, para enseñorearse de vivos y muertos».

Por esto los santos, al meditar la Pasión de Jesucristo, creían hacer bien poco dando todo y hasta su vida por amor de un Dios tan amante. ¡Cuántos hombres ilustres, cuántos príncipes han abandonado parientes, riquezas, patria, los cetros y coronas, para sepultarse en un claustro y vivir allí amando a Jesucristo! ¡Cuántos mártires han sacrificado su vida! ¡Cuántas vírgenes, renunciando a la mano de los

príncipes, han corrido presurosas a la muerte, para responder, en la medida que podían, al afecto que les había demostrado un Dios muerto por su amor!

Y tú, hermano mío, ¿qué has hecho hasta ahora por amor de Jesucristo? Así como El ha muerto por los santos: por San Lorenzo, por Santa Lucía, por Santa Inés, ha muerto igualmente por ti. ¿Qué piensas hacer en lo que te resta de vida, y que Dios benignamente te concede para que le ames? De hoy en adelante contempla a menudo el Crucifijo, y, al contemplarlo, trae a la memoria el amor que te ha tenido y dile interiormente: «¡Conque Vos, Dios mío, habéis muerto por mí!» Haz esto a lo menos, pero hazlo con frecuencia, y obrando así te sentirás dulcemente obligado a amar a un Dios que tanto te ha amado.

AFECTOS Y PETICIONES

Amadísimo Redentor mío! Es verdad que si no os he amado es porque no he pensado en el amor que me habéis tenido. ¡Oh Jesús mío!, harto ingrato he sido con Vos. Por mí habéis muerto con la más amarga de todas las muertes, y yo he sido tan desagradecido, que ni siquiera he querido pensar en ello. Perdonadme, que yo os prometo, Amor mío crucificado, que de hoy en adelante Vos seréis el único objeto de mis pensamientos y de todos mis afectos. Y cuando el demonio o «1 mundo me brinden con algún fruto vedado, recordadme, amantísimo Salvador mío, los trabajos que habéis padecido por mi amor, a fin de que os ame y no vuelva a ofenderos.

¡Ah! Si uno de mis criados hubiera hecho por mí lo que Vos habéis llevado a cabo, ¿cómo tendría valor para darle un disgusto? ¿Y cómo he tenido valor para ofenderos a Vos tantas veces, después de haber muerto por mí ? ¡Oh hermosas llamas del divino amor, que obligasteis a un Dios a dar la vida por mí!, venid, inflamad y abrasad mi corazón y purificadle de todos los afectos a las cosas creadas. ¡Amantísimo Redentor mío!, ¿cómo es posible que os contemple reclinado en el pesebre de Belén, o suspendido de la cruz en el Calvario, o encerrado en los Sagrarios de nuestros altares y no me enamore de Vos?

¡Oh Jesús mío!, os amo con todo mi corazón; en los años que me restan de vida. Vos sólo seréis mi único amor, pues sobrados años he pasado miserablemente olvidado de vuestra Pasión y de vuestro amor. A Vos me entrego todo entero, y si no me doy a Vos, como debo, apoderaos de mi corazón y reinad en él como dueño *y* Señor. «Venga a nos el tu reino.» Quiero ser esclavo de vuestro amor; no quiero pensar, ni hablar, ni tratar, ni suspirar más que por amaros y complaceros. Asistidme siempre con vuestra gracia, para que sea fiel a mis promesas. Todo lo fío a vuestros méritos, ¡oh Jesús mío!

¡Oh Madre del Amor Hermoso!, haced qué ame con todo mi corazón a vuestro Hijo, que es tan amable y que tanto me ha amado.

TRIGESIMOCUARTA CONSIDERACIÓN

DE LA SANTA COMUNIÓN

Accipite comedite, hoc est
Caorpus Meum
Tomad y comed, este es mi
Cuerpo
Mt., 26, 26.

PUNTO PRIMERO
Del gran don de la Eucaristía.

Tres cosas hemos de considerar en la Eucaristía: el gran don del Santísimo Sacramento, el grande amor que Jesucristo nos ha manifestado al darnos este don y el gran deseo que tiene de que recibamos este don por excelencia.

Consideremos en primer lugar la grandeza del don que nos ha hecho Jesucristo dándosenos a Sí mismo en alimento en la santa Comunión. «Aunque Jesucristo es omnipotente —dice San Agustín—, no puede darnos más». «¿Y qué mayor tesoro —añade San Bernardino de Sena— podrá desear o recibir un alma que el cuerpo sacrosanto de Jesucristo?». «Dad a conocer — exclama Isaías— a las gentes sus designios». Publicad, ¡oh hombres', las amorosas invenciones de nuestro Dios. Si nuestro divino Redentor no nos hubiera hecho este don, ¿quién se hubiera atrevido a pedírselo? ¿quién hubiera jamás tenido la osadía de decirle: «Si queréis, Señor, darnos a conocer vuestro amor, ocultaos bajo las apariencias de pan y permitid que os recibamos como alimento»? El, sólo pensarlo se tendría por locura. «Porque, a la verdad, ¿no parece insigne locura —nota San Agustín— decir: «Comed mi carne, bebed mi Sangre?». Cuando Jesucristo reveló a los discípulos este don del Santísimo Sacramento que intentaba darles, no pudieron alcanzar a comprenderlo, y se separaron de El diciendo: «¿Cómo puede Este darnos a comer su propia carne? Dura es esta doctrina; ¿quién podrá oírla?». Mas lo que los hombres no pudieron siquiera imaginar, lo ha pensado y llevado a cabo el grande amor de Jesucristo.

El Señor se ha quedado en este Sacramento como recuerdo del amor que en su Pasión nos manifestó. Por eso San Bernardino llama a este Sacramento «el memorial de su amor». Esto es muy conforme con lo que dijo el mismo Jesucristo *por* San Lucas: «Haced esto en memoria mía»: «No se contentó con esto— dice San Bernardino—, sino que, ardiendo Jesucristo de amor por nosotros, no quedó satisfecho su amor con darnos su vida por nuestra salud sino que se vio como forzado por el ímpetu del amor a ejecutar antes de morir la obra más estupenda que jamás había obrado, cual era darnos en alimento su sacratísimo cuerpo». Dice el abad Guérrico «que Jesucristo, instituyendo este Sacramento, hizo el último esfuerzo de amor en favor de sus amigos». Mejor se expresa todavía el Concilio de Trento, diciendo «que Jesucristo quiso como derramar sobre los hombres todos los tesoros de su amor».

«¿Qué fineza tan grande de amor no fuera —dice San Francisco de Sales— si un príncipe, estando a la mesa, mandase aun pobre una porción de sus platos? ¿Qué si le mandase toda su comida? ¿Qué, finalmente, si le mandase como manjar un pedazo de carne arrancado de su propio brazo?» Pues bien, Jesucristo en la santa Comunión nos da en alimento, no un plato de su mesa, no una parte dé su cuerpo, sino toda su carne sacrosanta. «Tomad *y* comed —nos dice—, éste es mi cuerpo». Y junto con su cuerpo nos da también su alma y su divinidad; de suerte que, al dársenos el Señor en este Sacramento, «nos da todo lo que tiene— dice San Juan Crisóstomo—, sin reservarse nada para Sí». Y el Doctor Angélico añade: «Dios nos ha dado en la Sagrada Eucaristía todo lo que es y todo lo que tiene». «He aquí —exclama admirado San Buenaventura— a nuestro soberano Señor, a quien el mundo entero no es bastante a contener; helo aquí que en el Santísimo Sacramento se queda como nuestro prisionero». Si el Señor se nos da todo entero en la Eucaristía, ¿cómo podemos temer que nos niegue ninguna gracia que le pidamos? «¿Cómo dejará de darnos con El cualquiera otra cosa?».

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Jesús mío! Qué es lo que os ha movido a darnos vuestro Cuerpo en alimento? Y después de este don, ¿ os queda más que dar para obligarnos a amaros? ¡Ah Señor!, dadme luces y hacedme comprender el exceso de amor que os movió a convertiros en alimento para uniros con nosotros, miserables pecadores. Mas si Vos os habéis dado al hombre todo entero, justo es que el hombre se entregue enteramente a Vos. ¡Oh Redentor mío!, ¿y cómo he podido ofenderos a Vos, que tanto me habéis amado y que nada habéis perdonado para granjearos mi amor? Por mí os hicisteis hombre, por mí moristeis, por mí os

trocasteis en alimento; ¿qué más, decidme, os queda que hacer? Os amo, Bondad infinita; os amo, Amor infinito. Venid, Señor, con frecuencia a mi alma e inflamadla en vuestro santo amor; haced que me olvide de todo para no pensar más que en Vos.

¡Oh Santísima Virgen María!, rogad por mí, y con vuestra intercesión hacedme digno de recibir con frecuencia a vuestro Hijo en el Santísimo Sacramento.

PUNTO SEGUNDO
Del amor con que Jesucristo nos otorgó este don de la Eucaristía.

Consideremos, en segundo lugar, el grande amor que Jesucristo nos manifestó al hacernos este don. El Santísimo Sacramento es un don que procede únicamente del amor. Para salvar a] hombre fue necesario, según los divinos decretos, que el Redentor muriese y aplacase con el sacrificio de su vida a la divina Justicia, irritada por nuestros pecados. Pero ¿qué necesidad había que Jesucristo, después de su muerte, se nos diese como alimento? Mas así lo quiso el amor. «Jesucristo —dice San Lorenzo Justiniano— instituyó la Eucaristía para darnos a entender el inmenso amor que nos tiene». Esto es cabalmente lo que dice San Juan: «Sabiendo Jesucristo que había llegado la hora de pasar de éste mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos, los amó hasta el fin». Al saber nuestro amoroso Redentor que había llegado la hora de su muerte, quiso dejarnos la mayor prueba que nos podía dar de su amor, que fue este don del Santísimo Sacramento. Aquellas palabras de San Juan, *los amó hasta el fin,* significan, según la explicación de Teofilaeto y San Juan Crisóstomo, «que amó a los hombres con extremado amor, con amor sumo».

Adviértase, además, como lo nota el Apóstol, la ocasión en que Jesucristo instituyó este Sacramento, que fue en el tiempo de su muerte. «En aquella misma noche en que debía ser vendido, tomó el pan y, dando gracias, lo partió y dijo: «Tomad y comed, éste es mi cuerpo». Mientras que los hombres se preparaban para azotarle, coronarle de espinas y hacerle morir en cruz, nuestro amoroso Redentor quiso darles esta última prueba de su amor. ¿Y por qué en la muerte y no antes instituyó este Sacramento ? «Lo hizo —dice San Bernardino—porque los testimonios de afecto que se dan a los amigos en los solemnes momentos de la muerte, fácilmente se graban en la memoria y se tienen en más aprecio».

Jesucristo —dice el Santo— ya antes se nos había dado de muy diversas maneras: por compañero, por maestro, por padre, por guía, por ejemplo, por

víctima: «pero el dársenos en alimento fue el último grado de amor, porque no puede darse unión más cabal y perfecta que la unión que hay entre el manjar y aquel que lo come». Por manera que nuestro Redentor no se contentó solamente con unirse a nuestra naturaleza humana: quiso hallar la manera de unirse por medio de este Sacramento con todos y cada uno de los hombres en particular.

«En ninguna otra acción —dice San Francisco de Sales— puede considerarse a nuestro amantísimo Redentor ni más tierno ni más amoroso que en ésta, en la cual se aniquila, por decirlo así, y se convierte en alimento para introducirse en nuestras almas y unirse al corazón de sus fieles». «De suerte que por medio de la Comunión nos unimos —dice San Juan Crisóstomo— con aquel Señor en cuyo rostro no se atreven a fijar sus miradas los mismos serafines, y quedamos hechos con El un mismo cuerpo y una misma carne». «¿Hay por ventura algún pastor —añade el Santo— que alimente a sus ovejas con su propia sangre? Pero ¡qué digo un pastor! ¿Cuántas madres hay que entregan sus hijos a las nodrizas para que los alimenten! Mas Jesucristo, en el Santísimo Sacramento, no consintió en esto, sino que nos alimenta con su propia sangre. ¿Por qué se hizo alimento nuestro? —prosigue diciendo el Santo—. Porque nos amaba con ardor, y por esto quiso unirse a nosotros de tal suerte que nosotros y El no fuésemos más que una cosa: esto es, de amadores amantes por todo extremo».

Jesucristo, pues, quiso obrar el mayor de los milagros. «Memoria eterna dejó de sus maravillas —dice el Salmista—: ha darlo alimento a los que le temen», a fin de satisfacer el ansia amorosa que tenía de estar con nosotros y de unir al nuestro su adorado Corazón. «¡ Oh Dios, enamorado de nuestras almas! —exclama San Lorenzo Justiniano—, de tal manera quisiste incorporarnos con tu carne virginal, que tu Corazón y el nuestro, unidos entre sí, no formasen más que uno». Decía el Padre De la Colombiére, gran siervo de Dios, que, «si alguna cosa hiciera vacilar su fe en el misterio de la Eucaristía, no dudaría del poder de Cristo, sino más bien del amor que nos ha manifestado en este Sacramento. Cómo el pan se convierte en la carne de Cristo, cómo está a la vez en muchos lugares, lo comprendo —añadía—, porque Dios lo puede todo. Pero si me preguntaran cómo ama Jesucristo al hombre con tan extremado amor, hasta llegar a hacerse su alimento, no acertaría a responder; diría que no lo entiendo y que el amor de Jesucristo es incomprensible.» Pero, Señor, que tan grande exceso de amor, cual es convertiros en nuestro alimento, no conviene a vuestra Majestad; pero «el amor —responde San Bernardo— hace olvidarse al amante de su propia dignidad». El amor —dice también el Crisóstomo— no busca razones de propia conveniencia cuando trata de darse a conocer al amado; va, no adonde le conviene, sino adonde se siente arrastrado». Razón, pues, tenía Santo Tomás de llamar a este Sacramento «Sacramento de amor y prenda de caridad»; y San Bernardo: «Amor de los

amores». Santa Magdalena de Pazzi llamaba *día de amor* el día del Jueves Santo, en que fue instituido este Santísimo Sacramento.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh amor infinito de Jesús, digno de infinito amor! ¡Ay! ¿Cuándo os amaré como Vos me habéis amado a mí? A la verdad, nada más podéis añadir a vuestro amor para obligarme a aMiaros; y yo, con todo, he tenido valor de abandonaros a Vos, Bien infinito, para ir en pos de bienes viles y miserables. Dadme luces, ¡oh Dios mío!; descubridme de continuo la grandeza de vuestro amor, a fin de que acabe por enamorarme de Vos y trabaje sin cesar por agradaros. Os amo, ¡oh Jesús, amor mío y mi todo!; quiero unirme con frecuencia a Vos en este Sacramento, para desprenderme de todo y amaros a Vos sólo, vida mía. Ayudadme, ¡oh Redentor mío!, por los méritos de vuestra Pasión.

Ayudadme también Vos, ¡oh Madre de Jesús y Madre mía!; decidle que me inflame del todo en su santo amor.

PUNTO TERCERO
Del gran deseo que tiene Jesucristo de que le recibamos en la Comunión.

Consideremos en tercer lugar el gran deseo que tiene Jesucristo de que le recibamos en la santa Comunión. *Sabiendo Jesucristo que había llegado su hora;* mas ¿cómo podía llamar Jesucristo *su hora* aquella en que debía dar comienzo a su amarguísima Pasión? La llamó *suya,* porque en aquella noche había determinado dejarnos este divinísimo Sacramento, por medio del cual quería unirse todo entero a sus almas queridas. Por lo cual les dijo a sus discípulos: «Con gran deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua». Con estas palabras nos quería dar a entender el deseo y ansia vivísima que tenía de unirse con nosotros en este Sacramento. Aquellas palabras: *con gran deseo he deseado,* «fueron voces —dice San Lorenzo Justiniano— del amor inmenso que nos tenía». Y para que con mayor facilidad pudiéramos recibirle, quiso ocultarse bajo las apariencias, de pan; si se hubiera dado bajo la especie de algún alimento de mucho precio, los pobres quedaran privados de él, así como tampoco hubieran podido recibirle de haber escogido otro alimento no precioso, pero que no hubiera podido hallarse en todos los lugares de la tierra. Pero no; Jesucristo quiso quedarse bajo las apariencias de pan, porque en todas partes y a poca costa se halla, y de esta suerte todos y en todas partes pudieran encontrarlo y recibirlo.

Ardiendo nuestro Redentor en esta grande ansia que tiene de que le recibamos, no sólo nos exhorta a ello con invitaciones amorosas, diciéndonos: «Venid y comed mi pan y bebed mi vino, que os tengo preparados». «Comed, amigos, y bebed, carísimos, hasta saciaros», sino que con precepto formal nos obliga a ello por estas palabras: «Tomad y comed, este es mi cuerpo». Y para inclinarnos a ello, nos alienta con las promesas del paraíso: «El que come mi carne tiene la vida eterna». «El que come este pan vivirá eternamente.»

Y si rehusamos recibirle, nos amenaza con excluirnos del paraíso: «Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre..., no tendréis vida en vosotros». Estas invitaciones, estas promesas, hasta las mismas amenazas nacen del gran deseo que tiene Jesucristo de unirse con nosotros en este Sacramento; este deseo proviene del grande amor que nos profesa; porque, como dice San Francisco de Sales, el fin del amor no es otro que unirse con el objeto amado; y por eso Jesucristo se une al alma por medio de este Sacramento. «El que come mi carne y bebe mi sangre —dice por San Juan— en Mí permanece y Yo en él». Por esto desea con tantas ansias que le recibamos en el Santísimo Sacramento. «No hay abeja —dijo un día el Señor a Santa Matilde— que con tanta avidez se arroje a libar las flores, para hacer la miel, como me lanzo Yo a las almas que me desean.

¡Oh, si los cristianos entendiesen el gran provecho que saca el alma de la santa Comunión! Jesucristo es el dueño de todas las riquezas; «y habiendo el Padre Eterno puesto el tesoro de sus riquezas en manos de Jesús», cuando este divino Señor entra en el alma por la Comunión, lleva consigo inmensos tesoros de gracia, pudiendo entonces exclamar con Salomón, hablando de la sabiduría eterna: «Junto con ella vinieron a mi alma todos los bienes».

Dice San Dionisio Aeropagita «que la Eucaristía tiene gran virtud para santificar las almas». Y San Vicente Ferrer dejó escrito que más mejorada sale el alma después de tina Comunión que tras larga semana de ayuno a pan y agua. El Sagrado Concilio de Trento asegura que la Comunión es general medicina que nos libra de los pecados veniales y nos preserva de los mortales». Por donde San Ignacio mártir vino a llamar al Santísimo Sacramento «medicina de la inmortalidad». E Inocencio III añade que si Jesucristo, padeciendo muerte de cruz, nos rescató de la esclavitud del pecado, con la Eucaristía nos libra de la voluntad de pecar».

Pero el efecto principal de este SaeramentO es encender en el alma el fuego del divino amor. «Metióme dentro de la bodega del vino y ordenó en mí la caridad», exclama la Esposa de los Cantares, y añade: «Fortalecedme con flores, confortadme con manzanas, porque desfallezco de amor.» Sobre estas palabras

dice San Gregorio Niseno que esta bodega es precisamente la Comunión, donde el alma de tal suerte queda embriagada en divino amor, que le hace olvidar todas las bajezas de la tierra, que esto significa aquel languidecer de amor de que habla la Esposa. Decía el venerable Padre Francisco Olimpio, teatino, que no hay cosa que así inflame el alma en divino amor como la santa Comunión.

«Dios es caridad», escribe San Juan, y es también «fuego consumidor». Pues este fuego de amor es el que el Hijo de Dios vino a prender en la tierra. «Fuego vine a poner en la tierra, ¿y qué he de querer sino que arda? ».

¡Qué llamas de amor divino enciende Jesucristo en las almas de los que lo reciben en este Sacramento! Vio cierto día Santa Catalina de Sena a Jesús Sacramentado en manos de un sacerdote como globo de fuego, y quedó maravillada la Santa al ver cómo tan gran incendio no inflamaba *y* consumía en santo amor todos los corazones de los hombres. Santa Rosa de Lima decía que, al comulgar, le parecía recibir el sol; y despedía de su rostro tales rayos de luz, que deslumbraban la vista del que la veía; y tanto era el ardor que de su boca salía, que quien, después de haber comulgado, le acercaba la mano a la boca, sentía quemársele, como si la metiese en el fuego. Del rey San Wenceslao(4) se refiere que, con sólo visitar en la iglesia al Santísimo Sacramento, se inflamaba aun exteriormente en tanto ardor, que el paje que le acompañaba, caminando sobre la nieve, no sentía los rigores del frío con sólo poner los pies en las huellas que dejaba el santo rey. Es que la Eucaristía, según expresión de San Juan Crisóstomo, «es una hoguera que de tal manera inflama a los que a ella se acercan, que como leones que echan fuego por la boca debemos levantarnos de aquella mesa, hechos fuertes y terribles contra los demonios».

Pero dirá alguno: «Si no comulgo con más frecuencia es porque me siento frío en el amor divino» «Y porque te sientes frío —te diré con Gersón—, ¿por eso te separas del fuego? Cabalmente porque te sientes frío debes acercarte con mayor motivo a este Sacramento, siempre que alimentes en tu corazón el deseo de amar a Dios». «Si te preguntan —dice San Francisco de Sales a su Pilotea— por qué comulgas con tanta frecuencia, respóndeles que dos clases de personas deben comulgar con frecuencia: los perfectos y los imperfectos; los perfectos, para conservarse en la perfección, y los imperfectos, para lograr alcanzarla». «Acércate al sagrado Banquete —dice San Buenaventura—, por frío que estés, fiándolo todo a la misericordia divina; porque cuanto más aquejado está uno de mortal dolencia, tanto más necesita de la asistencia del médico». Un día dijo nuestro Señor a Santa Matilde: «Cuando te acerques a comulgar, desea tener en tu corazón todo el amor que ha cabido en el de mis amantes, que Yo por mi parte te lo recibiré tan grande como tú querrías que fuese».

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Jesús mío, enamorado de las almas!, ya no os queda nada que hacer para demostrarnos el grande amor que nos tenéis. ¿Qué otras invenciones o maravillas pudierais obrar para conquistar nuestro amor? Haced, ¡oh Bondad infinita!, que de hoy en adelante os ame con todas mis fuerzas y con toda la ternura de mi corazón. ¿Ya quién debo amar con más tierno afecto que a Vos, Redentor mío, que después de haber dado la vida por mí os habéis entregado todo entero en este Sacramento? ¡Ah Señor mío!, traedme siempre a la memoria lo que me habéis amado, para desprenderme de todo y no amar más que a Vos sin interrupción y con toda mi alma. Os amo, Jesús mío, sobre todas las cosas y sólo a Vos quiero amar. Arrancad de mi corazón, yo os lo ruego, todos los afectos que a Vos no se dirijan. Gracias os doy porque todavía me dais tiempo para amaros y para llorar los disgustos que os he dado. Deseo, Jesús mío, que Vos seáis el único objeto de todos mis amores. Socorredme y salvadme, y mi salvación consista en amaros con todo mi corazón en esta vida y en la otra.

¡Oh María, Madre mía, ayudadme a amar a Jesús; rogadle por mí!

TRIGESIMOQUINTA CONSIDERACIÓN

DE LA AMOROSA PRESENCIA DE JESUCRISTO EN EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Venite ad me omnes qui laboratis et
onerati estis et ego reficiam vos..
Venid a Mí todos los que estáis trabajados
y cargados y Yo os aliviaré.
Mt., 11, 28.

PUNTO PRIMERO
Jesucristo, en el Sagrario, está a disposición de los hombres.

Debiendo nuestro amantísimo Salvador dejar este inundo después de haber consumado con su muerte la obra de nuestra Redención, no quiso dejarnos solos en este valle de lágrimas. «Ninguna lengua creada —exclama San Pedro de Alcántara— puede declarar la grandeza del amor que Cristo tiene a su Esposa, la Iglesia, y, por consiguiente, a cada una de las almas que están en gracia... Pues queriendo este Esposo dulcísimo partirse de esta vida y ausentarse de su Esposa,

la Iglesia (porque esta ausencia no le fuere causa de olvido), dejóla por memorial este Santísimo Sacramento, en que se quedaba El mismo, no queriendo que entre El y ella hubiese otra prenda que despertaste su memoria sino El»[5].

¡Con qué demostraciones de amor, pues, no debemos corresponder al amor que Jesucristo con esta ocasión nos manifestó! Si en estos últimos tiempos ha querido que se instituyera una fiesta en honor de su Sacratísimo Corazón, como le fue revelado a la B. Margarita María Alacoque[6], fue para que con nuestros obsequios y homenajes le pudiéramos pagar de alguna manera el amor que nos manifiesta al permanecer de continuo en nuestros altares y para que compensemos al mismo tiempo los ultrajes que ha recibido y recibe todavía en este Sacramento de amor de parte de los herejes y de los malos cristianos.

Jesucristo se ha quedado en el Santísimo Sacramento: 1.°, para hacerse accesible a todos; 2.°, para dar audiencia a todos, y 3.°, para dispensar a todos sus gracias.

En primer lugar, Jesucristo mora en tantos altares diversos para hacerse hallar de todos los que le buscan. En aquella noche en que nuestro amoroso Redentor se despidió de sus discípulos para ir a la muerte, éstos, al pensar que tenían que separarse de su adorado Maestro, lloraban sin consuelo; mas Jesucristo, para consolarlos a ellos y consolarnos también a nosotros, dijo: «Hijos míos, voy a morir por vosotros para manifestaros el amor que os tengo; pero aunque voy a la muerte, no quiero dejaros solos; mientras permanezcáis en la tierra, con vosotros me quedaré en el Santísimo Sacramento del altar. En él os dejo mi cuerpo, mi alma, mi divinidad y todo cuanto soy. No, no me separaré de vosotros mientras viváis en la tierra.» «Mirad —nos dice por San Mateo— que Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos». «Quería el Esposo —dice Pedro de Alcántara—, en esta ausencia tan larga, dejar a su Esposa compañía porque no se quedase sola, y dejóla la de este Sacramento, donde se queda El mismo, que es la mejor compañía que le podía dejar»[7]. Los gentiles, que han inventado tantos dioses, no han sabido forjarse uno tan amoroso como el nuestro, que se ha hecho vecino nuestro y nos asiste con tanto amor. «No hay otra nación tan grande que tenga tan cerca de sí a los dioses como está cerca de nosotros nuestro Dios». Así habla Moisés en el Deuteronomio, v la Santa Iglesia aplica este texto a la fiesta del Santísimo Sacramento.

Ved aquí, pues, a Jesucristo, que permanece en nuestros altares como cautivo en tantas prisiones de amor. Sácanle los sacerdotes para exponerlo en la custodia o para dar la Comunión a los fieles, y tornan después a encerrarlo, y Jesucristo no se desdeña de permanecer allí encerrado día y noche. Pero, de qué os sirve,

Redentor mío, permanecer en tantas iglesias también durante la noche, cuando los hombres cierran las puertas y os dejan solo? ¿No os bastaba permanecer con ellos durante el día? No; Jesucristo quiso quedarse también de noche, aunque solo, a fin de que le halle luego por la mañana el que le busque. Andaba la Esposa de los Cantares en busca de su Amado, y a cuantos encontraba a su paso les preguntaba: «¿Por ventura habéis visto al Amado de mi alma?». Y no encontrando a quien diera razón de El. alzaba la voz y decía: «Respóndeme, Esposo mío, ¿dónde tienes los pastos, dónde el sesteadero al llegar al mediodía?». Y la Esposa no le hallaba, porque todavía no estaba en el Santísimo Sacramento; pero al presente, si un alma quiere hallar a Jesucristo, basta que vaya a la parroquia, o a la iglesia de un convento, y allí hallará a su Amado, que le está esperando. No hay pueblecillo, por mísero que sea; no hay monasterio de religiosos que no tengan el Santísimo Sacramento; y en todos estos lugares el Rey del cielo se contenta con estar en cerrado en un tabernáculo de madera o de piedra, donde con harta frecuencia vive solo y sin más compañía que una lamparilla que arde en su presencia. «Pero, Señor —le dice San Bernardo—, que esto no conviene a vuestra Majestad.» «No importa —responde Jesucristo—; si no conviene a mi Majestad, basta que convenga a mi amor».

Grandes sentimientos de ternura y afecto experimentan los peregrinos al visitar la Santa Casa de Loreto, o los Lugares de la Tierra Santa: como la gruta de Belén, el Calvario, el Santo Sepulcro, donde Jesucristo nació, y vivió, y murió, y fue sepultado. Pero ¡cuánto mayor debe ser nuestra devoción y ternura al visitar una iglesia, donde está Jesucristo en persona en el Santísimo Sacramento! Decía el Beato Padre Juan de Avila(8) que, entre todos los santuarios, el que más devoción y consuelo le daba era *una* iglesia, donde vive y mora Jesús Sacramentado. Y, por el contrario, lloraba el Padre Baltasar Alvarez(9) al ver los palacios de los reyes llenos de gente, y las iglesias, donde está Jesucristo, solas y abandonadas.

¡Oh Dios mío! Si el Señor se hubiera quedado en una sola iglesia del mundo, por ejemplo, en San Pedro de Roma, y allí se le hallase una sola vez al año, ¡oh, cuántos peregrinos, cuántos nobles, cuántos monarcas se buscarían la dicha de estar en Roma aquel día y cortejar al Rey del cielo bajado de nuevo a la tierra! ¡Qué tabernáculo no se le preparara, todo cuajado de oro y sembrado de piedras preciosas! ¡Con qué aparato de- luces e iluminaciones se solemnizaría aquella su breve aparición en medio de nosotros! «Pero —dice nuestro Redentor— no quiero morar en una sola iglesia ni por un solo día, ni busco tantas riquezas, ni quiero tantas luces; viviré en compañía de mis hijos todos los días y en todos los lugares, a fin de que me hallen con toda facilidad siempre y cuando quieran.»

¡Ah! Si Jesucristo no hubiera pensado en esta fineza de amor, ¿quién jamás hubiera podido imaginarla? Si cuando el Señor subió a los cielos le hubiera dicho alguno: «Si queréis, Señor, manifestarnos vuestro afecto, quedaos con nosotros en los altares, bajo las especies de pan, a fin de que podamos hallaros cada vez que queramos.» Quien esto le hubiera pedido, ¿no pasaría por loco o temerario? Pues lo que los hombres ni siquiera supieron imaginar lo ha pensado y lo ha hecho nuestro Salvador. Pero, ¡ay!, ¿dónde está nuestra gratitud a tan gran favor? Si un príncipe viniese de lejanas tierras con el exclusivo propósito de recibir la visita de un rústico aldeano, ¿qué ingratitud no fuera la suya si no quisiera visitarlo ni verlo siquiera de paso?

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Jesús, Redentor mío! ¡Oh amor leí alma mía! ¡Cuánto os ha costado el permanecer con nosotros en este Sacramento! Y primero debisteis morir, para poder quedaros en nuestros altares, y después habéis tenido que aguantar toda suerte de ultrajes en este Sacramento, para asistirnos con vuestra presencia. Y nosotros ¿cómo somos tan negligentes y descuidados en venir a visitaros, sabiendo, como sabemos, que esperáis con ansia nuestras visitas para colmarnos de favores y gracias cuando estamos en vuestra presencia?

Perdonadme, Señor, porque yo también me cuento en el número de estos ingratos. De hoy en adelante quiero, Jesús mío, visitaros con frecuencia y permanecer cuanto me sea posible postrado a vuestros pies, amándoos, dándoos gracias y pidiéndoos mercedes, ya que con este intento os habéis quedado en la tierra, oculto en el tabernáculo, hecho nuestro prisionero de amor. Os amo, Bondad infinita; os amo, ¡oh Dios de amor! Os amo, ¡oh sumo Bien!, amable sobre todos los bienes. Haced que me olvide de mí mismo y de todas las cosas, para acordarme solamente de vuestro amor y para emplear lo que me resta de vida en agradaros y complaceros. Haced que en adelante toda mi rucha y todo mi contento lo halle en estar postrado delante de vuestra presencia. Inflamadme en vuestro santo amor.

¡Oh María, Madre mía! Alcanzadme la gracia de amar con intenso amor al Santísimo Sacramento, y si advertís que ando tibio y negligente, recordadme la promesa que ahora os hago de visitarle todos los días.

PUNTO SEGUNDO

Jesús, en el Santísimo Sacramento, da a todos audiencia.

En segundo lugar, Jesucristo en el Santísimo Sacramento da a todos audiencia. Decía Santa Teresa[10] que en este mundo no es dado a todos los subditos hablar con su príncipe; los pobres apenas podrán hablarle o darle a conocer sus necesidades por medio de tercera persona. Mas para hablar con el Rey del cielo no es necesario mediador, pues todos, nobles y plebeyos, pueden hablarle cara a cara y con entera libertad en el Santísimo Sacramento. Por esto Jesucristo es llamado flor de los campos. «Yo soy flor del campo y lirio de los valles». Porque si las flores de los jardines están encerradas y resguardadas, las del campo, por el contrario, son del dominio público. «Yo soy flor del campo —le hace decir el cardenal Hugo— y me ofrezco a todos los que vengan a buscarme».

Todos, pues, y a cualquier hora del día, pueden hablar con Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Hablando San Pedro Crisólogo del nacimiento del Redentor en el establo de Belén, dice que no siempre dan los reyes audiencia; sucede a las veces que, si uno quiere hablar a su príncipe, se lo estorban las guardias de palacio, diciéndole que venga otro día, porque en aquél se acabó el tiempo de audiencia. Mas el Redentor quiere nacer en una gruta, accesible a todos, sin puertas y sin guardias, para dar audiencia a todos y a todas horas. «No hay allí guardia —añade el Santo— que os diga: Pasó la hora». Lo mismo acaece con Jesucristo en el Santísimo Sacramento: las puertas de las iglesias están siempre abiertas, y cada vez que queramos podemos entrar en ellas para hablar al Rey de la gloria. Y para que le hablemos con toda nuestra confianza ha ocultado su Majestad bajo las apariencias de pan. Si Jesucristo compareciera en nuestros altares rodeado de resplandor y de gloria, cómo aparecerá en el día del juicio final, ¿quién tendría valor para acercarse a El? «Mas porque el Señor —dice Santa Teresa— desea que le hablemos con confianza y le pidamos gracias sin temor, por esto ha encubierto su Majestad bajo las especies de pan»[11]. «"El desea — dice Tomás de Kempis — que le tratemos como un amigo trata a otro amigo».

Cuando el alma se entretiene al pie de los altares en amorosos coloquios con Jesús, parece que el Señor le dirige estas palabras de los Cantares : «Levántate, apresúrate, amiga mía..., hermosa mía, y veri». «Levántate, alma querida, y pierde todo temor. *Apresúrate,* llégate cerca de Mí. *Amiga mía,* ya no eres mi enemiga, porque me amas y te arrepientes de haberme ofendido. *Hermosa mía,* ya no apareces deforme a mis ojos; mi gracia te hermosea. Ven, pues, y descúbreme los deseos de tu corazón, que para satisfacerlos estoy en este altar.» ¿Qué gozo no experimentarías, hermano mío, si el Rey te llamase a su palacio y te dijese: «Dime qué quieres, qué necesitas, pues te amo y deseo hacerte bien?» De esta suerte habla el Rey del cielo, Jesucristo, a todos los que le visitan.

«Venid a Mí todos los que estáis trabajados y andáis cargados, que Yo os aliviaré». «Vengan a Mí los pobres, los enfermos, los afligidos, que Yo puedo y quiero enriquecerlos, sanarlos y consolarlos. A este fin me he quedado en los altares.» *Yo, el mismo que hablaba* —dice el Señor—, *heme aquí*.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Amantísimo Jesús mío! Ya que Vos estáis en nuestros altares para atender las súplicas de los miserables que a Vos acuden, escuchad ahora la súplica que os hago yo, miserable pecador. ¡Oh Cordero de Dios, sacrificado y muerto en la cruz por mí!, yo soy una de las almas rescatadas con vuestra sangre; perdonadme todas las injurias que os he hecho y asistidme con vuestra gracia para que no vuelva a perderos. Hacedme partícipe, ¡oh Jesús mío!, de los dolores que por mis pecados sufristeis en el Huerto de Getsemaní. ¡Oh Dios mío!, ojalá nunca os hubiera ofendido. ¡Carísimo Señor mío!, si yo hubiera muerto en pecado, no podría amaros; pero Vos me habéis esperado, a fin de que os ame. Gracias os doy por este tiempo que me habéis concedido, y ya que ahora puedo amaros, quiero hacerlo. Dadme vuestro santo amor, pero un amor tan grande que me haga olvidar todas las cosas del mundo, para no pensar más que en complacer vuestro amantísimo Corazón.

¡Oh Jesús mío!, ya que habéis empleado toda vuestra vida en amarme, haced que a lo menos lo que me resta de la mía lo emplee en amaros. Cautivadme con las cadenas de vuestro amor, y antes que muera haced que todo sea vuestro. De Vos lo espero por los méritos de vuestra Pasión.

También en vuestra intercesión, ¡oh María!, tengo puesta toda mi esperanza; bien sabéis que os amo, tened compasión de mí.

PUNTO TERCERO
Jesucristo permanece en el Santísimo Sacramento para otorgarnos sus gracias.

Si Jesucristo da a todos audiencia en el Santísimo Sacramento es para repartir a todos sus gracias y favores. Dice San Agustín «que más desea el Señor dispensarnos sus gracias que nosotros recibirlas». La razón es porque Dios es Bondad infinita, y la bondad es por naturaleza comunicativa; y por eso el Señor desea comunicar a todos sus bienes. Y cuando las almas no van a pedirle gracias se lamenta de ello y dice : «¿Por ventura he sido Yo para Israel algún desierto o tierra sombría que tarda en fructificar ? ¿ Pues por qué motivo ha dicho mi pueblo: «Nosotros nos retiramos, no volveremos jamás a Ti?». «¿Por qué —dice

el Señor— rehúsas acercarte a Mí? Pues qué, cuando me habéis pedido gracias, ¿he sido tardo en dároslas como tierra estéril y perezosa en dar frutos?» Vio San Juan al Señor con los pechos cargados de leche, esto es, de misericordia, *y ceñidos con faja de oro,* que quiere decir de amor divino, por el ansia amorosa que le consume de dispensarnos sus gracias. Jesucristo está siempre dispuesto a concedernos mercedes; «pero donde con más abundancia nos las otorga —dice el Discípulo amado— es en el Santísimo Sacramento», Y el Beato Enrique Suso decía que el Señor escucha en el Sacramento nuestras plegarias con especial complacencia.

Así como una madre que tiene el pecho rebosando leche va buscando niños a quienes amamantar para que le descarguen de aquel peso, así también Jesucristo, desde este Sacramento de amor, llama a todos y les dice: «A mis pechos seréis llevados... ; como una madre acaricia a su hijo, así Yo os consolaré». El P. Baltasar Alvarez vio cierto día a Jesús en el Santísimo Sacramento con las manos llenas de gracias para distribuirlas entre los hombres; pero no halló quien las quisiera[12].

¡Dichosa el alma que está al pie del altar pidiendo gracias a Jesucristo! La condesa de Feria [13], monja después de Santa Clara, estaba siempre que podía en presencia del Santísimo Sacramento, que por eso fue llamada la esposa de Jesús Sacramentado; allí recibía continuos tesoros de gracias. Como le preguntasen un día qué hacía en tantas horas como pasaba ante la presencia de este adorable misterio, respondió: «De buena gana me estaría yo allí por toda la eternidad. ¿Qué se hace, preguntan, delante de Jesús Sacramentado ? ¿Y qué bien deja de hacerse ? ¿Qué hace un pobre en presencia de un rico? ¿Qué un enfermo ante el médico? ¿Qué se hace? Amar, alabar, agradecer, pedir.» ¡Ah! Sírvannos estas últimas palabras para estar con fruto delante del Santísimo Sacramento.

Lamentóse Jesucristo de nuestra ingratitud con la B. Margarita María Alacoque[14] por la frialdad y menosprecio con que tratamos este Sacramento de amor, y le hizo ver su Sacratísimo Corazón en un trono de llamas, rodeado de espinas y coronado por una cruz, dándole con esto a entender el amor inmenso con que vive y mora en nuestros altares, y después le dijo: «He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres y que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para darles muestras de amor, y en recompensa no recibe de la mayor parte más que injurias y menosprecios en este Sacramento de amor. Pero lo que más me contrista es que así me traten corazones que me están consagrados.»

¡Ah! Los hombres no van a conversar con Jesucristo porque no le aman. Pasan horas enteras conversando con un amigo; pero cuando se trata de hablar con

Jesucristo, aunque no sea más que por espacio de media hora, sienten una angustia mortal. «Mas ¿ por qué Jesucristo —dirá alguno— no me concede su santo amor?» «¿Por qué? —te responderé yo—. Si no destierras de tu corazón los afectos terrenos, ¿cómo quieres que entre en él el amor divino?» Si pudieras decir verdaderamente y de todo corazón lo que decía San Felipe Neri al recibir la visita de Jesús Sacramentado: «¡He aquí el amor mío, he aquí el amor mío! », no sentirías fastidio y cansancio en pasar horas, y días enteros delante del Sacramento del altar.

Al alma enamorada de Dios, momentos le parecen las horas que pasa en presencia del tabernáculo. Todo el día lo pasaba San Francisco Javier trabajando por la salvación de las almas; y por la noche, ¿cuál era su descanso ? El conversar con Jesús Sacramentado. San Juan francisco Regís, gran apóstol de Francia, después de haber gastado todo el día en confesar y predicar, se iba a pasar la noche en la iglesia; y cuando la encontraba cerrada, se arrodillaba a la puerta, expuesto al frío o al viento, para hcer compañía, a lo menos desde lejos, a su amado Señor. San Luis Gonzaga no tenía más placer que estarse siempre delante del Santísimo Sacramento; mas como los Superiores le habían prohibido permanecer allí mucho rato, era de ver la lucha interior que sostenía cada vez que pasaba delante del altar, porque Jesucristo le atraía con las dulces cadenas de su amor, y por otra parte la obediencia le obligaba a retirarse, «Señor, Señor —decía entonces el santo joven con el acento del más tierno amor, dejadme, dejadme ir, que así lo quiere la obediencia.»

Pero si tú, hermano mío, no sientes inflamado tu corazón en el amor de Jesucristo, procura a lo menos visitarle todos los días, y a buen seguro que El inflamará tu corazón. «Si te sientes frío —decía Santa Catalina de Sena—, acércate al fuego». Feliz serás si Jesucristo te otorga la gran merced de inflamarte en su santo amor. Entonces ya no amarás, ¡qué digo!, entonces despreciarás todas las cosas do la tierra. «Cuando hay fuego en casa —dice San Francisco de Sales—, se arrojan todos los muebles por la ventana».

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Jesús mío! Daos a conocer, haceos amar. Sois tan amable, que habéis agotado todos los medios para haceros amar de los hombres, y, sin embargo, ¿cómo son tan pocos los que os aman? Yo, Señor, he tenido la desgracia de contarme entre estos ingratos. Con las criaturas, si me han hecho algún don o favor, he sido muy agradecido; sólo con Vos, que os habéis dado todo a mí, he sido ingrato, llegando hasta injuriaros gravemente y ultrajaros con mis pecados. Ahora veo que, en vez de abandonarme, seguís intimándome el amoroso precepto

de amaros. «Amarás al Señor, tu Dios, de todo corazón.» Ya que hasta de un ingrato queréis ser amado, os quiero amar. Me pedís mi amor, y yo, favorecido por vuestra gracia, sólo deseo amaros. Os amo, amor mío y mi todo. Por la sangre preciosa que por mí habéis derramado, ayudadme a amaros. Amantísimo Redentor mío, en esta vuestra sangre pongo toda mi esperanza, y también en la intercesión de vuestra Santísima Madre, ya que habéis dispuesto que nuestra salvación dependa también de sus plegarias.

¡Oh María, Madre mía! Rogad a Jesús por mí; Vos inflamáis en amor divino a todos los que os aman, inflamad también el mío, que tanto os ama.

TRIGESIMOQUINTA CONSIDERACIÓN

DE LA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS

Et vita in volúntate ejus.
De su voluntad pende la vida.

Ps., 19, 6.

PUNTO PRIMERO
De la excelencia de la conformidad con la voluntad de Dios.

Nuestra salvación y nuestra santificación está fundada en el amor de Dios. «El que no ama, muerto está», dice San Juan, y San Pablo añade: «Tened caridad, que es el vínculo de la perfección». Pero la perfección del amor consiste en conformar nuestra voluntad con la voluntad divina, porque éste es el efecto principal del amor, dice el Areopagita: unir la voluntad de los amantes de suerte que no tengan más que un solo corazón y un solo querer. En tanto, pues, agradan al Señor nuestras buenas obras: penitencias, comuniones, limosnas, en cuanto que están conformes con su divina voluntad, porque, de otra suerte, no son virtuosas, sino defectuosas y dignas de castigo.

Esto fue lo que principalmente nos vino a enseñar con su ejemplo nuestro Redentor cuando del cielo bajó a la tierra. Al entrar en el mundo, según el Apóstol, se expresó de esta manera: «Tú no has querido sacrificio ni ofrenda, mas a Mí me has apropiado un cuerpo... Entonces dije: Heme aquí que vengo... para cumplir, ¡oh Dios!, tu voluntad». «Tú, Padre mío, has rehusado las víctimas de los hombres; quisiste que con muerte afrentosísima te sacrificase este cuerpo

que me has dado; pronto estoy a cumplir tu voluntad.» Esto mismo declaró muchas veces, diciendo: «He bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me envió». Y la contraseña que nos dio para darnos a conocer el inmenso amor que tenía a su Padre, fue el padecer de muerte de cruz para cumplir su voluntad. «Para que conozca el mundo que amo a mi Padre y que cumplo con lo que me ha mandado, levantaos y vamos». Dijo también que solamente reconocía por suyos a los que cumplían con la voluntad divina. «Aquel que hiciere la voluntad de mi Padre, que está, en los cielos, éste es mi hermano, y mi hermana, y mi madre».

Este ha sido también el único intento y deseo de todos los santos en todas sus acciones: cumplir con la voluntad de Dios. El Beato Enrique Suso decía: «Prefiero ser el más vil gusanillo de la tierra por voluntad de Dios que serafín en el cielo por mi propia voluntad». Y Santa Teresa añade: «Toda la pretensión de quien comienza oración ha de ser trabajar, y determinarse y ponerse a... hacer su voluntad conforme con la de Dios. En esto consiste toda la mayor perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual. Quien más perfectamente tuviere estor más recibirá del Señor y más adelante está en este camino»[(15)]. Los bienaventurados en el cielo aman a Dios perfectamente, porque están en todo conformes con la voluntad de Dios. Por esto Jesucristo nos enseñó a pedir la gracia de cumplir la voluntad de Dios en la tierra, como lo hacen los bienaventurados en el cielo. «Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo». El que obra conforme a la voluntad de Dios llegará a ser un hombre conforme a su corazón, como lo llamó el Señor a David. «Buscó el Señor a un hombre conforme a su corazón»; porque el santo rey estaba siempre dispuesto a seguir la voluntad divina. «Dispuesto está mi corazón, ¡oh Dios!; mi corazón está dispuesto». Y no cesaba de pedir al Señor que le enseñase a cumplir su santísima voluntad. «Enséñame a hacer tu voluntad».

¿Quién podrá declarar el valor de un acto de perfecta resignación a la voluntad de Dios? El solo bastaría para santificar a un alma. Cuando San Pablo perseguía la Iglesia, se le apareció Jesucristo, le iluminó y le convirtió. El santo Apóstol no hizo entonces más que ofrecerse a cumplir la voluntad de Dios: «Señor —dijo—, ¿qué quieres que haga?». Y en aquel mismo punto le proclamó Jesucristo vaso de elección y apóstol de los gentiles. «Ese mismo es ya mi instrumento, elegido por **Mí,** para llevar mi nombre delante de todas las naciones». El que ayuna y hace limosnas y se mortifica por amor de Dios le da parte de sí; pero el que le entrega su voluntad se lo da todo. Esto es lo que Dios pide cuando dice: «Hijo mío, dame tu corazón», es decir, tu voluntad.

En nuestros deseos, en nuestras devociones, meditaciones y comuniones, debemos tener puesta la mira en cumplir la voluntad de Dios. A esto debemos enderezar todas nuestras oraciones: a impetrar la gracia de cumplir lo que Dios pide de nosotros. Esto es lo que debemos pedir al Señor por intercesión de nuestros Santos Patronos, y señaladamente de María Santísima, a fin de que nos alcancen la luz y fuerzas necesarias para conformar en todas las cosas nuestra voluntad con la de Dios, sobre todo cuando se trata de abrazarse con lo que repugna al amor propio. Decía el Beato Padre Maestro Juan de Avila «que más vale en las adversidades un gracias a Dios, un bendito sea Dios, que seis mil gracias de bendiciones en la prosperidad».

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Dios mío! Mi mayor desgracia en la vida pasada ha sido es no querer conformar mi voluntad con la vuestra. Detesto y maldigo mil veces aquellos días y momentos en que, por seguir mis propios caprichos, he contrariado vuestra voluntad, ¡oh Dios del alma mía! Ahora os entrego toda mi voluntad; recibidla, ¡oh Señor mío!, y estrechadla de tal suerte con los lazos de vuestro amor, que ya no pueda rebelarse contra Vos. Os amo, Bondad infinita, y, por el amor que os tengo, a Vos me ofrezco todo entero. Disponed de mí y de todas mis cosas como os agrade, que yo me someto gustoso a todas vuestras santas disposiciones. Libradme de la desgracia de contrariar vuestra voluntad, y después haced de mí lo que os agrade.

Eterno Padre, atended a mis ruegos por amor de Jesucristo; Jesús mío, escuchadme por los méritos de vuestra Pasión.

Y Vos, ¡ oh Virgen Santísima! , ayudadme *y* alcanzadme la gracia de cumplir con la voluntad de Dios, que en esto está cifrada toda mi salvación. Otorgadme esto, y nada más os pido.

PUNTO SEGUNDOO
Debemos conformarnos con la voluntad de Dios en todas las adversidades de la vida.

No sólo debernos recibir con resignación los padecimientos que directamente nos vienen de la mano de Dios, corno las enfermedades, las desolaciones de espíritu, la pérdida casual de la hacienda o de los parientes, sino también los que nos vienen de Dios indirectamente, o sea por medio de los hombres, como las

calumnias, los desprecios, las injusticias y todas las otras suertes de persecuciones. Estemos bien advertidos que, cuando nos ofenden en la honra o en la hacienda, Dios no quiere el pecado del ofensor, pero sí quiere nuestra pobreza y humillación. No hay duda que todo cuanto sucede es por voluntad de Dios. «Yo soy el Señor que formó la luz y creó las tinieblas; Yo soy el que hago la paz y envío los castigos». Y ya antes dijo el Eclesiástico: «Los bienes v los males, la muerte y la vida..., vienen de Dios». En suma, todo viene de Dios, así los bienes como los males.

Llamamos males a ciertos acaecimientos de la vida, porque nosotros les damos este nombre y los convertimos en tales; porque si los aceptásemos con resignación, como venidos de la mano de Dios, estos mismos males se trocarían para nosotros en bienes. Las perlas más preciosas engastadas en las coronas de los santos son las tribulaciones que han padecido gustosos, como venidas de la mano de Dios. Cuando avisaron al santo Job que los sabeos le habían robado toda su hacienda, ¿qué respondió? «E1 Señor me lo dio, el Señor me lo quitó.» No dice: «El Señor me dio los bienes y los sabeos me los quitaron, sino que dice: «El Señor me los ha dado, el Señor me los ha quitado.» Y por eso le bendecía, pensando que todo había acaecido según su soberana voluntad. «Se ha hecho lo que es de su agrado; bendito sea el nombre del Señor». Cuando los santos mártires Atón y Epicteto eran torturados con uñas de hierro y teas encendida, no decían más que estas palabras: «Cúmplase, Señor, en nosotros vuestra santísima voluntad.» Y al morir, las últimas palabras que salieron de sus labios fueron éstas: «Bendito seas, Dios eterno, porque nos has dado la gracia de que se cumpla en nosotros tu santa voluntad». Cuenta Cesáreo de cierto monje que, no obstante llevar vida ordinaria y no más austera que los demás, obraba, sin embargo, estupendos milagros. Maravillado de esto el abad, le preguntó un día qué devociones practicaba. Respondióle el santo monje que bien sabía él que era más imperfecto que los demás, pero que tenía particular empeño en conformarse en todo con la voluntad de Dios. «Pero ¿no sentiste ninguna desazón —repuso el Superior— cuando el otro día los enemigos nos causaron tantos destrozos en nuestras tierras?» «No, Padre mío —contestó el monje—; al contrario, di gracias al Señor, porque sé que todo lo hace o lo permite para nuestro bien.» Por estas palabras conoció el abad la santidad de este buen religioso.

Lo mismo debemos hacer nosotros cuando nos sobreviene alguna adversidad: aceptémoslo todo de la mano de Dios, no sólo con paciencia, sino también con alegría, a ejemplo de los apóstoles, que gozaban al verse maltratados por Cristo. «Se retiraron de la presencia del concilio muy gozosos, porque habían sido hallados dignos de sufrir aquel ultraje por el nombre de Dios». ¿Y qué mayor contento que padecer alguna cruz y saber que abrazándonos con ella damos gusto

a Dios? Si queremos gozar de continua y santa paz, procuremos de hoy en adelante abrazarnos con la voluntad de Dios, y en todo lo que nos suceda digamos con Jesucristo: «Bien, Padre mío, por haber sido de tu agrado que fuese así». A esto debemos enderezar todas nuestras meditaciones, comuniones, visitas y plegarias, rogando siempre a Dios que nos haga conformes con su voluntad. Al mismo tiempo ofrezcámonos a El diciendo: «Aquí me tenéis, Dios mío; haced de mí lo que os plazca.» Santa Teresa[16] se ofrecía a Dios lo menos cincuenta veces al día, para que dispusiera de ella como mejor le agradare.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah divino Rey mío, amantísimo Redentor!, venid y reinad Vos solo en mi pobre alma. Tomad posesión de toda mi voluntad, a fin de que no desee ni quiera sino lo que Vos queréis. ¡Oh Jesús mío!, en mi vida pasada os he disgustado tantas veces contrariando vuestra divina voluntad. Me arrepiento de ello como de la mayor de las desgracias; duélome y me arrepiento de todo corazón. Bien sé que merezco castigo; no lo rehúso, sino que lo acepto; libradme solamente del castigo de privarme de vuestro amor; después haced de mí lo que os agrade.

Os amo, carísimo Redentor mío; es amo. ¡oh Dios mío!, y porque os amo quiero hacer cuanto queráis. ¡Oh voluntad de Dios!, tú eres todo mi amor. ¡Oh Sangre de mi Jesús!, tú eres mi esperanza y por Ti espero vivir siempre unido a la voluntad de Dios; ella será mi guía, mi deseo, mi amor y mi paz. En ella quiero vivir y reposar siempre. «En su paz dormiré y descansaré». En todos los sucesos de mi vida diré siempre: «Dios mío. Vos así lo habéis querido, así lo quiero yo también; cúmplase siempre en mí vuestra voluntad.» ¡Oh Jesús mío!, por vuestros méritos concededme la gracia de repetir sin cesar esta bella máxima de amor: «Hágase tu voluntad, hágase tu voluntad.»

¡Oh María, Madre mía!, cuan dichosa sois por haber hecho siempre la voluntad de Dios. Alcanzadme la gracia de que la cumpla yo también de hoy en adelante; ¡oh Reina mía!, por el amor que tenéis a Jesucristo, impetradme esta gracia; de Vos la espero.

PUNTO TERCERO
Del gran provecho que se saca de conformar nuestra voluntad con la de Dios.

El que está unido a la voluntad de Dios goza en este mundo de anticipada paz. «Ningún acontecimiento podrá contristar al justo», dice el Espíritu Santo. Sí; porque un alma no puede tener mayor contento que ver que le sale todo a la

medida de su deseo; y como no quiere más que lo que quiere Dios, tiene cuanto quiere, porque nada acaece sin la voluntad de Dios.

«Las personas resignadas al querer del Señor —dice Salviano— son humilladas, es verdad, pero aman las humillaciones; padecen pobreza, pero se complacen en ser pobres; en suma, aceptan gustosas todo lo que les acaece, y así llevan vida feliz y dichosa». Viene el frío, el calor, la lluvia, el viento, pero el alma que está conforme con la voluntad de Dios dice: «Quiero este frío, acepto este calor, porque Dios me lo manda.» Le viene un revés de fortuna, le persiguen, enferma, le viene la muerte, y dice: «Quiero esta desgracia, y la persecución, y la enfermedad, y hasta la muerte, porque así lo quiere Dios.» El que descansa sobre la voluntad de Dios y acepta gustoso lo que El dispone, es como un hombre que vive sobre las nubes y ve que a sus pies brama furiosa la tempestad, sin que le dañe ni le conturbe. Esta es aquella paz, de la cual habla el Apóstol, «que sobrepuja a todo entendimiento»; paz que vence a todas las delicias del mundo, paz estable y al abrigo de las vicisitudes humanas.

«E1 hombre santo —dice el Eclesiástico— permanece en la sabiduría como el sol; pero el necio cambia como la luna». El necio, es decir, el pecador, muda como la luna, que hoy crece y mañana mengua; hoy ríe, mañana llora; hoy está alegre y tranquilo, mañana furioso y afligido; cambia, en fin, según soplan vientos prósperos o adversos en los casos que le acontecen. Mas el justo es bien así como el sol; todos los sucesos le hallan siempre igual, siempre uniforme, siernpre tranquilo, porque su paz está fundada *en* la conformidad de su voluntad con la de Dios. «Y en la tierra, paz a los hombres de buena voluntad». Santa María Magdalena de Pazzi, al oír estas palabras: *voluntad de Dios,* experimentaba dulzuras tan inefables, que parecía salir fuera de sí y caía en éxtasis de amor. Verdad que la parte inferior no dejará de sentir los golpes de la adversidad; pero en la porción superior del alma, cuando la voluntad está unida con la de Dios, reinará siempre la paz, aquella paz que prometió Jesucristo a sus discípulos cuando dijo: «Nadie os arrebatará vuestro gozo». Insigne locura es querer resistir a la voluntad de Dios; porque lo que el Señor determinare sin remedio se ha de cumplir; *porque a su voluntad* —pregunta San Pablo—, *¿quién resistirá?*. Los desgraciados que resisten a ella tendrán que cargar con su cruz, pero sin fruto y sin paz. «¿Quién le resistió y halló paz?». Y Dios ¿qué es lo que quiere sino nuestro bien? «La voluntad de Dios es vuestra santificación». El Señor quiere que seamos santos, para hacernos felices en esta vida y bienaventurados en la otra. Entendámoslo bien: las cruces que nos vienen de la mano de Dios «todas son para nuestro bien». Aun los castigos que nos manda no son para nuestra perdición, sino para que nos enmendemos y alcancemos la eterna bienaventuranza. *Creamos* —decía Judit al pueblo de Israel— que los

azotes del Señor nos han venido para enmienda nuestra, y no para nuestra perdición. Dios nos ama tanto, que no sólo desea nuestra salvación, sino que, como dice David, «Dios tiene especial cuidado de nosotros». Y después de habernos dado a su Hijo único, ¿podrá negarnos alguna cosa? «El, que ni a su propio Hijo perdonó— como dice San Pablo—, sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo, después de habérnosle dado a El, dejará de darnos cualquier otra cosa?». Abandonémonos, pues, en las manos de Dios, porque, mientras vivimos en este mundo, siempre nos atiende con particular interés; como dice San Pedro: «Descarguemos en su amoroso seno todas nuestras solicitudes, pues El tiene cuidado de nosotros». «Piensa tú siempre en Mí —dijo cierto día el Señor a Santa Catalina de Sena—, que Yo siempre pensaré en ti». Digamos a menudo con la Sagrada Esposa: «Mi Amado para mí y yo para El». «Mi Amado piensa en hacerme feliz, y yo no quiero pensar más que en complacerle y unirme a su santa voluntad.» «No debemos pedir a Dios —decía el Santo Abad Nilo— que haga lo que nosotros queremos, sino hacer nosotros lo que El quiera».

Obrar de esta suerte es llevar una vida feliz en este mundo, preludio de una santa muerte. El que muere resignado a la voluntad de Dios deja a los demás en la moral certidumbre de haberse salvado. Pero el que durante la vida no se ha sujetado a la voluntad divina, tampoco se sujetará en la hora de la muerte, y no se salvará. Procuremos, pues, hacernos familiares algunos dichos de la Escritura, que nos sirvan para vivir constantemente unidos a la voluntad de Dios. «Señor, ¿qué queréis que haga? ». «Decidme, Señor, qué es lo que de mí queréis, que pronto estoy a hacerlo.» «He aquí la esclava del Señor». «Ved que mi alma es vuestra esclava; mandad y seréis obedecido.» «Tuyo soy, sálvame». «Salvadme, Señor, y después haced de mí lo que os agrade; yo soy vuestro y ya no mío.» Cuando la adversidad nos acometa con más furor, digamos luego: «Sea así, Padre mío, por haber sido de tu agrado que fuese así». «Tal es, Dios mío, vuestra voluntad; pues bien, que sea así.» Tengamos gusto especial en repetir la tercera petición del *Padrenuestro: Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo*. Digámosla con frecuencia, repitámosla muchas veces seguidas y con amor. ¡Qué vida más feliz y qué muerte más dichosa vivir y morir diciendo: *Hágase tu voluntad!*

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Jesús, Redentor mío! Vos habéis acabado vuestra vida en la cruz, a fuerza de dolores, para negociar la causa de mi salvación; tened, pues, compasión de mí y salvadme. No permitáis que mi alma, por Vos redimida con tantas penas y con tanto amor, os vaya a odiar para siempre en el infierno. Harto habéis hecho para

obligarme a amaros; y esto es lo que quisisteis darme a entender cuando, antes de expirar en la cumbre del Gólgota, pronunciasteis estas amorosas palabras: *Todo está consumado*. Pero ¿cómo he correspondido yo después a vuestro amor? En lo pasado nada me quedó por hacer para desagradaros y obligaros a odiarme. Gracias os doy por haberme esperado con tanta paciencia, y ahora me dais tiempo para reparar mi ingratitud y amaros antes de morir.

Sí, Dios mío; quiero amaros, y amaros mucho. Quiero hacer cuanto os agrade a Vos, mi Salvador, mi Dios, mi amor y mi todo; os hago total entrega de toda mi voluntad, de toda mi libertad y de todas mis cosas. Os ofrezco en este momento el sacrificio de mi vida, aceptando gustoso la muerte que os sirváis enviarme, con todas las penas y circunstancias que la han de acompañar. Uno desde ahora este mi sacrificio con el que Vos, Jesús mío, ofrecisteis por mí dando vuestra vida en el ara de la cruz; quiero morir para cumplir vuestra voluntad. ¡Ah! Por los méritos de vuestra Pasión dadme la gracia de vivir siempre resignado a vuestras disposiciones; y cuando venga la muerte, haced que me abrace con ella, conformando la mía con vuestra divina voluntad. Quiero morir, Jesús mío, para agradaros; quiero morir diciendo: *Hágase tu voluntad.*

¡Oh María, Madre mía! Así habéis Vos tenido la dicha de morir; alcanzadme la gracia de que muera yo también de esta suerte.

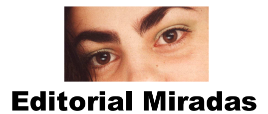
¡Viva Jesús, nuestro amor, y María, nuestra esperanza!



Virgen de Lujan Ora pro nobis.



Impreso en la Argentina



Editorial Miradas